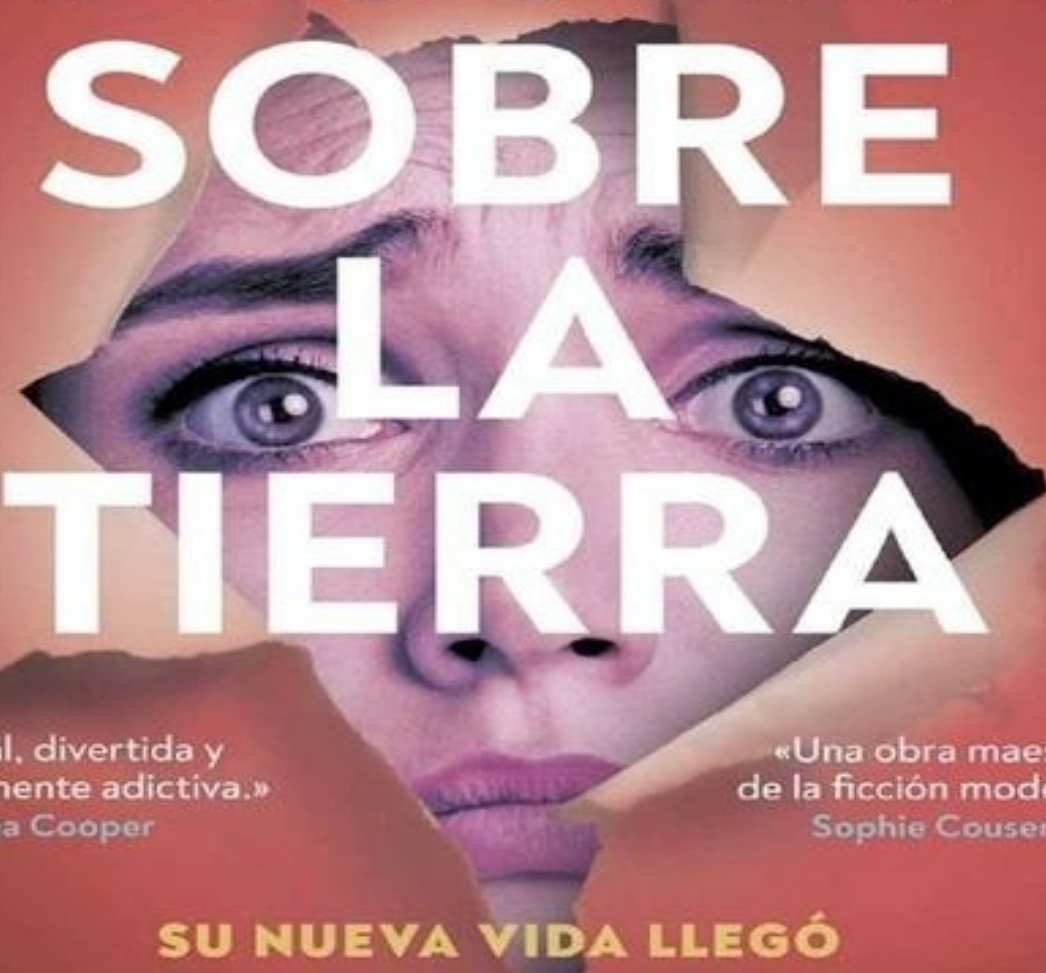


BETHANY CLIFT

LA ÚLTIMA MUJER SOBRE LA TIERRA

A woman's face with wide, intense eyes, looking directly at the viewer. The face is partially obscured by the large, bold title text. The background is a solid, muted red color.

«Original, divertida y
tremendamente adictiva.»
Emma Cooper

«Una obra maestra
de la ficción moderna.»
Sophie Cousens

**SU NUEVA VIDA LLEGÓ
CON EL FIN DEL MUNDO**

Diciembre de 2023. La raza humana ha sido prácticamente aniquilada por el virus 6DM (Seis Días Máximo, el tiempo máximo que tienes antes de que tus órganos se desintegren y tu cuerpo se descomponga de dentro hacia fuera). El fin del mundo, por así decirlo.

Nuestra protagonista, una mujer anónima de treinta y seis años, siempre se ha considerado feminista, si eso incluye no poder cambiar un enchufe, ser incapaz de tomar sus propias decisiones y ser crónicamente dependiente de sus padres y su esposo, James. Sus amigos y familiares siempre han sido un colchón para su ansiedad y, de alguna manera, se ha encontrado a sí misma llevando la vida que quieren para ella, en lugar de la que ella quiere. Sin ellos, en un mundo de ciudades en llamas, cadáveres en descomposición y gaviotas devoradoras de hombres, carece de métodos básicos de supervivencia.

¿Qué haces cuando eres esencialmente el nuevo gobernante del planeta? ¿Irrumpir en los hoteles más elegantes de Londres? ¿Robar un Porsche? ¿Desarrollar accidentalmente una adicción a las drogas farmacéuticas? Por supuesto. Y buscar supervivientes..., definitivamente buscar supervivientes.

A la deriva en un extraño mundo nuevo, la narradora y su nuevo compañero, un perro golden retriever llamado Lucky, emprenden un viaje por carretera por todo el país para ver si ella es realmente la última persona que queda en el planeta y logra aprender a vivir consigo misma por el camino.

Bethany Clift

La última mujer sobre la Tierra

Título original: *Last One at the Party*
Bethany Clift, 2021
Traducción: Santiago del Rey, 2022

Revisión: 1.0

 18/06/2022

*A mi madre, que me dio la imaginación y me enseñó a utilizarla; a mi padre,
que me dio el libro que me cambió la vida; y a Peter, sin cuyo amor, apoyo,
orientación y cuidados infantiles este libro no existiría.*

Os quiero mucho.

8 de Febrero de 2024

—¡Qué te jodan!

Estas fueron las últimas palabras que le dije a otra persona viva.

Si hubiera sabido que serían las últimas, las habría escogido con un poco más de cuidado.

Algo culto, con un poco más de ingenio.

«Que te jodan» es tosco y grosero, y está muy lejos de las réplicas agudas de las que siempre me he creído capaz.

Pero, por desgracia, ya no hay forma de cambiarlo.

La última persona con la que hablé debió de pensar que soy de esa clase de mujer que llama por teléfono, dice cosas insultantes a gritos, suelta un «¡Qué te jodan!» y cuelga.

Se daban circunstancias extremas que provocaron mi explosión —para empezar, su tajante negativa a enterrar a mi marido recién fallecido—, pero eso seguramente no es excusa.

Así pues, lo siento, Tom Forrest, director funerario de la Cooperativa. Aquella llamada no reflejaba en absoluto lo que soy o, mejor dicho, lo que era.

Tampoco es que importe ya, desde luego.

Porque a estas alturas Tom Forrest está muerto y lo que él piense de mí no tiene la menor importancia.

No sé si estoy escribiendo un diario o un cuaderno de trabajo.

No estoy muy segura de la diferencia, ni de si hay alguna siquiera, y ya no puedo mirarlo en Google. Internet ya no existe.

En todo caso, escribo esto porque hay cosas que creo que deberían registrarse en alguna parte, y yo soy, o era, escritora y periodista, así que me parece que es mi deber hacerlo.

Además, soy la única persona que puede hacerlo.

Porque soy la única persona que hay aquí.

En este país.

Posiblemente, en el mundo.

Debo empezar por el principio.

23 de octubre de 2023

Al virus lo llamaron 6DM y no empezó en China ni en una aldea africana, sino en la mitad casi exacta de Estados Unidos.

En Andover, Kansas: un pequeño barrio residencial de Wichita, con una población de doce mil habitantes.

Nadie que yo conociera había oído hablar nunca de Andover en septiembre de 2023, pero a finales de octubre no conocía a una sola persona que no fuera capaz de situarlo en un mapa y de hablarte de la reducción acelerada de su población.

No hay ningún informe sobre la primera infección, ningún paciente considerado oficialmente el paciente cero, puesto que el 6DM mutaba y se propagaba demasiado deprisa para que nadie pudiera rastrearlo. Pero, según la opinión general, los primeros pacientes se registraron el 23 de octubre de 2023, y para Halloween (lo cual constituye una cruel ironía para vosotros, amigos norteamericanos) los doce mil ciudadanos de Andover estaban muertos o muriéndose de un modo doloroso pero rápido.

Al haberse originado el virus en un barrio residencial blanco, una habría creído imposible que los medios de derechas trataran de relacionarlo con los inmigrantes o con un país extranjero, pero sí lo hicieron. Especularon con la idea de que el paciente cero era probablemente una alumna de secundaria que había estado de voluntaria en África Occidental y que había regresado a casa con el 6DM en su organismo.

Naturalmente, cuando ese artículo apareció, la alumna de secundaria ya llevaba demasiado tiempo muerta para corroborar o refutar esta historia, pero ellos la publicaron igualmente.

Hay que reconocerle al gobierno norteamericano que actuó con agilidad y firmeza para afrontar la crisis.

Nadie quería cometer los mismos errores que en 2020.

Esta vez estaban preparados.

Andover fue puesta en cuarentena a los cinco días de la primera muerte, y los científicos empezaron a trabajar de inmediato para descubrir qué tipo de virus provocaba la infección y desarrollar el tratamiento o la vacuna correspondientes.

Pero ya era una batalla perdida.

Para cuando Andover fue puesta en cuarentena, habían aparecido casos en Nueva York y en San Francisco, a dos mil kilómetros de distancia.

La comunidad científica no llegó a poder estudiar el 6DM como es debido, de manera que, hoy por hoy, no tengo ni idea de dónde se originó o cómo se difundió.

Se desató el pánico y la histeria general. La gente a lo largo de todo el país desoyó por completo los llamamientos a la calma del presidente y se amotinó para conseguir agua, comida, transporte y cualquier medicina que pudiera encontrar, sin saber si sería eficaz o no.

Aquella no era la reacción medida que habían mostrado frente al covid, era la locura y el caos.

El 14 de noviembre, Estados Unidos iba camino de convertirse en una tierra baldía. Los escasos periodistas internacionales que quedaban transmitían imágenes espantosas de ciudades desiertas, poblaciones enteras en llamas y fosas comunes con centenares de cuerpos arrojados dentro.

Los periódicos informaron de la muerte del presidente el 18 de noviembre y del colapso del Gobierno federal el 23, exactamente un mes después del primer caso registrado de 6DM.

El último reportaje, del 24 de noviembre, decía que, con pocos o ningún funcionario del Gobierno todavía en su puesto, los ciudadanos se hallaban ahora abandonados a su suerte.

No ha habido desde entonces ningún otro reportaje contrastado de Estados Unidos.

3 de noviembre de 2023

Mientras Estados Unidos se veía reducida a cenizas, el Gobierno británico estaba tomándose el 6DM con increíble seriedad.

Quizá no supiéramos gran cosa del virus, pero lo que sabíamos era terrorífico.

No se conocía cuál era el período de incubación, pero la enfermedad se iniciaba con un resfriado, seguido de fiebre, vómitos y diarrea. A las setenta y dos horas tus órganos vitales empezaban a desintegrarse. No digo deteriorarse o dejar de funcionar: digo desintegrarse. Si tenías suerte, el proceso comenzaba en el corazón o el cerebro y morías de un ataque cardíaco masivo o de un derrame cerebral. Si no la tenías, y eran los pulmones, te ahogabas. Si tenías mala suerte de verdad, se te pudrían las paredes del estómago y te corroían por dentro tus propios ácidos gástricos.

La muerte por 6DM no era apacible ni noble en modo alguno; era una catástrofe de dolor y sufrimiento. La mayoría de la gente moría suplicando que la sacaran de aquella agonía.

Seis Días Máximo. Ese era el número de días que podías esperar sobrevivir tras los primeros síntomas de la infección; de ahí surgió el apelativo: 6DM.

El número de víctimas era impresionante.

El virus se transmitía de un modo tan veloz y mortífero que resultaba imposible llevar un recuento preciso, pero no había informes de que nadie sobreviviera a su acción, con lo que se hablaba de un índice de mortalidad del cien por cien.

Poblaciones enteras eran barridas. En Estados Unidos había doscientos millones de muertos aproximadamente; Japón perdió casi setenta millones en solo tres semanas; la última cifra facilitada en Rusia era de alrededor de ciento diez millones.

Para los países extremadamente poblados como China y la India, la cifra estimada antes de que se interrumpieran los boletines informativos era de alrededor de mil millones respectivamente.

Las áreas con más densidad de población salían peor paradas. Los veinticinco millones de habitantes de Delhi fueron borrados del mapa, al parecer, en solo diecinueve días.

Para los países más remotos y menos poblados (Nueva Zelanda, Australia y partes de

Canadá) las cosas parecían más positivas. Según las noticias que llegaban, el virus todavía no les había alcanzado o estaba siendo contenido con éxito.

Naturalmente, en cuanto la gente leyó estas informaciones, echó mano de cualquier medio de transporte disponible y se dirigió a las «zonas seguras».

Llevando consigo el 6DM.

Las zonas seguras intentaron repeler a los extranjeros, pero no estaban equipadas para enfrentarse a grandes multitudes. ¿Alguien ha oído hablar del ejército de Canadá? Pues los canadienses tampoco. Australia fue la que se llevó la peor parte. Un continente tan enorme, con tanta costa, con tantas llanuras donde aterrizar ilegalmente con un avión... Al cabo de poco más de un mes, Australia pasó de estar bastante bien a quedar arrasada.

Para nosotros, en el Reino Unido, las cosas fueron distintas. Nosotros estábamos casi expresamente diseñados para sobrevivir a aquella epidemia. Un país pequeño, controlable, con una población manejable, buenas infraestructuras, sólida producción de manufacturas y alimentos, ejército potente, buena asistencia médica. Y desde la debacle del Brexit, con menos «amigos» de los que preocuparse.

Además, nuestro Gobierno había sacado lecciones extremadamente valiosas del desastre de 2020.

En teoría, podíamos cerrar nuestras fronteras, repeler a los refugiados —que ahora eran casi exclusivamente gente rica de clase alta que intentaba amarrar sus superyates en nuestras costas— y sobrevivir por nuestra cuenta de forma indefinida.

El 3 de noviembre de 2023, todos los que vivían en un radio de ciento sesenta kilómetros alrededor de Dover fueron despertados a las dos de la madrugada por una tremenda explosión. Sin consultar a nadie más allá de su gabinete, el primer ministro había decidido demoler el extremo británico del túnel del canal.

A las nueve de la mañana, en los escalones del número 10 de Downing Street, el primer ministro hizo una declaración que emitieron en directo todos los canales de televisión.

Nuestras fronteras estaban cerradas; policías armados patrullarían con la orden de disparar a matar a cualquiera que intentara entrar o salir del país.

Si te hallabas en el extranjero en ese momento, mala suerte, deberías haber vuelto antes.

Todos los colegios y negocios cerraron de inmediato, y se decretó un toque de queda desde las siete de la tarde hasta las seis de la mañana. Nos ordenaron que nos quedáramos en casa. El personal del Servicio Nacional de Salud sería trasladado al trabajo por la policía. Los militares se encargarían de abastecer las tiendas de alimentación y garantizar que la distribución de comida fuese equitativa. La policía patrullaría para asegurarse de que todo el mundo permanecía a salvo.

Decían que no había motivo para dejarse llevar por el pánico.

No había apenas protestas o quejas. A nadie le importaba la libertad o los compatriotas en el extranjero cuando existía la posibilidad real de ver morir a tu hijo de cinco años entre grandes dolores.

Y no deberían haberse molestado en recurrir al ejército o a la policía. Nadie quería salir. Nadie quería abandonar la seguridad de su hogar.

La gente se quedaba en casa, abrazada a sus seres queridos, mirando imágenes terribles por la

tele y dando gracias a Dios por vivir en nuestra pequeña isla.

El Gobierno se dio prisa en tomar el control de aquel nuevo mundo de restricciones en el que nos encontrábamos.

Habían anunciado que seguirían controlando por el momento la distribución de comida y que estaban elaborando un plan para aumentar la producción y ofrecer a los ciudadanos la oportunidad de ser autosuficientes. Aún no habían explicado con detalle qué quería decir esto. Todas las tiendas *online* estaban cerradas: no había envíos a domicilio de Amazon, de eBay o de los supermercados. Se rumoreaba que los mayores almacenes de distribución estaban custodiados por soldados armados.

Todos los canales comerciales de televisión habían interrumpido sus emisiones (cosa comprensible) y el Gobierno dirigía ahora la BBC1 y la BBC2, los únicos canales que aún funcionaban. La programación normal había sido suprimida y ambos canales emitían boletines de información aprobados por el Gobierno, combinados con interminables programas de naturaleza y reposiciones de series de humor: nada como la voz calmada de David Attenborough o unos episodios de la serie *The Vicar of Dibley* para ayudarte a olvidar tu inminente final.

Internet seguía funcionando, aunque despacio. Twitter se había paralizado el día que fue destruido el túnel del canal. Nos aseguraron que era solo una coincidencia. Quienes colgaban opiniones e historias negativas o «polémicas» en Facebook, e incluso en su propia web, descubrían que sus perfiles y sus páginas desaparecían sin previo aviso.

La gente temía que aquello fuera solo una muestra del mundo restrictivo que se avecinaba. Lo cual, por supuesto, resultó ser el menor de nuestros problemas.

Catorce días después de que nos aisláramos del mundo no había aún ningún caso de 6DM en el Reino Unido, y los empresarios estaban cada vez más inquietos ante la idea de seguir pagando a unos empleados que permanecían en casa preguntándose cuándo, y cómo, empezar a almacenar comida.

El Gobierno no había anunciado ningún proceso de pagos anticipados y, como el dinero aún conservaba su valor, los empleados, los patronos y algunos miembros del gabinete estaban deseando que todo el mundo volviera al trabajo.

Provisionalmente, retornó una apariencia de normalidad. Las tiendas volvieron a abrir (pero con restricciones de compra: nadie podría acaparar papel higiénico esta vez), el transporte funcionaba de nuevo y la mayoría volvió al trabajo.

La gente retomó rápidamente las rutinas de la pandemia: las mascarillas y la distancia social se convirtieron en norma sin necesidad de ninguna instrucción o directriz por parte del Gobierno.

Pronto quedó muy claro que íbamos a experimentar grandes cambios en nuestro estilo de vida, ahora que estábamos literalmente aislados del resto del mundo.

Para empezar, solo podíamos comer lo que nosotros cultivábamos y producíamos. Así que era fácil encontrar pan, leche, carnes, tubérculos y huevos; en cambio, el precio del azúcar, la fruta, la verdura y las especias se disparó inmediatamente.

Hubo conatos de graves disturbios cuando el público descubrió que actualmente solo había una plantación de té en todo el Reino Unido, pero el Gobierno se apresuró a sofocar las revueltas asegurándonos que había suficientes reservas para aguantar hasta que plantáramos y cosecháramos más.

Para que conste, incluso con las restricciones de compra en vigor, no creo que haya habido en ningún momento escasez de comida ni de agua; ni tan siquiera de papel higiénico.

El 6DM te quita de inmediato el apetito y luego te quita rápidamente la vida, así que a principios de diciembre ya no hubo necesidad de prolongar los suministros a la población.

Yo volví al trabajo el 19 de noviembre.

Durante la primera hora en la oficina supe que al cabo de un par de semanas estaría buscando otro empleo, y que ese nuevo empleo sería un trabajo manual, mucho más duro y mucho peor pagado.

Tal vez la economía no estuviera todavía del todo muerta, pero la mayoría de las industrias que la sostenían pronto habrían de estarlo.

Yo trabajaba en una compañía reaseguradora, en el equipo de Nuevos Negocios. Nuestra compañía se dedicaba a asegurar a otras compañías de seguros, en concreto a las que aseguraban grandes buques: barcos de mercancías, ferris y cruceros. Ahora, todos ellos permanecían amarrados en los muelles, o bien vacíos, o bien repletos de muertos.

Entré en la oficina y la encontré llena de gente mirando las pantallas de sus ordenadores, pero sin nada que hacer.

Encendí el ordenador, abrí el correo... y no había nada. Ni respuestas de estoy-fuera-de-la-oficina a los mensajes enviados hacía quince días, ni reclamaciones de trámites atrasados, ni siquiera peticiones de ayuda o apoyo. Ninguno de nuestros clientes internacionales se ponía al teléfono. Nuestros clientes británicos eran totalmente sinceros: nadie asegura nada cuando tal vez ni siquiera el dinero exista dentro de una semana.

Uno de los directores de la compañía pronunció un discurso de consolación ante los miembros del equipo directivo: «Es solo un bache, podemos capear el temporal. Concentrémonos en nuestros clientes nacionales. La industria farmacéutica nos necesitará cuando lance el tratamiento. Dentro de unas semanas volveremos a la normalidad».

Mentiras en jerga corporativa.

Después de tres días limpiando los mensajes de mi bandeja de entrada, ordenando mi escritorio y «capeando el temporal», salí a almorzar (cosa que ahora era carísima) con Ginny, una de mis mejores amigas.

Ginny era la persona más fuerte y segura de sí misma que yo conocía. Había empezado a trabajar en mi compañía al mismo tiempo que yo y con el mismo salario, y ahora era jefa de personal en otra más grande y prestigiosa; un puesto que había conseguido y mantenido mientras tenía un hijo, creaba su propio grupo de *networking* para mujeres negras y dirigía un exitoso programa de *mentoring*.

Ginny no se inclinaba ante nadie, no le tenía miedo a nada.

Hasta ahora.

Normalmente nuestros almuerzos transcurrían entre risas y chismorreos sobre nuestros

colegas, mientras ella me enseñaba miles de fotos de su hija de seis meses, Radley.

Pero no aquel día.

Ella estaba dándole el pecho a la niña, así que hacía más de un año que no la veía tomarse una copa. Ese día pidió las dos botellas de vino más caras de la carta y se bebió cuatro grandes copas en la hora y media que duró el almuerzo.

Estaba muerta de miedo.

No quería hablar del trabajo ni de posibles empleos. Me dijo que, con suerte, conservaría mi puesto otra semana. Yo ya lo sabía, así que no me sorprendí. Me dijo que no habría un rescate financiero del Gobierno. De hecho, ella dudaba que hubiera Gobierno dentro de unos meses..., al menos un gobierno como los que conocíamos.

Pero no se detuvo ahí.

Empezó a hacerme preguntas sobre mis planes de supervivencia. ¿Me hacía una idea de lo poco preparada que estaba para lo que iba a ser la vida? ¿Sabía cultivar mis propios alimentos o hacerme el pan? ¿Tenía gallinas? ¿Podía ordeñar una vaca? ¿Sabía confeccionar mi propia ropa? ¿Poseía alguna destreza que pudiera aplicarse en distintos campos?

Obviamente, la respuesta a todas esas preguntas era no.

Yo vivía con mi marido, James, en un piso del centro de Londres en el que no se admitían mascotas, así que las gallinas y las vacas estaban totalmente descartadas. No teníamos jardín, solo el alféizar de una ventana con una planta medio muerta y una maceta de hierbas; a menos que eso contara como cultivo de alimentos, tampoco en este punto estábamos de suerte. Por lo demás, como millones de personas, yo disponía de dinero, pero no de tiempo, o sea, que mi comida, mi ropa y todo lo que necesitaba procedía de personas con muchos menos recursos.

Ginny me dijo que muy pronto el dinero no tendría valor. Que viviríamos en un mundo donde sobrevivirían los más aptos: te agenciarías lo que pudieras para ti y los tuyos y mendigarías, robarías o tomarías prestado lo demás.

Ginny me dijo que debía conseguir una pistola.

Yo me reí. Ella no.

Guardó el vino que sobró en una botella de plástico y me dijo que estaba almacenando comida, agua y medicinas desde que se había descubierto el primer caso de 6DM en Andover. Su marido, Alex, tenía familia en Yorkshire, en mitad de la nada, y pensaban irse allí al cabo de tres días.

Habían comprado dos pistolas para llevárselas consigo.

Cuando aquella noche le hablé sobre mi almuerzo, James se rio y dijo que Ginny no sobreviviría tan lejos de Selfridges. Me aseguró que estaríamos bien, que él cuidaría de nosotros como siempre había hecho.

Pero más tarde vi cómo examinaba nuestro piso con una nueva mirada, tal como yo había estado haciendo desde que había llegado a casa y, al mirar su teléfono después, descubrí que había buscado en Google «cultivo fácil de vegetales».

Al final, por supuesto, las calamitosas predicciones de Ginny no tuvieron tiempo de hacerse realidad. No hubo tiempo para que la economía se paralizara por completo, ni para que el Gobierno se colapsara; no hubo margen para empezar a cultivar tus propios alimentos ni

necesidad de comprar una pistola.

Ginny y su familia están entre los centenares de personas sobre cuyo destino no sé nada.

Me gustaría pensar que llegó a esos páramos de Yorkshire. Pero estoy prácticamente segura de que no fue así.

24 de noviembre de 2023

Gran Bretaña sufrió el primer caso registrado de 6DM el 24 de noviembre.

No llegamos a saber si alguien con el virus había logrado colarse en el país o si el período de incubación era más largo de lo que creíamos y había estado aquí todo el tiempo.

Inmediatamente, Escocia y Gales intentaron separarse del Reino Unido por todos los medios posibles. Gales voló los puentes del río Severn —nadie sabía de dónde habían sacado semejante arsenal de destrucción— y Escocia cerró y sometió a vigilancia todas las carreteras que cruzaban sus fronteras.

Pero, por supuesto, era demasiado tarde.

Yo estaba en el trabajo cuando informaron del primero caso.

Era jueves, y para entonces ya nos habían dicho que ese viernes sería nuestro último día en la compañía. La mayoría de la gente se había quedado para ganar el máximo dinero posible, pero una cuarta parte del personal no se había molestado en volver una vez que recibió la noticia.

Ya había indicios de que el panorama apocalíptico de Ginny iba a hacerse realidad: los precios de los alimentos no dejaban de subir y en la mayoría de las gasolineras había rótulos anunciando que los tanques de almacenamiento estaban vacíos.

Yo no había seguido en la oficina por el dinero (estaba convencida de que pronto carecería de valor), sino porque pretendía aplazar lo inevitable. Intentaba postergar el momento en el que esa pequeña vida confortable que me había construido quedaría completamente obsoleta.

Hacia las tres de la tarde del 24 de noviembre, la directora de Nuevos Negocios abrió la puerta de su despacho y se plantó en el umbral. Creo que al principio solo se dieron cuenta un par de personas; pero luego, uno a uno, los ochenta y siete empleados presentes en la enorme sala percibieron el opresivo silencio que se iba haciendo a su alrededor y levantaron la vista.

Vimos su palidez, su boca entreabierta y su expresión desolada, y todos comprendimos en el acto.

Un par de personas se levantó de golpe y se fue directamente. El resto aguardamos lo inevitable.

—Deberíais ir todos a casa.

Nadie le pidió que aclarase sus palabras.

La oficina se dividió en dos categorías. Los que tenían familia se plantaron en la puerta en cuestión de segundos. Aquellos que, como yo, no tenían hijos o, en algunos casos, no tenían a

nadie, se entretuvieron sin saber qué hacer.

No era la misma sensación que en 2020. Esto parecía una especie de final. Esta vez sabíamos que, cuando todo cerrara, no volvería a abrir.

Creo que fue George quien lo propuso primero, aunque no estoy segura.

En todo caso, alguien dijo: «Vamos a emborracharnos».

No recuerdo gran cosa de esa noche, francamente.

Sé que empezamos en un *pub*, luego en un bar y que al final fuimos a un club a bailar. Ahí es donde las cosas se volvieron un poco borrosas.

Sé que en un momento dado iba a volverme a casa, pero que me convencieron con mucha facilidad para que siguiera y fuéramos a otro club.

Después todo se volvió aún más borroso hasta que me desplomé en la cama hacia las cuatro y media de la mañana.

¿No es raro que los *pubs*, los bares y los clubs siguieran abiertos? ¿No es raro que saliéramos y nos emborracháramos en vez de volver y encerrarnos en casa?

Sí, lo es.

Pero la ciudad era una locura aquella noche.

No es que diera la impresión de que medio Londres había salido a emborracharse, follar y acabar hecho polvo; es que medio Londres había salido a emborracharse, follar y acabar hecho polvo.

Esta vez no se acabaría el confinamiento.

La gente era consciente de que aquel sería nuestro último cartucho de humanidad, nuestra última noche de libertad.

Y en un auténtico modo relámpago íbamos a hacer todo lo posible —británicamente hablando— para celebrar la ocasión con cerveza, vómitos y otros fluidos corporales.

El 25 de noviembre me desperté a las 11:30 de la mañana con 6DM.

Vale, no, no tenía el 6DM, pero lo que sentía se acercaba mucho.

Resultó ser una resaca de tres días.

Apenas pude levantarme de la cama durante las primeras cuarenta y ocho horas. Estaba expulsando violentamente el contenido de mi estómago por ambos extremos del tracto digestivo, y los sesos se me salían por los ojos y los oídos al ritmo de un martilleo regular —*bum, bum, bum*— en mi cabeza.

La muerte habría sido una dulce bendición.

Pero al tercer día ya pude abrir de nuevo los ojos, y al cuarto me sentí repentinamente mejor, muerta de hambre y con unas ganas tremendas de comer pollo en cualquier forma posible.

Me avergüenzo al recordar ahora aquellos tres días. No por la resaca, sino por lo que significaron para James. Tal vez las cosas habrían resultado de otro modo si yo hubiera sido capaz de levantarme de la cama.

Tal vez no.

En todo caso, cuando me hube duchado y cepillado los dientes, y estaba sonrosada, alegre y con un reguero de salsa de pollo en la barbilla, el mundo tal como lo conocía había cambiado.

Finales de noviembre de 2023

La mejor manera de resumir las últimas dos semanas de civilización es siguiendo los titulares de prensa:

22 de noviembre de 2023: «Debemos mantenernos firmes: el Reino Unido sigue repeliendo a los refugiados. Mantengamos al país libre de 6DM».

24 de noviembre de 2023: «primer caso registrado de 6dm. PERMANEZCAN EN SUS CASAS. EVITEN TODO CONTACTO CON OTRAS PERSONAS».

27 de noviembre de 2023: «El Gobierno está cerca de desarrollar un tratamiento para el 6DM mientras la cifra registrada de casos rebasa los 2,6 millones».

29 de noviembre de 2023: «Padres indignados al saber que el Gobierno reconoce que no hay cura para el 6DM y que ofrece a cambio la “píldora de la muerte”. T600».

1 de diciembre de 2023: «Dadnos T600 —claman los padres, angustiados—. Nuestros hijos se mueren con terribles dolores».

2 de diciembre de 2023: «Las afligidas familias reciben la noticia de que los cuerpos deben incinerarse en fosas comunes mientras el número de víctimas alcanza los 22 millones».

3 de diciembre de 2023: «Dios salve a la Reina... y a todos nosotros».

Esa fue la última vez que salió publicada en un periódico.

El 1 diciembre el Gobierno puso el T600 a disposición del público sin receta médica. El T600 era rápido e indoloro. Un par de píldoras y luego un sueño profundo y la muerte. En un principio se suponía que se iría distribuyendo a medida que se necesitara, pero a los

dos días las necesidades superaron las expectativas, y los farmacéuticos tenían otras cosas de que ocuparse, así que dejaron cajas en los mostradores y en la entrada para que la gente se sirviera ella misma.

Una de las únicas cosas positivas de la última semana es que nadie abusó ni intentó aprovechar la ocasión con el T600. Nadie acaparó cajas o robó píldoras para venderlas. Cuando yo fui a buscar las mías, aún quedaban muchas y la gente solo se llevaba un blister o dos, según sus necesidades. Tal vez haya sido porque todo el mundo estaba demasiado enfermo para aprovecharse, pero confío en que no fuera así. Daba la sensación de que era una decisión consciente; y un tipo de decisión que en otras circunstancias me habría hecho creer que aún había esperanzas para el futuro de la humanidad.

Suponiendo que hubiéramos tenido futuro, claro.

Según parece, un cuarto de la población vio la noticia el 24, hizo acopio de todo lo que pudo, se encerró en su casa y no volvió a aparecer. Nosotros creemos que eso fue lo que hicieron en el undécimo piso de nuestra planta. Durante unos días los oímos moverse normalmente, poner la radio, la tele, trajar en la cocina e incluso reírse. Pocos días después escuchamos un largo y penoso alarido. Luego silencio durante un par de días y finalmente empezaron a oírse gemidos. Nosotros estábamos en la última planta del edificio, así que no teníamos pisos por encima ni por el otro lado, pero a medida que el volumen y la regularidad de los gemidos del undécimo piso aumentaron, captamos también ruidos similares procedentes de otros pisos por debajo del nuestro, así que dejamos encendida la música o la tele todo el rato.

Los que no se confinaron en su casa se volvieron como fantasmas. La gente ya no andaba por la calle: corría disparada o se movía a toda prisa de aquí para allá, con la cabeza gacha, evitando el contacto físico e incluso visual con los demás.

En 2020 nos habían explicado que dos metros era una distancia segura, pero eso se había ampliado ahora a tres e incluso cuatro metros. Si te acercabas más, la gente se enfurecía, gritaba y se alejaba rápidamente. Esta vez nadie se arriesgaba. Todo el mundo llevaba una mascarilla de algún tipo: algunos, las oficiales; otros se las arreglaban con máscaras de gas o máscaras antipolvo; hasta un pañuelo sobre la nariz y la boca era mejor que nada. La mayoría iba con trajes de bioterrorismo o monos antipolvo, o con algo similar confeccionado en plan casero con plástico, incluso con bolsas de basura encasquetadas sin más.

Era absurdo, en realidad; sin saber cómo se transmitía el virus era imposible protegerse contra él. Por lo poco que sabíamos, igual resultaba que lo transmitían los plásticos o la tela.

Mientras yo había estado acostada o vomitando, James se dedicó a aprovisionarse pensando en nuestro futuro.

Nosotros no teníamos coche, así que cogió las dos maletas guardadas en lo alto del armario y salió de compras.

Bueno, digo de «compras», pero en realidad salió a saquear educadamente.

A la mañana siguiente de la llegada del 6DM, mientras yo me acostaba, James se levantó y se fue al súper del barrio. Eran las seis y el establecimiento abría a las siete. Ya había unas cincuenta personas allí, plantadas en silencio y separadas por tres metros, bajo la llovizna

incesante que el sistema meteorológico británico produce con tanta eficacia.

Nadie fue a abrir la tienda.

Hacia las ocho, la inquietud empezó a cundir en la cola, que ahora estaba compuesta al menos por cien personas.

Una mujer desaliñada envuelta en bolsas de basura negras se acercó al principio de la cola, suscitando un murmullo de protesta entre los que esperaban. Miró el cartel de «cerrado» y después, con mucha calma, sacó un ladrillo de su bolsa de la compra y lo arrojó contra las puertas de cristal, haciéndolas añicos. Sorteó delicadamente las esquirlas esparcidas por el suelo y cogió una cesta.

James dijo que la gente se quedó parada quizá cinco segundos y que luego fue entrando correctamente en el orden de la cola. Dijo que no hubo empujones, ni violencia; que todo el mundo mantuvo las distancias y que incluso se produjo alguna charla educada.

Todo tremendamente británico.

James estuvo en cinco tiendas aquella mañana. En dos ya habían forzado la entrada; en otras dos habían dejado las puertas abiertas. La última no había sido saqueada todavía, así que el propio James rompió los cristales.

Me dijo que primero se había sentido eufórico y luego aterrorizado por la idea de que fueran a detenerlo; de ahí que volviera después directamente a casa.

James sacó del congelador los helados, las bandejas de cubitos y el jengibre congelado que nunca me había decidido a usar, y lo llenó de leche, pan, queso, fruta y verdura. Consiguió latas de alubias, paquetes de arroz y de pasta, velas, cerillas y unos enormes recipientes de plástico para almacenar agua.

Y sí, también papel higiénico.

Nos había aprovisionado con todo lo necesario para sobrevivir cuando la sociedad se desmoronase por completo.

Había cuidado de nosotros.

Mientras yo permanecía tres días en la cama, él había salido una y otra vez con la única protección de una máscara de tela.

Se había ocupado de mí y, como siempre, había logrado que las cosas resultaran mejor.

Tal como había venido haciendo desde el principio de nuestra relación.

A James lo conocí cuando yo aún trabajaba de periodista.

Bueno, periodista..., trabajaba en un puesto muy secundario para un periódico musical de ámbito nacional, informando sobre las actuaciones y entrevistando a los grupos en los que nadie más estaba muy interesado, de modo que no hacía falta investigar mucho ni infiltrarse clandestinamente.

Me había agenciado ese trabajo a finales de la década de 2000, en un momento en que la prensa musical británica estaba resistiendo mal que bien y aún producía beneficios y generaba empleos. Yo era joven, rubia (más o menos), mona (más o menos) y pija (más o menos), y había escrito un par de reseñas para el periódico de mi universidad, que casualmente fueron leídas por el hermano de alguien que trabajaba en un periódico nacional. Con eso bastó.

Me pusieron a prueba encargándome la reseña de una actuación de The Pain Beneath que

tenía lugar en un reducido local de Windsor. Yo no tenía dinero para pagarme el taxi y la entrada, así que me hice pasar por una ayudante para colarme. Lo divertido vino después. Escribí un artículo de quinientas palabras de las que tan solo veinticinco estaban dedicadas al grupo. («Eran buenos, pero deberían levantar la vista del suelo y mirar al público de vez en cuando. Me gustó sobre todo la canción del sombrero»). Al periódico le encantó. Terminé la universidad y pasé directamente a trabajar con ellos a tiempo completo.

Y así fue como pasé los siguientes cuatro años de mi vida.

Yo no era la mejor redactora precisamente y nunca lograba ir más allá de la superficie, de las excentricidades de las giras y de las historias de los orígenes (de ahí que ocupara aún un puesto muy secundario al cabo de cuatro años), pero caía bien a los grupos y a la gente que se ocupaba de ellos. Era educada y simpática (pero no tan simpática como para acostarme con todo el mundo o para llegar a hacerme pesada), bebía (pero no tanto como para ser una carga), no tomaba drogas (pero no juzgaba a quienes lo hacían) y mis entrevistas podía resultar punzantes, pero nunca malignas. Corrí mundo, dormí en hoteles, villas, mansiones, autobuses de gira y, al principio, un par de veces en el suelo. Bebía alcohol de la mejor calidad y saboreaba comida de primera.

Empleaba mi tiempo libre en escribir mi primera novela, basada vagamente en mis experiencias: era la historia de una joven que se enamora de una estrella de *rock*, pero descubre enseguida que una vida de lujo bajo los focos no es lo que ella suponía. Era una novela divertida, llena de detalles interesantes sacados de mis andanzas con los grupos, y contaba con una protagonista femenina fuerte. Yo estaba convencida de que pronto podría añadir «novelista» a mi currículum.

Aquellos cuatro años estuvieron libres de preocupaciones y compromisos. Yo no tenía coche ni poseía nada que no cupiera en una maleta, y ninguna de mis relaciones duraba más allá de unas semanas porque siempre estaba demasiado ocupada con mi siguiente encargo. No me importaba; me sentía completamente feliz con mi pequeño mundo carente de compromisos e inquietudes.

Pero cuando la década llegó a su fin, las cosas empezaron a cambiar. El poder femenino había llegado aquí para quedarse, y empezaba a emerger una nueva oleada de escritoras. Escritoras con ideas y con voces singulares. Yo entonces tenía veinticinco años, o sea, era lo bastante mayor como para empezar a tener mis propias opiniones, y mi estilo punzante e irreverente no bastaba: la gente quería saber qué pensaba de cuestiones más generales, y no solo cuál era el grupo famoso que estaba a punto de implosionar.

Cada vez era más consciente de la presencia de mujeres que escribían artículos potentes sobre género y sexismo, y sobre lo que implicaba ser mujer en el mundo moderno. Por supuesto, siempre había habido mujeres que publicaban este tipo de artículos, sin embargo, ahora sentía que yo también debería escribirlos. ¿Cuáles eran mis opiniones políticas? ¿Por qué me ponía maquillaje? ¿Llevaba faldas porque quería, o porque era lo que se esperaba de mí?

No tenía respuesta para ninguna de aquellas preguntas. Si no sabía ni cambiar un enchufe, menos iba a saber si podía llevar pintalabios y seguir siendo feminista. Sentía un impulso acuciante de definir quién era yo y de ponerlo por escrito. Pero no estaba preparada para ese tipo de compromiso. No estaba preparada para un compromiso de ningún tipo.

En la misma época en la que empezaba a reconocer una falta de auténtico fundamento en mis

artículos, y tal vez en mí misma, mi novela era rechazada exactamente por el mismo motivo por todos los agentes literarios de Londres. Les «encantaba el ambiente», decían que describía «con vivido detalle los entresijos de la vida en la carretera», pero también pensaban (literalmente) que «el personaje central carece de sustancia» y que «parece vagar a lo largo de la novela sin hacer su propio recorrido emocional». Una carta de rechazo particularmente memorable especificaba: «Ella no aprende nada sobre sí misma en la novela».

Eran educados, pero tajantes: todos y cada uno se negaban a representarme.

Al cabo de un par de meses mi mundo cómodo y despreocupado comenzó a desmoronarse. Yo no contaba con un mecanismo para hacer frente a lo que me estaba pasando, a las emociones contradictorias y a las dudas recién surgidas que me acosaban. Hasta ese momento, nunca había tenido que reflexionar sobre el propósito de mi vida o de mi escritura. No creo que supiera realmente cómo hacerlo.

Lo que debería haber hecho era ponerme a pensar seriamente sobre lo que quería decir, sobre las cosas acerca de las cuales deseaba escribir. Tendría que haber reflexionado sobre mí misma, sobre mi propio recorrido, y haber escrito precisamente acerca del hecho de no estar preparada para definirme, acerca de la presión que sentía para expresar quién era antes de saberlo siquiera. Debería haberme dado cuenta de que yo no era la única que no sentía que tuviera todas las respuestas a los veinticinco años. Pero no hice nada de esto.

Al contrario, empecé a dudar de mí misma y de todas las decisiones que había tomado. Sin duda, había corrido mundo y vivido cosas que la gente se limitaba a leer (en mis artículos), pero nunca había pagado un alquiler propiamente dicho ni había comprado una licencia de televisión. Había pasado del hogar de mi infancia a las aulas de la universidad y luego había vuelto a casa de mis padres. Seguramente debería haberme mudado, pero ¿qué sentido tenía cuando apenas paraba allí?

Yo siempre había pensado que era fuerte e independiente. Siempre había estado satisfecha de lo que era y no había necesitado la aprobación de los demás. No me hacía falta una manada de amigas para comentar mis últimas compras o conquistas. No me prodigaba en Facebook, en Instagram ni en Twitter; no colgaba nada para cosechar comentarios positivos.

Pero ahora me preguntaba si todo aquello era una elección. ¿Era una mujer sola e independiente porque quería o porque no tenía otra alternativa?

Empecé a examinar las cuentas de Facebook de otras personas. Gente que había conocido en el colegio y la universidad ya estaba sentando la cabeza, casándose y teniendo hijos. Ejercían de damas de honor y organizaban fiestas premamá. Mi mejor y casi único amigo era gay y no creía en el matrimonio ni en los niños, así que no era probable que nadie me llamara próximamente para desempeñar ese tipo de tareas.

Empecé a dormir mal, bebía más y sentía un nudo de temor constante en el estómago.

Sabía que quería cambiar mi vida, pero estaba demasiado paralizada por la indecisión para saber qué debía hacer primero.

Bastaron tres meses para que el nudo de temor diera paso a ataques de pánico moderados; y otros dos meses para que esos ataques de pánico me desgastaran hasta el punto de pensar que iba a tener que explicarle a alguien que me costaba salir de mi habitación por la mañana.

Y entonces, en mi oscuro y extraño mundo, apareció James.

Él era el nuevo jefe de Publicidad del periódico musical y se convirtió en el chico de oro de

la oficina en cuestión de una semana. Atractivo, pero no inasequible, divertido en un sentido sarcástico y despreocupado que traslucía un carácter seguro, pero también totalmente autocrítico; brillante en su trabajo, pero no hasta el punto de poner en evidencia a los demás empleados; en buena sintonía con los jefes, pero no tanto como para no poder burlarse de ellos.

Era diez años mayor que yo, venía a encarnar todo lo que yo no era y tenía todo lo que yo no tenía: una carrera, una casa, un coche y una lavadora que al parecer no paraba de estropearse. Hablaba de planes de vida a largo plazo, de trayectorias profesionales, de ahorrar para el depósito de una hipoteca, de vacaciones veraniegas de dos semanas en lugares que costaban la mitad de mi sueldo anual. También tenía una novia desde hacía mucho con la que convivía y que estaba esperando una propuesta de matrimonio, pero yo preferí pasar por encima de ese apartado de su vida.

Su mundo sólido y adulto hacía que el mío pareciera aún más transitorio y precario. ¿Qué estaba haciendo yo con mi vida? Si alguien tenía la respuesta, ese era James.

Sin reconocerlo siquiera ante mí misma, él se convirtió para mí en el motivo para salir de casa cada día. Al menos durante los días laborables.

James venía a ser el equilibrio en mi caos, un núcleo tranquilizador de normalidad y rutina.

Descubrimos que tomábamos el mismo tren para ir a la oficina y empezamos a sentarnos juntos.

Fue en esos trayectos en tren donde nos enamoramos.

Apretujados durante cuarenta y cinco minutos, hablábamos de todo: del pasado, el presente y el futuro. Comparábamos nuestras experiencias: la infancia, el colegio, el primer desengaño amoroso, nuestros empleos, nuestro hogar ideal. Hablábamos del trabajo también; él quería cambiar y hacer algo más creativo. Yo le hablé de mi novela rechazada, algo que no les había contado a mis padres.

No teníamos absolutamente nada en común. James había empezado a trabajar a los dieciséis años, quería ascender profesionalmente y luego hacer una inversión inmobiliaria. Yo, obviamente, aún vivía con mis padres, había aterrizado en mi único empleo por pura casualidad y me gastaba todo el dinero que me sobraba en salir y viajar.

Pero, de algún modo, la cosa funcionó. Funcionamos.

Memoricé cada detalle de su persona. La longitud de sus pestañas y las arrugas que se formaban en las comisuras de sus ojos cuando sonreía. Los reflejos del sol en los mechones rojizos de su pelo y las pinceladas grises de sus patillas. La barba incipiente que se le veía los miércoles antes de volverse a afeitar los jueves. El bronceado con el que volvía después de sus vacaciones de dos semanas. Su olor por las mañanas, recién salido de la ducha, con la fragancia intensa y cítrica de la loción de afeitado. Su olor en el trayecto de vuelta, con un leve toque a sudor: el residuo de la oficina todavía en su piel. El calor que desprendía cuando nos sentábamos tan apretujados.

Yo vivía pendiente de nuestros trayectos en tren. Como James subía tres paradas después de la mía, le reservaba el asiento contiguo, disculpándome frenéticamente ante la gente que intentaba ocuparlo. A veces alguna persona se sentaba pese a mis protestas; a veces él no subía a mi vagón; a veces tomaba otro tren. Esos eran días negros. Pero, cuando él se sentaba a mi lado,

hacía que me sintiera mejor. Conseguía que el nudo de mi estómago se aflojara y que la niebla se disipara un poco. Cuando estaba con él, no tenía que pensar en mí porque estaba demasiado ocupada pensando en él. Cuando estaba con él, me sentía bien. Normal. Segura.

Como ya he dicho, James hizo desde el principio que las cosas fueran mejor.

Me hizo sentir mejor.

¿Por qué James pilló el 6DM y yo no?

¿Fue porque él salió durante aquellos tres días? ¿Tal vez yo escapé por los pelos de alguna extraña ventana de contagio? ¿Acaso lo teníamos los dos, pero los asquerosos síntomas de mi resaca lo habían expulsado de mi cuerpo? ¿Si los médicos hubieran provocado vómitos intensos en las primeras fases de la infección, podrían haberla purgado de todos los enfermos?

Tal vez yo sea una anomalía extrema, la única persona del mundo con inmunidad frente al virus. Tal vez sea, de hecho, la cura de la enfermedad.

Quién sabe.

James estornudó el 3 de diciembre a las 04:36 de la mañana y yo comprendí que iba a morirse.

3 de diciembre de 2023

Odio los relojes.

Odio los números parpadeantes y el fulgor constante de las esferas digitales; esa omnipresencia terrorífica, el tictac constante de los relojes de péndulo; la alarma estridente que siempre interrumpe tus sueños en el mejor momento; el permanente recordatorio de que los relojes observan cómo se consume tu vida lentamente, segundo a segundo.

No soporto que estén por toda la casa. Pero lo peor es en el dormitorio. Es como tener al guardián de una cárcel al lado de la cama: ahora acuéstate, ahora levántate, ahora termina de maquillarte, no pases demasiado tiempo en el baño, duérmete en los próximos nueve minutos o no disfrutarás de las ocho horas de reposo recomendadas.

A James le obsesionaba la puntualidad, y le gustaba adelantar diez minutos todos los relojes de la casa para contar con un margen extra. Así pues, el 3 de diciembre el reloj marcaba de hecho las 04:46 de la mañana, pero yo resté diez minutos automáticamente y esa era la hora: las 04:36.

El estornudo.

Ambos dimos un respingo y nos quedamos rígidos; luego yo hice todo un despliegue como relajándome y fingiendo dormir.

Nunca he odiado tanto un reloj como odié aquel demonio de neón, y la eternidad que tardó en recorrer las siguientes tres horas que debían pasar antes de que pudiera levantarme sin despertar suspicacias.

Incluso las 07:30 era temprano para mí, pero para entonces James ya llevaba casi dos horas levantado y no fui capaz de esperar más.

Me detuve ante la puerta de la sala de estar y recompuse mi semblante para adoptar una expresión normal y anodina de primera hora de la mañana.

Abrir aquella puerta fue el paso más aterrador que he dado en mi vida.

Él alzó la mirada y me dirigió una sonrisa radiante.

—Me parece que tengo un resfriado. Debe de ser porque salí sin el abrigo.

—Te dije que te pusieras un gorro, idiota. ¿Quieres té?

Lloré en el baño. En silencio.

Luego preparé el té.

Pasamos el día en el sofá mirando películas e ignorando cuidadosamente el resfriado de James, que iba empeorando de hora en hora.

Hacia las tres de la tarde, no solo desprendía calor, sino que temblaba de forma incontrolable. Teníamos puesta *Jungla de cristal* (a él le encanta esa película y siempre le hace sentirse mejor) cuando sufrió el primer retortijón. Se contrajo del dolor, y yo le apreté la mano con tanta fuerza que dio un grito.

—¡Perdona!

Durante la última hora habíamos evitado mirarnos el uno al otro y nos habíamos concentrado en la misión de Bruce Willis, en vez de afrontar la realidad de la muerte en nuestra propia sala de estar.

—¡No me rompas la mano, encima!

Me volví y lo miré.

Tenía unos ojos enormes y aterrorizados. Parecía un niño de doce años enfermo y sudoroso. Intentó sonreír y luego rompió a llorar.

Abracé a mi marido de cuarenta y seis años mientras seguía sollozando; al hombre al que había amado y con quien había vivido durante once años; al hombre con el que había pensado que tendría hijos, envejecería y estaría toda la vida.

Y, al final, iba a estar con él toda la vida.

Solo que toda su vida, no la mía.

Las siguientes veinticuatro horas fueron las peores.

James entró en un estado delirante. Pero no hasta el punto de no notar el dolor y el sufrimiento. Se revolcaba por nuestra cama temblando, vomitando y cagando. Yo le secaba la frente, le sostenía la palangana, lo arrastraba una y otra vez al baño, cambiaba las sábanas cuando las empapaba de sudor.

Trituré todos los calmantes sin receta que pude encontrar, los disolví en agua y se los fui dando gota a gota por la comisura de la boca. Temí estar excediéndome de las dosis recomendadas y luego comprendí que seguramente ya no importaba.

A las cuatro de la tarde del 4 de diciembre se quedó dormido y yo salí en busca de ayuda.

Era la primera vez que salía de casa desde que se había desencadenado la epidemia y me quedé petrificada.

No es que lo hubiera evitado expresamente; es que no había tenido motivo para salir. James había conseguido todo lo que necesitábamos y el consejo oficial era quedarse en casa.

Me pasé casi veinte minutos pergeñando una mascarilla con un viejo pañuelo antes de comprender que no valía la pena. Ya tenía partículas del sudor, el vómito y la mierda de James en la cara y en el pelo y seguramente dentro de la nariz. Si iba a pillar el 6DM, no sería por salir de casa.

Las películas y los programas de televisión sobre el fin del mundo siempre muestran a la gente tomando las calles en masa; sublevándose, saqueando, huyendo, movilizándose contra la destrucción de la humanidad: algo muy similar a lo que había sucedido en Estados Unidos.

No fue eso lo que pasó aquí.

No se había producido un éxodo masivo de Londres, ni había un atasco de tráfico que bloqueara las calles ni estaba colapsada la M25. Nadie intentaba huir... ¿Adónde habrían ido? Eso ya lo habían intentado en Estados Unidos y no había funcionado.

El 6DM estaba por todas partes, no podías escapar.

Durante la primera media hora vagué sin rumbo por las calles, incapaz de asimilar aquel desierto en el que se había convertido Londres.

Aunque ya había vivido un confinamiento, esto resultaba diferente a primera vista, irreal, como si la población de la ciudad se hubiera trasladado a otra parte provisionalmente y fuera a volver en breve. Las luces seguían encendidas, las decoraciones navideñas todavía parpadeaban en los escaparates, los anuncios de los próximos estrenos de cine sonreían lustrosamente en las vallas publicitarias, las mesas y las sillas permanecían expectantes frente a los bares y los cafés. Era como si todo estuviera aguardando a que la gente reapareciera, igual que la otra vez.

Había muy pocas personas, todavía menos coches y ningún autobús o camión: los medios de transporte público y los vehículos de reparto habían dejado de estar operativos en cuanto había llegado el 6DM. Las únicas personas que caminaban por las calles eran como yo, gente que se escabullía a toda prisa con la mascarilla puesta y la cabeza gacha, decidida a llegar a alguna parte y volver lo antes posible.

Reinaba la calma, pero no un silencio absoluto. Quedaban los ruidos residuales de los edificios cuyos generadores funcionaban aún, de los respiraderos del metro, de los semáforos, de la música ambiental que salía de las tiendas abandonadas.

En los días anteriores habían salido en la televisión imágenes de enormes camiones del ejército trasladando cadáveres a las fosas comunes. Los camiones iban siempre acompañados por parientes desolados, ellos mismos enfermos, pero aún lo bastante vivos como para llorar por la muerte de sus seres queridos y por la injusticia que suponía aquel transporte impersonal a su último lugar de reposo. Ahora ya no se veían camiones y, cuando me paré a pensarlo, caí en la cuenta de que en las noticias no habían dado nada sobre los entierros en las últimas veinticuatro horas.

Las tiendas estaban desiertas, aunque en la mayoría quedaba género. Algunas tenían las cristalerías destrozadas o las puertas derribadas, pero otras estaban abiertas, sencillamente, lo que era una invitación para llevarte lo que quisieras. Los productos y el dinero ya no valían nada.

Me detuve ante la iglesia del barrio, en la calle mayor. En la entrada había una gran cesta repleta de pequeñas cruces de madera hechas a mano. Un rótulo al lado decía: «recuerda a tus seres queridos».

Rodeé la iglesia hasta la parte trasera. El césped y el cementerio estaban cubiertos de cruces. Algunas profusamente decoradas, con tiernas inscripciones; otras, con los nombres garabateados con bolígrafo. Algunas tenían un solo nombre; otras, tres o cuatro. En una de ellas había dieciséis nombres, con edades que iban de los siete meses a los ochenta y dos años: o sea, una familia entera de cuatro generaciones. Había cientos, quizá miles de cruces; cada una colocada por alguien que había visto morir a sus allegados y que ahora debía estar muriéndose también.

Me quedé paralizada de horror ante aquel cementerio improvisado hasta que oí una tos muy cerca. Un hombre viejo, doblado de dolor y con una cruz en la mano me miró con ojos acuosos y penetrantes. Los mocos le goteaban por la nariz.

Cometí el error de reaccionar como lo habría hecho en otro momento, antes del 6DM.

Sonreí.

—¿Usted no está enferma?

Retrocedí unos pasos, encogiéndome de hombros, sin saber qué respuesta esperaba de mí.

—¿Usted no está enferma? —repitió, alzando la voz.

Di media vuelta y me alejé de él.

¡USTED NO ESTÁ ENFERMA!

Esta vez lo gritó como una acusación y yo empecé a correr, temiendo lo que fuera a hacer a continuación, o lo que otros pudieran hacer si le oían.

Me tapé la cara con la bufanda y me mantuve pegada a la sombra de los edificios.

Fui primero a la farmacia y sentí un enorme alivio al ver que la puerta estaba abierta; así no tendría que tratar de entrar por la fuerza. Aún podías agenciarte un montón de carísimos perfumes y cremas faciales, pero los estantes de medicinas para los resfriados, la gripe y el estómago estaban vacíos. Las medicinas infantiles también habían desaparecido. Nadie se había molestado en llevarse los antibióticos: no puedes combatir en una guerra nuclear con una pistola de agua.

Los únicos calmantes que quedaban eran unas tabletas de morfina que encontré detrás del mostrador, en una caja que ya estaba destripada, así que me las llevé todas.

Aún había cajas de T600 en la entrada. No cogí ninguna.

La consulta de nuestro médico estaba cerrada. Un cartel en la puerta decía que no podían ayudar a nadie y que había T600 disponible en la farmacia del barrio.

Bastante definitivo.

Al principio creí que el hospital estaba abierto.

El aparcamiento estaba abarrotado de coches y había una cola de ambulancias frente a la entrada de urgencias. Un sanitario fumaba en la parte trasera de una de las ambulancias. Levantó la mirada cuando pasé, pero no dijo nada. Aun así, su presencia me animó y me transmitió cierta esperanza.

Las puertas automáticas de urgencias todavía funcionaban, pero en cuanto se abrieron me di cuenta de que esa pequeña esperanza era vana.

Yo nunca había olido la muerte, aunque apostarí toda mi fortuna (que es muy considerable, teniendo en cuenta que quizá sea ahora la soberana del mundo entero) a que huele exactamente como la vaharada de aire caliente que me recibió cuando las puertas se deslizaron.

Olía a vómito, a heces, a desinfectante, a gel alcohólico y (algo que nunca había olido hasta entonces, pero a lo que ahora ya me voy acostumbrando) a carne pudriéndose lentamente.

Una rápida ojeada me dijo que todos los presentes en la sala estaban muertos o muriéndose, que no había personal médico y que, si pretendía pillar el 6DM, aquel era el sitio idóneo.

Cuando ya me disponía a irme, oí en alguna parte un débil gemido que sigue atormentando mis pesadillas. Era una voz que había sido humana tratando de comunicar su dolor y su sufrimiento. Por un instante, casi creí que había ingresado en un mundo donde los muertos volverían a la vida e intentarían devorarme. Pero luego el gemido se convirtió en una tos, después en una arcada y, finalmente, en el murmullo acaso más soportable de alguien muriéndose. Me tapé los oídos con las manos y salí por las puertas al aparcamiento.

Afuera, el sanitario estaba vomitando.

Sé que debería haber regresado corriendo junto a James, pero nunca había necesitado tan desesperadamente un trago. Y, para ser sincera, no sabía si sería capaz de volver a casa para verle morir estando sobria, así que me fui a un bar.

A mi bar favorito.

No esperaba que estuviera abierto, no obstante, sí lo estaba, y había un cartel en la barra que decía: «sírvese usted mismo». Si no hubiera sido ya mi bar favorito, lo habría sido por ese detalle.

El hecho de que pareciera como si nadie hubiera bebido ni se hubiera llevado nada hablaba tan claramente de la muerte de la nación como el estado del servicio de urgencias.

Me tomé un *whisky*. Yo odio el *whisky*, pero necesitaba algo que me emborrachara directamente. Así que me tomé un *whisky* y luego una botella de cerveza. De hecho, me tomé dos *whiskies* y una botella de cerveza.

Me senté al fondo, lejos de las ventanas para que nadie me viera si pasaba por delante. Pero no pasó nadie.

Me tomé otro par de *whiskies* y otra cerveza, y luego hice una llamada. Al cabo de un rato, entró otra persona en el local.

Era obvio que también estaba muriéndose.

Más tarde, de camino a casa, paré en la farmacia y cogí dos paquetes de T600.

A la mañana siguiente, James dijo que se sentía mejor. No estaba tan caliente, ya no tenía náuseas y pudo volver al sofá. Me dijo que tenía dolor de cabeza, pero que por lo demás se encontraba bien. Tomó una taza de té y se comió un plátano.

Se fue tambaleante a la ducha. Cuando salió, yo había empezado a cambiar las sábanas de la cama. Estaba agachada y él vino por detrás y restregó su erección sobre mi trasero. Yo no llevaba bragas bajo el pijama, así que me lo bajó y me penetró en cuestión de segundos. Normalmente, a mí me gustaban este tipo de sorpresas, pero aquella era la primera vez que teníamos sexo en más de seis meses, y la falta completa de preliminares, así como el hecho de que pudiera estar infectándome a través del esperma, me molestó.

Hasta que caí en la cuenta de que no me estaba haciendo el amor; estaba follándome para demostrar que podía, como si le fuera la vida en ello.

Lo cual quizá era cierto.

Así pues, fingí un orgasmo y extendí el brazo para acariciarle los testículos y ayudarle a correrse. Todo terminó en un minuto y medio, pero él pareció aun así bastante satisfecho de sí mismo.

Estaba duchándome cuando James me llamó desde la sala de estar. Acudí corriendo, desnuda y aún goteando, temiendo lo que fuera a encontrarme.

Él estaba en el sofá, señalando la pantalla de la tele.

La televisión a aquellas alturas había quedado reducida a una programación de emergencia emitida a través de todos los canales, con un informativo pregrabado de cinco minutos que se repetía a cada hora en la BBC.

Pero esto era otra cosa.

Moir Stuart se hallaba sentada en el plato, temblando y sudando. Ella se había retirado unos

años atrás, pero había vuelto al trabajo al enfermar otros presentadores.

Aquello no era una grabación. Moira aparecía en directo.

Habló con toda crudeza.

La reina y todos los miembros de la familia real estaban presumiblemente muertos o agonizando. El primer ministro había fallecido hacía dos días. No había habido contacto con el exterior desde hacía cuatro días. Cabía suponer que el mundo entero había sucumbido al 6DM y que la vida tal y como la conocíamos había dejado de existir. Ya no había equipos de emergencia ni ningún tipo de servicio funerario, así que la gente debía ocuparse de sus propios muertos del mejor modo posible. El consejo del Gobierno era que se quemaran los cuerpos. El T600 seguía disponible gratuitamente, «pero recuerden, por favor, que deben administrárselo a los niños antes de tomarlo ustedes». Hizo una pausa.

—Nadie es inmune a este virus. O sea, que si están enfermos y tienen hijos que no lo están..., piensen que acabarán enfermando también. No habrá nadie que pueda cuidarlos cuando ustedes ya no estén.

Era terriblemente claro lo que quería decir.

La voz se le quebró. Miró fijamente a la cámara.

—Este será el último boletín informativo de la BBC, pero vamos a dejar las cámaras encendidas durante todo el tiempo posible. Las puertas de la central permanecerán abiertas, con una señalización indicando dónde se encuentran los estudios. Si siguen vivos, pueden venir aquí y emitir su propia información para llegar a otras personas. Buena suerte.

Se levantó tambaleante. Cuando ya salía de detrás de la mesa, se detuvo un momento y volvió la cabeza hacia la cámara. Estaba llorando.

—Resulta que es cierto: el mundo no llega a su fin con un estallido, sino con un débil gemido.

James y yo permanecimos sentados mirando la pantalla en silencio durante las dos horas siguientes.

No apareció nadie.

Más tarde, el dolor de cabeza de James empeoró. Le di morfina y se quedó bastante ido. Estábamos intentando ver otra vez *Jungla de cristal* (la jodida *Jungla de cristal*) cuando empezó a sufrir violentos espasmos. Se cayó del sofá y se quedó totalmente rígido unos segundos; luego empezó a sacar espuma por la boca y se desmayó.

Yo permanecí boquiabierta durante todo el ataque, que duró menos de un minuto, pero pareció prolongarse eternamente.

Y mientras lo sostenía y le acariciaba el pelo, susurrándole esperanzadas trivialidades que yo sabía que eran falsas, me di cuenta de que nunca había hecho aquello: nunca había cuidado a James durante una enfermedad. No creo que él hubiera estado nunca enfermo, a decir verdad. James era una de las personas más vitales y llenas de vida que había conocido. Era fuerte, vigoroso, dinámico, y todas esas cosas que yo también había sido en su día, pero que ahora parecía haber olvidado cómo se adquirían.

James me había rescatado cuando todo mi mundo se desmoronaba, y literalmente me había salvado la vida la noche en la que nos besamos por primera vez.

Y ahora iba a morir, y yo era incapaz de salvarle.

Once años atrás, al mismo tiempo que me estaba desenamorando de mí misma y enamorándome de James, mi situación en el trabajo empezó a desmoronarse de verdad.

Había perdido por completo mi capacidad de escribir.

Estaba tan preocupada por el hecho de no tener nada importante o inteligente que decir que no se me ocurría absolutamente nada. Sufría un bloqueo mental de la peor clase; o sea, cuando no hay un bloqueo propiamente dicho porque no hay nada que bloquear y tienes la mente en blanco. Traté de convencerme a mí misma y de recomponerme: tampoco era que estuviera escribiendo para el *New Yorker* o el *Huffington Post*. «Simplemente escribe el maldito artículo», me dije. Pero no sirvió de nada, tenía la mente vacía. Incumplí tres fechas de entrega y mi editor me convocó en su despacho. ¿Quizá necesitaba un descanso? Un modo educado de decir: «Tómate un tiempo o estás despedida».

A la mañana siguiente intenté hablar de ello con James en el tren, pero él estaba distraído y distante.

Más tarde, ese mismo día, me dijo que ya no volvería a coger el tren; un compañero suyo iba a llevarlo en coche.

La única estrella constante en mi mundo en plena implosión me estaba rechazando también.

Sentí que no podía respirar.

Así que hice lo que cualquier persona madura y equilibrada habría hecho en mis circunstancias. Me dejé arrastrar por el pánico y hui.

Convencí a mi mejor amigo Xav de que necesitábamos un descanso y reservé dos billetes a Tailandia. Para una estancia de tres meses. Iba a dejar mi trabajo dentro de un par de semanas.

Se lo dije a James aquel mismo día. No sé qué me esperaba. ¿Tal vez que me suplicara que me quedase? Él apenas pareció tomar nota de lo que le había dicho.

Los siguientes quince días fueron deprimentes. Mi editor me había dado una última oportunidad para escribir una reseña de un bolo y la cosa resultó un auténtico desastre, así que me trasladó de sección para que reseñara álbumes de grupos desconocidos en la web del periódico. No le culpé. Yo estaba fatal, sumida en el pánico y las dudas, deseando marcharme y deseando quedarme, incapaz de concentrarme en nada y obligada a escuchar la peor música que había oído en años.

Apenas veía a James. Él llegaba tarde, se iba temprano y estaba seco e irritable con todo el mundo.

Caí en una profunda desesperación; no era capaz de esbozar una sonrisa siquiera y, al final, la mayoría de la gente quería perderme de vista cuanto antes.

Y entonces, un día, antes de irme a casa, James me paró en el pasillo.

—Perdona que haya estado un poco borde durante las últimas dos semanas.

Me encogí de hombros. Apenas lo oía a través de la espesa niebla que me rodeaba.

—Las cosas se han puesto un poco complicadas. He tenido que buscarme un sitio donde vivir. He dejado a Emily.

Levanté la cabeza de golpe para mirarle y enseguida volví a bajarla, aterrorizada por la posibilidad de que hubiera visto la desesperación en mis ojos.

Busqué algo que decir, pero era como si mi bloqueo de escritora estuviera afectando a todas las áreas de mi vida y, aunque abrí la boca, no salió de ella una palabra.

Entonces Rebecca se asomó desde la oficina.

—James, Rob quiere verte.

Yo habría sido capaz de echarme a llorar.

—Bueno, nos vemos mañana en tu fiesta.

Mi fiesta. Mi fiesta de despedida. Porque yo me iba.

Mierda. Me iba.

Debería haber recibido un premio de interpretación por el papel que hice durante mi fiesta. Estuve alegre y chispeante, ingeniosa, sonriente... y muriéndome por dentro.

Solo quería que terminara cuanto antes.

Tenía los sentidos tan aguzados que detectaba a James allí donde estuviera, como si mi cuerpo entero se hubiera convertido en una radiobaliza y fuera capaz de trazar sus coordenadas en cualquier momento. Mientras estábamos en la barra con un grupo de gente, él me rozó con la mano la parte baja de la espalda, y todo mi cuerpo reaccionó con un espasmo. La huella de su mano me quemaba la piel.

La velada transcurrió lentamente hasta que solo quedamos James, un tipo de contabilidad totalmente borracho que se negaba a marcharse y yo.

James me estaba esperando cuando salí del baño. Ya había recogido mi abrigo.

—Vámonos.

—¿Y Dom?

—Que se joda.

Afuera, con el aire fresco de la noche, se me pasó de golpe la borrachera y me entró la timidez.

—¿Tienes prisa? —preguntó James.

Yo meneé la cabeza.

—Entonces caminemos.

Así que caminamos. Yo hundí las manos en los bolsillos del abrigo, porque no podía fiarme de que no fueran a deslizarse hacia él si las dejaba sueltas.

Vagabundeamos por las callejuelas de Londres durante más de una hora y él no hizo ningún intento de besarme. Mi júbilo se convirtió en desesperación. Yo me iría a Tailandia al día siguiente y nunca tendría la oportunidad de besar a ese hombre del que estaba perdidamente enamorada: un hombre que yo creía realmente que podía ser mi futuro y salvarme...

—¡CUIDADO!

Estaba tan abismada en mis pensamientos que no me había percatado del enorme camión de basura que venía por la calleja hacia nosotros.

James me sujetó y me empujó contra la pared, apretujándome con su cuerpo. El camión pasó de largo escorándose y no le dio por unos centímetros.

El corazón me martilleaba del susto y mi mente se había llenado de imágenes de una muerte apestosa, así que tardé un momento en registrar la presencia de su cuerpo contra el mío. Sentí su calor a través de la ropa, su aliento cálido en la mejilla. Me puso un dedo bajo la barbilla y me alzó la cara para que quedara a la altura de la suya.

Entonces me besó.

¿Hay algo mejor en la vida que alguien que realmente sepa besar? Ese momento cuando besas por primera vez a alguien a quien has deseado besar durante una eternidad y descubres que vuestras bocas están hechas la una para la otra. Que esos labios encajan con los tuyos a la perfección, que esa lengua tiene el tamaño idóneo y que el otro sabe cómo usarla. No metiéndotela hasta la garganta, sino jugueteando, introduciéndose de pronto y lamiendo el interior de tu boca de un modo que resulta tan erótico que te flaquean las rodillas, te falta el aliento y gimes de placer. Y cada vez que jadeas para tomar aire, respiras el aliento de esa otra persona, como si consumieras su mismísima esencia. Y luego está cómo utiliza las manos para complementar el beso, sujetando tu cara, acariciándote el pelo, ahora justo en ese punto del final de tu espalda donde se reúnen todas las terminaciones nerviosas, y después deslizándose hacia tu trasero hasta que notas que te enciendes y todo tu mundo es ese beso y estás tan completamente absorta que ya no percibes nada más.

Fue un primer beso perfecto. El beso más perfecto de toda mi vida.

James volvió en sí al cabo de veinte minutos, desorientado y llorando otra vez. Estaba muy asustado y se aferró a mí cuando intenté levantarme para ir a buscar una manta. Al final, conseguí arrastrarlo al dormitorio y meterlo en la cama. Él gemía, quejándose del dolor de cabeza. Yo no quería darle más morfina, por si era eso lo que había provocado las convulsiones, pero al final no soporté ver cómo sufría y le di otra tableta. Se quedó dormido de inmediato.

Me tumbé a su lado y lloré en silencio.

Lloré por James, porque sufría y se estaba muriendo. Y lloré por mí, porque estaba asustada de un modo egoísta y no quería quedarme sola en este nuevo mundo terrorífico.

Cuando despertó de nuevo parecía que le costara moverse, así que lo incorporé y lo apoyé en un par de almohadas. Con una voz apagada que nunca le había oído me dijo que no sentía las piernas. Aparté la colcha y él intentó mover los dedos de los pies. Nada. Trató de levantar la pierna. Nada. Le pinché en la espinilla con un cuchillo afilado que fui a buscar a la cocina. Nada. Mientras estábamos concentrados en sus piernas, él musitó: «Oh, Dios, no».

Alcé la vista. Se le estaba formando una mancha de humedad en la entrepierna del pijama.

Él me miró.

Yo sonreí animadamente.

—No te apures. ¡Si hubiéramos tenido niños, ya estaría acostumbrada!

Era un chiste malo en muchos sentidos, pero James trató de sonreír de todos modos. Yo lo amé aún más por ese gesto.

Le quité el pijama mojado, pero no encontré ninguno limpio, así que lo vestí con una camiseta y unos calzoncillos. Cambié las sábanas y, por si volvía a pasar lo mismo, le coloqué debajo el mantel de plástico que usábamos en las fiestas.

Luego le di más morfina y lo estreché entre mis brazos mientras volvía a dormirse.

—Lo siento..., lo siento por todo... Te quiero —murmuró antes de cerrar los ojos.

Yo ya sabía lo que debía hacer ahora.

Noté que se movía a mi lado exactamente a las 10:14 (maldito reloj de neón) del 7 de diciembre.

Antes de que se despertase del todo, me levanté con sigilo y fui al baño. Me eché el pelo hacia atrás y luego me lavé la cara con jabón de manos para que me quedara pálida. Los siguientes diez minutos me los pasé soltando quejidos y fingiendo que vomitaba mientras arrojaba al váter tazas de agua y pulsaba la cisterna repetidamente. No podía hacer nada para disimular que no tenía fiebre, pero debía confiar en que él no lo notara.

Cuando salí del baño, James estaba totalmente despierto.

—¿Tú también?

Asentí, con la mirada baja, abrazándome el vientre.

El alivio que cruzó su rostro fue tan evidente que resultó casi cómico. Me apartó la colcha y yo me metí en la cama a su lado. Ahora le tocaba a él consolarme mientras yo contaba los minutos para mi siguiente falsa visita al baño.

Con cada vómito fingido aumentó su inquietud, pero también su alivio apenas disimulado, al ver que no iba a morir solo él. No le culpaba; nadie quiere morir, y menos morir solo.

Yo también sentí cierto alivio al darme cuenta de que él era tan egoísta como yo misma.

A media tarde me iba al baño tambaleándome cada cinco minutos y me pasaba cada vez más rato dentro (había dejado un par de revistas allí). James estaba claramente entusiasmado por el hecho de no hallarse solo en su sufrimiento, pero luego reapareció su dolor de cabeza con más fuerza y yo, gimiendo y lamentándome, me fui a la cocina a coger un puñado de tabletas de morfina.

En cuanto estuvo dormido, volví a la cocina a toda prisa y me bebí dos vasos de agua enteros. Me moría de ganas de prepararme una tostada, pero no quería que James notara el olor a comida, y además no podía saber cuánto tiempo permanecería dormido; así que tuve que conformarme con unos trozos de pan con queso, que me comí de pie junto a la encimera. De todos modos, sabían de maravilla.

A las 02:46 del 9 de diciembre oí que James balbuceaba a mi lado, pero transcurrieron unos buenos cinco minutos hasta que advertí que los balbuceos no cesaban y se volvían cada vez más apremiantes.

Extendí el brazo y encendí la luz.

Había sufrido un derrame.

Esa era la expresión que tenía James.

Yo no sabía qué hacer, pero debía calmarlo. Le sujeté la cara con las manos, pegué la frente a la suya y, por decirlo de alguna forma, lo arrullé. Le fui susurrando todas las cosas que te dice tu mamá cuando te duele algo y tienes miedo. Lo tranquilicé, lo mimé y acaricié, derramé cariño sobre él de todas las maneras que se me ocurrieron. Lo envolví con todo el amor que había sentido en su momento por él y deseé con toda mi alma que pudiera percibirlo.

Funcionó. Su respiración se serenó y yo me quedé sentada en el borde de la cama, sujetándole la mano, hasta que consiguió sostenerme la mirada. Cogí una toalla, le limpié las babas y le levanté la cabeza con la almohada.

Luego fui a mi lado de la cama, cogí el reloj de neón, abrí la ventana y lo arrojé a la calle.

No estoy segura, pero creo que James sonrió.

Fui a la cocina y cogí los dos paquetes de T600.

Volví a sentarme en el borde de la cama y se los enseñé a James.

—Ss-sí.

Eso fue lo último que dijo.

Cambié las sábanas por última vez. Desnudé a James y lo lavé con todo cuidado; después lo vestí con el pijama navideño que habíamos comprado para ponérselo en una mañana de Navidades que ahora no íbamos a ver.

Me puse mi propio pijama navideño, me cepillé el pelo y me pinté los labios.

Disolví el T600 en dos vasos de agua y dejé uno en mi mesita de noche.

Ni James ni yo mencionamos mi extraña recuperación de mi falsa enfermedad. Quizá él no lo advirtió. Quizá le daba igual.

Me senté junto a él con su vaso de T600.

Yo no quería llorar, pero acabé derramando unas lágrimas incesantes y silenciosas que no me limpié.

A él las lágrimas le caían por un lado de la cara inclinada.

Levanté el vaso. Él trató de hablar, pero no podía articular una sola palabra. Su mirada era firme y clara, sin embargo. Lentamente, le di el líquido con una cuchara y comprobé que lo tragaba.

Luego besé su boca flácida, tan diferente de aquella que había besado por primera vez años atrás.

Quería decirle muchas cosas antes de que se muriera: lo mucho que le había amado, lo mucho que había significado en su momento para mí, lo mal que me sabía que las cosas no hubieran salido como los dos esperábamos; quería decirle que yo debería haber dado más y tomado menos, que tendría que haber confiado en él y haber sido más digna de confianza por mi parte, que ninguna de las cosas malas que nos habían ocurrido eran culpa suya, que deseaba con toda mi alma que me perdonara si le había hecho daño de algún modo. Que ya no importaba nada de lo ocurrido en el pasado.

Sin embargo, también sabía que solo diría estas cosas para sentirme mejor conmigo misma y que no era correcto aliviar mi corazón culpable en su lecho de muerte. Quizá yo no había sido la novia o la esposa ideal mientras él vivía, pero ahora que se estaba muriendo podía compensarlo guardando silencio.

Así que, en vez de desahogar mi culpa con él, lo estreché entre mis brazos con fuerza y le canté canciones de amor. Canciones escritas por personas muertas que no volverían a interpretarse más. Canté hasta que no se me ocurrió qué más cantar; luego me quedé con él en mis brazos, meciéndolo.

Para cuando terminé de cantar, James estaba profundamente dormido, respirando de un modo lento y superficial. Sin darme cuenta, empecé a respirar al mismo ritmo que él.

Inspirar..., espirar..., inspirar..., espirar..., inspirar..., espirar...

10 de diciembre de 2023

Me quedé tendida con James muchísimo tiempo después de que muriera. No sé exactamente cuánto porque había tirado el reloj por la ventana, aunque lo suficiente para que el sol saliera y volviera a ponerse.

Para empezar, lloré de forma lenta e incesante y pensé que nunca dejaría de llorar; pero al cabo de mucho mucho tiempo, los sollozos se convirtieron en hipidos, las lágrimas se ralentizaron y se interrumpieron y, durante las horas siguientes, permanecí allí tumbada, sin moverme ni pensar.

Creo que en ese momento estaba demasiado triste para sentirme asustada. Eso vino después, cuando la tristeza finalmente se aplacó.

Miré el vaso de T600 en mi mesita de noche.

No me lo bebí.

Me engañé a mí misma diciéndome que no lo hacía porque aún tenía muchas preguntas sobre lo que estaba ocurriendo, porque aún debía de haber otras personas vivas, porque aún quedaban algunas con las que quería contactar.

No reconocí ante mí misma que la verdadera razón era que me daba demasiado miedo bebérmelo.

Incluso cuando fui consciente de que no me tomaría el T600 no me levanté de la cama. ¿Cómo iba a dejar solo a James? Su cuerpo seguía caliente a mi lado. Cuando yo me levantara, él se enfriaría, lo cual significaría que realmente estaba muerto. Cuando me levantara, lo estaría abandonando por última vez. Empecé a llorar de nuevo.

Al final se impuso la mera fisiología, exigiendo que saliera de la cama si no quería mearme encima.

Al volver del baño y ver su cuerpo tendido boca arriba, comprendí por fin que James ya no estaba; que lo que quedaba era solo el caparazón que lo había contenido.

Me pasé el resto de esa larga segunda noche en el sofá, envuelta en el edredón de repuesto. Aún estaba demasiado entumecida para sentir miedo o pánico. Permanecí durante horas mirando la pared en silencio, sin pensar y sin moverme.

No tiré el T600 y lo cogí dos veces para beberlo, pero al final me cansé de mi propio teatro y

me dije: «Bébetelo o tíralo».

Cuando empezó a salir el sol, me levanté, tiré el T600 en el fregadero y me preparé una taza de té.

En algún momento de esa mañana, hice mi fatídica llamada a Tom Forrest, el hombre de la funeraria.

Todavía hoy no entiendo por qué llamé, ni tampoco por qué él me atendió.

Noté que estaba enfermo en cuanto respondió.

En resumidas cuentas, le pedí que se encargara de enterrar a James y él reaccionó como si me hubiera vuelto loca. ¿Acaso no había visto las noticias? Intenté apelar a su humanidad más elemental; él dijo que estaba muriéndose y que no le quedaba ninguna. Yo me enfadé, él se enfadó. Y entonces le dije que te jodan y colgué violentamente.

Le dije que te jodan a un moribundo.

Espero de verdad que yo no sea el último ser humano vivo.

Ahora tenía un problema. Un problema de un metro ochenta y cinco y ochenta kilos.

Tenía que enterrar a James.

Nosotros vivíamos en un cuarto piso sin ascensor. No había un jardín donde enterrarlo. Era invierno; no había llovido y había hecho mucho frío durante días; la tierra estaba dura como una roca. Y yo ni siquiera tenía una pala.

Me senté a pensar y, por primera vez, tomé conciencia del silencio mortal que me rodeaba. Ya no recordaba cuándo había dejado de resonar por el edificio el eco de los gemidos y gritos de dolor, pero había cesado del todo. No recordaba ninguna ocasión en la que el edificio hubiera estado tan silencioso. Incluso durante el último período de aislamiento siempre se oía de fondo el ruido de una televisión o una radio, alguien entrando o saliendo, una tos, un estornudo, una conversación amortiguada. Ahora no se oía nada. Solo el zumbido de la nevera y el suave siseo de la calefacción central.

Me puse el abrigo, bajé rápidamente y me asomé al portal.

Silencio.

Ni gente, ni coches en movimiento, ni el temblor del metro, ni aviones pasando por el cielo, ni sirenas lejanas.

Nada.

Estaba sola.

Noté que los primeros pinchazos de temor se concentraban en la parte baja de mi espalda.

Crucé la calle hasta el parque que hay en mitad de la plaza donde vivimos.

Previsiblemente, estaba desierto.

Había un trecho de césped en medio, me agaché y, sacando del bolsillo del abrigo un tenedor de plástico que había cogido al azar, lo clavé en el suelo congelado para probar. El tenedor se rompió. La tierra permaneció inalterable.

Imposible que pudiera cavar una tumba.

Se me ocurrió que podía encender una hoguera en el suelo para calentar y ablandar la tierra, pero no sabía si funcionaría ni hasta qué profundidad llegaría el calor. Además, yo no sabía encender una hoguera.

Se me ocurrió la idea de ablandar el suelo tirando agua, pero ¿ese sería un sistema práctico para cavar una tumba?

Me asediaban las dudas y el miedo.

Me incorporé y recorrí con la mirada las casas que rodeaban la plaza, rezando para que hubiera alguna luz encendida, alguien mirando por la ventana, algún signo de vida: cualquier cosa que indicara que no estaba sola. Todas las ventanas permanecían oscuras y silenciosas.

Ginny tenía razón. Yo no estaba preparada en absoluto para este nuevo mundo, y aquel solo era mi primer día en él.

Tenía frío, así que entré para coger un suéter.

Abrí la puerta del dormitorio, olvidando por un momento que James estaba allí. El olor era tan espantoso que me entraron náuseas y vomité. La calefacción funcionaba a tope en el piso, la ventana estaba cerrada y James llevaba muerto casi cuarenta y ocho horas.

El primero de mis muchos errores.

Sentí el impulso instintivo de huir. «Bajo ninguna circunstancia debes entrar en esa habitación», era lo que mi cerebro me decía. Sin embargo, sabía que no podía dejarlo ahí simplemente.

James no podía quedarse en el piso, pero yo no tenía dónde enterrarlo, ni a dónde llevarlo. «Maldito seas, Tom Forrest».

Decidí sacarlo fuera y buscar luego un modo de enterrarlo. Cavaría con mis propias manos si era necesario.

Me puse Vicks VapoRub bajo la nariz (es lo que hacen en *CSI*) y entré en el dormitorio.

Su aspecto no era tan malo como esperaba. James tenía un tinte morado en la piel y estaba ligeramente hinchado. Pero no había signos de putrefacción todavía, ni tampoco salían de él fluidos corporales de ningún tipo. Por ese lado, bien.

Mi definición de «bien» estaba evolucionando rápidamente.

Le dejé el pijama puesto, aunque me preocupaba que tuviera demasiado frío, así que lo manipulé laboriosamente para ponerle la bata, una bufanda y una gorra. Luego le quité la gorra y le arreglé el pelo, porque él no soportaba llevarlo desaliñado.

Finalmente, lo sujeté por debajo de las axilas y lo arrastré fuera de la cama.

Era muy muy pesado, y, sorprendentemente, estaba lleno de gases. Cuando sus piernas aterrizaron en el suelo, soltó un pedo tremendo. Mi primer impulso fue reírme, pero luego recordé los seis tramos de escaleras por donde tenía que bajarlo y se me cortó la risa.

Lo arrastré por el dormitorio y a lo largo del pasillo hasta la puerta de entrada.

Para entonces ya me había habituado a escuchar los pedos que puntuaban cada sacudida de su cuerpo, pero no a ver cómo le colgaba la cabeza y cómo se agitaban sus brazos con cada movimiento.

Había tardado cuarenta y cinco minutos en arrastrarlo seis metros, y estaba sofocada, sudorosa y hecha polvo.

Me senté a descansar cinco minutos; luego me levanté y lo llevé al rellano de la escalera.

Lo arrastré hasta el borde, me puse de espaldas a la escalera y volví a alzarlo sujetándolo por las axilas. Cuando me disponía a dar el primer paso hacia atrás, perdí pie de repente y el cuerpo muerto de James y mi cuerpo vivo rodaron por las escaleras en un amasijo de brazos, piernas y carne en lenta descomposición.

Me quedé sin aliento y permanecí unos instantes debajo de James, demasiado aturdida para moverme.

Al recordar que él estaba muerto, empecé a gritar y a apartar su cuerpo de mí. Tuvieron que pasar unos momentos frenéticos, mientras me incorporaba y me sacudía imaginarias partículas de putrefacción, para darme cuenta de que estaba bien y de que no me había lastimado en la caída.

James no había salido tan bien librado. Tenía un brazo torcido en un ángulo extraño y, además, se le había roto la espinilla y ahora el hueso asomaba a través de la piel morada y del pijama. La sangre que manchaba la tela era de un color marrón oscuro.

Evidentemente no podía bajarlo por la escalera, pesaba demasiado.

Sin pararme a pensar lo mal que estaba lo que iba a hacer, arrastré su cuerpo hasta el borde del siguiente tramo y lo empujé escaleras abajo. Él fue cayendo de un modo lento y caótico y aterrizó, convertido en un montón de miembros despatarrados, en los tres últimos peldaños.

Bajé corriendo y lo arrastré al rellano. Ahora tenía el otro brazo roto y un lado de la cara hundido.

Me senté en el suelo y me puse a llorar de nuevo.

No podía hacerlo.

Aún quedaban cuatro tramos de escaleras, más los peldaños que bajaban del portal a la calle, más los diez metros hasta los jardines; y luego cavar la tumba, meter su cuerpo dentro y cubrirlo de tierra.

No, no podía hacerlo.

Esa no era una tarea para mí.

Era James quien se ocupaba de mover las cosas pesadas.

Me gustaría decir que no se me ocurrió la idea de dejarlo allí mismo, en medio del rellano.

Pero sí se me ocurrió.

Me pasé mis buenos diez minutos pensando cómo ponerlo cómodo con una colcha y unas almohadas, diciéndome que debía de haber miles de personas que habían hecho lo mismo en aquella situación.

Pero no lo hice. Estaba demasiado avergonzada.

Todavía me siento avergonzada por no haberlo enterrado. Pero al menos no lo dejé en el rellano.

Volví arriba para coger la copia de la llave del piso número nueve de la tercera planta.

Greg y Michael vivían en el número nueve. A mí me caían muy bien los dos. Nos había unido el amor a los dramas adolescentes norteamericanos de los años noventa, y quedábamos una vez cada quince días para pegarnos un atracón con las correrías de unos adolescentes más guapos y maduros que nosotros.

James pensaba que Greg y Michael eran demasiado «gais»; una expresión que por mi parte debería haberle afeado, aunque la verdad es que nunca lo hice.

Una vez se los había presentado a mi mejor amigo, Xavier, ya que a él también le gustaban los hombres. Después, Xav me dijo: «Recuérdame que te presente a mi amiga Lorraine».

«¿Porqué?», pregunté.

«Porque es una mujer», respondió él con cara de póquer.

Antes de entrar en el piso, de hecho, llamé a la puerta. Sí, incluso en tiempos de trastornos y desgracias uno no debería olvidar sus modales británicos. Por supuesto, nadie respondió.

Me preparé para la visión y el olor que me esperaba y volví a ponerme Vicks VapoRub bajo

la nariz.

Pensé que estarían en el dormitorio, pero resultó que estaban sentados juntos en el sofá, con unos vasos vacíos al lado. Tenían los ojos cerrados, pero habían vuelto la cara para mirarse en los últimos momentos, antes de quedarse dormidos.

Era un gesto de amor tan sencillo en la hora de su muerte que se me encogió el corazón de dolor. Me supo mal interferir en algo tan puro.

Pero una vez más se impuso mi egoísmo y salí a buscar a James.

Por suerte o por sensatez, la calefacción de Greg y Michael estaba apagada y su grado de descomposición era muy distinto. Ellos también tenían un tono morado y estaban algo hinchados, aunque apenas había olor.

James, por su parte, estaba descomponiéndose rápidamente, así que lo arrastré al dormitorio y maniobré hasta colocarlo encima de la cama.

Allí estaba. Mi marido muerto. Condenado a pasar la eternidad en la cama de dos personas que él consideraba demasiado gais. Había en ello una extraña justicia poética que me hizo sentir bien y mal al mismo tiempo.

Mitigué esa mala sensación poniéndolo lo más cómodo posible. Le arreglé con esfuerzo la bata, alineé sus miembros rotos, le quité el gorro y volví a peinarlo. Luego le ahuequé la almohada, lo arropé bajo la colcha y le encendí la lamparilla.

No podía hacer nada más, así que lloré de nuevo.

Lloré por él, por la forma horrible que había tenido de morir y por la vida que no viviría. Pero sobre todo lloré por mí. Lloré porque aún recordaba vívidamente la época en la que James era el amor de mi vida y en la que habría tomado el T600 sin vacilar para estar a su lado en la hora de la muerte. Lloré porque, ahora que se había ido, empezaba a echarlo de menos. A pesar de todo, él siempre había cuidado de mí, y yo no creía que fuera a ser capaz de cuidar de mí misma. No estaba segura de que supiera cómo hacerlo. Lloré porque ahora, por primera vez en mi vida, estaba sola. Auténticamente sola.

Antes de salir de la habitación, adelanté el reloj diez minutos.

Abandoné el número nueve y subí a mi propio piso. Sentía una angustia creciente y bien conocida, los dedos del miedo practicando escalas a lo largo de mi columna, y para cuando llegué al rellano ya estaba en pleno acceso de pánico.

Eran las dos de la tarde y yo me sentía hecha polvo, sudada, mugrienta. Pero no podría conciliar el sueño esa noche. Mi corazón palpitaba aceleradamente, me salía una respiración rasposa y la adrenalina bombeaba por mi cuerpo como si tratara de abrirse paso con dificultad a través de mis venas.

Ese nivel de pánico, lamentablemente, era un estado emocional que conocía bien.

Sufrí mi primer ataque de pánico en toda regla, con palpitaciones, vómitos, diarrea e incapacidad para respirar o pensar, cuando estaba metida en mi último encargo para el periódico, justo después de haber reservado el viaje a Tailandia y durante la época en la que James me ignoraba.

Aquello hacía que los ataques que había sufrido previamente parecieran un agradable paseo

por un bosque oscuro.

No hay motivo para avergonzarse de los ataques de pánico o de la depresión, ni para hablar de tu salud mental.

Eso lo sé ahora.

Pero mi primer ataque fue en 2012 y muy poca gente hablaba entonces de los problemas mentales con la actitud abierta y comprensiva de ahora. En 2012 yo aún creía que, si alguien se enteraba de lo loca que estaba, acabaría encerrada. Además, cosa estúpida, me sentía tremendamente avergonzada por el deterioro de mi salud mental. Me avergonzaba que, de repente, no fuera capaz de comprometerme a escribir un artículo sin sentirme enferma, o de entrar en el ascensor del trabajo sin hiperventilar. Me avergonzaba constatar que solo me arrastraba fuera de la cama por la mañana para ver a James, y que la mayoría de las noches me acostaba directamente al llegar a casa y me quedaba ahí tirada sin hacer nada. Tenía veinticinco años, un empleo apasionante que (antes) me encantaba, unos padres cariñosos, un sitio confortable donde vivir, comida, dinero... Me parecía que no tenía «derecho» a ser tan infeliz, que no me pasaba nada que «justificara» mi pánico.

No hubo ningún motivo importante que desencadenara aquel primer ataque de pánico de verdad. Quiero decir, sucedió algo que lo provocó, pero no diría que aquella fuera la razón. Era más bien el malestar que se había ido acumulando al sentir que las cosas no iban bien. Que yo no estaba bien.

Supongo que mi cerebro dijo basta.

Había ido a París para asistir a la última actuación que iba a reseñar en mi vida. Me movía en piloto automático; sonriendo, bebiendo, charlando con los miembros del grupo, aunque, en realidad, me pasaba el tiempo observando cómo mi yo falsamente alegre vivía mi vida, mientras que mi yo real se escondía tristemente en el fondo de mi cerebro.

Me moría por sentir algo, cualquier cosa.

Así que rompí mi propia regla de oro y me acosté con el cantante del grupo.

Fue un desastre.

Después de estrujarme mecánicamente los pezones, él se puso de mala gana un condón (yo al menos tuve la precaución de insistir en ello) y nos lanzamos sin más. Tras un par de minutos, él empezó a hurgar entre mis labios vaginales, prometiéndome que «así lo sentirás más». Me figuré que estaba buscando mi clítoris. No lo encontró.

Después, charlamos de naderías torpemente durante cinco minutos. Y acto seguido él se durmió y yo me quedé mirando el techo de la habitación hasta que salí con sigilo para tomar el vuelo de vuelta.

Estaba en el avión dirección Heathrow, exhausta, con resaca, avergonzada, cuando noté un extraño tirón «ahí abajo». Fui al baño, pensando que se me caía la vagina. Me palpé con cuidado y casi me desmayé al sacarme algo de dentro.

El condón usado de la noche anterior.

El tipo se lo había quitado mientras estábamos follando.

Y me lo había dejado dentro.

El *stealth*, la práctica de quitarse el condón disimuladamente durante el acto sexual, no era

aún una moda entonces, o al menos yo no había oído hablar de ello. Tal vez aquel era el tipo que lo inventó, o tal vez me lo dejó dentro accidentalmente, quién sabe.

Creo que al principio me quedé en *shock*.

Lo tiré a la papelera, me limpié, me lavé las manos concienzudamente y me dirigí de nuevo a mi asiento.

Mientras volvía del baño, tuve el impulso repentino de abrir la salida de emergencia. Pero no fue una idea pasajera, sino una visión completa: me vi a mí misma inclinándome sobre la mujer que estaba sentada al lado, tirando de la manivela y empujando la escotilla al vacío, que habría de succionarnos a todos fuera del avión. De hecho, me detuve y me incliné un instante, aunque enseguida volví a erguirme y adopté una expresión tan horrorizada como la que tenía la mujer en la cara.

Me apresuré a volver a mi asiento, me até el cinturón y me senté sobre mis manos para que dejaran de temblar. Entonces empecé a respirar con dificultad. El corazón me martilleaba en el pecho. No me llegaba el suficiente oxígeno a los pulmones. Mi campo visual empezó a oscurecerse en los márgenes. Iba a desmayarme. No, en realidad, iba a vomitar. Y lo hice. Embadurnándome toda, y también el asiento de delante. Yo apenas me enteré. Estaba demasiado ocupada sufriendo un ataque cardíaco, intentando respirar, sentada sobre las manos y procurando no gritar: todo al mismo tiempo.

No entendía nada. Creía que me había vuelto loca.

La azafata llegó a toda prisa, desplazó a otros asientos a la gente que estaba a mi lado y empezó a limpiarme.

Yo quería decírselo. Quería decirle que estaba loca. Farfullé algo, pasé tambaleante junto a ella, corrí más allá de la salida de emergencia y entré a trompicones en el baño justo antes de cagarme encima. Me senté en el váter, chorreando esperma y heces, y me tapé la boca con las manos para no gritar.

Permanecí así hasta que sonó la orden de volver a los asientos para el aterrizaje.

Al levantarme, no reconocí a la mujer jadeante y manchada de vómito que me miraba en el espejo con ojos desorbitados.

Lo cual era totalmente comprensible porque no sabía en qué me había convertido de repente.

Volví a mi asiento apestoso, me puse el cinturón y busqué algo —cualquier cosa— que pudiera ayudarme a resistir.

Me concentré en la esquina de la ventanilla que tenía al lado, susurré: «Esquina de poder», y la rocé con un dedo. Conté hasta diez y luego repetí la operación. Y todavía otra vez. Y otra. Y así hasta que abrieron la puerta para que bajáramos del avión.

Dios sabrá de dónde salió la «esquina de poder», pero me ha salvado del precipicio más veces de las que quisiera recordar.

Al bajarme del avión, estaba convencida de que iban a detenerme; que debían de creer que era una mula que transportaba drogas. Pero —aunque temblaba, sudaba profusamente, no paraba quieta en el control de pasaportes y pasé la aduana casi a la carrera— nadie vino a buscarme.

Uno de los injustos privilegios de ser blanco.

Tenía que tomarme la píldora del día siguiente.

Estuve sentada en la sala de espera de urgencias durante unas cuatro horas. Bueno, en realidad, deambulé por la sala de espera de urgencias durante cuatro horas, porque no podía

estarme quieta. Fui al baño una y otra vez para vomitar y evacuar copiosas cantidades de diarrea líquida, hasta que ya no quedó nada más en mi cuerpo de lo que deshacerme.

Obviamente, no tenía por qué haber ido a urgencias; podía haber conseguido la píldora en la farmacia. Pero creo que confiaba en que, si acudía a urgencias, alguien identificaría mi locura y me ayudaría.

No fue así.

Cuando me hizo pasar la enfermera de admisión, la mirada de reproche que me dirigió por malgastar el valioso tiempo del Servicio Nacional de Salud a causa de mi incapacidad para usar un condón correctamente o para recurrir a un farmacéutico bastó para que me echara a llorar. Ella me pasó un pañuelo y me dio unas palmaditas en la mano en plan tranquilizador. Yo estuve a punto de gritar: «¡NO ME VENGA CON PALMADITAS! ¡ESTOY LOCA, JODER! ¡CON UNA PALMADITA NO VAMOS A ARREGLARLO!». Pero lo que hice fue tragarme las lágrimas y tomarme la píldora que me ofreció.

Y me largué sin más.

Sabía que debería haber vuelto al mostrador de recepción y haberles dicho la verdad. «Ayúdenme, por favor. Creo que me estoy volviendo loca».

Sin embargo, no pude hacerlo.

Estaba convencida de que, si se lo decía, me mandarían a un psiquiátrico y estaría acabada. Quedaría etiquetada como una loca durante el resto de mi vida. No estaba preparada para llevar esa etiqueta, al menos no todavía.

Debería haberme consolado pensando que aún era capaz de pensar en mi futuro, pero estaba desquiciada y lo que hice fue salir al aparcamiento y quedarme plantada bajo la lluvia.

Cuando estuve empapada y chorreando agua, comprendí que debía tomar una decisión. Entrar otra vez en el hospital y explicar con franqueza lo que me pasaba, o volver a casa y confiar en que la cosa se arreglara.

Volví a casa.

No había sufrido un ataque en toda regla, con palpitaciones, vómitos y colapso mental, desde hacía unos años, pero aún era capaz de reconocer los primeros signos. Subí tambaleante desde el número nueve, entré a mi piso dando un portazo y me di una ducha con el agua ardiendo.

Intenté comer y beber, y enseguida lo arrojé todo.

Cogí una botella de ginebra del armario y bebí a morro.

Luego fui al baño y vomité de nuevo.

James estaba presente en todas partes. Su cepillo de dientes en el baño, sus pijamas sucios colgando de la cesta de la colada, su taza de té sucia en el fregadero, su olor impregnándolo todo: los sitios donde se sentaba y donde dormía, los objetos que tocaba. No podía dar un paso sin verlo u olerlo.

Al final, retiré de la sala de estar todo aquello que me lo recordaba —las fotos, las zapatillas, el libro leído a medias que ya nunca terminaría— y me pasé el resto de la noche deambulando de aquí para allá, tocando mi esquina de poder y mirando en la BBC la mesa de informativos vacía.

No apareció nadie.

En cuanto vi que empezaba a clarear, volví a ducharme, me lavé y sequé el pelo, me vestí y

me maquillé. Ensayé ante el espejo disimulando mi terror y sonriendo con normalidad.

¿Para qué?

Ni idea. ¿Con quién creía que iba a tropezarme que pudiera inquietarse por el aspecto de mi cara y mi pelo, o por mi ataque de pánico? ¿Con los vecinos? ¿Con mi jefe? ¿Con alguien de la calle? ¿Acaso pensaba que cualquier otra persona que aún siguiera viva se alejaría corriendo al verme con el pelo alborotado y con un brillo grasiento de temor en la cara?

El mundo había seguido adelante. Yo no.

Metí en un bolso de viaje todas las cosas necesarias para un fin de semana fuera y adecenté el piso como para encontrarlo limpio a la vuelta.

No necesitaba hacer todo aquello. Era un instinto innecesario y rutinario, aunque me sirvió para calmarme, de modo que cuando salí aún tenía pánico, pero ya no aquella sensación de estar sufriendo un ataque cardíaco.

No pensé en el significado de abandonar nuestro piso por última vez. No podía enfrentarme al hecho definitivo de dejar mi vida y a mi marido para siempre. Me permití pensar, por el contrario, que solo iba a ver a mis padres un par de días y que volvería pronto.

Cerré la puerta al salir.

Que yo sepa, ha permanecido cerrada desde entonces.

No tenía la energía suficiente para volver a llorar.

13 de diciembre de 2023

Necesitaba un coche. Ya no funcionaba el transporte público y el lugar adonde tenía que llegar estaba a unos treinta kilómetros, así que no había otra opción para llegar allí.

James y yo nunca habíamos tenido coche y la mayoría de la gente que conocíamos tampoco: nunca había parecido que tuviera sentido disponer de un vehículo en el centro de Londres. Afortunadamente, yo había aprendido a conducir un par de años atrás; si no, habría estado del todo jodida.

Greg y Michael, mis amigos del número nueve, tenían un coche. Un enorme Range Rover que era un mastodonte para aparcar y siempre estaba estropeándose, lo cual no era sorprendente porque debería haberse usado para viajes largos y rutas todoterreno, y no para recorrer cinco kilómetros hasta Selfridges los fines de semana. Para ellos, en todo caso, era un orgullo y un placer tenerlo. Lo dejaban aparcado delante de casa. Y guardaban las llaves en un plato en el alféizar de la ventana.

Al cerrar la puerta de su piso, atisé a James en el dormitorio, pero no volví a entrar.

Las calles estaban vacías, lo cual me alegraba porque detesto conducir incluso en las mejores circunstancias, no digamos cuando estoy en pleno ataque de pánico y no recuerdo la última vez que dormí. Tuve que emplear mi esquina de poder y cantar una y otra vez «*Merrily We Roll Along*» para concentrarme y llegar adonde me dirigía, en lugar de detenerme y pasarme el resto de mi vida hiperventilando en una cuneta.

Aun así, conduje muy muy despacio, de manera que el trayecto que James habría cubierto en cuarenta minutos a mí me llevó una hora y media.

Estaba en las afueras de Londres cuando vi la primera pira. Divisé el humo desde tres kilómetros de distancia. Pensé que tal vez se había incendiado algún edificio, pero incluso de lejos y con mis escasos conocimientos deduje que no se trataba de la cortina de humo provocada por las llamas de un gran incendio; aquello eran más bien penachos negros que se alzaban perezosamente hacia el cielo encolumnas separadas.

Al cruzar un paso elevado sobre un extenso trecho de tierra baldía, observé que el humo venía de abajo. Supe instintivamente lo que era antes de detenerme. Una voz en el fondo de mi cerebro repetía: «No. No. No. ¡No lo hagas!», mientras cogía un pañuelo para taparme la nariz y

la boca, abría la puerta y me acercaba al borde para asomarme.

No sé cuántos cadáveres debía haber. Algunos ya se habían convertido en ceniza; otros estaban ennegrecidos y retorcidos, y otros yacían intactos en lo alto, sin que las llamas y el calor los hubieran afectado. Las hogueras las habían encendido, pero no mantenido, de manera que el tercio superior del montón (¿o era una colina?, ¿o una montaña?) estaba compuesto simplemente de cuerpos en descomposición.

Debían de ser miles.

El paso elevado tenía seguramente una altura de unos veinte metros, pero si yo me hubiera colgado del borde, habría podido tocar los cuerpos amontonados arriba de todo.

Me había parado junto a varios camiones volquetes abandonados cerca de un tramo agujereado de la valla. Ahora entendí por qué estaba rota la valla. Cuando el montón se había vuelto demasiado alto para seguir añadiendo cuerpos desde el suelo, debían haber llevado los camiones al paso elevado y arrojado los cuerpos desde allí.

No creo que sea posible para el cerebro humano asimilar un nivel semejante de horror. Al menos, estoy segura de que no lo era para el mío.

Me aparté el pañuelo de la cara y vomité. Luego, al inspirar, percibí la peste repulsiva de los cientos de cadáveres quemados y en descomposición, y volví a vomitar.

Subí de nuevo al Range Rover y grité con todas mis fuerzas.

Los tres minutos que permanecí en el paso elevado ocupan hasta hoy un lugar destacado en mis pesadillas, y estoy segura de que seguirán ocupándolo hasta que me muera.

Al volver a ponerme en marcha, me sentí otra vez tremendamente agradecida por el hecho de que las carreteras estuvieran despejadas. Ahora las manos me temblaban de tal modo sobre el volante que el Range Rover iba de lado a lado.

De vez en cuando había un coche estrellado contra un seto o una farola, pero aparte de eso no se veían signos inequívocos de que estuviera produciéndose el fin del mundo.

Durante mi trayecto de hora y media vi otros tres coches en movimiento.

El primero pasó con una lentitud exagerada. Había un hombre al volante y una mujer y dos niños detrás. Ella y los niños iban encorvados y muy juntos, pero el hombre no estaba enfermo, al menos aún. Nos miramos al cruzarnos. Solo al llegar a su altura vi que la mujer y los niños ya estaban muertos.

Al siguiente coche lo adelanté rápidamente y no miré al conductor ni el interior del vehículo.

El tercero iba zigzagueando por la carretera delante de mí, y al final se detuvo abruptamente subiéndose al bordillo y yéndose contra un muro. Nadie se bajó del coche y yo no me detuve a investigar.

Oscurecía cuando por fin llegué a casa. Aunque ya no vivía con mis padres desde hacía más de diez años, ese es todavía el primer lugar en el que pienso cuando hablo de «casa».

Sin embargo, ya aparcada en el sendero, de repente me resistía a entrar. Después de todos los horrores de aquella semana, no podía enfrentarme al horror definitivo de encontrarme a mis padres muertos.

Decidí dar un paseo.

Recorrí las calles por las que en otro tiempo me había paseado con mis padres en esta época

del año, admirando las luces navideñas y los adornos de nuestros vecinos. A mí me encantaba atisbar por las ventanas para sacar instantáneas de las vidas de los demás: imágenes cálidas y acogedoras, llenas de amor y alegría navideña.

Todo tenía casi el mismo aspecto de siempre: luces de colores de energía solar o con temporizador, senderos repletos de coches, rótulos de «papa no el paso por aquí» en los jardines... Pero por las ventanas no salía un cálido resplandor ni el alegre alboroto de los invitados. Caminé más de una hora, pero no vi movimiento en ninguno de los edificios por los que pasé.

Al cabo de un rato, parecía como si estuvieras en un espeluznante pueblo maldito, cuyos habitantes se vieran obligados a fingir unas felices Navidades. No había nada detrás de aquellas luces: ni alegría, ni risas, ni amor. Solo muertos.

Fui a casa.

Mis padres estaban arriba, en la cama.

Me senté en un rincón y lloré.

Mis padres eran profesores; profesores de los buenos, de los que consideran que lo suyo es una vocación y no un trabajo con largas vacaciones.

Eran excelentes enseñando: inteligentes, cultos, creativos, apasionados, lo bastante estrictos para mantener el control, pero no de un modo asfixiante, y siempre cautivadores y llenos de interés. A mis padres les fascinaba todo: las nuevas ideas, los métodos de enseñanza, los lugares y las personas nuevas. Se interesaban de verdad por sus alumnos; querían conocerlos a fondo para ver cómo debían enseñarles. A ambos les habían ofrecido puestos de directores y jefes de estudios, pero ellos nunca los habían aceptado: era la enseñanza lo que les gustaba, no la administración. Se habían retirado al mismo tiempo de la escuela en la que habían enseñado durante veinte años, y a la ceremonia de despedida habían acudido casi setecientos exalumnos. Se vieron obligados a celebrar el acto en el patio.

A mí me tuvieron muy tardíamente para la época: mi madre tenía treinta y siete años cuando yo nací. De hecho, la internaron en el hospital durante el último mes de gestación, aunque las dos estábamos en perfectas condiciones. Antes de tenerme a mí, había sufrido seis abortos.

Mi madre y mi padre eran profesores excelentes y excelentes padres. Yo era hija única y siempre tuve la sensación de ser el centro de su mundo. Me sentía protegida, feliz, querida y cuidada. No me faltaba nada, ni en sentido material ni en sentido emocional. Mis padres eran personas encantadoras y felices que querían que yo fuera tan encantadora y feliz como ellos.

Mi infancia fue idílica.

No teníamos mucho dinero, pero mamá y papá tenían tiempo, una curiosidad ilimitada y una inagotable creatividad. Nos pasábamos los inviernos y los días de lluvia construyendo madrigueras bajo la mesa del comedor, cohetes y naves espaciales con cajas de cartón, cometas con unos palos y unas telas viejas; hacíamos lombriceras y hormigueros, montábamos coches a piezas, explorábamos viejos y polvorientos museos cuyos celadores sesteaban en los rincones. En cuanto llegaba la primavera, sacaban de un rincón del garaje nuestra vieja tienda de campaña con goteras y, el viernes por la tarde, al terminar el colegio, clavaban un alfiler al azar en el mapa del Reino Unido; si el lugar quedaba a dos horas en coche, allá íbamos. Excursiones de *camping*

a la costa, a lo largo del Támesis, a las colinas de Malvern, a las maravillas desconocidas de Daventry y Wendover y a otras insulsas poblaciones suburbanas donde ellos siempre descubrían algo interesante que hacer.

Mis recuerdos de esa época están siempre teñidos de rosa. No recuerdo el frío ni la húmeda oscuridad de los días invernales, pero sí recuerdo la nieve y me veo deslizándome por las laderas sobre una bandeja y revoleándome al final, convertida en un amasijo de miembros. No recuerdo la lluvia que se filtraba por el techo de la tienda, pero sí recuerdo el placer de las salchichas crepitando en el hornillo de gas cuando habíamos logrado sobrevivir a otra tormenta nocturna. No recuerdo el nombre del primer chico que me rompió el corazón a los once años, pero sí recuerdo cómo mi madre me abrazó y me escuchó largamente mientras yo juraba una y otra vez que nunca volvería a enamorarme. No recuerdo cuándo me estampé con mi bici contra el coche, rompiéndole el retrovisor lateral, pero sí recuerdo a mi padre diciendo que, con tal de que yo estuviera bien, lo demás no importaba: aquello era solo un cachivache que podía arreglarse.

Una infancia completa de pequeños y maravillosos recuerdos que se combinaron para formar años de felicidad.

Yo me había criado rodeada de alegría, diversión y amor; me sentía feliz, protegida y cuidada por personas que me querían... ¿Acaso es extraño que esperase que el resto de mi vida fuese igualmente fácil e idílica?

Cuando por fin dejé de sollozar y me levanté del suelo de la habitación de mis padres, me di cuenta de que ambos debían de haber estado muy enfermos antes de tomar las píldoras de T600, porque la casa estaba hecha un desastre.

La cocina era como una zona catastrófica, con comida preparada a medias, ahora totalmente podrida, y platos sucios sobre las encimeras mugrientas. En los tres baños quedaban restos de vómito y diarrea. Había ropa tirada por toda la casa, sábanas sucias junto a la lavadora, polvo en todos los rincones.

Mi madre debía haber estado literalmente a las puertas de la muerte para dejar las cosas en aquel estado.

Yo aún no podía enfrentarme a la tarea de ocuparme de sus cuerpos, todavía no, así que hice lo único que se me ocurrió que alegraría a mi madre y que me distraería del pánico creciente que me invadía.

O sea, me puse a limpiar.

Fregué la casa de arriba abajo: la cocina, la sala de estar, los baños, los dormitorios, el garaje. Ordené la alacena y los cajones de los cubiertos, puse seis lavadoras, quité el polvo de los estantes y los armarios, cambié las sábanas y lavé con lejía las cortinas de la ducha, e incluso repasé los zócalos. Estuve haciendo limpieza catorce horas seguidas, parando solo para tomar agua y tazas de té.

No podía hacer gran cosa por el amado jardín de mamá, no porque ella lo hubiera descuidado, sino porque el invierno lo había arrasado totalmente, matando o estropeando la mayoría de sus plantas. Traté de recordar las lecciones de jardinería que ella me había dado y las medidas que debían adoptarse durante el invierno, pero tenía la mente en blanco. Así que simplemente lo adecenté todo, rastrillé las hojas secas y podé las ramas muertas o podridas.

Estaba quitándome los guantes de jardinería de mamá para dejarlos en el cobertizo cuando me detuve bruscamente. Aquellos guantes eran sus preferidos; se los había regalado yo hacía un par de años y estaban cubiertos de barro y manchas de hierba que atestiguaban las horas que ella había pasado inmersa en las alegrías de su jardín. No podía dejarlos allí olvidados. Los guardé arriba, en mi bolso de viaje, todavía empapados de lodo y humedad.

Por último, limpié la habitación de mamá y papá.

Debían haber pasado un par de días postrados en la cama. Las sábanas estaban asquerosas.

Desplacé sus cuerpos de lado a lado, retiré con dificultad las sábanas y les puse otras limpias debajo.

Luego los lavé y acomodé con todo mi amor. Con el mismo amor que ellos me habían dado una y otra vez durante treinta y seis años: desde que me habían bañado por primera vez en la palangana de la colada al llegar del hospital, hasta aquellos días del año anterior en los que había pasado la gripe y había ido a casa para que mamá me cuidara. Una mujer de setenta y dos años cuidando aún de su hija de treinta y cinco.

Les limpié la cara y las manos y les cepillé el pelo. Vestí sus cuerpos lívidos y parcialmente marchitos; aquellos cuerpos que me habían resguardado y protegido hasta el día de su muerte, ahora tendidos e indefensos. Los volví a tumbar con cuidado sobre almohadas limpias y mullidas.

Pesaban menos de lo que había supuesto. Como si mi madre y mi padre ya no estuvieran allí en realidad y aquellos cuerpos solo fueran los caparazones que habían habitado durante un breve período. Aun así, hice lo posible para no dañarlos, para mostrarles en la muerte el amor, el respeto y el cuidado que debería haberles mostrado en vida más a menudo.

Curiosamente, no recuerdo lo descompuestos que estaban ni si ya habían empezado a oler. Creo que los quería demasiado para que me importara, o para que reparase siquiera en su estado. Eran mis padres; siempre serían simplemente mis padres, no cadáveres ni personas muertas.

Antes de dejarlos para siempre, entrelacé otra vez los dedos de ambos para que volvieran a quedar cogidos de la mano, tal como los habían encontrado.

Los quería muchísimo. Esperaba que lo supieran.

Al cerrar la puerta de su habitación, me asaltó una oleada de cansancio y me fallaron las rodillas.

Llevaba más de dos días sin dormir. Crucé el pasillo a rastras hasta la habitación de mi infancia y me subí con esfuerzo a la cama individual. Lo último que vi antes de sumirme en un profundo y oscuro sopor sin sueños fue una fotografía enmarcada: la foto de mis padres, mi amigo Xav y yo, que este último me había regalado cuando cumplí diecinueve años.

Todos teníamos un aire estúpidamente alegre y despreocupado.

Esa foto que guardaba junto a la cama había sido tomada en las primeras vacaciones familiares que Xav había pasado con nosotros. Ambos estábamos a punto de cumplir diecinueve años y éramos amigos desde hacía más de dos, así que Xav ya era como de la familia.

Antes de hacerme amiga suya, yo no tenía muchos amigos y desde luego ninguno íntimo.

Mis padres constituían una presencia tan alegre, interesante y confortable en mi vida que yo realmente no necesitaba amigos. Si quería hablar con alguien, ya los tenía a ellos.

En el colegio era simpática, locuaz y apreciada. Iba a fiestas y me invitaban al club juvenil. Conocía gente con la que intercambiar mensajes, ir al cine o, más adelante, al *pub*. Tenía muchos conocidos con quienes salir, pero ¿amigos? ¿Amigos con los que mantener conversaciones serias, a los que poder enviar un mensaje a las diez de la noche y pedirles que vinieran a casa, amigos que se preocuparan de verdad si estaba triste o angustiada o simplemente necesitaba un abrazo? Nunca había tenido nada parecido y nunca había creído que lo necesitara.

Hasta que conocí a Xav.

Yo tenía dieciséis años y quería ver un concierto en la otra punta de Londres, pero no quería ir sola, así que cuando una chica de mi curso me dijo que su primo también iba, pregunté, con toda ingenuidad, si podía apuntarme.

No se me ocurrió que solo seríamos él y yo.

No se me ocurrió que él se lo tomaría como una cita.

En esa época yo tenía muy poca experiencia con el sexo opuesto. Y ninguna experiencia sexual.

Estaba apoyada contra el roñoso muro de un roñoso local subterráneo, lamentando haber hecho un trayecto de más de una hora a través de Londres para ver a una pandilla de imitadores de los Muse con el primo de Claire Turner (que, lejos de ser el aficionado a la música que yo esperaba que fuera, estaba aquí solo para agenciarse alguna droga y rozarme las tetas a cada ocasión) cuando un chico rubio se me acercó.

—¿Te das cuenta de que te ha metido una pastilla de éxtasis en la cerveza?

—¿Cómo?

—Éxtasis. En tu cerveza. Ese tipo te lo ha puesto dentro.

El primo de Claire había ido a «echar una meada». Miré mi cerveza. En el fondo del vaso de plástico había una pequeña tableta blanca que burbujeaba suavemente.

—No te alarmes. Se la he vendido yo y es aspirina, así que no te va a hacer nada, a menos que tengas un ataque cardíaco. Además, el éxtasis, aunque sea auténtico, no se disuelve bien en la cerveza, o sea, que ha malgastado su dinero en todos los sentidos. Este grupo es una mierda. ¿Nos vamos a otro sitio?

Y así fue como conocí a Xavier Alexander William James-Stuart.

21 de diciembre de 2023

Cinco días después de llegar a casa de mis padres, me encontraba en el Range Rover de Greg y Michael frente al palacio de Buckingham, comiendo pan seco y escuchando la radio. El coche contaba con un sistema de sonido bluetooth, pero yo no tenía ni idea de cómo funcionaba. Todas las cadenas de radio emitían el mismo boletín de emergencia, así que al final apagué el aparato y me quedé en silencio.

No sabía qué hacer.

Me costaba pensar con claridad y se me mezclaba todo. Rompía a llorar y no sabía si era por James, por mis padres o por los tres a la vez. Mis sueños estaban poblados de imágenes de familiares muertos, de salas de espera de hospital y de gigantescos montones de cadáveres ardiendo.

No había sido capaz de quedarme en casa de mis padres y no quería volver a mi piso.

Había otras personas que me importaban a las que debería haber ido a ver, pero no quería invertir los últimos días de mi vida en un macabro *tour* de gente muerta a la que conocía y quería. Además, la sola idea de ver a la hermana de James y a sus dos hijos me hizo ponerme a llorar otra vez.

Sabía que debía intentar encontrar a otras personas que aún no estuvieran enfermas, así que había ido con el Range Rover (lentamente) a la comisaría del pueblo de mis padres, a las oficinas del ayuntamiento e incluso al cuartel de la RAF. Pero estaba todo cerrado y desierto.

Luego había vuelto a Londres, pero no había querido ir al piso, así que había pasado una noche deprimente durmiendo en el Range Rover en una calle cualquiera. El asiento trasero era sorprendentemente cómodo y espacioso, pero, pese al abrigo y la manta que me había traído, casi me había congelado.

En un último intento de encontrar a alguien o de provocar alguna reacción, circulé por las calles desiertas de Londres tocando la bocina.

De vez en cuando, veía penachos de humo negro alzándose hacia el cielo, pero ahora que conocía cuál era su origen, los rehuía dando un largo rodeo.

Al final, me planté ante las rejas del palacio de Buckingham y empecé a gritar, a agitar los brazos y a tocar la bocina, con la radio a todo volumen. En fin, monté un numerito de escándalo.

Pero nada.

La impávida fachada blanca del palacio permaneció impávida. No se agitó ninguna cortina,

no giraron las cámaras de seguridad, no me espió ninguna cara desde las sombras, no apareció ninguna silueta en el patio.

Estaba todo inmóvil y silencioso.

No vi a ningún ser vivo. Incluso las palomas se habían ido. La ciudad estaba abandonada.

Digo que no vi a nadie, pero no es cierto.

Sí que vi gente. Vi a centenares de personas. Apostadas tras las cortinas, asomando por las esquinas, atisbando desde los escaparates. Cientos de veces las vi y cientos de veces se me subió el corazón a la boca, detuve el Range Rover con un chirrido, me bajé de un salto y corrí hacia mi semejante para descubrir... que no era nadie. Solo una sombra.

Siempre se trataba de una ilusión óptica: un árbol de Navidad torcido, un maniquí de moda sonriéndome estúpidamente. En una ocasión, pegué la cara llena de esperanza a la ventana de una sala de estar y vi tres pares de ojos amarillos devolviéndome la mirada. Solo cuando atisbé los cadáveres del rincón y cuando los propietarios de aquellos ojos amarillentos maullaron lastimeramente, acepté por fin que no era a un ser humano a quien había entrevisto a través de los visillos.

Era agotador y deprimente, y cada ocasión constituía un penoso recordatorio de la soledad de mi nueva situación.

Incluso ahora sigo viendo a gente con el rabillo del ojo.

Todavía basta para hacerme llorar.

No sé por qué no me maté entonces. Supongo que aún pensaba que debía de haber alguien por ahí, que tal vez existía un búnker secreto lleno de científicos, o una habitación del pánico contra enfermedades mortales donde la reina estaba escondida. Aún me parecía demasiado increíble que yo fuera la única que quedara viva. Si todavía no había aceptado realmente que James y mis padres estuvieran muertos, mucho menos iba a aceptar la idea de que todo el mundo en el planeta pudiera haber muerto también.

Traté de idear un plan para encontrar a otros supervivientes, pero todo lo que se me ocurría sonaba ridículo. ¿Debía limitarme a circular interminablemente por Londres tocando la bocina del Range Rover hasta que se agotara la gasolina? ¿Qué haría entonces? ¿Cambiar el Range Rover por un carro y rondar por las calles tocando una campanilla y gritando: «Sacad a los que no están muertos»^[1]?

Mordisqueé el pan seco y noté que me resbalaba una lágrima por la mejilla.

La situación era desesperada.

Estaba perdida.

Y entonces dejé de roer el pan.

No solo era desesperada la situación, sino también irrisoria.

Si yo era la única persona que quedaba viva en una tierra de abundancia, ¿por qué estaba ahí sentada pasando frío y comiendo pan seco?

Al menos tendría que haber estado pasando frío y comiendo pan seco, pero emborrachándome con el mejor *champagne* del mundo.

Fue entonces cuando comprendí lo que debía hacer.

Debía tomar ejemplo de una de las películas de Hollywood que tanto le gustaban a mi madre.

Cuando mi madre cumplió trece años, la abuela la llevó como regalo a ver su primera película para «personas mayores». Era *Doctor Zhivago*. De más de tres horas de duración y situada en un mundo desconocido para ella, la película más bien debería haberla aburrido en su recién estrenada adolescencia.

Pero no.

Mi madre la siguió absorta. Se sintió cautivada por aquel mundo extraño y nevado, por los vestidos y los escenarios, por los bailes y la música, y se vio arrastrada por la épica historia de amor. Me contó que había sido una experiencia completamente visceral y que al salir del cine sintió que el mundo que la rodeaba era gris en comparación con lo que acababa de presenciar. Esa experiencia de celuloide configuró el resto de su vida, modelando su visión del amor romántico y creándole una pasión permanente por las películas románticas de Hollywood, desde *Casablanca* hasta *Algo para recordar*. En esas películas resonaban los ecos de la idea que ella se hacía del amor verdadero y de la felicidad que debía proporcionar.

Mi madre nunca parecía reparar en las penas y el dolor que muchas de aquellas películas hacían pasara sus protagonistas femeninas.

Mis padres vivieron un romance estilo Hollywood. Un auténtico amor de fantasía durante cincuenta años.

Cuando se conocieron, justo el día en que mi madre empezaba en un empleo de verano, ella tenía diecisiete años y él diecinueve. Habían subido al mismo minibús, y esa primera mañana una de las otras chicas la previno sobre mi padre diciendo que parecía encantador, pero solo quería gorrear cigarrillos.

Ella empezó a fumar inmediatamente.

Mi madre solicitó ingresar y fue aceptada en la misma universidad que mi padre y escogió también la misma carrera. Se casaron en cuanto ella cumplió los dieciocho años, y habían compartido su vida y todas las grandes decisiones desde entonces. Decidieron juntos irse de Sheffield, decidieron juntos convertirse en profesores y decidieron juntos seguir intentando tener un bebé después de que ella sufriera el sexto aborto. Yo creo que las palabras «juntos», «amor» o «matrimonio feliz» deberían figurar en el diccionario ilustrado junto una foto de mis padres. Estaban tan enamorados el día que murieron como el día que se casaron.

Mi madre deseaba ser feliz más que ninguna otra cosa en el mundo. Había experimentado el amor incondicional y la verdadera felicidad en su vida, y deseaba lo mismo para mí. Quería que yo viviera la misma gran historia de amor que la vida le había regalado: mi propia película de Hollywood.

Lo cual era muy tierno y encantador de su parte.

Pero también suponía una presión de narices.

A los diecisiete años, yo nunca había tenido un novio propiamente dicho ni había llevado a nadie a casa para que conociera a mis padres.

Así que, cuando Xavier Alexander William James-Stuart llegó un viernes por la noche en su Jaguar *vintage*, creí sinceramente que mi madre iba a desmayarse.

Xavier Alexander William James-Stuart —Xav— era literalmente todo lo que mi madre habría podido desear. Rico, culto, guapo, encantador, divertido, bueno, generoso y cariñoso.

Además, claro, era gay.

En realidad, él aún no se había definido como tal oficialmente cuando conoció a mis padres. Xav experimentó indistintamente con hombres y mujeres hasta los diecinueve años, pero luego, un día, mientras estábamos desayunando, anunció que era gay: «No me gusta la imprevisibilidad de los jugos de una mujer. Con un hombre, por lo menos, sé cuándo va a suceder y puedo prepararme. Además, para ser sincero, con las mujeres supone un gran esfuerzo. Los hombres son mucho más fáciles en todos los sentidos, y yo soy muy perezoso».

Y realmente lo era. Perezoso.

El padre de Xav, Rupert, era pariente lejano de un miembro menor de la familia real. Rupert no había logrado heredar la espléndida pero ruinosa mansión campestre de la familia, pero sí un montón de dinero. Y después, trabajando jornadas de veinticuatro horas como bróker principal de uno de los grandes bancos de la City, había incrementado la fortuna de un linaje que habría de terminar con Xav.

Este disponía de un fondo fiduciario y, tras la muerte de su padre, heredó un fondo aún más abultado.

Xav no trabajaba. Nunca.

Desde que nos habíamos conocido veinte años atrás, nunca había tenido un empleo ni una relación estable; ni siquiera se comprometía con una operadora para su teléfono móvil. Las únicas personas, aparte de mí, a las que veía con regularidad eran su entrenador personal y el contable de la familia.

La gente y los amantes entraban y salían de su vida, y a él no le importaba nadie lo más mínimo.

Salvo yo. Xav se preocupaba por mí, me cuidaba, me quería.

Ya durante el primer año nos hicimos amigos íntimos, y a mí me bastó con esa amistad. Nunca necesité otro amigo íntimo; ni siquiera otros buenos amigos. Ya tenía a Xav.

Él venía a ser el hermano que no había tenido, y nosotros éramos la familia que Xav siempre había querido. Salía de vacaciones con nosotros, celebraba los cumpleaños, las Navidades y la Pascua en mi casa, venía a almorzar los domingos todas las semanas. Mis padres lo adoraban.

Yo lo adoraba.

Aunque, por desgracia, no de la forma que mi madre supuso que me había marcado el destino cuando abrió la puerta aquel sombrío viernes por la tarde y se encontró a Xav en el umbral, haciendo tintinear las llaves del coche.

22 de diciembre de 2023

Quería empezar mi nuevo sueño hollywoodiense agenciándome una *suite* de hotel carísima, pero, como muchas otras cosas de este nuevo mundo, no era tan fácil ni tan sencillo como había esperado.

Algunos hoteles habían tenido la desfachatez de cerrar sus puertas en cuanto había llegado el 6DM, y yo no tenía el valor suficiente para abrirme paso a la fuerza en ningún establecimiento que estuviera cerrado, así que esos no figuraban en mi lista. Algunos hoteles más pequeños que habían permanecido abiertos hasta el final desprendían un olor que yo no conseguía —ni deseaba— identificar, así que también estaban excluidos. En aquellos que quedaban descubrí enseguida que la mayoría de los hoteles utilizan hoy en día un sistema de llaves electrónicas programadas por ordenador que yo no tengo la menor idea de cómo funciona, de manera que las maravillas agazapadas tras aquellas puertas no estaban destinadas a volver a ser contempladas por unos ojos humanos.

Pasé un día frío, deprimente e infructuoso dando vueltas por todo Londres, sin poder alojarme por un motivo u otro en ninguno de los hoteles en los que me detuve.

Y entonces probé en el Langham.

Dios mío, es un hotel precioso. Las puertas principales estaban cerradas, pero no con llave; y aunque no había nadie en la recepción, estaba todo impecable, dejando aparte una ligera capa de polvo. El vestíbulo y la zona de recepción contaban con techos altísimos, suelos de mármol y gigantescos ramos de flores frescas que solo empezaban a marchitarse. Los comedores, con sus inmensos ventanales, su suntuoso mobiliario y sus pianos de cola, estaban esperando simplemente a que los humanos volvieran y se tomaran un té. El sol escogió ese momento para salir, y su glorioso modo de iluminar la planta baja entera con una luz parduzca realzó la belleza del edificio. Mi corazón se ensanchó por primera vez desde que James se había puesto enfermo, y supe en ese momento que me quedaría allí, aunque no fuera posible entrar en las habitaciones. Dormiría en la recepción, si era necesario.

Pero sí se podía entrar en las habitaciones. Por suerte, error humano o fallo del sistema, todas las puertas estaban abiertas.

Pude escoger.

Las examiné todas, una a una. *Suites* de dos habitaciones, *suites* de cuatro habitaciones, e incluso una de seis. Contaban con saloncitos, vestidores, cuartos de equipaje, salas de cine,

cocinas y despensas, televisiones tan grandes como pantallas de cine, baños del tamaño de nuestro piso y camas del tamaño de nuestro dormitorio. Nunca había visto nada parecido. Corrí de habitación en habitación, maravillándome de su belleza y extravagancia, olvidando momentáneamente mi situación desesperada y mi penosa soledad ante aquella gloriosa opulencia.

En un punto del recorrido me detuve a darme un baño simplemente porque aquel era el aseo más descomunal que había visto en mi vida y porque el agua caliente, milagrosamente, seguía funcionando. Como si reviviera mi infancia, mezclé del modo más extravagante todas las lociones y pociones que encontré, produciendo una capa de espuma de cuatro palmos al echarlas bajo el agua del grifo.

Al final, decidí quedarme en una *suite* de un dormitorio, con un salón aparte y una enorme terraza envolvente llena de flores invernales, que daba a Regent Street. Recorrí la *suite* fingiendo que simplemente estaba de fin de semana en un hotel increíble, y no yo sola en una ciudad llena de muertos.

Por primera pero ciertamente no por última vez, me volví para comentarle a James lo preciosa que era la habitación y la suerte que teníamos de alojarnos allí.

Pero James no estaba.

Necesitaba una copa.

Bajé al bar, el Artesian. Era un lugar exquisito, completamente vacío, y todo parecía preparado para esperar mi llegada. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas y se reflejaba en la barra decorada y en las hileras e hileras de carísimas botellas de alcohol. Unos jarrones enormes de flores adornaban los plintos de mármol e impregnaban el ambiente con el leve perfume de una primavera que aún quedaba a varios meses de distancia. Las mesitas, las sillas, las banquetas y los grandes sofás de cuero estaban dispuestos para recibir a una clientela que nunca volvería a aparecer.

Examiné la carta del bar y vi que el Laurent-Perrier Grand Siècle era el *champagne* más caro que había; pero a mí me gusta el rosado, así que me decanté por el Dumangin Brut Rosé. Las neveras aún funcionaban, de manera que estaba helado. Quité el tapón de un modo que le habría arrancado una mueca al sumiller, lo serví sin la menor elegancia y me bebí la primera copa de un trago. Se me congeló el paladar en el acto, pero aun así estaba delicioso.

Me bebí el resto de la botella.

Pasé de la barra a un sofá, luego a un sillón junto a la ventana y finalmente me instalé al fondo del local y admiré la vista. Después de una botella de *champagne*, me sentía alegre y liviana, y la ausencia de alguien con quien compartir una copa me molestaba mucho menos que antes.

Me pasé la tarde en la terraza de mi habitación, envuelta no en una, sino en dos batas mullidas, bebiéndome una segunda botella de *champagne* a gollete y contemplando Regent Street.

Estaba completamente desierta.

No solo de gente, sino de todo. Ni gente, ni coches, ni autobuses, ni turistas, ni puestos de fruta vendida en cuencos plateados a precios inflados; ni tan siquiera un gato o un perro

extraviado.

Aquí no oía el retumbo amortiguado del metro, ni el runrún de la música ambiental de las tiendas, ni el zumbido lejano de algún coche. En el cielo no había aviones ni helicópteros, e incluso los pájaros parecían haberse tomado la tarde libre.

Estaba completamente sola en mi hotel de lujo y en toda la calle; y seguramente en todo Londres.

No quería pensarlo.

Apuré el resto de la botella, volví a entrar en mi *suite* y me desplomé sobre la cama.

Tuve el tiempo justo, antes de desmayarme, para pensar que aquello era como dormir sobre una blanda y deliciosa nube.

La cabeza me martilleaba a la mañana siguiente y busqué un analgésico en mi bolso de viaje. Me repantiqué en la cama y de forma refleja revisé en el móvil las novedades de Facebook e Instagram. No había ninguna. El *post* lleno de pánico que había escrito la noche después de la muerte de James, explicando que yo seguía viva, figuraba en lo alto de ambas cuentas.

Me levanté de la cama, agarrándome la cabeza palpitante, y esperé a que el Paracetamol hiciera efecto.

Resulta sorprendente hasta qué punto el lujo y la opulencia pueden calmar el dolor. Permanecí bajo la ducha de siete chorros durante un lapso extraordinariamente largo, y luego me embadurné con todos los carísimos potingues proporcionados amablemente por el hotel y me sequé el pelo con un secador que costaba más que mi televisión. Nunca me había quedado el pelo tan reluciente. Una vez que estuve vestida con la ropa limpia de mi bolso, que me hube rociado de perfume y puesto un poco de rímel, me sentí medio normal.

Y muerta de hambre. Completamente muerta de hambre.

No recordaba la última vez que había comido como es debido y no iba a salir a buscar el pan seco del Range Rover. Así que bajé a las entrañas del hotel y entré en la cocina.

La visita no fue tan productiva como me imaginaba. Lo que yo esperaba era una cámara frigorífica o una gran despensa con estantes repletos de deliciosas exquisiteces medio preparadas que estimularían y tentarían mis papilas gustativas. Pero resulta que las cocinas de los hoteles distinguidos no preparan remesas de comida precocinada para calentar al microondas cuando sea necesario. Ellos tienen neveras y armarios llenos de ingredientes crudos a partir de los cuales sus extraordinarios chefs crean obras de arte frescas según los pedidos de los clientes. En nuestra casa, el que se encargaba mayormente de cocinar era James. Yo sé distinguir un aguacate de una fruta de la pasión, pero lo más probable es que no fuera capaz de utilizarlos en una receta.

Ni siquiera había pan precocinado.

Recorrí con la vista la inmensa cocina para ver con qué aparatos podía preparar los ingredientes. Identifiqué una tostadora y un microondas, pero todo lo demás parecía diseñado para alguien con un título culinario, no para mí. Ni siquiera conseguí encontrar un hervidor de agua.

Finalmente comí un poco de queso sofisticado (sin galletitas saladas), unas nueces que encontré en el Artisan, un gran trozo de jamón de la Selva Negra que seguramente debía costar cuarenta libras la loncha y un surtido de arándanos que mezclé con una nata a punto de caducar.

Todo muy sabroso, pero no la creación *cordon bleu* que me había esperado.

Era consciente de que tendría que salir a buscar comida en alguna parte, pero no me sentía preparada, o lo bastante desesperada todavía. Yo no era tan valiente ni tan organizada como James. No sabría distinguir qué tienda era la mejor, ni desde luego sería capaz de forzar la entrada si estaba cerrada ni sabría qué debía llevarme exactamente.

No. Decidí que lo mejor era quedarme por ahora en el lujoso santuario del Langham. Tenía aperitivos de bar, queso, jamón y arándanos en abundancia; lo cual casi venía a representar los cuatro grupos de alimentos. Con eso me bastaba.

Volví a mi habitación y apenas me moví durante los siguientes tres días.

No salí del hotel, y solo abandoné mi habitación para buscar comida, más alcohol y más revistas.

Descubrí que, si me mantenía en una ligera borrachera —solo un poco achispada, pero sin que me diera vueltas la cabeza—, podía evitar en gran parte los pensamientos sobre mi solitaria y terrorífica situación. Siempre que estuviera distraída, claro.

Así que procuré distraerme.

La televisión funcionaba. Todos los canales estaban sintonizados con el estudio vacío de la BBC, pero las películas a la carta aún seguían disponibles. Las miré todas.

Me emborraché, me puse cachonda (sí, es raro, pero estoy segura de que existen, o existían, miles de estudios sobre los vínculos entre el sexo y la muerte) y me pasé una tarde mirando solo porno. O, al menos, planeé pasarme la tarde mirando solo porno. Pero tras un par de horas, cuando ya no podía enfrentarme a la idea de masturbarme otra vez, me acabé aburriendo. Al sorprenderme analizando los fallos del argumento, en vez de concentrarme en el asunto, apagué la tele.

Me leí todas las revistas sofisticadas de la mesita de café y luego asalté las demás *suites* en busca de otras diferentes.

Devoré todos los aperitivos, el queso, el jamón y los arándanos, y luego pasé a las demás cosas todavía comestibles del hotel, incluyendo las aceitunas y las cerezas al marrasquino del bar y los caramelos de frutas del vestíbulo.

Me sentaba en mi balcón, envuelta en edredones, y bebía extraños cócteles de mi propia invención a partir del surtido de alcoholes y cocteleras del Artisan.

Desde el balcón observaba el edificio de la BBC, situado al final de Regent Street, para ver si entraba o salía alguien, o si había movimiento en las ventanas. No lo había.

Aguzaba el oído para captar algún sonido, cualquier sonido. Escuchaba el canto de los pájaros, el silbido del viento barriendo las calles vacías, el repiqueteo de la lluvia en los tejados, el zumbido de una farola. Mi propia respiración; los latidos de mi corazón, fuertes y rítmicos, resonando en mis oídos.

No oía a nadie más.

A media mañana del cuarto día en el Langham me había terminado la comida, las películas, el porno y las revistas, y no me veía capaz de aguantar otro baño de tres horas, porque ya empezaba a tener la piel permanentemente arrugada.

Bajé a recepción y contemplé el enorme árbol de Navidad. Los gigantescos arreglos florales estaban marchitándose, pero el árbol permanecía firme, como un homenaje al calendario por el que se había regido en su momento la humanidad.

Navidad.

¡Navidad!

Di un respingo, volví corriendo a mi habitación y cogí mi teléfono.

No me había molestado en mirar la fecha o la hora durante días; no parecía haber ninguna necesidad. Pero hoy quizá era un día especial, quizá...

En efecto.

Era el día de Navidad.

Día de Navidad. Más de dos semanas desde que James había muerto.

Mierda.

James estaba muerto.

Todo el mundo estaba muerto.

Me senté de golpe.

Habían transcurrido dos semanas desde que todo el mundo había muerto y yo solo había hecho unos tímidos intentos de encontrar a otros supervivientes.

En cambio, me había dedicado a mirar porno.

Debía encontrar a otras personas, o al menos intentarlo.

Me levanté y volví a sentarme.

Pero hoy no.

Ni mañana.

El apocalipsis podía esperar un par de días mientras yo celebraba la época más maravillosa del año.

La perspectiva de una celebración me galvanizó e impulsó a actuar. No podía pasar el día de Navidad sin comida, bebida y felicidad... ¡Mi madre jamás me lo perdonaría!

A ella le encantaban las Navidades. La Nochebuena era su celebración preferida del año, e incluso cuando yo era muy pequeña sabía que se acercaba aquel día especial porque empezaban a aparecer mágicamente nueces y bombones Quality Street en la mesita de café. Mi madre siempre.

No.

No.

El día de Navidad no era un día para recordar lo buenas que habían sido las cosas en el pasado; no era un día para llorar, no era un día para quedarme mirando por la ventana en silencio con lágrimas en las mejillas.

El día de Navidad era un día de celebración.

De celebración, comida, bebida y diversión.

Qué coño, iba a salir de compras.

Día de Navidad

Me fui a Harrods.

Me dije que allí encontraría la selección más amplia de productos en un solo establecimiento. Además, teniendo barra libre en todas las tiendas de Londres, difícilmente iba a meterme en la sucursal del barrio de Sainsbury's.

Por Dios, esperaba que no estuviera cerrado.

No lo estaba. Ya habían roto una luna de cristal y derribado un maniquí por el suelo (ay, qué anarquía). Una vez dentro, todo parecía intacto. Mostradores de perfumes, bolsos, maquillaje, gafas de sol, pañuelos, joyería y otros mil artículos que nadie volvería a querer nunca más seguían allí criando polvo.

Resultaba extraño y deprimente.

Además, aquello estaba tan oscuro como el Hades. Nadie había ido a encender las luces, y si hay algo en lo que no se suele reparar en estos grandes almacenes es en la poca luz natural que entra. A tres metros del escaparate me costaba ver nada, lo cual, sumado al completo silencio y los siniestros grupos de maniqués, me estaba dando verdadero canguelo. Imposible llegar a la sección de alimentación.

Salí, pues, fui a la tienda de electrónica más cercana y me llevé las dos linternas más grandes que vi, así como una lámpara frontal, por si acaso.

De vuelta en Harrods, debo reconocer que las sombras que arrojaban la lámpara frontal y las linternas no me tranquilizaban demasiado, pero al menos veía por dónde andaba.

Al principio solo merodeé por los mostradores, tocando los artículos de vez en cuando, escogiendo alguno incluso, pero todavía medio convencida de que iba a notar de repente una mano en el hombro instándome a dejarlo en su sitio.

Tras quince minutos titubeando, dije en voz alta: «¡Deja de hacer la idiota!», cogí de un expositor una bolsa de viaje Louis Vuitton y la agité en el aire en plan desafiante.

Todo permaneció en silencio, los maniqués no se movieron, ninguna mano fantasmal me sujetó del hombro.

Así que enloquecí.

Cogí un par de bolsos Birkin, una cartera Chanel, unas gafas de sol Chloé y tres pañuelos Alexander McQueen mientras recorría la sección de accesorios. Luego llené un bolso Birkin con todos los artículos de la gama Creme de la Mer y con tres tarros de la crema facial Elemis, de

ochenta libras, que la dependienta me había recomendado encarecidamente que usara como crema de manos la última vez que había ido allí (yo había asentido con educación y me había alejado lentamente).

Me avergüenza decir que el ritual de procurarme cosas que realmente no necesitaba tuvo la virtud de levantarme el ánimo tanto como lo habría hecho antes del 6DM. Mientras avanzaba y escogía entre artículos que nunca había podido permitirme se me olvidó por completo mi verdadera situación; es decir, que los bolsos de diseño que ahora me estaba agenciando no obtendrían otra admiración que la mía; que mis carísimas cremas faciales tal vez retrasaran mis arrugas, pero que no habría nadie para notarlo. Me preocupaba por tener buen aspecto para un mundo que ya no existía.

Entré en la primera enorme sala del departamento e inspiré hondo, llenándome los pulmones con el aroma reconfortante del pan y los pasteles.

Sonreí, una vez más transportada desde mi traumática situación actual a otros tiempos mejores.

Cogí un carrito y empecé a cargarlo mientras me atiborraba con los productos que no requerían cocción. Pasteles, chocolates, pasta, carne fresca, embutidos, quesos, frutas, vegetales, hojaldres, salchichas, salsas, arroz y cereales. El pan fresco estaba revenido y seco, pero había montones de pan envasado que aún se conservaba, así que lancé al carrito una generosa remesa. Llené un carrito, luego otro, y luego un tercero.

La avidez me había puesto en un estado frenético. Cogía cosas, las probaba y, si no me gustaban, las tiraba. Tenía la cara embadurnada de salsas, zumos, migas y chocolate.

Una vez saqueado el sector de alimentación, pasé a las bebidas. Llené otros dos carritos con todas las variedades de alcohol que encontré. ¿Cuál era el *champagne* más caro que tenían? El *Krug Vintage*, claro. Me llevaré cinco botellas. ¿Vodka? ¿Por qué no? ¿Ginebra? Sí, claro. Abría botellas, daba un trago y las descartaba de inmediato si no me convencían. Al principio las volvía a dejar en la estantería, pero luego, con una botella de cuarenta y cinco libras en la mano, me harté, di media vuelta y la arrojé contra la pared.

Y repentinamente, tras ese acto de violencia irracional, me di cuenta de que estaba enfadada.

Más aún, estaba furiosa.

No sabía por qué, o con quién, pero me sentía furiosa. Empecé a coger botellas al azar y a estrellarlas contra el suelo hasta que se formó un gran montón de cristales y el líquido derramado impregnó el departamento con un intenso hedor a alcohol. En cuestión de minutos me había ventilado en mi furor la mitad de las existencias alineadas en las paredes. Durante un instante me quedé horrorizada por aquella destrucción gratuita. Pero esa sensación pasó enseguida y se vio reemplazada por más furia y amargura. ¡Me daba igual! ¿Quién iba a detenerme? ¡Allí no había nadie, podía hacer lo que quisiera!

Intenté derribar un armario expositor entero. No se movía, y yo me puse más y más rabiosa hasta que acabé chillando y sollozando; y entonces mi arrebato cesó de golpe, tan repentinamente como había empezado.

Me desplomé en el suelo, exhausta y deshecha en lágrimas.

Claro que estaba furiosa.

Estaba furiosa con Harrods por poner expositores tan robustos; furiosa con el 6DM, furiosa con los científicos por no encontrar un tratamiento, furiosa con el Gobierno por no contar con un

búnker secreto donde refugiarse, furiosa con el cuerpo humano por ser tan fácil de aniquilar, furiosa con todo el mundo por morir, furiosa con mis padres, furiosa con James.

Estaba furiosa por encontrarme sola. Furiosa por sentirme sola, triste y asustada, confusa e inútil, por no saber qué hacer ni adonde ir.

Pero lo que más me enfurecía era comprender que seguiría sola, triste y asustada, confusa e inútil, y que no sabría qué hacer ni adonde ir hasta el día de mi muerte.

Era Navidad y yo estaba sentada en un lugar oscuro, sobre un charco de alcohol, con unos pantalones que debían ser de un material altamente inflamable.

Cogí la botella intacta más cercana, quité el tapón y bebí.

Era *whisky* y me ardía en la boca, pero me daba igual.

Permanecí así hasta notar que el calor del *whisky* se extendía por todo mi cuerpo y me ofuscaba la mente. Entonces me incorporé trabajosamente y regresé al Range Rover.

Dejé los carritos de comida y bebida donde estaban.

Conduje lentamente hasta el Langham, dando tragos a la botella. No tenía otro sitio adonde ir. Al menos aquello era bonito.

Iba a entrar en el hotel cuando lo oí.

Un sonido débil, lejano; pero sin duda era algo. Serpenteaba por la calle, agudo y monótono. ¿Una alarma tal vez?

Se interrumpió.

Agucé el oído para volver a oírlo, y sonó de nuevo. Sonaba y se detenía, sonaba y se detenía.

Dejé el hotel y eché a andar hacia la fuente de aquel sonido.

Volvió a empezar. Esta vez más fuerte, más agudo.

Quizá era una bocina. ¿Una forma de llamar a la gente?

Quizá era alguien que había sobrevivido.

Había empezado a llover con fuerza y caían unos goterones que más bien parecían esquirlas de hielo. No me importaba; me gusta la lluvia, y debía averiguar qué era aquella llamada.

Olvidando el hotel, el *whisky* y el Range Rover, seguí el rastro del sonido.

Me encanta caminar bajo la lluvia.

Me encanta la fragancia de la fresca lluvia primaveral cuando cae a primera hora de la mañana. Me encanta el sonido de la lluvia cuando azota mis cristales en lo más crudo del invierno; las salpicaduras de lluvia cuando un coche cruza un charco demasiado cerca de la acera. Me encanta caminar bajo la lluvia, oyendo el repiqueteo en la capucha de mi abrigo, cuando me la he subido para crear mi propio refugio frente a los embates del mundo exterior.

La lluvia limpia la mugre y las manchas antiguas y hace crecer cosas nuevas.

Yo estaba bajo la lluvia la primera vez que James me dijo que me quería. Doce años atrás, pese al dolor y el pánico, me había obligado a mí misma a embarcar en el vuelo a Tailandia menos de veinticuatro horas después de que James me hubiera besado. Xav estaba rebosante de excitación ante la perspectiva de pasar tres meses en su segundo destino turístico favorito (Ibiza, obviamente, era el primero), pero yo me sentía fatal, desgarrada entre la idea de dejar atrás mis problemas y la de quedarme para abrazar mi futuro.

Al final escogí la opción más fácil y me dejé arrastrar al avión por el entusiasmo desatado de Xav.

Esa era la última vez que iba a atenerme con éxito a una decisión difícil durante los siguientes diez años.

Volví de Tailandia con la consabida pulsera tejida, un nuevo tatuaje y una nueva sensación de calma.

Mis angustias y ataques de pánico parecían corresponder a otra versión de mí misma. El tiempo pasado fuera, con un Xav permanentemente colocado y un puñado de *hippies* de media edad sin objetivos vitales ni planes de volver a casa, me había permitido crear un nuevo yo: un yo que no se preocupaba por su identidad, su futuro o su incapacidad para escribir algo significativo. Mi nuevo yo era un ser relajado y feliz, decidido a dejar atrás sus ansiedades.

Empecé a trabajar en *Shipping and Ports: Global*, una revista para la gente de la industria naviera y para los simples aficionados. Era un mundo absolutamente dominado por hombres y necesitaban ampliar su cuota femenina, así que estuvieron más que encantados de contratar a alguien que tenía una trayectoria periodística, había viajado y «no escribía como una feminista» (esto último es una cita textual de la conversación que mantuve con el editor cuando me llamó para decirme que el puesto era mío).

Visité puertos por todo el mundo, informando sobre los últimos portacontenedores, buques de carga, ferris y cruceros. Resultaba menos glamuroso, estaba peor pagado y no era tan excitante, pero me permitía seguir viajando y me hizo desarrollar una nueva afición a los puertos, los polígonos industriales y los enormes cargueros rusos con tripulaciones de veinte hombres.

En cuestión de semanas me había acomodado a mi nuevo empleo y a mi labor de redactora, y me encantaba. De veras que me encantaba.

Me gustaba escribir acerca de cosas totalmente ajenas a mí: de buques y no de sentimientos, de hechos y no de opiniones. Y resultó que ese nuevo mundo sobre el que escribía me encantaba. Siempre me había gustado el mar, pero nunca había apreciado realmente los grandes buques, los puertos inmensos y los polígonos industriales que lo rodeaban. Los *pubs* solitarios con *strippers* avejentadas sacudiendo una jarra de cerveza para recaudar unas monedas. Los hosclos capitanes con su ron, *whisky* o vodka servido en tazas de hojalata blanca. Los marineros que confeccionaban redes de pesca con viejas redes de carga y luego las extendían con cuerdas a lo largo de centenares de metros para arrastrarlas por el agua. Las inmensas salas de máquinas donde las orejeras son obligatorias y las conversaciones se mantienen con signos. Los petroleros modernos que sorprendentemente ya no tienen timón, pero cuyos tripulantes todavía son capaces en su mayoría de orientarse con las estrellas. Me contaban historias de olas de quince metros, de putas a bordo, de piratas y de policías portuarios. Dormía en hamacas y cajones de embalaje y comía carne de ballena y serpiente marina. Me caían bien los tripulantes y, una vez que superaban su decepción al saber que no iba a acostarme con ellos, yo también les caía bien. Me llegué a escribir con muchos. Recibía mugrientas postales desde algún puerto remoto, con unos garabatos en lengua extranjera que no lograba descifrar o con el tosco dibujo de un pene en el dorso.

Tenía preparada una maltrecha bolsa de lona con ropa de lluvia, gruesos jerséis, viejos

vaqueros y botas con puntera de acero. No puedes arrastrar una maleta por los seis tramos de escalera metálica que suben al puente de un petrolero (como aprendí enseguida), y si llevas algo que no sea ropa vieja y unisex es probable que te tomen por una trabajadora sexual de visita (como aprendí también). Además, la mayoría de los barcos están cubiertos de grasa, aceite y mugre, así que es absurdo llevar una prenda que te guste.

Me encantaba el trabajo y se me daba bien. Liberada de la coacción de escribir sobre algo importante o personal, mi bloqueo desapareció y ahora volví a salir de mi ordenador artículos llenos de ingenio y encanto.

Pero eso no bastaba. El «nuevo yo» que había regresado de mis viajes fue desapareciendo lentamente al darme cuenta de que había vuelto al mismo punto y a la misma vida de la que tanto había deseado escapar. Estaba tan lejos como antes de saber quién era y qué quería. Intenté empezar una nueva novela, pero no se me ocurría nada que me apeteciera escribir. Me quedaba durante horas mirando la hoja en blanco de la pantalla. Mi mente parecía vacía. Yo me sentía vacía.

Quizá por eso los *hippies* de media edad no volvían nunca a casa. Porque cuando vuelves, te encuentras en el mismo sitio, con el mismo yo de antes.

No había encontrado un nuevo yo; seguía perdida.

Intentaba no pensar en James, en el bienestar que había sentido con él, en la seguridad y tranquilidad que él encarnaba.

Intentaba concentrarme en mí misma, pensar en cómo llegar a sentirme mejor.

Resistí unos seis meses.

Tenía que verle. Quiero decir, no para tratar de besarle o de estar con él, solo para verle. Para comprobar que estaba bien.

Fingí que tenía una entrevista cerca de su oficina y le pregunté si quería que quedáramos para tomar una copa rápida después del trabajo.

Tenía buen aspecto. Rematadamente bueno.

Había conseguido un nuevo empleo, no en la parte creativa como él esperaba, pero era el jefe de Publicidad en esa nueva empresa, así que ganaba mucho más.

Vivía en un piso con un amigo.

Tenía una nueva novia.

Fue agradable. Dos amigos tomando una copa y contándose la vida.

Muy agradable.

Yo iba a tomar un tren a Liverpool para escribir un artículo sobre un nuevo superpetrolero, y él me acompañó a la estación de Euston y nos despedimos con un abrazo.

Agité la mano y luego recorrí el andén hasta el final y esperé bajo la lluvia, derramando lágrimas de rabia y decepción. Rabia contra mí misma porque aún lo deseaba desesperadamente y decepción por el hecho de que él no sintiera lo mismo.

Cogí la bolsa, resignada, para subir al tren, y entonces sentí un golpecito en el hombro.

Allí estaba.

La lluvia me resbalaba por las mejillas, mezclándose con mis lágrimas, y él me las secó, me sujetó la cara con ambas manos y me besó una y otra vez.

Mientras el revisor tocaba el silbato, James me dijo que estaba enamorado de mí y que no iba a dejar que desapareciera de nuevo. Me pasé todo el trayecto a Liverpool sonriendo.

Era, y sigue siendo, lo más romántico que me había pasado en la vida.

Nos fuimos a vivir juntos tres meses más tarde.

Si a mi madre se le había roto un poco el corazón cuando Xav le había anunciado a la ligera que era gay, y por lo tanto no era el amor de mi vida, esa herida quedó curada cuando James y yo anunciamos que nos íbamos a vivir juntos en cuanto retomamos nuestro romance.

«Aquí está finalmente —debe haber pensado—. Aquí está su gran romance. Su felicidad al estilo Hollywood».

Pero naturalmente ella no había tenido en cuenta las penas que siempre sufren las heroínas de sus amadas películas.

El final perfecto de cine nunca es del todo lo que parece.

Seguí el sonido a través de las calles mojadas de Londres y finalmente llegué al origen de la alarma.

No era una bocina, ni tampoco otros supervivientes.

En realidad, no se trataba de una alarma y, si yo hubiera tenido un poco de instinto de conservación, me habría detenido al darme cuenta. Pero evidentemente no había aprendido nada desde que había visto la pira funeraria en el paso elevado.

El ruido procedía de la casa de los monos del zoo.

O, más concretamente, de una chimpancé de la casa de los monos del zoo.

Tenía en los brazos a su bebé muerto.

El bebé parecía haber muerto de hambre.

Todos los monos daban la impresión de estar muriéndose de hambre. Estaban flacos, muy flacos, pero no paraban de moverse: parloteando, chillando, deambulando por el recinto, pero cayéndose, tropezando y rodando por el suelo constantemente. Algunos intentaban trepar por las cuerdas, pero se escurrían hacia abajo porque sus brazos escuálidos no les sostenían. Arrancaban la corteza de los troncos y las ramas y las mascaban, escupiendo los restos. Era una moderna danza macabra de locura y de muerte.

«Lo siento mucho», le susurré a la mamá chimpancé, posando una mano sobre el cristal.

Los demás chimpancés del recinto dejaron lo que estaban haciendo, giraron la cabeza y corrieron hacia mí con una fuerza que yo creí que quebraría el cristal que nos separaba. Soltando chillidos, se arrojaron con todo el cuerpo contra el cristal y lo aporrearon con los puños. La algarabía y la ferocidad que mostraban resultaban terroríficas. La fragilidad de antes había desaparecido; estaban luchando por su vida.

Retrocedí con horror ante su angustiosa necesidad.

Sus esfuerzos se redoblaron. Muchos sangraban y soltaban espumarajos por la boca, enloquecidos de hambre, de sed y de miedo.

Salvo la chimpancé del bebé. Ella no se había movido. Ni siquiera alzó la vista hacia mí. Ella siguió gimiendo.

Di media vuelta y hui de allí.

Atravesé el zoo con los gritos y chillidos de centenares de animales enjaulados resonando en mis oídos. Ahora todos estaban al tanto de mi presencia, y era como si supieran que yo

encarnaba su última esperanza, su última oportunidad de sobrevivir. Chillaban, rugían, bufaban, barritaban y se arrojaban contra el cristal, los alambres, las vallas y las estacas. Era un auténtico manicomio.

Yo grité con ellos, me tapé los oídos y corrí.

Salí corriendo del zoo y seguí por Regent's Park, pasando junto al teatro al aire libre, hasta llegar a la A40. Corrí por el centro de la calle sin hacer caso de los coches abandonados y estrellados; dejé atrás el museo de *Madame Tussauds*, la estación Baker Street y Edgware Road, y seguí por Sussex Gardens, reduciendo entonces el ritmo a un simple trote y luego a paso ligero, hasta que me derrumbé sollozando y sin aliento.

No podía respirar, no podía dejar de llorar. Me arranqué el abrigo y me tendí en la calzada, dejando que la lluvia me acribillara la cara, mientras jadeaba para tomar aire y trataba desesperadamente de pensar en otra cosa, en cualquier cosa salvo en los centenares de animales a los que acababa de condenar a muerte. ¿Qué podría haber hecho? ¿Buscar las llaves de las jaulas? ¿Abrirlas? ¿Dejar que me devorasen?

Seguramente debería haberlo hecho.

No podía seguir así, encerrada en el hotel, intentando darle la espalda a todo lo que estaba sucediendo, haciendo lo posible para no llorar, para no recordar, para no darme por vencida y derrumbarme y no volver a moverme.

—¡Que alguien me ayude, por favor! ¡Que alguien me ayude, por favor, por favor! —grité bajo la lluvia una y otra vez.

Pero el silencio que me rodeaba persistió.

Era el día de Navidad y yo necesitaba un milagro.

En ese momento me daba igual con qué forma se presentara.

Así que me fui a casa de Xav.

Yo nunca he consumido drogas.

No es que tenga nada contra ellas, pero en mi juventud estaba muy resguardada y no tenía amigos que me las ofrecieran, y luego, cuando fui lo bastante mayor para que me ofreciesen cualquier cosa, mi mejor amigo era Xav, y las drogas eran cosa suya; con lo cual, por defecto, lo mío era mantenerme lo bastante sobria como para que él no se matara accidentalmente o matara a otro mientras estaba colocado.

A Xav le encantaban las drogas. Las amaba con locura.

Me lo decía muchas veces.

No hacía falta que me lo dijera, desde luego; su consumo constante ya constituía una prueba inequívoca de su interminable romance con las sustancias químicas de cualquier tipo.

Nunca he visto a nadie tan contento de que le extirparan el apéndice, por ejemplo.

—¡Los fármacos son lo mejor que hay! —me dijo con una risotada mientras se lo llevaban en camilla al quirófano.

La verdad es que, como en tantas otras cosas en mi vida, el principal motivo de que no tomara drogas era que tenía miedo. Miedo de perder el control, de que me volvieran aún más loca, de que interaccionaran mal con los somníferos que consumía a menudo. Me daba miedo morirme.

Y, por encima de todo, me daba miedo que me gustasen, que aquello fuese lo único que me hiciera sentir bien y que se convirtiera en otra muleta en mi vida sin la cual ya no fuera capaz de funcionar.

Pero aquello había sido antes del 6DM y ahora era después; y creo que mi cuerpo se había vuelto incapaz de producir serotonina o endorfinas, o como demonios se llamen esas sustancias que hacen que te sientas mejor.

Conocía los riesgos y los peligros, pues, pero me daba igual.

Tenía que escapar de mí misma, y sabía que Xav era un experto en procurarse los medios para conseguirlo.

Xavier vivía en una mansión de cinco pisos situada entre Kensington High Street y el Royal Albert Hall. La había heredado de su padre, valía una fortuna y le costaba otra fortuna mantenerla. Por suerte, su padre le había dejado también una enorme herencia, así que podía permitirse el mantenimiento.

Al llegar bajo la lluvia a la entrada de su casa sentí el fugaz impulso de dar media vuelta y salir corriendo; de fingir que mi mejor amigo no estaba (como era probable) pudriéndose lentamente en el interior de la mansión.

Pero entonces me llegó desde la casa vecina el aullido inconfundible de un animal enjaulado. El diminuto Pomerania que tanto irritaba a Xav con sus constantes ladridos y las apestosas cagadas en forma de guisante que dejaba siempre al pie de su escalera. El Pomerania estaba muriendo ruidosamente.

No. Basta de cosas deprimentes por hoy.

Introduje el código de seguridad en el panel de la cerradura y entré en la casa de Xav.

Adentro estaba todo en silencio; todo blanco y pacífico. A Xav le gustaban las líneas definidas, los suelos impolutos y el mobiliario en tonos que iban del blanco al gris. Pagaba una tarifa especial para que los limpiadores que acudían tres veces por semana se ocuparan de que cualquier aventura hedonista celebrada en la mansión no dejase huellas permanentes.

Inspiré y no percibí ningún olor característico a putrefacción, ya fuera de comida o de carne. Pero aun así necesitaba saber.

Lo encontré en su *suite* principal del cuarto piso: una inmensa estancia que abarcaba la planta entera y contenía una cama lo bastante grande como para que durmieran seis personas sin necesidad de hacer la cucharita. Él estaba en medio de la cama, con un joven y bronceado adonis a cada lado (¿gemelos tal vez?), una película de porno gay programada en bucle en la televisión de sesenta y cuatro pulgadas, una botella de Dom Pérignon sujeta en su mano rígida y una bolsita de plástico llena de cocaína en la mesita de noche. Los tres estaban desnudos y abrazados entre sí, como en una antigua escena de bacanal.

Durante un breve instante me entristecí. Xav se había mantenido sobrio y alejado de las drogas durante más de un año, así que las cosas debían haberse puesto jodidamente espantosas para que él se metiera aquella cantidad de coca y montara un trío con los dos adonis.

Claro que, si el fin de la raza humana no podía considerarse «jodidamente espantoso», ¿qué otra cosa iba a serlo?

Los dejé a lo suyo, pero me llevé la cocaína.

Seré sincera: como nunca había tomado coca, tardé un poco en cogerle el tranquillo. A cada intento fallido de picarla, hacer una raya y esnifarla (nunca lo había hecho, pero se lo había visto hacer a Xav las veces suficientes para conocer al menos los términos correctos), veía mentalmente la cara horrorizada de mi amigo ante mi forma de malgastar nubes enteras de coca de primera calidad a base de estornudar (qué típico) y de poner mis mangas aún húmedas en los montoncillos de polvo.

Al fin, conseguí esnifar una raya por un orificio nasal.

Y luego, porque eso era lo que siempre le había visto hacer a Xav, esnifé una raya tras otra.

La coca resultó bastante estimulante y agradable, hizo que se acelerase todo en mi mente y que casi se me olvidaran de golpe las cosas malas, y me hizo sentir que quizá, solo quizá, las cosas se arreglarían y que tal vez, aunque todo el mundo estuviera muerto, realmente no lo estaba porque mi amor hacia ellos seguía vivo y su amor hacia mí también seguía vivo, y que mientras yo siguiera siendo amada todo estaría bien de algún modo, ¿no?, guau, esto es pensamiento profundo y poderoso, me habría gustado tener a alguien para contárselo, es más, quizá si hubiera probado esto antes podría haberlo hecho con Xav y podría haberle dicho que me gusta bastante y los dos podríamos haber ido a bailar o a una fiesta, porque yo había asistido a montones de fiestas en las que no había hecho esto y ahora veo que habría estado bien hacerlo en una fiesta, y quizá habría estado bien hacerlo en una fiesta con James, porque tal vez podríamos haber hablado, o sea, hablar de verdad, ¿sabes?, para mejorar las cosas, o podríamos habernos puesto a bailar, sí, bailar estaría bien con esto en el cuerpo, tal vez debería bailar un poco, o tal vez debería hacer unas rayas más, porque no sé con qué frecuencia debería tomar, o a lo mejor debería hacer algo divertido primero porque es el día de Navidad, o al menos creo que es Navidad, ya está muy oscuro, o sea, que sí, diversión y más coca, o tal vez más coca antes de la diversión, a ver, déjame pensar...

Y así seguí durante bastante tiempo.

Finalmente decidí que ya era hora de ir a bailar. Por suerte, no me hacía falta ir muy lejos.

La casa de Xav es esencialmente una casa de juguete para adultos de cinco pisos. Además de la *suite* principal del cuarto piso, hay un cine en el sótano, una discoteca, una cocina equipada para chefs de categoría (que nunca utilizaba, pero que contenía entre sus artilugios su aparato máspreciado: una tostadora-sandwichera), un inmenso salón con chimenea y una pantalla de plasma de ochenta pulgadas, dos pisos llenos de habitaciones de invitados y de baños, y una terraza azotea que había que verla para poder creerlo.

Bailar haría que me sintiera mejor. Siempre tenía ese efecto.

A mí siempre me ha gustado bailar. Ya daba vueltas con mi madre en la cocina, cuando era pequeña, usando viejos pasos de danza que ella había bailado en su juventud o había aprendido en los cientos de musicales que había visto. Luego me gradué en los bailes escolares, en los que, más que moverme, me limitaba a un cohibido balanceo de lado a lado. Después pasé a las discotecas y las fiestas con Xav, en las que hacíamos figuras y movimientos disparatados con toda impunidad, sabiendo que los demás estaban demasiado colocados para fijarse en nosotros; y finalmente a los *nightclubs*, donde bailaba con mujeres sofisticadas, meneaba las caderas y

llegué a descubrir que mis movimientos podían atraer, y de hecho atraían, miradas y comentarios elogiosos.

Me encanta bailar, pero no es el tipo de actividad que haces tú sola. Siempre me ha gustado tener a alguien a mi lado; que haya alguien más bajo los focos para no sentir que la gente me mira; alguien que me coja de la mano y me lleve si se me olvidan los pasos; alguien con quien compartir la diversión.

Pero eso era en mi antiguo mundo.

Ahora estoy en un nuevo mundo, y si quiero bailar, voy a tener que aprender a hacerlo por mi propia cuenta.

Así pues, bailé yo sola.

A James no le gustaba bailar.

Ese fue el primer detalle sorprendente que descubrí en él. Si se veía obligado, hacía como que arrastraba los pies en un lado de la pista; pero, si no, prefería quedarse en la barra. De hecho, no era muy aficionado a la música; prefería escuchar las emisoras deportivas. Además, esos mechones rojizos que yo había creído que le había dejado el sol en el pelo eran obra de Kirsty, de Vidal Sassoon, quien le aplicaba lejía una vez al mes. Y la facilidad con que entablaba conversación y parecía realmente interesado en lo que dijeras era solo una técnica comercial que empleaba para atraer a la gente.

Estas son las cosas que no descubres hasta que te has ido a vivir con otra persona, especialmente si tomáis la decisión de vivir juntos tan deprisa como lo hicimos nosotros.

Pero en aquel momento a mí no podía importarme menos que las cosas no fuesen exactamente como yo creía; que James no fuera exactamente como yo imaginaba.

Había pasado mucho tiempo asustada, vacía y desorientada, y ahora estaba satisfecha y llena de amor y tenía a alguien que venía a ser mi mapa hacia la futura felicidad.

Todo parecía perfecto; el encuentro de película, el beso, la decisión de irnos a vivir tres meses más tarde a un piso donde el único mobiliario que teníamos eran dos sillas de pícnic, un colchón y la lavadora que él había rescatado de su anterior relación. Los fines de semana desnudos, comiendo *pizza* recalentada porque no soportábamos la idea de salir de allí; los sándwiches para el trabajo que yo le preparaba, incluyendo notas de amor en el Tupperware; las sorpresas que él me daba en la estación, cuando yo regresaba de mis viajes; los baños de tres horas, las sesiones de bebida que se alargaban todo el día; la noche en la que conseguimos que evacuaran un club entero porque nos caímos por la salida de incendios mientras nos besuqueábamos como adolescentes...

Yo era feliz. Realmente feliz. Me sentía a salvo, tranquila, y tenía el corazón tan lleno que no me quedaba tiempo ni espacio para preocupaciones o ataques de pánico, ni tampoco para pensar en mi futuro.

Además, ya no era mi futuro. Era nuestro futuro.

La casa de Xav estaba perfectamente diseñada para que yo realizara mis sueños bailando: contaba en el sótano con una discoteca completa, equipada con platos de mezclas y sistema de iluminación. Él había hecho sus pinitos como DJ a los veintitantos años, pero nunca había sido lo

bastante fiable como para ganarse la vida de ese modo. Así que cuando se «retiró», trasladó todo su equipo al sótano y montó su propio miniclub.

Uno de los motivos por los que fracasó como DJ era que no podía resistir la tentación de salir a bailar con su propia música, de manera que nunca volvía a tiempo a los platos para introducir el siguiente tema. Así que empezó a grabar mezclas en su Mac para reproducirlas a través del sistema de sonido.

Tenía mezclas de todo: de los sesenta, setenta, noventa, dos mil (se negaba a poner temas de los ochenta porque consideraba que toda la música de esa época era espantosa: discutimos muchas veces sobre ello). Disco, rap, *funk*, *hip-hop*, *grunge*, *emo*, *reggae*, *chill out*, *gabber*, *soul*, *soul* nortño, *grime*, e incluso música clásica.

Encendí su Mac, repasé volando sus colecciones (¡lo hacía todo muy deprisa!) y escogí una mezcla de principios de los dos mil.

Estuve bailando, y esnifando de vez en cuando, durante las tres horas de duración de la mezcla.

Bailé yo sola en una discoteca vacía, con tres hombres muertos arriba y muchos miles más pudriéndose afuera. Entre la música, el equipo de sonido y las luces (y las drogas, claro), esos ochenta minutos fueron probablemente la última ocasión en la que olvidé por completo dónde estaba y lo que había sucedido.

Recuerdo vagamente haberme preguntado si aquella iba a ser la última vez que me sentiría completamente feliz.

«¡¡POR SUPUESTO QUE NO!! —me gritó mi mente ofuscada por la cocaína—. ¡MIRA COMO ME ESTOY DIVIRTIENDO! ¡ASÍ VA A SER LA VIDA A PARTIR DE AHORA!».

Después de tres horas bailando, acabé exhausta, sudorosa y muerta de sed. Fui a la cocina, puse la boca en el grifo de agua fría y tragué directamente el agua helada. Y acto seguido, porque a estas alturas ya me había creado todo un personaje del *rock and roll*, cogí una botella de Dom Pérignon de la nevera de bebidas. Pensé que aquello sería seguramente lo que mi nuevo yo bebería en un *jacuzzi*.

El *jacuzzi* de Xav estaba en la terraza de la azotea: una selva exuberante durante todo el año, con bar, una enorme barbacoa, equipo de sonido y una confortable zona de asientos y hamacas colgadas del verde dosel de follaje. Una maravilla que más bien irritaba a los vecinos, especialmente, creo yo, porque Xav nunca los invitaba a pasar un rato allí. Era uno de mis lugares preferidos de este mundo.

En la azotea hacía un frío gélido. La llovizna de antes había dado paso a unos ligeros copos de nieve que caían del negro cielo nocturno. El *jacuzzi* burbujeaba sin cesar y se mantenía a una agradable temperatura de treinta y ocho grados, gracias a la desorbitada factura de electricidad que ahora ya no volvería a pagar. Programé una mezcla *chill-out* de siete horas en el equipo de sonido, puse un par de toallas en el armario calentador (que también estaba lleno de mantas de piel sintética para acurrucarse), abrí la botella de *champagne*, me desnudé y me metí en el *jacuzzi*.

Me estremecí de placer cuando me envolvió el agua caliente, y solté un suspiro de pura felicidad. Bebí un trago directamente de la botella de Dom Pérignon y volví a recostarme para

flotar en la superficie de la bañera. Mi cuerpo estaba exhausto después de la sesión de baile de tres horas; mi mente estaba en blanco a causa de la cantidad de cocaína que había esnifado, y mis emociones se habían quedado embotadas desde mi espantosa visita al zoo. Física, mental y emocionalmente, estaba extenuada, y la sensación era gloriosa.

Permanecí flotando entre burbujas mientras bebía a gollete y contemplaba las estrellas y los copos de nieve girando interminablemente sobre mi cabeza, porque el vapor caliente del *Jacuzzi* los volvía a elevar hacia el cielo.

Cuando se terminó la botella de *champagne*, mi corazón acelerado había vuelto a adoptar un ritmo regular, pero mi cuerpo seguía bullendo de energía y mi mente, aunque agotada, estaba completamente despierta. Lo cual no estaba bien. Quería dormir. Entonces recordé que Xav estaba preparado para todas las eventualidades. Salí del *Jacuzzi*, me envolví en las toallas ahora calentitas y bajé a su cuarto de baño. Allí había todo tipo de fármacos: codeína, morfina, Tramadol, pastillas rojas y amarillas sin nombre, tabletas de somníferos, cosas para el estreñimiento y la diarrea... En fin, una minifarmacia bien aprovisionada. Me tragué dos somníferos y volví a la azotea.

Me envolví en un par de mantas de piel, me instalé en la hamaca más cercana y me entregué a un suave balanceo. Mientras el sol empezaba a asomar por encima de los edificios y los copos de nieve bailaban alegremente sobre mi cabeza, me sumí en un dichoso sopor sin sueños.

Día de San Esteban

Unas horas más tarde, cuando el sol dibujaba un círculo opaco en lo alto de un cielo nublado y mis sueños se habían desvanecido hacía mucho, abrí un párpado y me pregunté en qué clase de infierno me había despertado.

La cabeza me martilleaba, el cuerpo me dolía y mi lengua estaba tan seca que tuve que despegarla del paladar. Tenía un repulsivo gusto metálico en la garganta.

Rodé (bueno, me caí) de la hamaca y hurgué entre las cajas de medicamentos que había traído la noche anterior y dejado tiradas en el suelo.

Cogí un par de las únicas tabletas que conocía (Tramadol), me envolví en unas mantas secas, me arrastré hasta el bar para coger una lata de Coca-Cola, me tomé las tabletas y luego volví a la hamaca y esperé a que me hicieran algún efecto.

No tardaron mucho.

Quizá porque ya tenía el organismo aturdido por las drogas o porque no estaba habituada a los sedantes, al cabo de quince minutos no sentía ningún dolor, sonreía beatíficamente y yacía boca arriba contemplando la sucia llovizna que volvía a caer del cielo. La lata de Coca-Cola me parecía lo más delicioso que había probado en mi vida.

Los efectos del Tramadol me llegaban en rítmicas oleadas. Si intentaba sentarme, sentía un ligero mareo, así que permanecí balanceándome alegremente en la hamaca.

Mi mente no era capaz de sostener un pensamiento más allá de unos instantes y mi cuerpo experimentaba sucesivas oleadas de cálido placer. Resultaba todo muy muy agradable.

Al cabo de una hora más o menos, la cosa se calmó lo suficiente como para bajarme lentamente de la hamaca y entrar en calor en la enorme ducha de lluvia de Xav. Aún seguía ligeramente mareada y sonriente, así que bajé las escaleras agarrándome de la barandilla y fui a saquear el armario de repuesto de mi amigo. Él era delgado como un palillo, por lo que ninguna de sus prendas habría podido pasar por mis caderas; pero por suerte tenía aquel otro armario bien aprovisionado para las ocasiones en las que sus conquistas acababan con la ropa sucia o desgarrada, o sin alguna de sus prendas. Encontré unos pantalones de chándal enormes y una camisa de franela, y luego volví a bajar por la escalera con sumo cuidado para buscar en la cocina algo comestible. Como de costumbre, la nevera estaba vacía, el congelador no contenía más que cubitos de hielo y los armarios únicamente alcohol, refrescos, cerezas al marrasquino y barritas de proteínas. Me las comí todas a modo de desayuno.

Cada uno de mis movimientos era lento y deliberado. Mi mente funcionaba a media velocidad y quizá a una octava parte de la velocidad de la noche anterior. Mis preocupaciones parecían lejanas e intrascendentes. Sabía que yo era tal vez la última persona de la Tierra y que mi mejor amigo yacía muerto tres pisos más arriba; que yo acababa de salir de un atracón de drogas bastante salvaje y que probablemente no pensaba con mucha claridad. Pero todo parecía carecer de importancia. La reacción tanto de mi mente como de mi cuerpo ante unas circunstancias tan catastróficas era un resonante «bah».

Mis pensamientos no se centraban ahora en mis circunstancias, sino más bien en la idea de que tal vez había encontrado la muleta ideal para ayudarme a sobrevivir en este desolado nuevo mundo.

Ya no estaba triste. Estaba hambrienta y algo aburrida.

Salí a la calle.

Empezaba a oscurecer y no quería alejarme demasiado, así que me limité a doblar la esquina hasta el Royal Albert Hall.

Probé todas las puertas de la parte delantera, las laterales y las entradas de artistas. Estaban todas cerradas. Quería entrar y echar un vistazo.

Mi nuevo yo médicamente reforzado era más osado (y menos cohibido) que mi yo del día anterior, así que forcé la entrada.

Resultó sorprendentemente fácil.

Rompí el cristal de una de las puertas de delante, aparté los cristales y me colé sin más. El interior estaba en penumbra, pero no totalmente oscuro, y cuando pulsé los interruptores de la luz respondieron sin problemas. Vagué por las salas y los corredores, explorándolo todo.

Entré en los camerinos y observé las firmas garabateadas en las paredes. Bajé a los almacenes del sótano. Visité la zona de bastidores, las oficinas del personal y el guardarropa. Me senté en los mejores asientos. Subí a lo alto del edificio y contemplé desde allí el diminuto escenario y el patio de butacas situado bajo la gigantesca cúpula. Forcé la puerta del puesto de refrescos y me comí las chucherías de precios exorbitados. Subí al escenario y me puse a cantar, maravillándome de la excelente acústica y de mis pésimas dotes líricas. Hice una reverencia y agradecí a la audiencia imaginaria su gran ovación.

Al salir, cerré la puerta con todo cuidado y apoyé un póster enmarcado en el hueco donde había roto el cristal.

Luego subí hasta Whole Foods para agenciarme algo de comer que no fuera proteína en polvo ni cerezas en conserva.

Cuando volví a casa de Xav, los efectos del Tramadol empezaban a disolverse y, al abrir la puerta principal, escuché de nuevo los gemidos del Pomerania.

Tenía dos opciones: decirme a mí misma que las últimas veinticuatro horas habían constituido un agradable paréntesis, pero ahora debía calmarme y pensar qué iba a hacer..., o bien tomarme otro Tramadol y dejar todo eso para más tarde.

Me tomé el Tramadol con un buen vaso de tinto orgánico, sin hacer caso de las advertencias del prospecto sobre los peligros de mezclar fármacos con alcohol.

Sentada a la mesa de la cocina con mi semisaludable cena de Whole Foods, mi vino tinto y

mi recién descubierto entusiasmo vital químicamente inducido, reflexioné sobre lo que iba a hacer a continuación.

Evidentemente, lo que debería estar haciendo era buscar a otros supervivientes. Era lo que me había prometido a mí misma hacía solo veinticuatro horas. Era lo más sensato y lo que habría hecho cualquier persona «normal» en aquellos momentos como (posiblemente) el último ser humano vivo.

Pero yo no era normal, ni me encontraba en un estado normal. Por primera vez desde el estallido de la epidemia, y quizá incluso desde hacía mucho tiempo, me sentía extrañamente feliz y satisfecha. Sabía que aquello no era real, que era un estado inducido químicamente, que no duraría ni podría durar. Pero me daba igual. Ya estaba harta de sentirme triste, sola y asustada, y si prefería reemplazar el contacto humano con drogas e ignorar el drama de la humanidad, era asunto mío. No había literalmente nadie que pudiera impedírmelo.

Así pues, redacté una lista de todos los lugares de Londres que me apetecía visitar.

Fui bastante selectiva.

Descarté los que estaban demasiado alejados (el jardín botánico de Kew, el Alexandra Palace, el estadio de Wembley), los que contaban con muchas medidas de «seguridad» (el M15, Downing Street, la Torre de Londres), cualquier sitio que exigiera subir y bajaren ascensor (el Shard, el Sky Garden), los que se encontraban al aire libre o aquellos donde podía haber seres agonizando (todos los parques y el Acuario) y también las tiendas, que estaban tremendamente oscuras y empezaban a apestar de mala manera.

Con lo cual quedaban el Museo de Historia Natural, el Museo de la Ciencia, la National Gallery, el Museo de Victoria y Alberto, la Biblioteca Británica, el Museo Británico, la catedral de San Pablo, el palacio de Westminster y la Tate Britain.

Lo último que quería hacer en cualquiera de esos lugares era disparar una alarma secreta y acabar atrapada en una jaula de seguridad o una habitación con barrotes hasta que me muriera de sed. Si iba a morir, quería que fuera porque yo lo había planeado, no por accidente, así que iba a ser muy cuidadosa.

27 de diciembre de 2023

Empecé al día siguiente con mi lista de atracciones turísticas en el Museo de Historia Natural. Sorprendentemente, alguien había estado allí antes que yo y una de las puertas de la entrada principal había sido forzada.

El interior se hallaba sumido en un apacible e imponente silencio.

Las dimensiones del edificio y de las exposiciones que contenía me dejaron literalmente boquiabierta. Había estado en el museo anteriormente, pero al verlo en completo silencio, sin estar rodeada de hordas de niños parlanchines, no pude por menos que abrir la boca y admirar su esplendor.

Vagué alegremente por el inmenso edificio durante la mayor parte del día, perdiendo la noción del tiempo y, en cierto momento, perdiéndome yo misma en las salas laberínticas de las plantas superiores. Cometí el pecado capital de tocar muchos de los objetos expuestos muchas veces. Abandoné la bien delimitada ruta de visitantes y deambulé entre las colecciones, pasando las manos por los modelos de dinosaurio, por los fríos y viejos huesos y a lo largo de los cálidos pelajes.

El sol había salido y brillaba a través de las ventanas, iluminando años de exploración, arqueología y descubrimiento. Si yo iba a ser la última persona que veía aquel lugar asombroso, desde luego sería una de las más elogiosas y agradecidas.

Descubrí que varias personas habían aprovechado la entrada forzada antes que yo.

En la exposición de dinosaurios encontré a un hombre abrazado a su pequeño hijo. Ambos yacían en el rincón de la sala que miraba de frente a los dinosaurios. El niño tenía un reguero de sangre seca que le salía de la nariz, pero el hombre parecía conservado a la perfección, como uno de los modelos. El niño estaba acurrucado entre los brazos del padre, con la cabeza cómodamente apoyada en su pecho, los ojos cerrados y la expresión apacible. Podría haber estado dormido. Una última visita a un lugar que ambos habían amado, un trago rápido, una píldora de vitaminas y un abrazo que perduraría para siempre. Un final lleno de amor.

En la sala que alojaba el esqueleto de la ballena azul, tres personas diferentes se habían sentado sabiendo que no volverían a levantarse.

Debería haberme sentido consternada y afligida. Sin embargo, quizá por el Tramadol que me había tomado antes, en lugar de horrorizarme me reconfortó extrañamente que, en medio del horror de la epidemia, todas esas personas hubieran tenido la idea de venir a morir aquí. A un

lugar tan precioso, tan emocionante y apacible.

Después del Museo de Historia Natural, visité un lugar de la lista cada día. Algunos aún estaban abiertos; en otrosforcé la entrada, o bien ya la habían forzado otras personas y yo me limité a seguir la ruta disponible.

En la catedral de San Pablo, entré y salí inmediatamente. Era como una visión del infierno, como una película de zombis: estaba llena a rebosar de cadáveres. Los bancos se hallaban todos ocupados, de modo que la gente se había tendido en los pasillos, en las escaleras e incluso en el altar para cometer su último pecado. Para mi vergüenza, ni siquiera se me había ocurrido que pudiera haber sucedido algo así, que aquel célebre y precioso edificio pudiera haber sido distinguido por toda aquella gente, en sus últimas horas, como un lugar de paz.

El palacio de Westminster estaba completamente desierto. A ningún político le había importado lo suficiente el país al final como para anteponerlo a su familia. ¿Quién podía echárselo en cara? Me pasé el día paseando de un extremo a otro del edificio, tomando té en el restaurante, gritando en la sala de debates, inspeccionando cada uno de los despachos. Consideré la idea de pintarrapear los de algunos de los peores parlamentarios, pero al final no lo hice. ¿Qué sentido tenía? Ellos nunca se enterarían. Ni ellos ni nadie. Pensé que el 6DM y su incapacidad para protegerse a sí mismos, pese a su infame naturaleza, ya eran suficiente castigo.

En el Museo de la Ciencia exploré la exposición de cohetes con mis manos sucias, entré a gatas en el módulo lunar, me senté en todos los aviones, trenes y automóviles que pude, y me maravillé de todos aquellos prodigios. Probé todos los experimentos, juegos y expositores interactivos sin esperar ni hacer cola, jugué con todos los juguetes de la tienda de regalos y cogí un par de juegos de química para llevármelos a casa.

También lo manoseé todo en el Museo de Victoria y Alberto y en el Museo Británico, abriendo los expositores y estudiando su contenido siempre que me fue posible. En algunos casos no los toqué, porque sabía que, una vez abierto el expositor, el rollo del siglo XII se desintegraría en cuestión de semanas. Estaba hambrienta de conocimientos y experiencias, pero no era una salvaje. Sí abrí algunos expositores de ropa, deseosa de tocar las telas y sopesar los trajes. Me probé el vestido de la princesa Diana, o al menos intenté probármelo, porque no logré pasármelo más allá de las caderas. Me tendí dentro de un sarcófago, pero luego me entró la paranoia de que fuera a cerrarse, dejándome atrapada.

Programé mi dosis de Tramadol de tal manera que me encontré frente a las grandes obras maestras de la National Gallery y la Tate Gallery justo después de haberme tomado la pastilla, y de esta manera admiré la maestría de aquellos lienzos mientras sentía la oleada del fármaco en mi cerebro y en mis venas. Me esforcé al máximo para apreciar su belleza durante un período de tiempo considerable, pero, pese a las drogas, una vez que el trance químico se extinguió, sucumbí al aburrimiento. Siempre he estado obsesionada con el tacto de los cuadros; siempre he deseado deslizar los dedos por su superficie irregular y sentir la textura de los colores y de la historia que contienen. Y eso fue lo que hice. Los toqué, palpé la superficie de los lienzos, los bultos, la textura cérea de la pintura y, aquí y allá, para mi gran placer, la cerda de un pincel hundida profundamente en el espesor de la obra de un genio.

La Biblioteca Británica era otro magnífico palacio de historia y conocimiento, y su contenido

debería haber mantenido mi interés durante días. Pero no fue así. Resultaba demasiado triste quedarse allí mucho tiempo. Alguien había dejado pegada en una de las puertas principales una nota que decía:

Si estás leyendo esto, cuida, por favor, de estos libros, quizá son la única parte de la humanidad que hemos dejado.

Una simple nota manuscrita. El último acto de alguien que se volvía a casa para morir. Antes de marcharme, me aseguré de que todas las puertas y ventanas quedaran cerradas.

A medida que aumentó la cantidad de drogas en mis venas, también se multiplicó mi temeridad. Iba adonde me apetecía y, pese a que había jurado evitar las tiendas, empecé a forzar la entrada de las *boutiques* que aún seguían cerradas para llevarme cosas que no necesitaba. Me había convertido en una gran urraca incapaz de volar, pero poderosamente atraída por las cosas brillantes. Al volver a casa, tiraba los nuevos objetos que recogía en una de las habitaciones de invitados de Xav, formando un montón cada vez más abultado, y no volvía a mirarlos.

Me asombraba cómo había desaparecido la vida, sin más ni más. Cafés todavía con las mesas fuera, trenes vacíos esperando en las vías a viajeros que nunca llegarían, autobuses aparcados por todas partes, inmóviles y silenciosos. Miles de bicicletas aseguradas con cadenas a lo largo de toda la ciudad, que habrían de oxidarse durante los próximos cien años.

En King's Cross, deambulé por el vestíbulo, recorrí los andenes y bajé a las vías. Me planté en medio de la principal terminal de salidas, grité mi nombre y escuché cómo resonaba en aquel espacio enorme, llenando el vacío con su eco. Caí en la cuenta de que nadie volvería a gritar nunca mi nombre.

Las paredes de la estación estaban llenas de carteles y fotos, incluso de retratos pintados a mano: momentos capturados de otro tiempo. Desde lejos, creí que eran carteles de desaparecidos, pero había muchísimos, cientos y cientos a lo largo de la fachada de King's Cross. Solo al acercarme vi lo que eran.

No hay palabras para describirlo. Supongo que podría decir que eran esquelas. Fotos, mensajes, poemas y cartas para los que habían muerto. Como las cruces de madera del cementerio, constituían un homenaje a la memoria, al deseo de no olvidar: «Por favor, acuérdate de mi hija en tus oraciones», «Para mi abuelo, que vivió hasta los 93», «Para Kate, John y Billy, vosotros eráis mi vida, esperadme». Tantos testimonios, tanta muerte, tanto dolor. Era muy triste. Demasiado triste.

Me fui rápidamente y me tomé la siguiente dosis de Tramadol dos horas antes.

Una tarde fui caminando hasta la mitad del puente de Waterloo y contemplé el panorama, mirando alternativamente hacia Westminster y hacia la City. No se movía nada, salvo el agua bajo mis pies. Todo Londres estaba inmóvil y silencioso. Nunca hasta ahora había oído el rumor del Támesis, porque siempre quedaba apagado por los ruidos más inmediatos de la ciudad, por los coches, las obras, las conversaciones y el bullicio general. El río suena con fuerza. Es una

enorme masa de agua obligada a circular por un canal a gran velocidad, y avanza rugiendo, apresurándose, salpicando y gorgoteando.

Se puso el sol; ya anochecía, pero yo me quedé largo rato hipnotizada por el agua que borboteaba ahí abajo, pensando en lo fácil que sería caerse y ser arrastrada hacia...

... Ninguna parte.

No iría a ninguna parte. Me hundiría. Me empaparía y me congelaría de frío y me ahogaría bajo el puente de Waterloo.

No soporto el frío.

Regresé lentamente a casa.

Adopté una confortable rutina.

Visitaba durante el día un lugar de interés, volvía a casa a primera hora de la tarde, cenaba, miraba una película, a lo mejor bailaba un poco, me metía en el *jacuzzi* y luego me quedaba dormida en la hamaca.

Todo ello acompañado por una pauta farmacológica que me permitía funcionar, dormir y experimentar un cierto grado de felicidad. Tomaba Tramadol a unas horas estipuladas del día, y somníferos por la noche. Procuré reducir la cantidad de cocaína a alguna que otra raya ocasional cuando me sentía especialmente abatida, porque noté que me estaba volviendo cada vez más asustadiza y paranoica. De hecho, ya me había empezado a habituar a mi nuevo régimen. Ahora no me hacía falta sentarme durante una hora después de tomar el Tramadol; ya no me provocaba una oleada de calor por toda la corriente sanguínea, y descubrí que, si me retrasaba en tomar la dosis, me temblaban las manos y me costaba más respirar hasta que me tragaba la siguiente pastilla.

Todavía me vestía cada mañana, me peinaba y me maquillaba. Mantenía los armarios de mi casa —así la consideraba ahora— llenos de comida y bebida, y hacía un somero esfuerzo para mantenerla limpia y ordenada, aunque había empezado a oler un poco y a veces me costaba encontrar platos limpios.

Me parecía haber alcanzado un nivel posapocalíptico adecuado en las rutinas de mi vida doméstica y me sentía satisfecha con ella. Ignorar mi difícil situación me sentaba de maravilla y, mientras contara con drogas y comida y con lugares adonde ir, creo que habría seguido renqueando bastante felizmente durante el futuro inmediato.

Si no se hubiera ido la corriente.

Sonará ridículo, pero la verdad es que yo no sabía cambiar una bombilla cuando me fui a vivir con James. Supongo que este tipo de problemas solo se presentan si vives por tu cuenta, y entonces aprendes a resolverlos a base de prueba y error. Pero yo nunca había vivido sola, así que no me había enfrentado a estos contratiempos y, por ello, nunca había aprendido.

Así pues, cuando James y yo nos fuimos a vivir juntos, hicimos una serie de viajes a Ikea para aprovisionarnos de lámparas y yo aprendí por fin a cambiar una bombilla (o por lo menos las bombillas de Ikea).

Pero eso fue lo único que aprendí.

A James le gustaba resolver este tipo de asuntos, y a mí me parecía bien que siguiera

haciéndolo. Él encontró el primer piso que alquilamos y se encargó de pedir los suministros básicos y de gestionar las facturas y, además, hacía el bricolaje, buscaba y reservaba nuestras vacaciones, e incluso se ocupaba en buena parte de comprar y cocinar. Y yo dejaba todo aquello en sus manos.

Sin saber muy bien cómo, me encontré viviendo en su parte preferida de Londres, mirando sus programas favoritos, saliendo con sus amigos, bebiendo el vino tinto que él escogía y escuchando horas y horas las emisoras deportivas. Al terminar nuestro primer mes viviendo juntos, yo había dejado de ser vegetariana; simplemente resultaba difícil conformarse con una salchicha *veggie* cuando James estaba poniéndose las botas con un pollo relleno de limón y mantequilla de cilantro.

Yo aún tenía problemas para escribir mi siguiente novela. Mi corazón y mi vida podían estar llenos, pero las páginas seguían en blanco. El tiempo que ahora pasaba ante la pantalla vacía del portátil me parecía un tiempo malgastado, un tiempo que debería haber estado pasando con James.

Cada vez me costaba más marcharme y viajar a puertos remotos o pasar días incomunicada en mitad del Atlántico en el último modelo de petrolero. James me echaba de menos y yo también lo echaba de menos. A él le estaba yendo muy bien en el trabajo y, con su nuevo ascenso, tenía una intensa vida social. Él quería que asistiera a las cenas con los clientes, quería exhibirme ante sus nuevos contactos. Yo deseaba acompañarle, pero presentarme a última hora a esas recepciones todavía vestida con un chubasquero y unas botas con puntera de acero no encajaba con la etiqueta requerida.

Él ponía mala cara cada vez que le decía que iba a pasar unos días fuera, y yo empecé a sentir aprensión cuando mi editor me llamaba a su oficina para hablarme del nuevo y fascinante trasatlántico en el que iba a viajar.

La gota que colmó el vaso fue la noche de un viernes en la que volví más pronto de un viaje y resultó que estaban todos tomándose unas copas después del trabajo en nuestro propio piso. Las risas ante mi bolsa de lona y mi impermeable mojado fueron cordiales e inclusivas, pero un comentario que me persiguió por el pasillo hasta el dormitorio no me pareció tan bien intencionado.

—Creía que habías dicho que era una periodista de verdad.

Yo también lo había creído durante un tiempo.

Al final, la decisión de cambiar de profesión no resultó difícil de tomar. Debíamos ganar más dinero si queríamos afrontar la entrada de una hipoteca. Debíamos asistir a más recepciones los dos juntos para que James pudiera seguir ascendiendo. Queríamos pasar juntos todas las noches, no estar separados una semana cada mes.

Yo quería a James. Él era mi futuro. Y tal vez escribir era mi pasado.

3 de enero de 2024

La corriente, por supuesto, se cortó de noche.

Era el 3 de enero de 2024, tres días después del año recién estrenado. Yo había pasado la Nochevieja sola por primera vez en mi vida.

Estaba en la habitación de invitados de Xav (ahora mi habitación) porque afuera caía una gran ventisca, lo que hacía poco atrayente la idea de dormir en la hamaca. Era bastante tarde y ya estaba metiéndome en la cama cuando se apagó la luz de la habitación. Pensé que la bombilla se había fundido, pero, cuando comprobé que las luces del pasillo tampoco se encendían, bajé a tientas con mucho cuidado para tratar de localizar la caja de fusibles. Aunque tampoco es que tuviera la menor idea de lo que debía hacer si la encontraba.

Al llegar a la cocina, la alarma contra intrusos se disparó. Es un sonido que sospecho que deben poner por megafonía en el infierno; no tanto una alarma como un chirrido metálico tan fuerte y penetrante que te taladra los oídos.

Me entró pánico, salí disparada de la cocina y me estampé contra la barandilla de las escaleras, dándome en toda la cara con el roble macizo y desplomándome en el suelo de piedra.

Al recuperar el conocimiento, estaba en el suelo con la cara cubierta de sangre seca. Me moría de frío, la cabeza me palpitaba y la nariz me dolía al inspirar.

La alarma seguía aullando, lo que incrementaba el tormento, así que fui al armario del pasillo, donde sabía que estaba el botón de reinicio, y le di un puñetazo.

Bendito silencio.

Pero ahora no solo sentía el martilleo de mi cabeza, sino que oía el sonido sibilante que hacía con cada penosa inspiración, y me estaba entrando auténtico pavor al escucharlo. Demasiado asustada y dolorida para ir a mirarme al espejo, volví a tientas a mi habitación, me tomé dos Tramadol y dos somníferos y me desmayé sobre la cama.

Volví a despertarme en la oscuridad. El reloj de la pared marcaba las seis en punto, pero no sabía si eran de la mañana o de la tarde. Busqué a tientas mi móvil y vi que eran las 06:00.

Con cautela, me toqué la cara con las manos; mi nariz seguía ahí, pero la notaba deforme e hinchada. Tenía un gran bulto debajo de un ojo y me di cuenta de que me costaba ver con él.

Mi cara estaba fría. Mis manos también. En realidad, me estaba congelando. La casa estaba

helada y, cuando intenté encender la lamparilla, observé que seguía sin funcionar.

Me levanté y abrí las cortinas para que entrara un poco la luz de la calle y fue solo entonces cuando comprendí de verdad lo que había pasado.

No había farolas encendidas, ni luces en las casas ni ningún otro indicio de electricidad. Al menos por lo que veía a través de la ventana, todas las luces estaban apagadas.

Se había ido la corriente.

Me quedé en *shock*. Bajé a la cocina para prepararme una buena taza de té y sentarme a pensar. Pero entonces caí en la cuenta de que no podría volver a prepararme el té.

Con los niveles de pánico en rápido ascenso, decidí buscar «apagón eléctrico» en Google con mi móvil, pero al abrir el buscador descubrí que no había *wifi*. Pasé a 5G.

Nada.

Hacía un par de días que no revisaba nada en mi móvil y, ya fuese por la falta de electricidad o por pura coincidencia, resultaba que Internet también había dejado de funcionar.

Que no hubiera Internet significaba que ya no podría revisar diariamente las cuentas de Facebook, Instagram o Twitter. Ya no podría releer *emails* antiguos ni mirar las fotos colgadas en la nube.

Rompí a llorar histéricamente.

Lloré por Internet, por mi última conexión con el pasado. Lloré por el té caliente, las duchas calientes y la comida caliente, por la calefacción central y la cerveza helada, por la televisión y las luces de la discoteca y el *Jacuzzi* de la azotea y por todas las cosas que ya no podría disfrutar. Lloré por el hogar que me había construido para mí misma y que había resultado tan cálido, tan servicial y resguardado frente a los horrores del exterior. Lloré por la pérdida de mi acogedora existencia posapocalíptica. Lloré porque me daba miedo salir y enfrentarme a ese nuevo mundo de oscuridad.

Mientras lloraba y moqueaba sobre la encimera de la cocina me di cuenta de que la burbuja de pánico que notaba en el pecho respondía a otro motivo: me había retrasado casi seis horas en mi dosis de Tramadol y, por más que me hubiera jurado a mí misma que no estaba enganchada, mi cuerpo me decía enfáticamente que sí lo estaba.

Con la cara hinchada y dolorida, subí las escaleras para buscar mis pastillas y tuve el primer atisbo de la realidad que se ocultaba tras la fachada de mi comfortable vida doméstica.

La casa estaba hecha un desbarajuste. Había desperdicios tirados por el suelo, montones de comida podrida dejados junto a la cama, toallas húmedas tiradas, ropa amontonada por todas partes, botellas rotas en el rincón, pilas de platos y vasos en precario equilibrio sobre muebles sucios. Mis sábanas estaban manchadas con una roña que no sabía identificar. ¿Comida? ¿Fluidos corporales? La habitación apestaba.

Al horroroso panorama de la casa se añadía mi creciente conciencia de la horrorosa situación en la que me encontraba. ¿Qué demonios hacía? Refugiada en la casa de Xav, estaba disfrutando de unas relajantes vacaciones narcotizadas. ¿Por qué no buscaba a otras personas? Estaba recorriendo alegremente las rutas turísticas de Londres, en lugar de intentar averiguar si quedaba más gente viva. ¿Y si resultaba que eran niños? ¿O bebés? Debería haberme dedicado a buscar a los últimos supervivientes de la raza humana, en vez de tumbarme en un *jacuzzi*. Tenía que salir, buscar a otra gente, hacer algo.

Lo peor de todo era que tal vez lo había postergado demasiado. Tal vez había perdido la

oportunidad de encontrar a alguien vivo. Quizá ahora estuviera realmente sola y, en ese caso, sería completamente por mi culpa.

Corrí al baño, me tragué mi dosis habitual de Tramadol con agua del grifo y añadí una tableta extra, por si acaso.

Desde que había llegado a casa de Xav, no había mirado la televisión para ver si la señal de la BBC seguía funcionando y si alguien la había utilizado. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que yo pudiera ser la que fuera allí y la utilizara. ¿Por qué no lo había hecho? Era mi única oportunidad para hablar a todo el país a la vez, para comprobar si aún quedaba alguien con vida, y yo, en cambio, me había dedicado a bailar en una discoteca de mierda.

Tenía que ir allí, tenía que hacer algo.

Tenía que ir al edificio de la BBC ahora mismo.

No creía que fuese a volver a la casa de Xav.

Pienso ahora en ello y me parece que debía de ser el efecto de las drogas en mi mente, pero en aquel momento creía sinceramente que aún debía haber gente por ahí, que alguien llamaría o acudiría a la BBC cuando me viera.

Así pues, antes de abandonar la casa, subí a decirle adiós y darle las gracias a Xav.

La calefacción que yo había estado usando había acelerado la descomposición de los cuerpos radicalmente e, incluso con mi nariz rota, el hedor al abrir la puerta del dormitorio casi bastó para que diera media vuelta y me fuera.

Pero él había cuidado de mí durante su vida, y también en su muerte, y yo había decidido dejarle allí las drogas que me había llevado. Tal vez las necesitara en el otro mundo. Contuve la respiración y me acerqué a la cama. Le dije a Xav que lo quería, besé su pestilente mejilla, que ya estaba ennegreciéndose, dejé la cocaína y el Tramadol en su mesita de noche, dije adiós con la mano a los dos adonis y salí de la habitación.

Luego volví a entrar y me llevé el Tramadol porque soy una mala amiga, una persona débil, y porque —acababa de descubrirlo— me había convertido en una drogadicta.

4 de enero de 2024

Estaba nevando con fuerza y no quería ir a pie hasta la BBC, pero Xav no tenía coche. La necesidad obliga y, tal como había descubierto, robar un coche en este nuevo mundo era increíblemente fácil.

Empecé a utilizar ese día una técnica que aún sigo empleando. Simplemente, caminé hasta la calle más cercana con multitud de coches aparcados junto a la acera,forcé la entrada de la casa de aspecto más accesible, busqué las llaves del coche (casi siempre en un cuenco del vestíbulo, en la cocina o en un armario de la pared), me planté en el umbral de la casa y pulsé el mando de la llave. En el silencio y la oscuridad del nuevo mundo, el chasquido de las puertas al abrirse y el destello de los faros son como una señal de rescate.

Así que solo debes entrar en una casa, encontrar las llaves, utilizar el mando para localizar el coche, sentarte al volante, arrancar y... en marcha. Cuando el coche se quede sin gasolina, simplemente repite el proceso.

Digo «simplemente», pero tardé una hora en armarme de valor para forzar la entrada de la casa, treinta minutos en darme cuenta de que las llaves suelen guardarse en la cocina y casi una hora probando la llave en diferentes coches hasta que se me ocurrió pulsar el botón del mando.

No soy una delincuente muy brillante.

Ah, y procura no quedarte sin gasolina en mitad de la nada a las tres de la madrugada, cuando está lloviendo a cántaros y no tienes ni idea de dónde estás. Hazme caso.

Llegué a la BBC cuatro horas después de salir de la casa de Xav.

La electricidad seguía funcionando allí.

Temía no saber adonde ir o qué hacer cuando llegase al edificio; pero no debería haberme preocupado. Me imagino que la BBC debía haber desarrollado hacía muchos años un protocolo para la eventualidad de un apocalipsis que diezmará la población. Desde que crucé las puertas principales, prácticamente me llevaron de la mano a través del edificio.

Había rótulos dándome la bienvenida, señalándome el camino para llegar al estudio y animándome a utilizar las escaleras y no el ascensor, por si se producían apagones.

Una vez en el estudio, otros rótulos me indicaron cómo funcionaba todo, dónde sentarme, cómo ponerme el micrófono en la solapa, hacia dónde mirar e incluso qué debía decir.

Era todo muy sencillo; estaba hecho para que les resultara fácil a las personas con más fobia a la tecnología.

Me produjo un escalofrío pensar que alguien había planeado todo aquello.

Me di cuenta de que debería mirar qué aspecto tenía mi cara antes de sentarme frente a la cámara y utilizar quizá el maquillaje que habían tenido el cuidado de dejar a mi disposición.

Seguí los serviciales carteles hasta los lavabos y encontré el cuerpo de una mujer caído en uno de los cubículos.

Era la primera vez que veía a alguien que daba la impresión de haber muerto a causa del 6DM y no del T600.

No era nada bonito.

La mujer estaba rodeada de vómitos y heces y había sangrado por los ojos, por la nariz y por las orejas. Tenía la cara echada hacia atrás y la boca abierta, como si lo último que hubiera hecho hubiese sido gritar, bien de dolor o bien por la injusticia que representaba todo aquello. No la reconocí como una presentadora de la tele, así que quizá era alguien que había venido a emitir un mensaje antes de sucumbir a la enfermedad.

Ya no podía hacer nada por ella. Salí del baño de mujeres y seguí los rótulos hasta el de caballeros.

Allí no había nadie.

Me miré en el pequeño espejo que había sobre el lavamanos.

La cosa era a la vez peor y mejor de lo que había supuesto.

Mi ojo izquierdo, que había tenido cerrado e inútil hasta ahora, seguía muy amoratado, pero había empezado a abrirse y parecía estar curándose. La nariz quizá se me había roto, nunca lo sabré con certeza, pero tenía un tamaño que era el triple de lo normal y estaba totalmente aplastada por un lado.

El mayor *shock*, sin embargo, me lo produjo mi aspecto general.

No me había mirado como es debido en un espejo desde hacía unos quince días y, en ese tiempo, parecía haber envejecido cinco años. Mi ojo bueno estaba hinchado e inyectado en sangre. La cara la tenía abotargada, enrojecida, salpicada de manchas y con un extraño brillo que no parecía natural ni saludable. A pesar de haber estado usando un champú increíblemente caro, mi pelo estaba reseco, encrespado y desaliñado, y el flequillo empezaba a caerme sobre los ojos.

No me considero demasiado vanidosa, pero tenía una pinta horrenda y no pensaba salir así en la televisión.

Utilicé casi todo lo que había en el neceser de maquillaje y todos los productos para el pelo que encontré, revisando los cajones de personas ahora muertas. Tardé casi una hora, pero cuando al fin me senté frente a la cámara estaba bastante segura de tener el aspecto de una mujer corriente que había sufrido un accidente de coche, y no de una mendiga chiflada a la que ni siquiera su gato se atrevería a hincarle el diente.

Había mirado el texto sugerido para leer ante la cámara en las notas que habían dejado sobre la mesa, pero me parecía rebuscado e impersonal. («Hola. Me llamo... Estoy viva y me encuentro en la central de la BBC. Si usted también está vivo, llámeme, por favor, al 0800 915 4650. Gracias»). Tampoco sabía dónde sonaría el número que ellos facilitaban, así que decidí

emitir mi propio mensaje.

Ensayé primero unos minutos y me sonó bien, pero una vez frente a la cámara me entró pánico y acabé diciendo:

—Eh..., o sea, hola. ¿Cómo estás? Perdón por este careto, pero me estampé contra una barandilla en la oscuridad. ¡Ja, ja! No, en serio, fue así, no es que me hayan maltratado. —Pausa incómoda—. Hmm, bueno, estoy viva y estoy en la central de la BBC y confío en que haya alguien más vivo por ahí y que, si es así, puedas venir para que nos veamos. Yo he estado en Londres todo este tiempo y las cosas aquí van bien de momento, pero ahora empieza a irse la corriente, así que yo, en tu lugar, me pondría en contacto más pronto que tarde. Perdona, estoy divagando. En fin, que estoy aquí y aquí voy a seguir. Sería fantástico que pudieras venir o llamar a mi móvil. Mi número es el 07689 341244. Voy a dejar un cartel en la pantalla para que veas mi número. Estupendo. Ah, y feliz Año Nuevo. Ja, ja. Bueno. Perdón. Espero que podamos hablar pronto. Cuídate...

Al final perdí el ímpetu inicial y me deslicé fuera del encuadre hacia un lado, pero acto seguido reaparecí con expresión de disculpa y procedí a tapar mi imagen con un gran cartel de cartón en el que figuraba mi número.

Solo después de poner el cartel me di cuenta de que se me había olvidado decir mi nombre.

Volví a ponerme frente a la cámara y repetí mi discurso a cada hora en punto durante los siguientes tres días.

Permanecí en la central de la BBC por si venía o llamaba alguien. Había comida en las máquinas expendedoras y la cafetería, y un montón de revistas para leer, además de sofás para dormir en los camerinos de las grandes estrellas.

Al principio, me distraje vagando por los pasillos, mirando las fotos de famosos haciendo cosas fabulosas y figoneando en los camerinos y las oficinas; pero al cabo de un tiempo, la cosa se volvió repetitiva y, bueno, ¿a quién le iba a importar si resultaba que encontraba una crema hemorroidal en el camerino de un célebre presentador?, ¿a quién se lo iba a contar? Así que me leí las revistas y traté de encontrar la dosis adecuada de Tramadol que me hiciera parecer relajada ante la cámara, pero no atontada, y que también me tranquilizara y me impidiera seguir el creciente impulso de salir del edificio. Traté de convencerme de que no estaba tomando más y más Tramadol con menos y menos efectos. Pero así era.

Echaba de menos desesperadamente a James y a mis padres. Sentía un dolor permanente en el pecho que ninguna cantidad de Tramadol aplacaba. No podía dormir, no me apetecía comer y me pasaba horas mirando por la ventana, rezando para que alguien pasara por delante.

Al cuarto día, pese al aumento de la dosis, había pasado de la calma y la simpatía a la súplica y el llanto. El tiempo ante la cámara lo pasaba rogándole a alguien, a cualquiera, que respondiera. Por favor, por favor, llámame o ven aquí. Por favor.

No quiero seguir sola más tiempo.

En la tarde del cuarto día, se me empezaron a agotar las revistas, los comestibles y las esperanzas de que alguien fuera a contactar conmigo. También se me había acabado el Tramadol y estaba peligrosamente cerca de un ataque de pánico, así que decidí arriesgarme a salir para aprovisionarme de nuevo.

Volvía a llover. La temperatura había subido en los últimos dos días y la diferencia en el grado de descomposición de los cuerpos que me rodeaban era perceptible. Más bien lamentaba que la nariz se me hubiera curado lo suficiente como para volver a inspirar a través de ella.

Londres desprendía una peste del demonio.

Olía un poco como nuestro cubo de basura cuando tirábamos bandejas de plástico para carne sin lavarlas, o como el cubo de reciclaje orgánico tras una semana al sol, pero en realidad era mucho peor que nada de lo que había olido hasta entonces porque yo sabía de dónde salía aquel olor. De miles y miles de cadáveres humanos pudriéndose lentamente.

Me entraron náuseas y me envolví con cuidado la cara con la bufanda para mantener a raya el pestazo.

Subí a mi coche, cerré la puerta y aspiré con placer el conocido hedor que desprende el vehículo de un fumador.

Conduje trescientos metros hasta la farmacia más cercana. Salí disparada del coche y crucé la puerta con tantas prisas que me resbalé con algo y me deslicé de culo por todo el local hasta estrellarme contra el mostrador.

Me incorporé lentamente, me quité la bufanda de un tirón y vomité por el suelo la barrita Mars que me había comido antes.

Tampoco es que importara mucho. El suelo ya estaba cubierto de todo tipo de fluidos y deshechos corporales. Había varios cuerpos a la izquierda del mostrador y llevaban bastante tiempo rezumando copiosamente. Era como si hubiese pisado las eyaculaciones de la peor peli de tortura porno del mundo. Dios sabría cómo habían llegado allí, qué habían estado haciendo o qué había sucedido para que se volvieran tan... viscosos.

No iba a quedarme para averiguarlo.

Salí entre resbalones de la farmacia, dando arcadas, llorando y jadeando por el olor y el *shock*. Me derrumbé en la acera y me lamenté a gritos que nadie podía oír.

Tenía las manos embadurnadas de sangre y de fluidos que ninguna persona debería tocar jamás, y mi ropa también estaba manchada.

Me arranqué todas las prendas y me levanté desnuda bajo la lluvia para tratar de lavarme la huella física y mental de lo que acababa de tropezarme. Estaba helada, pero no me importaba. Chillé y chillé hacia el aire apestoso de Londres, conservando apenas la cordura.

Fue solo al detenerme para tomar aliento cuando oí que alguien respondía a mis gritos.

Al principio pensé que era otra vez un chimpancé y que había vuelto a meterme de algún modo en aquella pesadilla infernal, pero entonces advertí que los gritos venían de distintos puntos y que no procedían de la misma voz.

De hecho, no eran gritos.

Eran ladridos, aullidos, chillidos, maullidos.

Me acordé del perro del vecino de Xav y comprendí horrorizada que aquella algarabía procedía de las mascotas del barrio. Debía de haber miles por todo Londres, encerradas en casa y esperando en vano a que sus amos fueran a liberarlas.

¿Qué debían beber? Dios mío, ¿qué estaban comiendo?

Ese pensamiento me arrancó de mi desvarío y me devolvió a mi presente desnudez.

Olvidados mis temores y escrúpulos de clase media, destrocé el escaparate de la primera

tienda de ropa que encontré, comprobé que no hubiera ocupantes y luego me sequé y vestí a toda prisa. Me envolví la cara con una bufanda limpia, abandoné el coche y, procurando abstraerme del olor y los chillidos, regresé corriendo a la BBC.

La corriente se había ido finalmente.

En los treinta minutos que había pasado fuera, la BBC se había sumido en la oscuridad y cualquier esperanza de contactar con otros supervivientes había quedado desbaratada.

Me senté en el suelo.

Ya no funcionaba Internet ni tampoco la televisión; apenas tenía señal en el teléfono móvil y las líneas fijas estaban muertas. La electricidad estaba desapareciendo rápidamente y la comida empezaría pronto a agotarse.

Tenía miedo. Miedo de la soledad, miedo de vivir, miedo de morirme.

Pero con todo el miedo y el dolor y la desesperanza, todavía no me decidía a tomar el T600.

Me odiaba a mí misma.

Odiaba Londres.

No podía quedarme allí.

No sabía qué hacer.

Ojalá Ginny hubiera estado conmigo. Ginny habría sabido qué hacer. Ella siempre sabía qué hacer.

Genevieve Mabuto fue la primera y única amiga de verdad que he tenido en mi vida, y la única razón de que yo hubiera sobrevivido en mi nueva carrera de oficinista.

Después de dejar *Shipping and Ports: Global* debería haberme resultado prácticamente imposible encontrar un buen empleo en una oficina, dada mi falta de dotes y experiencia. Pero me bastó con explicarle a Xav que estaba en paro. Él se enfrentó a una de sus raras conversaciones con su padre y al cabo de una semana me vi convertida en auxiliar ejecutiva del director de Europa, Oriente Medio y África de la Worldwide Insurance Solutions de la City.

Detestaba aquel empleo.

Era evidente que yo no había trabajado nunca en una oficina propiamente dicha. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo y todos los que me rodeaban lo sabían.

También sabían que había conseguido el trabajo gracias a mis contactos y que había saltado directamente a un codiciado puesto que debería haber correspondido a otra persona.

A Hanna Chambers.

Hanna era la auxiliar del director de Recursos Humanos y la líder de la pandilla de las auxiliares ejecutivas, y había deseado ocupar mi puesto desde hacía tiempo. Nunca me perdonó que yo se lo hubiera quitado.

Hanna solo estaba en el banco con el fin de ganar el dinero suficiente para costearse el viaje a África y trabajar con refugiados ugandeses. Era guapa, amable y divertida con todo el mundo..., salvo conmigo. Y todo el mundo la adoraba..., salvo yo.

Lo primero que me dijo el día de mi estreno, cuando me presenté con unos pantalones negros y una blusa blanca fue: «El servicio de *catering* está abajo».

Al día siguiente, cuando crucé la oficina con un atuendo similar, me gritó: «¿Es que no has

vuelto a casa?».

Al final de mi primera semana ella andaba comentando mis frecuentes visitas al baño (donde yo me refugiaba a llorar); y a mitad de la segunda semana, yo había dejado de beber después del té de la mañana para no tener que ir al baño más que a la hora del almuerzo y al salir por la tarde. Aun así, ella acompañaba mi recorrido frente a su escritorio con algún risueño comentario como: «Ahí va el rayito de sol de la oficina».

Con lo cual ya puedes hacerte una idea de lo fatal que me sentía, porque yo normalmente soy un jodido rayito de sol. Bueno, la mayor parte del tiempo.

El viernes de mi primera semana, Hannah recorrió la oficina de planta abierta anunciando que era la hora del «almuerzo de auxiliares ejecutivas. Vamos, chicas». Yo cogí mis cosas y me dirigí a los ascensores con todas las demás. Ella aguardó hasta que me dispuse a subir al ascensor y entonces dijo: «Tú no. Tú no estás invitada». Creí que bromeaba e intenté subir de todos modos. Ella me cerró el paso. «Tú. No. Estás. Invitada».

Mientras se cerraba la puerta, me saludó sarcásticamente con la mano y todas las demás se rieron.

A partir de allí, quedé excluida de todo: de los almuerzos y de las reuniones de las auxiliares, de las copas al salir del trabajo, de la carrera solidaria de cinco kilómetros. Hanna nunca perdía la oportunidad de reírse de mí, de señalar lo que había hecho mal y de intentar complicarme la vida. Si alguien le dejaba un mensaje para mí..., nunca lo recibía. Y, pese a todo, nadie comentaba su actitud, nadie mencionaba lo horriblemente que se estaba portando conmigo; todo el mundo seguía adorándola.

Era espantoso.

Yo debería haber hecho algo, tendría que haber hablado con alguien o presentado una queja, pero no hice nada. Procuré entrar y salir desapercibida durante un mes y finalmente me di por vencida.

El día que iba a dimitir, llegué temprano para poder imprimir la carta de dimisión sin que nadie la viera.

Así que me sentí bastante irritada cuando Ginny plantó la carta de dimisión sobre mi escritorio y me dijo: «¿No puedes dimitir así! ¿Y por qué estás dimitiendo, además? Tú tienes al director menos complicado que hay aquí».

Iba a dimitir porque estaba completamente deprimida. Porque añoraba con desesperación mis barcos y mis puertos, el placer de escribir sobre mis barcos y mis puertos. Porque me estaban acosando. Porque no soportaba estar encerrada en una oficina con mujeres que sabían vestirse bien y maquillarse y arreglarse el pelo apropiadamente, mientras que yo no sabía. Porque no tenía ninguna amiga que pudiera explicarme cómo maquillarme y arreglarme el pelo correctamente. Porque yo era antes un rayito de sol y ahora ya no lo era.

A Ginny no le dije nada de todo esto. Simplemente bajé la vista hacia la carta y me encogí de hombros.

En ella, me había limitado a escribir: «Acepte, por favor, esta carta como aviso de que presento mi dimisión. Gracias. Saludos».

Ginny miró la carta, me miró a mí y finalmente se echó a reír.

—Venga, vamos a tomar una copa.

Ginny había empezado en la empresa como secretaria administrativa temporal. Enseguida había desalojado a la titular y había ocupado su puesto, convirtiéndose en empleada fija. Luego había decidido que no le gustaba el título de secretaria administrativa y lo había cambiado por jefa administrativa. Todo esto lo consiguió en un lapso de seis semanas.

En teoría, su puesto quedaba por debajo del mío y de todas las auxiliares ejecutivas, pero Ginny no veía las cosas así y, en la práctica, no sucedía nada en la oficina sin su conocimiento y aprobación: los pedidos de material, los turnos de trabajo, los cambios de escritorio, la aprobación de bajas por enfermedad e incluso los permisos de salida tenían que estar autorizados por Ginny. Ella miraba por encima del hombro al resto del personal administrativo y no se dignaba a participar en los almuerzos y salidas de las auxiliares ejecutivas. En dos años, conseguiría pasar al Departamento de Ventas y se convertiría, con diferencia, en la principal vendedora del equipo.

El día que yo iba a dimitir, Ginny me llevó a tomar unas copas y me emborrachó de tal modo que a las cuatro de la tarde me quedé dormida con la cabeza sobre el escritorio y mi carta de dimisión acabó en la papelera.

A la semana siguiente no me invitaron tampoco al almuerzo de auxiliares ejecutivas, pero a mí me daba igual porque Ginny me había invitado a salir con ella.

Al cabo de unas semanas, todo el mundo sabía en la oficina que Ginny me apoyaba y las cosas mejoraron radicalmente.

Incluso Hannah le tenía miedo a Ginny.

Un viernes, mientras ella y yo nos tomábamos nuestra copa habitual a la hora del almuerzo, Hannah se acercó a nuestra mesa. «Esta tarde tenemos reunión de auxiliares ejecutivas. Deberíais venir —dijo con su sonrisa más dulce—. Sin rencores».

Ginny apuró su bebida y le devolvió la sonrisa con expresión encantadora. «Que te jodan, Hannah, maldita hija de puta», le dijo con dulzura.

Hannah no volvió a dirigirme la palabra.

Por mucho que lo deseara, ahora Ginny no estaba a mi lado y yo debía tomar una decisión sobre mi futuro. No me quedaba más remedio. Había llegado la hora de irse a...

Aún no sabía cuál era el final de la frase, pero tenía claro que no podía vivir en la BBC y que no quería seguir en Londres. Mi historia de amor con la ciudad había concluido. Lo único que quedaba aquí era muerte y recuerdos en los que no me permitía a mí misma detenerme.

Decidí que antes de salir de Londres dedicaría el día siguiente a abastecerme de provisiones (drogas) y a liberar todos los animales encerrados que pudiera.

Enseguida descubrí que eran sobre todo perros los animales atrapados. La gente, por lo visto, había soltado los gatos para que se las arreglaran por sí solos, lo cual hacía que me preguntara por qué no los había visto con más frecuencia.

En las primeras tres casas en las que entré, los perros estaban muertos o demasiado débiles para hacer otra cosa que aullar inútilmente. Yo era demasiado cobarde para acabar con su sufrimiento, así que les di de beber con una cuchara, les puse comida y agua en abundancia y dejé las puertas abiertas para que pudieran salir.

Era algo desolador.

En la cuarta casa en la que entré, había un pequeño terrier que se me acercó dando saltos, dejó que le rascara las orejas y luego salió alegremente por la puerta principal. Estaba la mar de contento y perfectamente alimentado. ¿Cómo era posible? Me imaginé en el acto unos cuerpos medio devorados en la sala de estar, pero no flotaba en el ambiente ningún olor putrefacto. Entré en la cocina y descubrí la respuesta: seis enormes bolsas de comida para perro desgarradas y todo tipo de recipientes —cuencos, tazas, platos, sartenes y hasta un Tupperware— llenos de agua y distribuidos por la cocina y la sala de estar. La repisa de la chimenea estaba repleta de fotografías de una pareja mayor paseando, cogiendo en brazos al terrier y jugando con él. Al llegar el final, se habían preocupado del sustento del ser que más querían.

Fui a otras seis casas; dos con un gato y un perro que no tenían nada de comer ni de beber, dos con perros a los que les habían dejado agua y comida, y otras dos, las últimas, cuyos perros habían recurrido obviamente a la forma de alimentarse que yo más me temía. Esos perros salieron disparados de las casas, ladrando y gruñendo de un modo que me convenció de que mi operación de rescate estaba llegando a su fin.

La última mascota que entré a liberar era un labrador dorado. Tenía los huesos asomando bajo el pellejo lampiño, porque se le había caído el pelaje por la desnutrición. Al principio creí que estaba muerto, pero, al acercarme, alzó la cabeza e intentó dirigirme una gran sonrisa perruna, que yo le devolví sin poder evitarlo. Me di cuenta de que era la primera vez que sonreía de verdad desde hacía muchos días. Le di de beber un poco con una cuchara, le puse agua y comida al lado y lo dejé allí. Pero cuando llegué a la puerta, lo oí gimotear a mi espalda y, al volverme, vi que se incorporaba temblorosamente para seguirme.

Yo no quería llevármelo.

No estaba allí para montar un refugio de animales.

Mi tarea de buena samaritana había concluido. Como la mayoría de las cosas de mi nuevo mundo, resultaba demasiado angustiosa.

Me dirigí a la zona residencial más cercana y cambié mi razonable Golf por un Porsche. Tardé casi dos horas en encontrar la casa y las llaves correctas para llevarme el coche, pero los Porsche habían sido siempre los preferidos de James y sentí que debía abandonar Londres a lo grande en su honor.

Fui al súper más cercano y llené el maletero (que me costó mis buenos diez minutos averiguar que estaba en el capó) de agua y comida.

Después, pese a mis reticencias iniciales, volví a recoger el labrador. No sé por qué; quizá porque me había hecho sonreír. O quizá porque me sentía tan terriblemente sola.

Por muchas drogas que tomara, no podía quitarme esa penosa sensación de encima.

Llevé al coche el saco de huesos que venía a ser el perro, mientras otras criaturas gemían, ladraban y chillaban a nuestro alrededor.

Lo dejé en el asiento del acompañante; subí, arranqué el motor, lo hice rugir para ahogar los ruidos del exterior y salí de Londres por última vez.

Al perro lo llamé Lucky.

10 de enero de 2024

No tenía ningún plan definido cuando salí de Londres. No sabía adonde me dirigía, no tenía ni idea de lo que iba a hacer. Solo quería salir de allí, llegar a algún lugar sin ruidos, sin olores, sin animales apresados que me hicieran sentir culpable.

Las carreteras de salida de Londres estaban vacías. Una vez más, vi algunos coches accidentados y otros abandonados, pero nada de tráfico ni, por suerte, nada de cadáveres tampoco. Los semáforos y las señales lumínicas seguían funcionando y yo seguía obedeciendo por mera costumbre.

Esta vez no divisé columnas de humo. Supuse que la nieve y la lluvia constantes debían de haber apagado al fin las hogueras.

Aún seguía atisbando gente con el rabillo del ojo muchas veces, pero, después de subir treinta y seis tramos de escalones, durante mi último día en Londres, para investigar lo que resultaron ser unas luces navideñas alimentadas con batería y una silueta de cartón de Elvis de tamaño natural, me estaba volviendo mucho más selectiva a la hora de perseguir a aquellos fantasmas de mi imaginación.

Aunque poco me había faltado para llevarme a Elvis.

Decidí tomar la M1, simplemente porque fue la primera autopista cuyos carteles divisé, y me dirigí hacia el norte.

Estaba completamente desierta. Veía quizá un coche abandonado cada ciento cincuenta kilómetros, pero nada más.

Era un placer estar en movimiento y dejar la ciudad atrás.

El Porsche solo tenía un sistema bluetooth, así que no podía poner música, pero el motor emitía un agradable ronroneo que reverberaba por todo el coche. Era como conducir un gatito gigante. Había dejado de llover y no hacía el frío suficiente para que helara, así que conducir por las carreteras vacías resultaba muy fácil. Lucky permanecía acurrucado en el asiento del pasajero, roncando suavemente e impregnando el interior del coche de un olor a perro mojado, que, en otras circunstancias, habría sido desagradable, pero que resultaba curiosamente reconfortante después de todos los olores de los últimos días.

En honor a James, decidí darle caña al Porsche y ver qué velocidad podía alcanzar. Estaba

zumbando a ciento setenta kilómetros por hora cuando sonó un chirrido escalofriante procedente de las ruedas traseras y patiné a través de dos carriles; lo cual habría significado una muerte casi segura si la autopista hubiera estado transitada como de costumbre.

No quería correr el riesgo de estrellar el coche y desangrarme lentamente allí sola, en mitad de la Mi, así que reduje la marcha a una media más tranquila de noventa kilómetros por hora.

El cambiante paisaje que bordeaba la autopista constituía una distracción continua. Las cosas empezaban a deteriorarse. La lluvia y el viento habían causado desprendimientos de rocas y lodo en las laderas de los márgenes y, sin nadie que se ocupara de reforzarlas, unos daños iniciales que podrían haber sido leves se habían agravado rápidamente. Los solares en construcción estaban hechos un auténtico desastre, con grúas inclinadas, lonas flameando al viento y camiones volcados. En un tramo, el talud de un lado de la autopista se había venido abajo y todo el arcén había desaparecido. También vi dos puentes parcialmente hundidos.

Quizá resultaba más preocupante todavía la falta de electricidad en muchos pueblos y aldeas. Yo había supuesto que eso sucedía en Londres, donde el consumo ambiental era enorme, pero que en las zonas menos pobladas no habría problema.

Me equivocaba.

Los cortes de luz no parecían tener ni ton ni son. Watford estaba oscuro, pero Luton (mucho mayor) aún tenía electricidad. La casa vecina de una aldea con corriente carecía de ella. La autopista estaba sin luces durante kilómetros y kilómetros y, de repente, en zonas completamente aleatorias, se hallaba profusamente iluminada.

Si no hubiera estado tan distraída con las vistas y el paisaje tan cambiante, quizá habría advertido que el indicador de gasolina del Porsche estaba parpadeando.

Lo dudo, sin embargo, porque ni siquiera sabía lo que era el indicador de gasolina.

Ahora lo sé.

No sucedió nada muy dramático; el coche dejó de funcionar, simplemente.

Un minuto antes avanzábamos a buen ritmo y, al siguiente, nos empezamos a deslizar pacíficamente hasta detenernos por completo en el carril central de la Mi.

En mitad de la noche.

En mitad de la nada.

El cuadro del salpicadero marcaba las 03:24 y dos grados de temperatura exterior.

Me constaba que habíamos pasado Northampton, pero no tenía ni idea de cuántos kilómetros habíamos recorrido desde entonces ni de lo lejos que quedaría el pueblo más cercano. Nos encontrábamos en un tramo oscuro de la autopista y no se veían luces en el horizonte. Estaba todo negro como el carbón y ahora volvía a llover.

Durante un rato permanecí sentada mirando cómo la lluvia caía silenciosamente sobre el parabrisas. El coche se enfrió enseguida al no funcionar el motor, y yo era consciente de que me congelaría si esperaba a que saliera el sol.

Lucky se despertó, gimoteó por el frío o por la oscuridad y se arrastró hasta mi regazo. Él (no sabía cómo confirmar este dato, pero por ahora iba a suponer que era «él») estaba caliente y resultaba reconfortante, así que dejé que se quedara ahí.

Al cabo de menos de cinco minutos, Lucky estaba temblando y yo noté que se me

congelaban los pies, de modo que comprendí que debíamos abandonar el coche.

No había traído mapa, ni linterna ni zapatos, dejando aparte las botas Ugg, que en realidad eran más unas zapatillas que unas botas. Tenía una chaqueta impermeable, pero no pantalones. Llevaba en el maletero veinte botellas de agua y un montón de comida, pero nada para poder transportarlas, salvo unas bolsas de plástico del supermercado.

Me puse un par de jerséis más y la chaqueta encima. Me envolví cada bota con bolsas de plástico y metí en otra un par de botellas de agua y dos barritas Mars para llevármelas. No tenía gorra, ni bufanda, ni guantes, así que me puse la capucha de la chaqueta y ajusté los tirantes para que me ciñera la cara.

Estuve a punto de dejar a Lucky en el coche, pero temía que muriera congelado.

Le puse un jersey también a él, para cubrirle las partes lampiñas, y confié en que fuera capaz de caminar lo suficiente para llegar a alguna parte.

Obviamente, no sabía adonde.

Afuera hacía muchísimo más frío de lo que había hecho en Londres. El tramo de autopista donde estábamos se encontraba en una llanura expuesta por ambos lados, y el viento la azotaba con fuerza, lanzándome la lluvia a la cara.

Lucky se quejaba ruidosamente y yo no se lo reprochaba.

Echamos a andar.

Decidí no apartarme de la autopista, porque no podía saber si había o no alguna población en las inmediaciones y, en cambio, tenía la seguridad de que en algún punto habría una gasolinera. Lo que no sabía era a qué distancia.

Habíamos caminado unos quince minutos cuando caí en la cuenta de que me había dejado en el coche el Tramadol, el móvil y el cargador.

No sé por qué aún mantenía el móvil cargado y encendido. No tenía acceso a Internet, nadie me había llamado y a mí no me quedaba ninguna persona a la que llamar, pero todavía no estaba dispuesta a dejarlo. Creo que aún mantenía la esperanza de necesitarlo en algún momento. Además, por nada del mundo iba a dejar la bolsa de las drogas.

Así pues, dimos media vuelta y volvimos hasta el coche.

Estoy segura de que a aquellas alturas Lucky se arrepentía de haber venido conmigo. No me cabe duda de que habría preferido correr el riesgo de quedarse en su casa.

No tengo ni idea del tiempo que estuvimos caminando ni de la distancia que recorrimos.

Aquella fue la noche más deprimente de toda mi vida. Cuando James había muerto, al menos yo estaba abrigada y seca.

Poco después de abandonar el coche me quité las bolsas de las botas, porque se me llenaban de agua y me estorbaban para andar, con lo que no cumplían en absoluto su cometido. Mi chaqueta «impermeable» empezó a filtrar agua por los hombros y la espalda. Tenía las manos y los pies helados y entumecidos, así que supongo que debía caminar a grandes pisotones, como una especie de ogro posapocalíptico.

No entiendo cómo aguantó Lucky tanto tiempo. Estaba esquelético, apenas podía caminar y solo se había comido media lata de comida para perro antes de subir al coche. Muy pronto tuve que quitarle el jersey, porque estaba empapado y lo iba arrastrando por el suelo. Aun así,

kilómetro tras kilómetro, siguió a trancas y barrancas, con el escaso pelaje encharcado, lo que resaltaba aún más su cuerpecillo famélico.

Lucky se dio por vencido cuando empezaba a clarear por la derecha de la autopista. Un momento antes seguía arrastrándose a mi lado, convertido en un maltrecho saco de huesos chorreante, y de repente... desapareció. Al principio creí que se había escapado, pero luego me volví a mirar y vi que se había derrumbado más atrás.

Lo dejé allí.

Estaba congelada, dolorida y exhausta, y no sabía si yo misma iba a conseguirlo. Llevármelo conmigo habría sido absurdo.

Di una docena de pasos... y volví atrás.

Soy egoísta, pero no un monstruo.

Lo cogí en brazos, empapándome todavía más con su pelaje chorreante, y empecé a arrastrar los pies.

Ya había salido el sol (al menos por lo que distinguía a través de la lluvia y las nubes), y yo me había puesto a contar hasta cien antes de sentarme definitivamente cuando vi a lo lejos un rótulo de «Área de servicio - 1 kilómetro».

Mi primer impulso fue dejar allí a Lucky, llegar al área de servicio, conseguir un coche y volver a por él.

Pero, por una vez, fui completamente sincera conmigo misma y reconocí que, si lo dejaba allí, no volvería a buscarlo. Él escogió ese momento (sabiamente) para abrir los ojos e intentar lamerme la cara, para lo cual era patéticamente incapaz de reunir fuerzas, un gesto que lo volvió aún más adorable.

Abandoné renqueando la autopista y entré en el área de servicio con Lucky medio echado sobre el hombro, la chaqueta y la ropa completamente encharcadas y mis botas Ugg convertidas en un andrajo que iba arrastrando con los pies.

Nunca me había alegrado tanto de ver un Days Inn Motel.

Las puertas de recepción estaban abiertas y el vestíbulo se había llenado de agua, basura y hojas secas; pero tenían electricidad, lo cual quería decir que tal vez habría calefacción y agua caliente.

Yo sonreía como una idiota.

Las puertas de las habitaciones se abrían con llaves electrónicas controladas por ordenador.

Dejé de sonreír.

Subí al primer piso, dejé a Lucky en el suelo y probé la puerta de cada habitación. Estaban todas cerradas.

Exasperada, le solté una patada a una de ellas con todas mis fuerzas.

La puerta cedió sin apenas protestar y se abrió hacia dentro.

Me quedé pasmada. O bien el hecho de ser la última persona viva me había conferido Superpoderes, o bien el sistema de seguridad del motel era bastante precario.

Me importaba una mierda cuál de las dos cosas fuera cierta.

La habitación estaba vacía y contenía una gran cama de matrimonio, toallas limpias y una

ducha que escupía un delicioso chorro hirviendo.

Recogí a Lucky y lo deposité en la bañera, en el extremo opuesto a la ducha. Luego me desnudé y, con un gran esfuerzo —mis músculos y mis huesos protestaban al verse obligados a levantar la pierna—, entré en la bañera.

Las últimas horas (a saber cuántas) me pasaron factura al fin mientras permanecía bajo el agua hirviendo y me eché a llorar. No eran lágrimas de tristeza, sino de alegría, de pura euforia por estar entrando finalmente en calor y sentirme mojada con un agua que no era la lluvia helada. Me lavé y enjaboné bien, e hice lo mismo con Lucky. Él protestó al principio, pero al cabo de un poco ya no pudo negar el placer que le proporcionaba el agua caliente, y se echó boca arriba para dejar que enjabonara su vientre terriblemente escuálido.

Le di unas palmaditas por primera vez y él sonrió.

Nos secamos los dos con las enormes toallas blancas, coloqué un par de mantas en el suelo para Lucky y luego me acosté en la cama limpia y cálida con un suspiro de felicidad.

Mientras me quedaba dormida caí en la cuenta de que no me había tomado la dosis nocturna de mi «medicina», pero estaba demasiado cómoda y abrigada para que me importara.

Al cabo de un rato, Lucky trepó torpemente a la cama y se tendió a mi lado.

No lo ahuyenté.

Me despertó Lucky dándome lametones en la mejilla. Yo estaba temblando y tenía la piel pegajosa de sudor.

Había dejado la calefacción al máximo y hacía un calor infernal en la habitación, o sea, que no temblaba de frío.

Me sorprendió durante unos instantes que pudiera estar desintoxicándome tan rápidamente. Pero enseguida me asaltaron las náuseas y un dolor de cabeza palpitante, y además noté que tenía un tic constante en un ojo.

Me reprendí por haber olvidado una vez más tomar las pastillas y me prometí ser más disciplinada en adelante. Engullí mi dosis y volví a tumbarme en la cama, aguardando a que hiciera efecto.

Tuve un breve momento de lucidez durante el cual comprendí que más bien debería estar preocupada por el hecho de haberme convertido en una drogadicta en toda regla, y no disgustada por no seguir estrictamente la rutina de las dosis, pero en cuanto el Tramadol obró su magia acostumbrada, me inquietó más pensar que estaba tendida sobre unas sábanas húmedas y que quizá fuera a morirme de hambre y de sed.

Mi ropa todavía seguía empapada de la lluvia del día anterior y el Days Inn no proporciona albornoces de baño, así que me envolví en una manta grande del armario, bajé descalza, con Lucky renqueando a mi espalda, y atravesé corriendo el aparcamiento hacia la zona de restaurantes.

Gracias, Watford Gap Services: me salvasteis la vida.

Todos los locales estaban abiertos. Saquéé WHSmith, bebiéndome tres botellas de agua y atiborrándome de patatas fritas y chocolate. Me preocupaba cómo iba a alimentar a Lucky, pero encontré en la nevera unos Dairylea Lunchables aún no caducados y a él pareció gustarle bastante el jamón.

A continuación, me agencié ropa limpia en Cotton Traders. No tenían bragas y los únicos zapatos eran Croes, pero, después de la experiencia del día anterior, no planeaba volver a caminar nunca más y pensé que nadie iba a reprocharme que no llevara ropa interior.

En McDonald's había hamburguesas congeladas, bollos y patatas fritas, y se me hacía la boca agua solo de pensar en zampármelas, pero no sabía cómo funcionaban los equipos de la cocina y lo más probable era que acabara incendiando el local mientras intentaba darme un banquete.

Al proseguir mi exploración, encontré un restaurante con un microondas y un frigorífico lleno de comida preparada. Comí macarrones con queso, lasaña y pastel de pescado, y ya estaba empezando un pastel de carne y patata cuando me vi obligada a darme por vencida antes de ponerme a vomitar. Dejé el pastel en el suelo y, tras unos husmeos exploratorios, Lucky lo engulló y empezó a gimotear hasta que le llevé otro.

Vestida, seca, abrigada y con el estómago lleno, me acerqué a las enormes lunas de cristal que daban al aparcamiento y a la autopista.

Empezaba a oscurecer de nuevo.

La autopista estaba vacía y en el aparcamiento solo había cinco coches, por lo que veía. El viento había esparcido desperdicios, hojas secas y ramas pequeñas por el suelo, y uno de los árboles estaba medio caído y bloqueaba la salida.

Pero no fue eso lo que me produjo un sentimiento especialmente posapocalíptico.

Fue la completa quietud.

Me hallaba en un lugar normalmente lleno de vida y transitado durante las veinticuatro horas del día; un lugar donde siempre había alguien despierto, alguien en movimiento.

Ahora, en cambio, nada se movía en el aparcamiento. Nada se movía en la autopista. Ni siquiera yo misma me movía; e incluso Lucky yacía inmóvil a mi lado.

Todo se había detenido.

Y ya no volvería a ponerse en marcha.

Nunca.

Mi lucha por sobrevivir había terminado. Sentí que me asaltaba una oleada depresiva.

Seamos sinceros: nadie escribió nunca poesía sobre el área de servicio Watford Gap cuando estaba en plena «vida», concurrida y funcionando a tope, así que difícilmente podía resultarme atractivo hacerlo ahora que estaba «muerta».

Llevé a Lucky de vuelta a la habitación y me metí directamente en la cama.

Todavía tenía las sábanas húmedas, pero estaba demasiado exhausta para cambiarlas, así que me tumbé encima, me envolví con otra manta y lloré hasta dormirme, acompañada por un Lucky inquieto que no cesaba de gemir.

Me desperté temprano a la mañana siguiente con una firme determinación.

Había cargado mi móvil el día anterior y el reloj me indicaba que eran las seis de la mañana, así que tenía muchas horas de luz natural por delante.

Ya sabía lo que tenía que hacer.

Sentía como si una mano gélida me sujetara el corazón, pero sabía que estaba tomando la decisión correcta.

Tenía que matarme.

Había sentido esa mano gélida en el corazón en el pasado.

Solo una vez.

James y yo llevábamos viviendo juntos como un año y, aunque todavía estábamos más o menos dentro del período de luna de miel de nuestra relación, la vida real empezaba a abrirse paso hasta nuestra burbuja de felicidad.

Él había sido ascendido en el trabajo, pero su nuevo puesto implicaba más horas, más tensión y menos noches en casa conmigo. Yo llevaba en mi nuevo trabajo unos meses, pero empezaba a preguntarme por qué había accedido a tomar un empleo que suponía estar más tiempo en casa cuando resultaba que cada vez pasaba una parte mayor de ese tiempo sola.

Habíamos tenido un par de peleas, nada grave, solo trifulcas sobre quién debía pasar la aspiradora, a quién le tocaba vaciar el lavaplatos, o quién debía ir de compras después del trabajo, ahora que James llegaba más tarde. Pronto descubrí que la respuesta a la mayoría de esas preguntas era... yo.

Aquella Nochevieja fuimos a una fiesta sofisticada del trabajo de James, celebrada en un restaurante de lujo con grandes vistas al Támesis y fuegos artificiales a medianoche. James había alzado las cejas ante mi vestido de noche rojo, de falda amplia, estilo años cincuenta, diciendo que la mayoría de las demás mujeres llevarían vestiditos negros. Yo había hecho un esfuerzo y creía que estaba guapa, así que me sentí algo decepcionada al ver que ni siquiera me decía que me quedaba bien.

Él tenía toda la razón. El restaurante estaba lleno de vestiditos negros ceñidos, unos pocos con lentejuelas y algún que otro mameluco. Me sentí incómoda y quise volver a casa a cambiarme, pero James me rodeó la cintura con el brazo y dijo que ya era tarde, que ya me vestiría de negro la próxima vez.

Enseguida me distraje: bufé libre, bebida gratis, música estupenda. Era una gran noche. Mis preocupaciones por el vestido rojo habían quedado olvidadas.

Ya pasaba de medianoche, y el DJ estaba haciendo un gran trabajo, creando sabiamente el tempo, poniendo algún clásico de vez en cuando. Casi no había nadie en la pista de baile. Yo me moría de ganas de bailar. Estaba borracha, la música era excelente y compadecía al DJ, solo ahí arriba, en su cubículo, sin que nadie apreciase su labor. Entonces puso «*That's the Way Love Is*», de Ten City, y yo me levanté en el acto, cogiendo a James de la mano y arrastrándolo a la pista antes de que tuviera tiempo de protestar.

Durante el primer minuto estaba demasiado alegre y borracha para darme cuenta de que, desgraciadamente, yo era la única que bailaba. James se había quedado de pie prácticamente inmóvil, con la cara convertida en una pétrea máscara de rabia y vergüenza. Interrumpí mi jubiloso bailoteo de golpe y descubrí que la gran mayoría de los presentes estaban contemplando nuestro pequeño melodrama en la pista.

Repentinamente sobria, sentí que se me encogía el corazón. Cogí la mano inflexible de James y lo saqué de la pista de baile, sonriendo como si hubiera sido todo una broma. Notaba claramente la rabia que él desprendía en oleadas. Ya en la mesa, James me sujetó del brazo con más fuerza de la cuenta.

—Nunca más en tu puta vida se te ocurra hacerme algo así.

Luego se levantó y se fue al bar.

No volvió.

Esa fue la primera vez que lo sentí. Una mano gélida en el corazón.

Por primera vez comprendí que nuestra relación no era algo que pudiera darse por sentado. No estaba grabada en mármol. Yo podía disgustar a James. Podía perderlo.

Nunca volví a bailar con él.

Ni siquiera el día de nuestra boda.

Así pues, con una mano gélida en el corazón o no, la decisión estaba tomada.

Si las únicas personas que quedaban eran los muertos, yo iba a reunirme con ellos.

Pero primero, antes de dar ese paso definitivo para acabar con todo, debía estar completamente segura, o tanto como fuera posible, de que era realmente la última persona viva.

Así pues, iba a emprender un viaje por carretera.

Conduciría hasta una zona remota de Escocia y buscaría una granja perdida para ver si el 6DM había aniquilado al resto de la raza humana.

Si era así, me mataría.

Mientras aún conservara la cordura para hacerlo.

12 de enero de 2024

Una extraña sensación de calma descendió sobre mí mientras desayunaba macarrones con queso y planeaba el viaje.

Mientras comenzaba a amanecer, salí a mirar los vehículos del aparcamiento.

Eché un vistazo en el primer camión. Había un bulto de forma humana cubierto con una manta sobre los asientos delanteros. A lo largo del salpicadero vi una serie de fotos: una mujer de cuarenta y pocos sonriendo alegremente, tres niños risueños en la playa, una familia riendo sobre una manta de pícnic, una foto escolar de los mismos tres niños. Frente a cada foto había un ramito de florecillas silvestres (ahora muertas). Una sencilla muestra de amor que hizo que se me llenasen otra vez los ojos de lágrimas. Me alejé a toda prisa.

Decidí dejar de lado los demás vehículos pesados; tampoco sabría cómo conducirlos de todos modos.

Investigué, pues, los cinco coches.

Tres estaban vacíos y sin las llaves a la vista.

El cuarto contenía el cuerpo muy descompuesto de un hombre extremadamente grueso encajado en el asiento delantero. Había sangre y vómito en las ventanillas y el salpicadero, y el hedor se percibía incluso desde el exterior del vehículo. Llegué a la conclusión de que solo como último y desesperado recurso me decidiría a sacarlo de allí.

En el quinto coche había una familia entera.

El papá en el asiento del conductor y la mamá detrás, abrazando a un crío de dos años y a otro de ocho o nueve. Estaban todos ligeramente enamorados, y el padre empezaba a ennegrecerse en algunas zonas, pero ninguno mostraba signos del 6DM. Simplemente estaban ahí sentados. Sin mantas o juguetes para los niños. Como si hubieran parado para hacer un pis y luego hubieran pensado: «Qué coño, este lugar está tan bien como cualquier otro. Vamos a morir aquí».

Con los niños.

Al principio, estaba tan consternada que permanecí inmóvil mirando.

Luego me enfurecí. Me enfurecí de verdad.

Aquí.

En el aparcamiento de un área de servicio.

En el Museo de Historia Natural puedo comprenderlo, pero ¿quién coño lleva a sus hijos al

área de servicio de una autopista para morir? ¿Tal vez iban de camino para ver a alguien? ¿Tal vez el coche se había quedado sin gasolina y ya no quedaba para llenar el depósito? Pero bien podían haber cogido una habitación en el motel, ¿no? Meterse todos juntos en la cama, cómodos y calentitos. Y si todavía le quedaba gasolina, ¿por qué no conducir hasta otro sitio? Hasta un río, por ejemplo. Incluso hasta el otro extremo del puto aparcamiento para mirar al menos unos árboles.

Cuanto más lo pensaba, más furiosa me ponía.

Deambulé por el aparcamiento mascullando para mí misma. Volví al coche y golpeé la ventanilla con las manos. Intenté sacudir todo el vehículo. Estaba llena de una rabia que necesitaba desfogarse físicamente.

Al final abrí la puerta del coche y le di al padre un puñetazo en la cara. Estaba a punto de pudrirse, y mi puño se hundió en la carne más profundamente de lo que prefiero recordar. Volví a cerrar a toda prisa la puerta y retrocedí, tropezando y cayendo de culo.

Jadeaba con fuerza y continuaba mascullando; aún no se me había disipado del todo la rabia.

Lucky, sentado uno poco más atrás, gimoteó.

Creo que empezaba a darse cuenta de que yo no era la salvadora omnisciente que él había creído.

Dejé los coches donde estaban. No era capaz de enfrentarme al hombre gordo o a la familia.

Vagué por la gasolinera, pero allí no había nada.

Lo que sí había cerca, sin embargo, era un solar en obras donde habían empezado a hacer los trabajos preliminares para un edificio que ahora nunca se construiría.

Allí había una pequeña excavadora con las llaves puestas.

Arrancó a la primera, y se conducía igual que un coche.

Coloqué a un Lucky extremadamente indignado en la pala de la excavadora y abandonamos el área de servido hacia Northampton a unos ocho kilómetros por hora.

Lucky lloriqueaba y tiritaba, y me parece que yo ya no le gustaba demasiado a aquellas alturas, pero, por primera vez desde hacía mucho, descubrí que me daba absolutamente igual lo que otro pensara de mí.

¿Cuándo empezó a importarme tanto lo que pensaran de mí los demás en mi vida anterior al 6DM?

Quisiera decir que fue cuando James y yo nos fuimos a vivir juntos, y especialmente después del incidente de Nochevieja, pero no creo que pueda echarle la culpa de esto a él.

Sí me consta que es algo que no me preocupaba tanto a los veinte años. Nadie estaba pendiente de mí cuando trabajaba en el periódico musical, cuando hacía reportajes o entrevistaba a grupos que eran mucho más interesantes y glamurosos que yo. Y, por supuesto, en *Shipping and Ports: Global* no había unas normas de vestuario establecidas.

A Xav nunca le importó mi aspecto. No vayas a cometer el error de estereotiparlo porque fuera gay. Él no estaba más interesado en los peinados y el maquillaje que cualquier otro chico (aunque sí tenía una obsesión algo enfermiza por la ropa y la loción de afeitarse Tom Ford; y también por el propio Tom Ford). Mi amistad con Xav estaba trufada de *pubs* cutres y fiestas en sótanos, de música, conciertos y festivales, y debates de cinco horas sobre cuál era el mejor

álbum de Springsteen, pero no de cambios de imagen ni de peleas de almohadas.

Quiero decir, a mí me gustaba estar guapa, lavarme el pelo y ponerme un vestido bonito, en fin, esforzarme un poco si íbamos a una fiesta. Pero nunca me habían modelado el pelo con secador ni me habían hecho la manicura; nunca había utilizado un espray bronceador; nunca había ido a la sección de cosmética de Selfridges para que me maquillaran. Me parece que este tipo de cosas más bien las haces con amigas, con personas que tienen el pelo tan largo como el tuyo.

Pero entonces conseguí un empleo de verdad en una oficina de verdad con mujeres de verdad que poseían más de un par de zapatos de tacón. Ellas tenían un aspecto estupendo y yo también quería tener ese aspecto.

Quería parecerme a las mujeres vestidas de negro de las recepciones de James. Quería que él se sintiera orgulloso de mí.

Ya estaba lista y deseosa de hacer un cambio. Quería convertirme en una mujer.

Ginny se sintió más que encantada de echarme una mano.

El subsiguiente cambio de *look* podría haber salido directamente de una comedia romántica adolescente de los noventa, con Ginny en el papel de hada madrina estilosa. Ella me llevó a hacerme la manicura («Ahora ya no trabajas en los muelles»). Ella me llevó a depilarme («Por Dios, esa mata de pelo se ve a kilómetros»). Ella me llevó a un sofisticado salón de belleza donde me cobraron cuatro veces más que en mi peluquería por cortarme y hacerme unas mechas. Pero valió la pena.

Ginny era la primera mujer con la que salía a hacer cosas de «chicas». Y era algo genial, tronchante y completamente distinto de todo lo que había hecho hasta entonces. Como experimentar otra vez la excitación de irme a vivir con James, solo que mejor porque no se trataba simplemente de una nueva relación, sino de mi nueva identidad. De una identidad mejor.

Ginny me llevaba de compras y me ayudaba a escoger la ropa. Nos hacíamos tratamientos faciales y cejas HD. íbamos a coctelerías y a *nightclubs* donde las paredes no estaban pegajosas y la gente hablaba entre sí en lugar de mirar el escenario.

Por primera vez en mi vida me sentía como una mujer de verdad, y era divertido. Ponerme elegante, arreglarme el pelo y maquillarme era divertido, y que la gente notara que iba elegante y me había arreglado el pelo también era divertido.

Ginny era divertida.

Era estrepitosa, audaz y obstinada, y mientras que yo buscaba cada vez más la aprobación de la gente, a Ginny le tenía totalmente sin cuidado lo que pensarán los demás. Ella era lo bastante valiente y osada por las dos, de manera que cuando estaba con ella podía dejarlo todo alegremente en sus manos, con la tranquilidad de que acabaríamos haciendo algo divertido en algún lugar interesante.

Además, a Ginny le encantaba bailar.

Por primera vez desde hacía años, cuando Xav me llamó, yo estaba demasiado liada para verle.

Cuando nos vimos por fin, se me quedó mirando.

—Estás diferente.

Yo sonreí y me eché hacia atrás mi pelo con mechas.

—No te queda bien —dijo.

Tardé tres horas en llegar desde el área de servicio a la zona residencial de Northampton, y otra hora en encontrar un coche y localizar el tipo de tienda que necesitaba.

Nunca había entrado en un GO Outdoors, pero el nombre parecía indicar que era lo que buscaba: «Salir al aire libre».

Las puertas estaban abiertas, pero nadie se había llevado nada, cosa que no era de extrañar. Si la gente hubiera tenido más tiempo, tal vez habría pensado en irse lejos para huir del 6DM, pero no había habido tiempo y no lo había hecho.

Para que conste, GO Outdoors es una auténtica cueva del tesoro para cualquiera que pretenda sobrevivir en un paisaje posapocalíptico. Te recomiendo que pases por allí si alguna vez necesitas equipos de supervivencia para arreglártelas en este nuevo mundo. Lo cual, claro está, no sucederá.

El establecimiento era inmenso.

Tenían unas enormes tiendas de campaña —de tres, cuatro e incluso cinco secciones— montadas en mitad del local, y eso no era más que una gota en aquel océano inagotable de equipos de *camping* y excursionismo. Había de todo: ropa, tiendas, artículos de *camping*, artículos de pesca, artículos de esquí, botas, mochilas, bicicletas, una sección entera de artículos de equitación, y todo lo que necesitaras para amueblar, enganchar y arrastrar una caravana.

En cuestión de una hora tenía un guardarropa completo de supervivencia, incluyendo prendas para el frío, prendas para la lluvia, ropa interior térmica (que me puse inmediatamente), botas de excursionismo, zapatillas de deporte, botas abrigadas, botas de agua, gorros, bufandas, guantes y gafas de protección. También bidones de agua, fiambreras, sartenes, tres tipos de encendedor, un fogón de *camping*, sacos de dormir, mantas, linternas, una nevera portátil, botellas de agua y (con mucho optimismo) crema solar. Sin olvidar dos mochilas, una pequeña y otra grande, y un kit de primeros auxilios.

Había reunido el equipo suficiente para llenar una pequeña caravana y, cuando logré meterlo todo en el coche, solo quedaba libre el asiento del conductor. Lucky tendría que acomodarse sobre los sacos de dormir que había amontonado en el asiento del pasajero.

Dentro del GO Outdoors no había corriente eléctrica y ya empezaba a oscurecer y a hacer frío de verdad, así que decidí pasar la noche en una de aquellas tiendas enormes. Puse varios sacos de dormir en el suelo, escogí el más abrigado que había para acostarme encima y me cubrí con otro igualmente abrigado. También hice un nido de sacos de dormir a mi lado para Lucky.

Tomé barritas proteínicas y pastillas de Kendal Mint Cake para cenar, pero Lucky arrugó la nariz ante esas exquisiteces. Pensé que no se moriría de hambre por saltarse otra comida. O bueno, que no iba a quedarse más muerto de hambre de lo que ya lo estaba por saltarse otra comida. Él me miró comer con aire de reproche y luego se alejó enfurruñado.

Me tragué un par de somníferos y ya estaba quedándome dormida en el saco de dormir cuando oí a Lucky gruñir y recorrer de punta a punta el establecimiento. Yo estaba calentita, cómoda y adormilada, y decidí no hacerle caso, pero entonces los gruñidos se transformaron en

ladridos y él empezó a moverse frenéticamente y a derribar cosas para quedarse por fin en completo silencio.

A regañadientes, y cada vez más inquieta, salí de mi refugio. Hacía un frío gélido. Troté por el local hacia el extremo donde había sonado el alboroto.

Lucky me daba la espalda y estaba meneando la cola. Ya iba a dar media vuelta, satisfecha al ver que estaba vivo, cuando él se volvió y me dirigió su gran sonrisa perruna.

Me quedé de piedra.

Tenía la boca y la nariz cubiertas de sangre. Delante de él había una enorme rata ensangrentada. Medio devorada.

Al verme, Lucky cogió la rata con los dientes y vino a depositarla a mis pies.

Yo miré la rata y luego lo miré a él.

«No, gracias. Ya he comido», dije (o intenté decir, porque llevaba días sin hablar y me salía una voz un poco ronca).

Él me lanzó una mirada que parecía significar: «Tú te lo pierdes», y volvió a concentrarse en masticar su rata.

Retrocedí lentamente, procurando no escuchar los ruidosos crujidos que hacía con las mandíbulas.

A la mañana siguiente me desperté fría y rígida, jurándome a mí misma que no volvería a pasar una noche en una tienda.

Lucky estaba a mi lado, con sangre seca en el morro. Yo no sabía si sentirme asqueada o más bien aliviada por el hecho de que fuera capaz de buscarse la vida por sí mismo si hacía falta.

A mí no me apetecía desayunar barritas proteínicas, pero por suerte había un grandioso Asda enfrente del GO Outdoors. Las puertas estaban cerradas y eran mucho más grandes que las puertas endebles que había forzado en Londres. Volví al GO Outdoors, encontré un mazo y me puse a golpear con cuidado la puerta exterior para acceder a un vestíbulo cerrado. Quería destrozar uno de los paneles de cristal, pero me daba miedo romper una luna tan enorme. De hecho, me agachaba y retrocedía precipitadamente cada vez que la golpeaba con el mazo. Al final resultó que era un vidrio de seguridad, de manera que se rompió en trocitos diminutos y no en grandes esquirlas afiladas. Casi me sentí decepcionada.

Una vez atravesada la primera puerta, me disponía a empezar con la interior cuando Lucky soltó un gemido.

Bajé la vista y vi que volvía a gemir, mirando el interior del local a través de la puerta. Me giré para ver qué miraba.

Había una rata solitaria sentada justo al otro lado de la puerta, atisbándonos.

—¿Qué?, ¿haciendo buenas migas con tu próxima comida?

A mí no me gustan las ratas, pero tampoco me asustan como suelen asustar a algunas personas. En realidad, me sorprendía no haberlas visto más a menudo, ahora que no había humanos que las persiguieran.

Golpeé el cristal para ahuyentar a la rata.

Pero no se movió. De hecho, se acercó aún más y me husmeó a través de la ranura entre las dos hojas de la puerta.

—¡Qué hamburguesa más descarada! —dije, golpeando el cristal con más fuerza.

Lucky gimoteó de nuevo y yo me volví a mirarlo.

—¿Por qué no entras ahí a cazarla?

Pero él no me miraba a mí.

A unos veinte metros, al pie de uno de los grandes ventanales situados frente a las cajas registradoras, había un inmenso montón de ratas pululando y correteando. Ahora que había vuelto mi atención hacia ellas, capté una algarabía de chillidos a través del cristal. Debía de haber quizá doscientas hijas de puta chillando, y algunas eran muy grandes. No tanto como un perro, pero sí como un gato pequeño, de manera que no era un bicho que te apeteciera ver trepando por tus piernas.

Parecían concentradas en aquel tramo del suelo y correteaban de aquí para allá sobre un gran bulto, deteniéndose de vez en cuando con la cola en el aire.

La rata de la puerta aún estaba husmeando el aire y ahora había apoyado las garras en el cristal, como si pretendiera empujar las puertas.

Soltó un chillido tremendo.

Las demás se giraron al unísono para mirar a su compañera.

Hicieron una brevísima pausa y luego se deslizaron hacia la puerta frente a la cual estábamos Lucky y yo, moviéndose como una brusca marea y dejando a la vista por primera vez el bulto en el cual habían estado tan concentradas.

Fuera lo que fuese lo que había sido aquello, para entonces ya solo quedaban los huesos y los cartílagos. Podría haberse tratado de una persona o de dos, o tal vez de todo un grupo ahora reducido a un montón de restos.

Aquellas ratas se habían puesto las botas, pero ahora el festín se les estaba acabando y tenían los ojos fijos en su siguiente presa.

Al cabo de unos segundos estuvieron en la puerta, deslizándose como una alfombra de pelaje parduzco y colas enhiestas. Inmediatamente se levantaron sobre las patas traseras y empezaron a arañar el cristal, buscando alguna forma de atravesarlo. La mayoría se centró en la ranura entre las dos hojas de las puertas y juro que las vi introducir sus diminutas pezuñas y tratar de abrirlas haciendo palanca.

Retrocedí asqueada y horrorizada.

¿Así iba a ser el nuevo mundo? ¿Con ratas que habían descubierto las delicias de la carne humana, cazando en manadas de las que no podrías escapar? Me pregunté si las personas con cuyos restos se habían dado su último banquete estaban muertas siquiera cuando ellas empezaron a devorarlas.

Intenté contenerme, pero acabé vomitando. La visión del contenido recién regurgitado de mi estómago pareció excitar todavía más a las ratas, y sus arañosos y gritos se exacerbaban frenéticamente. «¡Está rellena de material delicioso, compañeras! ¡Vamos a por ella mientras aún sigue caliente!».

Lucky ya estaba a medio camino de la caravana, temblando y con la cola entre las patas. Corrí para darle alcance.

—Vamos.

Él no necesitó que se lo dijera dos veces. Este perro tiene un saludable instinto de conservación.

Abrí la caravana, puse a Lucky en el asiento del pasajero y luego me encajé a presión en el del conductor.

Aún creía estar oyendo los chillidos y arañazos de las ratas. Me negué expresamente a volver la cabeza mientras cerraba las puertas y arrancaba el vehículo.

Pasamos lentamente frente al Asda.

Las ratas ya no estaban frente al cristal.

Lucky soltó un ladrido. Volví la cabeza y vi que las ratas doblaban en masa la esquina del edificio.

Habían salido por las puertas traseras y nos estaban persiguiendo.

Eran listas e ingeniosas. Yo estaba pasmada. Pisé el acelerador y las ruedas del coche chirriaron mientras giraba y salía del aparcamiento. Miré por el retrovisor. Juro que vi a algunas todavía siguiéndonos.

Lucky trepó sobre mi regazo y, aunque me estorbaba para conducir, le dejé. Necesitaba el contacto reconfortante de un animal que no pretendiera devorarme. Solo de pensar que había pasado la noche en el GO Outdoors con las puertas abiertas y sin ninguna protección me entraban ganas de vomitar otra vez.

¿Qué habría sucedido si Lucky no hubiera matado a aquella rata? ¿Era quizá una exploradora del grupo?

Lo acaricié una y otra vez.

—Buen chico, buen chico.

Estuve dando vueltas hasta dar con la parte más elegante de la ciudad. Quería encontrar un vehículo grande y robusto y, si era posible, comida suficiente para unos días. Había decidido evitar los supermercados de ahora en adelante.

Llegué a una calle cuidada y amplia, flanqueada de grandes casas que quedaban apartadas al final de largos senderos.

Llegué a la conclusión de que esa era la calle adecuada.

Las primeras dos casas estaban ocupadas y, aunque no vi los cadáveres, sí pude olerlos. Ahora que era consciente de que podía haber otros visitantes aparte de mí, trabajé deprisa y me fui directa a las cocinas, donde debía estar el consabido cuenco o gancho para las llaves. En ambas casas había un Mercedes y, además, un BMW en una y un Audi en la otra, pero ninguno de esos coches tenía el tamaño adecuado para satisfacer mis necesidades. En la tercera casa había un monovolumen de buen tamaño (ni idea de la marca), pero al arrancarlo vi que tenía menos de un cuarto del depósito de gasolina, así que lo dejé. No había nadie en la cuarta, quinta, sexta y séptima casa, pero tampoco había ningún coche.

En la octava me tocó la lotería.

Era una casa del mismo tamaño que las otras, aunque parecía más vieja y roñosa, y la pintura de los marcos de las ventanas estaba medio desconchada. No se veían coches aparcados fuera, pero había un doble garaje, así que forcé la entrada de la casa para ver si encontraba algunas llaves de coche. Adentro, no se detectaba ningún olor a podrido, pero sabía que eso no significaba que no pudiera haber muertos en algún rincón y no tenía ningunas ganas de ponerme a buscar cadáveres.

La casa era sencilla y estaba poco amueblada. Un pequeño sofá y una tele, una cocina anticuada, una moqueta gastada. Nada de la opulencia que había visto en las casas anteriores.

Encontré el mando de las puertas del garaje y las abrí.

Al principio me sentí decepcionada al ver el Land Rover que había dentro. Era un modelo antiguo, un Defender robusto y funcional, pero no desde luego el todoterreno sexi o la camioneta de estilo norteamericano que esperaba encontrar. Sin embargo, incluso yo, que no sé nada de coches, me di cuenta al mirarlo más de cerca de que estaba bien cuidado. Parecía capaz de circular por terrenos abruptos; los asientos traseros habían sido retirados para hacer más espacio; y, por si fuera poco, arrancó a la primera y tenía el depósito lleno de diésel.

Al mirar bajo la lona del garaje, comprendí que aquel era sin duda el vehículo adecuado para mí. Había cinco grandes bidones llenos de diésel. Ni siquiera me hizo falta abrirlos para comprobarlo; el olor al alzar la lona era inconfundible.

Se me ocurrió, de todos modos, echar un vistazo en el garaje del otro lado para ver si contenía algo todavía mejor.

Solo que el mando no servía. La puerta contaba con su propio sistema de seguridad, provisto de un panel con teclado.

Me sentí intrigada. ¿Qué demonios habría ahí dentro?

Era consciente de que no tenía ningún modo de adivinar la contraseña, así que mi curiosidad quedaría sin satisfacer.

Aun así, antes de darme por vencida, decidí probar las combinaciones obvias.

1234#.

Nada.

Maldita sea.

Le di una patada a la puerta del garaje. Era mucho más pesada que la otra y ahora yo ya estaba empeñada en ver lo que había dentro.

Le di un tirón, exasperada.

Resulta que la corriente, al cortarse el suministro, o bien deja las puertas electrónicas cerradas para siempre o bien provoca el efecto contrario. Por suerte para mí, en esta ocasión había provocado el efecto contrario.

Sorpresa. La puerta ascendió fácilmente sobre unas bisagras bien engrasadas.

El interior del garaje resultaba tan inesperado que por un instante pensé que estaba alucinando.

Me volví hacia Lucky, pero él había escogido ese momento para ponerse a cagar sobre el césped.

Me giré de nuevo.

Las paredes estaban cubiertas de estantes con hileras e hileras de comida y bebida. Había cajas de productos de aseo apiladas hasta el techo y bolsas de equipos inidentificables colgadas de las vigas. Dos enormes congeladores zumbaban en un rincón, repletos de carne y verdura congeladas. El otro rincón estaba ocupado por libros, DVD y CD. Había un estante entero lleno deartilugios que no reconocí de entrada, pero que ahora sé que eran cargadores de teléfono automáticos. Solo tenía que enchufar el móvil, esperar cinco minutos y... bingo, ya estaba completamente cargado.

El garaje estaba abarrotado de cosas, dejando solamente un angosto corredor que llegaba

hasta el fondo.

Donde había una puerta tentadoramente abierta.

Una puerta que daba, para mi absoluta incredulidad, a una especie de búnker subterráneo.

En las afueras de Northampton, alguien se había estado preparando para la llegada del fin del mundo.

13 de enero de 2024

Al principio me dio demasiado miedo entrar en el búnker. ¿Y si se cerraba la puerta y me quedaba atrapada allí dentro?

Asomé la cabeza en el umbral, pero solo vi unos escalones que descendían.

Grité para ver si había alguien.

—¿Hola?

Mi voz reverberó en el pasadizo profusamente iluminado. No respondió nadie. Obviamente.

Al final volvió a imponerse la curiosidad y pensé que: a) no quedaba nadie que pudiera cerrarme la puerta; b) tenía que haber algún modo de abrir desde dentro, a menos que hubieran planeado vivir ahí abajo para siempre; y c) si había alguien abajo, probablemente no querría asesinarme.

Aun así, aseguré la puerta con dos pesadas cajas.

Para ser sincera, la cosa fue un poquito decepcionante.

Como en el caso del Defender, lo funcional se imponía al estilo.

Las escaleras bajaban a un espacio central, con un gran almacén a la derecha. Al otro lado, había una pequeña sala de estar con sofá, mesa, sillas, televisión, reproductor de DVD y un anticuado equipo de música. También había una pequeña cocina, luego un dormitorio con dos literas y, al fondo, un baño diminuto con ducha. El agua todavía funcionaba, y había aire acondicionado y corriente eléctrica.

Con todo, era un sitio extremadamente deprimente para sobrevivir al apocalipsis. Imagínate tener que compartir literas en la misma habitación con tus padres durante dos años. O incluso más.

Seguramente habían estado planeando trasladar todo el material del garaje al almacén subterráneo.

Pero no habían tenido la oportunidad de hacerlo.

¿Qué habría pasado? ¿Habían enfermado demasiado rápidamente? ¿Se habían acobardado al final, pensando que era demasiado deprimente encerrarse durante Dios sabía cuánto tiempo? Ni siquiera estaban en casa, así que tal vez se habían ido y no habían tenido tiempo de volver aquí. Imagínate que no puedes aprovecharte de la obra de tu vida porque se te ocurrió hacer en el último momento un viaje a España y el Gobierno decidió cerrar las fronteras mientras estabas allí. Imagínate lo que debe ser morir por ese motivo.

Al menos aquello explicaba la austeridad de la casa. Eso era quizá lo más deprimente. Haber llevado una vida precaria para vivir más tiempo y luego morir antes de poder refugiarse.

Habría querido apenarme por ellos, pero mi mente estaba totalmente ocupada pensando en los filetes que había visto en el congelador, en los fogones de gas de la casa que aún funcionaban, en las sencillas pero confortables camas del piso de arriba y en la puerta principal que podía cerrar para librarme de pequeños y peludos intrusos.

La posibilidad de comer filete, dormir y disfrutar de tranquilidad se impone siempre a la tristeza en este nuevo mundo.

Subí al garaje, cogí toda la comida y bebida que pude, llamé a Lucky, que seguía en el jardín, y entré en la casa.

Cerré bien la puerta.

Firmemente.

Con comida, bebida, libros y camas de sobra, supongo que podría haber entrado en otro período de letargo en aquella casa, salvo por un factor.

Hacía frío.

Un frío de narices.

En la casa propiamente dicha no había calefacción, ni chimenea ni agua caliente, y no había modo de soslayar el hecho de que era pleno invierno y yo no estaba acostumbrada a vivir sin algún medio para calentarme.

Desde luego, la calefacción funcionaba en el búnker, pero tener que mantener abierta la puerta del garaje implicaba que solo se mantenía templado en el mejor de los casos, e incluso aunque me sentara envuelta en abrigos y mantas, nunca me sentía del todo cómoda.

Traté de convencerme de que debía cerrar la puerta. Razoné una y otra vez para mis adentros. ¿De qué servía una puerta que no podías abrir desde dentro? Estudié el mecanismo con atención. Era una sencilla rueda idéntica a la del exterior y, por lo tanto, debía realizar la misma función. Lo probé con la puerta abierta y los cerrojos se abrían y cerraban como correspondía.

Si me decidía a cerrar la puerta, estaría calentita.

Pero cada vez que me disponía a cerrarla, notaba que el pánico se adueñaba de mí, abriéndose paso entre el efecto de las drogas que con tanta eficacia lo habían mantenido a raya en las últimas semanas, y era consciente de que un ataque en toda regla acabaría definitivamente con mi cordura.

Dejé la puerta abierta.

Además, Lucky se negaba en redondo a entrar en el búnker. Lo probé con golosinas, con súplicas y gritos, e incluso llevándolo en brazos; pero él volvía a salir corriendo. No iba a ceder. Si yo bajaba al búnker, él se quedaba en el gélido garaje, y durante todo el tiempo que yo pasaba allí abajo me acompañaba la banda sonora de sus gimoteos y mi sentimiento de culpa.

Así pues, al levantarme al quinto día y ver por la ventana que había parado de llover, que se habían ido las nubes y brillaba el sol, comprendí que había llegado la hora de emprender mi expedición de vida... o muerte.

Tiré el cincuenta por ciento del material que me había llevado del GO Outdoors y lo reemplacé con cosas del búnker. Diésel, agua, comida, medicinas y todo lo que me pareció que

podía llegar a serme útil. La parte trasera del Defender estaba llena hasta los topes. Me inquietó que pudiera ser peligroso cargar todo el diésel, pero luego pensé que, si nos estrellábamos, prefería morirme rápidamente en una bola de fuego que hacerlo lentamente entre un montón de hierros.

Así es como funcionaba ahora mi mente. Estaba cambiando para adaptarme a mi nuevo entorno, tal como había hecho en su día para adaptarme a mi antiguo entorno.

La gente no cambia de la noche a la mañana, ni física ni emocionalmente.

No me desperté una mañana a los veintitantos y me convertí en otra persona.

Más bien se fue produciendo en mí una ligera variación cada día, algo tan sutil que ni siquiera lo notaba: un grado infinitesimal de algo nuevo, de algo que no era yo; y cuando noté que las cosas —que yo— estaban cambiando, ya era demasiado tarde; ya había empezado a olvidar la persona que era antes.

Tal vez el proceso se había iniciado con mi relación con James, con mi nueva carrera profesional en el mundo corporativo, con mi amistad con Ginny, con mi creciente necesidad de obtener la aprobación de quienes me rodeaban, pero después hubo otras muchas cosas que contribuyeron igualmente.

Fue algo muy gradual, ese tipo de cambios casi imperceptibles de los que no vale la pena preocuparse.

Las transformaciones físicas de mi nuevo *look*, desde mi pelo y mis uñas hasta mis cejas y mi depilación, exigían un mantenimiento constante, y mi nueva ropa requería una nueva dieta y un régimen de ejercicios para que pudiera entrarme. Pequeñas cosas que llenaban mi vida con una serie de rituales que llevaban su tiempo y hacían que me sintiera menos vacía.

Me apunté en un gimnasio y dejé los hidratos de carbono. Me deshice de mis prendas impermeables y empecé a comprar en Zara y Warehouse. Aprendí a hacerme un delineado de gato. Llevaba zapatos de tacón en vez de botas con puntera de acero. Empecé a beber vino y prosecco en lugar de ron y cerveza. Bebía en el Chiltern Firehouse y no en el Carpenter's Arms. Conocía a un Orlando (en serio) y me caía bien^[2].

En la empresa me ascendieron y pasé del puesto de auxiliar ejecutiva a otro en el cual podía utilizar mis dotes para escribir y mi conocimiento de la industria naviera para redactar ofertas de grandes contratos de seguros para cruceros y petroleros. «¡Vuelves a ganarte la vida escribiendo!», dijo James sonriendo. Yo no le expliqué que no era ni mucho menos lo mismo, para no chafarle la alegría. Lloré secretamente, en silencio, y firmé el nuevo contrato. Ahora cobraba el doble y también tenía el doble de trabajo, de manera que ya no salía de la oficina a las cinco en punto para dedicar una hora a mi nueva novela antes de que James llegara a casa.

Fue todo tan lento y sutil que ni siquiera me di cuenta de que me estaba transformando en otra. E incluso si lo hubiera notado, no estoy segura de que me hubiera importado. Yo creía que estaba creciendo, convirtiéndome en la persona que tenía que ser, en una adulta.

No hacía caso de la parte de mí que echaba de menos escribir, que se sorprendía redactando párrafos en pedazos de papel mientras me desplazaba en tren al trabajo. No hacía caso de la punzada de celos que notaba en la boca del estómago cada vez que leía algo muy bueno o que veía una entrevista con algún autor que me encantaba.

Ahora era una adulta, metida en una relación adulta y con responsabilidades. Y los adultos no perseguían sueños disparatados. Yo ya no era esa persona.

19 de enero de 2024

Llevaba unas dos horas circulando por la M1 cuando caí en la cuenta de que en realidad no sabía cómo llegar a Escocia.

En una ocasión había pasado un fin de semana en Edimburgo, pero había hecho el viaje en tren. Nunca había llegado en coche más al norte de Nottingham.

Maldito seas, Google, por haberme vuelto dependiente de ti y haber dejado luego de existir.

Me detuve en la primera área de servicio y suspiré con alivio cuando encontré un mapa de carreteras en el rincón del fondo de un WHSmith.

Entonces me enfadé al darme cuenta de que debería haber estado tomando la M6 y no la M1.

La M1 no subía a Escocia, eso lo sabía todo el mundo.

Malditos mapas.

Escogí Lairg como destino. No tenía ni idea de lo que era. ¿Una ciudad? ¿Un pueblo? ¿Un páramo? Quedaba justo después de Inverness, de manera que podía hacer la mayor parte del trayecto por la A9, y parecía un lugar lo bastante alejado de cualquier población grande como para tener alguna posibilidad de haber evitado la plaga. Consideré la idea de llegar todavía más lejos, pero no estaba segura de cuánto duraría el diésel, y no quería quedarme varada en mitad de la nada y no tener otra forma de salir de allí que no fuese caminando.

Entre otras cosas menos útiles, algunos marineros rusos me habían enseñado a navegar. Solo con motor fueraborda y solo los rudimentos para identificar las corrientes y decidir por qué lado cruzarse con otras embarcaciones; no podía navegar con un barco de vela, pero al menos, en teoría, podía guiar un bote hasta alguna de las pequeñas islas de la costa escocesa. Sin embargo, no sabía dónde conseguir un bote, ni tampoco sería capaz de localizar una de aquellas islas a menos que la divisara desde la costa. Además, el tiempo últimamente había sido horrible y no quería quedarme atrapada en una isla y morirme poco a poco de hambre.

Así que iba a ser Lairg. Un sitio lo bastante remoto para encontrar respuesta a mi pregunta, pero lo bastante próximo para resultar seguro.

En circunstancias normales, y especialmente dada la falta de tráfico, habría podido hacer todo el viaje desde Northampton hasta Lairg en un día; o en dos, como máximo. Pero cada vez era más consciente de que ahora, si estaba despierta, estaba colocada. No como en Londres, cuando

me caía de la hamaca y tenía que arrastrarme por el suelo, pero sí lo bastante relajada como para no querer o no ser capaz de circular por encima de los sesenta kilómetros por hora. Así que el trayecto de una jornada en condiciones normales me llevó casi una semana.

Además, no tenía una prisa especial en hallar una razón para matarme, así que en realidad se trataba de puro instinto de conservación.

Enseguida desarrollé una rutina. Me levantaba, comía, llenaba el depósito con una lata de diésel, conducía, tenía hambre, paraba, soltaba a Lucky, comía, hacía subir a Lucky, conducía, me cansaba, paraba en un área de servicio, cogía unos sacos de dormir, buscaba un sitio donde pasar la noche, comía, dormía y vuelta a empezar. Al principio me detenía a veces si veía una casa con luces encendidas o un coche en un lugar inesperado. Pero pronto descubrí que estas incidencias se parecían mucho a las personas que solía «ver» en Londres, porque cada vez que decidía parar y echar un vistazo acababa presenciando una escena deprimente de muerte y putrefacción, o bien me encontraba con un edificio que inexplicablemente aún tenía corriente, pero estaba vacío. Así pues, dejé de parar y empecé a pasar de largo, ahorrándome la decepción.

Estaba llegando al final de mi cuarto día de viaje cuando divisé un resplandor en el horizonte. No había visto ninguna ciudad con luz desde hacía dos días y había supuesto que la electricidad se había cortado ya en todas partes.

Examiné mi mapa y caí en la cuenta de que ese resplandor debía proceder de Glasgow. Inmediatamente empecé a hacer cábalas. A lo mejor Glasgow se había librado de las garras del 6DM y estaba funcionando normalmente: con electricidad, con gas, con agua y con gente. Quizá ese iba a ser mi refugio.

Conduje alocadamente hacia allí, llena de esperanzas infundadas que me impulsaban a pisar a fondo.

Lucky se había puesto a gimotear otra vez.

Debería haberle hecho caso. Glasgow estaba en llamas.

Literalmente.

La ciudad entera.

O, al menos, la parte que pude ver.

Tuve que parar a varios kilómetros de las afueras, pero, al bajarme tambaleante para contemplar la ciudad, el viento soplaba en mi dirección y el humo me llenó los pulmones y me escoció los ojos.

La magnitud de la destrucción me dejó boquiabierta y sobrecogida. Era algo inconcebible, espantoso, estremecedor; te dejaba completamente consternada.

¿Cómo había podido ocurrir? Había estado lloviznando a rachas durante semanas. Todo debía estar demasiado húmedo para arder..., ¿no?

Debí permanecer allí mirando al menos quince minutos, hasta que los quejidos incesantes de Lucky me arrancaron de mi ensimismamiento.

Aparté un instante los ojos del horizonte para soltarle un «cállate», pero cuando volví a mirar comprendí su agitación.

El viento me daba de cara y, aunque no me había dado cuenta mientras permanecía embobada, ahora, al volver a mirar, vi con claridad que el fuego continuaba avanzando. Rápidamente. Hacia nosotros.

Volví a subir al coche a regañadientes.

Tuve que conducir durante casi veinte minutos para dejar las llamas atrás por completo. Lucky no paró de lloriquear.

La circulación se volvió mucho más dificultosa al norte de Glasgow. El paisaje podía ser deslumbrante, pero la carretera era traicionera, con meandros de un solo carril y frecuentes barrancos en la cuneta. La temperatura había descendido sensiblemente y había trechos de hielo a veces invisible.

Yo estaba pensando en pasar la noche en Aviemore, un sitio del que había oído hablar, pero mientras subía hacia allí entre patinazos y resbalones, empezó a nevar y me dio miedo no poder volver a bajar por la mañana, así que pasé de largo y descendí patinando por el otro lado de la montaña (bueno, de la colina, o como se diga).

Pasamos la noche en un pequeño hotel desierto de las afueras de Inverness, y por la mañana fuimos a hacer unas compras a la ciudad. Nos las habíamos arreglado no sé cómo para comernos la mayor parte de la comida y bebemos casi toda el agua que había traído, pese a saquear por el camino todas las tiendas y estaciones de servicio que encontrábamos. La ropa que había cogido en GO Outdoors empezaba a resultarme demasiado ajustada y ahora apestaba al humo de Glasgow, de modo que necesitaba cambiarla también.

Me inspiraba un tremendo recelo aventurarme otra vez en un supermercado, pero no quería perder el tiempo saqueando casas, así que encontré un gran almacén Teseo con las puertas abiertas y mandé a Lucky a explorar.

Valiente y considerada hasta el último momento.

Lucky volvió a salir a los diez minutos todavía con vida y sin rata ni sangre, por lo que deduje que no había problema.

Aun así, fue la compra más rápida que había hecho nunca.

Más relevante que la necesidad de reabastecerme de agua, comida y ropa era la de volver a aprovisionarme de fármacos.

Había intentado reducir la dosis de Tramadol mientras conducía, pero el problema era que entonces necesitaba más al final del día para relajarme y poder conciliar el sueño. Cuando anochecía después de cada jornada conduciendo, notaba que me asaltaban los tics a medida que mi cerebro detectaba la falta de narcóticos, y si todavía no habíamos encontrado un sitio donde quedarnos, me tomaba la dosis de todos modos y seguía avanzando medio obnubilada a veinte kilómetros por hora hasta que parábamos. Ya solo me quedaban seis tabletas.

Encontré en las afueras una farmacia que ya había sido saqueada. Solamente tenían tres cajas de Tramadol —lo suficiente para una semana más o menos, al ritmo actual—, así que debería volver a aprovisionarme pronto.

Al salir de la farmacia, me di cuenta de que la calle estaba repleta de coches aparcados. De hecho, había tenido que dejar el Defender en mitad de la calzada porque no quedaba ningún hueco libre, pero no había reparado en ello porque me estaba acostumbrando a aparcar donde se me antojaba.

Recorrí la calle para intentar averiguar por qué había dejado allí el coche tanta gente.

No tuve que caminar mucho.

Doblé la esquina... y allí estaban.

Quizá eran mil, o acaso más.

Aquello debía haber sido una especie de club de fútbol local o tal vez un centro comunitario. En un lado había un edificio largo y achaparrado, y en la parte delantera de la explanada habían erigido un escenario. Por lo que veía, no había nadie en ese escenario, solo un enorme reloj digital (ahora sin dígitos) y un cartel enorme que decía: «juntos».

Y, abajo, unos mil cadáveres.

Debía haber hecho frío entonces y debían haberse mantenido así, porque no estaban visiblemente podridos, solo rígidos y azulados. Yacían allí donde habían caído o donde se habían sentado. Algunos se habían traído sillas para sentarse: sillas plegables de *camping*, sillas de jardín, sillas de comedor; tres personas con iniciativa incluso habían arrastrado un sofá hasta el lugar. Otros se habían traído mantas para sentarse o tumbarse. Algunos estaban sobre la hierba o apoyados contra los árboles o las vallas. Unos en grupo o en familia, otros en pareja, otros solos. Algunos se cubrían con edredones, otros con gruesos abrigos; unos iban en camiseta, otros con esmoquin o con vestidos de noche. Gente joven, de mediana edad, viejos.

No me acerqué demasiado, así que no sé si alguno de ellos estaba enfermo.

Quizá había sido una especie de acto religioso. Tal vez eran todos cristianos, metodistas, baptistas, judíos o musulmanes. Tal vez habían sido demasiados para congregarse en la iglesia, la sinagoga o la mezquita. Quizá eran todos miembros del mismo colegio o grupo comunitario, o del partido conservador.

Pero quiero pensar que no había un motivo propio del mundo anterior para que toda aquella gente estuviera allí; que eran simplemente personas que no querían estar solas.

Personas que, en sus últimos momentos, reconocían su humanidad común y preferían estar juntas.

Dios mío, qué sola me sentía.

Me estaba habituando cada vez más a la visión de la muerte. Creo que, cuando has visto morir a tu propio marido y luego lavado y vestido los cadáveres de tus padres, la muerte de los desconocidos no te afecta tanto. Ya no me entristecía cuando veía gente muerta; era algo normal en mi nuevo mundo.

Me pregunté vagamente qué ocurriría cuando el tiempo fuera más cálido y empezaran a pudrirse, pero tenía claro que (de una forma u otra) yo ya no estaría aquí, así que no me entretuve mucho tiempo pensándolo. Supongo que quizá había ido perdiendo mi capacidad de empatía.

A lo mejor el fin del mundo me estaba convirtiendo en una psicópata.

Quizá no me había asustado la visión de aquellos cadáveres, pero me di cuenta de que sí me asustaba su mera presencia. Me asustaba porque confirmaba mis peores temores.

Las cosas no parecían distintas en Escocia.

Al final no llegué a Lairg.

Me perdí y, sin Google Maps ni rótulos ni nadie a quien preguntar, di vueltas por las Highlands con creciente angustia y sin la menor idea de dónde estaba.

Las carreteras estaban heladas y yo no paraba de patinar.

Al cabo de un tiempo, dejé de buscar rótulos y me concentré en mantener el Defender en la carretera y no en una zanja.

Ya no recordaba si debía virar en la dirección del patinazo o en la contraria, y el resultado era que no paraba de girar el volante de un lado para otro.

Gracias a Dios que ni James ni Xav estaban allí para verlo. Mis dotes extremadamente precarias de conducción eran quizá el único punto en el que ambos habían coincidido siempre, y ahora se habrían puesto las botas comentándolo.

James estaba celoso de Xav. ¿Quién no lo habría estado? Xav era rico y guapo, vivía en una mansión increíble y nunca en su vida había trabajado. Yo estaba tan acostumbrada a todo eso que ni siquiera me paraba a pensar si era raro o injusto, pero a James le enfurecía que Xav hubiera recibido tanto solo por nacer donde había nacido.

Xav encontraba a James aburrido.

Cuando salíamos los tres juntos se enzarzaban en quisquillosas disputas para ver quién pagaba la ronda, o bien porque el *pub* era demasiado cutre o la música estaba demasiado alta. Así pues, cuando James me sugirió que saliera yo sola con él, pensé que seguramente sería lo mejor.

Ginny le caía bien a James. Ella era divertida, lista y habladora, y tenía encanto de sobra, así que se lo ganó a la media hora de conocerlo. A él le gustaba mucho salir con Ginny.

Ginny, por su parte, no tenía mucho que decir sobre James, lo cual resultaba extraño para alguien como ella, que opinaba de cualquier cosa. «Es simplemente un chico de clase media. A mí todos me parecen iguales», me había dicho con un guiño.

Xav y Ginny solo se vieron una vez.

Fue en la fiesta de mi trigésimo cumpleaños.

Ginny lo organizó todo para darme una sorpresa.

Yo no tenía pensado hacer una fiesta. No creía conocer a las personas suficientes para montar una fiesta decente. Yo solo habría invitado a James, a Xav, a Ginny y a mis padres, lo cual apenas es una reunión, y desde luego no una fiesta.

Eso fue lo que descubrió Ginny en cuanto empezó a hacer una lista de invitados: que yo no tenía realmente más personas a las que invitar. Ella, sin embargo, no iba a dejarse arredrar por mi falta de relaciones sociales, así que invitó a compañeros del trabajo, a algunos de mis amigos del colegio, a gente de mi cuenta de Facebook, a algunos amigos suyos a los que yo había visto una o dos veces y, además, le pidió a James que invitara a todos sus amigos.

Yo me olía que pasaba algo porque Ginny hervía de excitación durante los tres días anteriores. Y al final acabó yéndose de la lengua sin querer mientras nos estábamos preparando en mi casa, lo cual fue una suerte porque también me dijo que el vestido que llevaba no era del todo adecuado y tuve tiempo de cambiarme. Como siempre, el entusiasmo de Ginny resultó contagioso y, cuando hubimos resuelto mi maquillaje y bebido un par de copas de prosecco, yo me sentí tremendamente excitada ante la perspectiva de una fiesta en la que iba a ser la invitada de honor. Cuando llegamos al bar donde se celebraba, resultó que había doscientas personas apretujadas esperando para celebrar mi nueva década.

Yo solo conocía a unas veinticinco.

Mi madre y mi padre vinieron, pero solo se quedaron media hora. El local estaba abarrotado, era carísimo y tenía un DJ supermoderno que ponía la música a tope.

—Me han cobrado diez libras por una pinta —me gritó mi padre al oído mientras me daba un

abrazo de despedida.

Y me pasó un billete de cincuenta.

—Quizá lo necesites para tomarte un cóctel.

Ginny estuvo absolutamente increíble. Me presentó a la gente que no conocía y bailó conmigo todas mis canciones preferidas, que se había ocupado previamente de encargarse al DJ.

Tras las primeras dos horas, yo solo quería sentarme un rato. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención y resultó que era más bien agotador.

Xav apareció hacia las 22:30 con aspecto malhumorado. A James se le había olvidado avisarle de la fiesta sorpresa y él había ido al local previsto originalmente y solo se había enterado de dónde estábamos a través de Instagram.

Yo le mostré los zapatos Manolo Blahnik que James me había regalado.

—Joder, ¿cómo puedes caminar con eso? —gritó.

No podía. Los había llevado una sola noche y había estado a punto de partirme el tobillo dos veces, pero eso no iba a reconocerlo ante él, así que me eché a reír locamente, tal como llevaba haciendo durante las tres últimas horas.

—¿Estás borracha? —gritó, desconcertado.

Fue entonces cuando Ginny se acercó.

Se plantó frente a Xav, cruzó los brazos y lo miró de arriba abajo con una sonrisita de suficiencia.

—Tú debes de ser su «viejo» amigo.

Xav se detuvo, cruzó lentamente los brazos, imitó su expresión y dijo:

—Su «mejor» amigo.

Por eso nunca los había presentado. Ambos podían llegar a ser auténticos bichos.

Durante unos momentos se fulminaron con la mirada.

Luego Ginny se volvió hacia mí con aire mordaz.

—Creía que habías dicho que era guapo.

Y sujetándome del brazo, me arrastró (a mí y a mis tobillos vacilantes) a la pista de baile.

Una hora más tarde el DJ interrumpió la música y todos le cantaron el cumpleaños feliz... a Ginny.

Ella me hizo subir a la cabina del DJ, se burló de la confusión y obligó a todo el mundo a cantarlo otra vez para mí.

Fue uno de los momentos más vergonzosos de mi vida.

Xav me cogió por banda cuando descendí por los escalones con mis inestables tacones. Yo confiaba en que me dijera algo para hacerme sentir mejor.

—¡Ja, ja! Se te ha quedado cara de idiota. Yo me largo. La música es una mierda y... ¿sabes que te cobran diez pavos por una pinta?

Más tarde me envió un mensaje.

«Espero que Ginny haya disfrutado de su fiesta. ¿Qué vamos a hacer para celebrar tu cumple? Besos».

Bicho malo.

Una vez fuera de Inverness, el tiempo empezó a empeorar hacia las cuatro de la tarde, según el reloj del salpicadero. Ráfagas ligeras de aguanieve, más molestas que preocupantes. A las cuatro y media, ya era nieve lo que caía: unos grandes pétalos blancos que aterrizaban en el Defender y casi inmediatamente desaparecían con el calor del motor.

Quizá por eso no intuí el desastre inminente; porque nada llegaba a tocarnos a nosotros: ni al coche ni a Lucky ni a mí. Todo ocurría a mi alrededor y era como un ruido de fondo que no me sacaba de la intensa concentración que ponía en seguir viviendo y, a la vez, en pensar en mi muerte.

Mi velocidad pasó de treinta kilómetros por hora a veinte, luego a diez y luego a nada. La visibilidad a través del parabrisas era tan mala que durante los dos primeros minutos ni siquiera me di cuenta de que ya no me estaba moviendo.

Las ruedas giraban, pero yo seguía en el mismo sitio.

Miré por la ventanilla.

La nieve me llegaba hasta la base de la puerta.

Durante unos momentos mi cerebro se negó a aceptar lo que veían mis ojos.

Sin pararme a pensar, me volví hacia Lucky y dije:

—Pero ¿qué demonios ha pasado? ¿Cómo es posible? ¿De dónde ha salido toda esta nieve, joder? O sea..., ¿qué es esto?

Me interrumpí. Lucky estaba dormido. Abrió los ojos y bostezó, como diciendo: «Soy un perro. ¿Qué pretendes de mí?». Y volvió a dormirse.

Yo no hablaba tanto desde que había estado en la BBC y se me hacía extraño. Nuestras conversaciones solían reducirse a: «Toma, Lucky», o; «No, Lucky», y al clásico: «Nos largamos».

Carraspeé y volví a intentarlo.

—Creo que quizá tenemos un problema.

Esta vez Lucky ni siquiera se molestó en levantar la vista.

Apagué el motor y permanecí sentada unos momentos.

La nieve seguía cayendo, ahora espesa y veloz, y nos iba enterrando silenciosamente.

Estábamos en una carretera con taludes a uno y otro lado. Atisé por la ventanilla para ver qué había más allá, pero la nieve obstaculizaba la vista a más de dos metros.

Abrí la puerta, me bajé del Defender y de inmediato me arrepentí. La nieve casi me llegaba a la cintura. El viento me arrojaba los copos a la cara y, sin un abrigo, ya estaba temblando antes de cerrar la puerta del coche. Pero ahora estaba fuera y pensé que debía aprovechar la ocasión. Vadeé hasta el borde de la carretera. Era como caminar a través de una arena gélida; al principio cedía fácilmente, pero después, cuando los copos se fundían unos con otros, formaban en torno de mí una capa envolvente y tenía que arrastrar las piernas como si llevara unos enormes pantalones de nieve.

No se veía más desde el borde de la carrera que desde el interior del vehículo y, al volverme, me di cuenta de que ya no veía el Defender y de que el surco que había dejado al vadear por la nieve estaba llenándose a toda velocidad.

Regresé penosamente y me recibió la cara de Lucky pegada a la ventanilla. Abrí la puerta y

solo tuve el tiempo justo de gritar: «¡Nooooo!» antes de que él se lanzara fuera del coche a mis brazos, empujándome sobre la capa de casi un metro de nieve y enterrándome en una muerte blanca y gélida. Intenté volver a gritarle, pero se me llenó la boca de nieve y durante un instante terrorífico pensé que iba a ahogarme. Entonces, sin embargo, Lucky se me quitó de encima y yo me incorporé tosiendo, temblando y congelándome. Al volverme vi que él casi había desaparecido entre la ventisca, así que me apresuré a agarrarlo por el pescuezo y a meterlo otra vez en el coche.

Yo me subí también a trompicones y cerré la puerta.

Me acomodé en el asiento del conductor, tiritando y jadeando. Estaba cubierta de nieve, empapada, helada.

Tan helada que durante un momento pensé que no iba a ser capaz de moverme.

Estaba en pleno ataque de pánico: la mente en blanco, la respiración agitada, el corazón disparado.

Y fue eso lo que me salvó.

El pánico.

Mi corazón se aceleró y mi temperatura subió.

No me sirvió para entrar del todo en calor, pero me dio el ímpetu suficiente para arrancar el motor y poner la calefacción al máximo.

Cinco minutos después el coche estaba caliente y apestaba a perro mojado.

Me quité toda la ropa mojada y me envolví en el saco de dormir sobre el que estaba Lucky.

Me desconcertaba la enormidad de los problemas a los que me enfrentaba. Debía encontrar ropa seca, pero la verdad era que no me había molestado en mantener un poco de orden en el Defender y había ido tirando las cosas en la parte trasera cuando ya no las necesitaba. Ni siquiera estaba segura de tener más ropa. Había llevado la misma (incluida la ropa interior) durante los últimos tres días, y las prendas anteriores se habían quedado en alguno de los moteles.

Sabía que mi alijo original de GO Outdoors incluía en su momento prendas térmicas y ropa de esquí, pero no recordaba si aún las tenía ahí detrás. Necesitaba agua y comida si resultaba que estábamos totalmente atascados, pero tampoco recordaba cuánta quedaba. Tenía que llegar hasta las latas de diésel por si el motor se paraba. Tenía que encontrar el modo de sacar el coche de la ventisca. Y después tenía que ingeniármelas para conducir a través de un metro de nieve.

También necesitaba hacer un pis.

No lograba sostener uno solo de estos pensamientos más que durante unos segundos. Mi cerebro estaba obnubilado por el miedo y el Tramadol.

Pero a medida que el motor calentó el vehículo y que recuperé una temperatura corporal normal, mi miedo se aplacó y me di cuenta de que estaba física y mentalmente extenuada. El agotamiento me cubrió como una pesada oleada.

Necesitaba dormir. Una vez que hubiera dormido sería capaz de pensar con claridad y de idear una salida.

Entre la neblina del sueño que me asaltaba intenté agarrar el hilo de un pensamiento urgente que revoloteaba en mi cerebro; algo así como que debía vestirme y abrigarme por si el motor fallaba. Pero ahora estaba cómoda, adormilada y satisfecha. Cuando Lucky se removió en el asiento y apoyó su apestosa cabeza húmeda en mi regazo, su contacto cálido y tranquilizador inclinó definitivamente la balanza y, sorteado una vez más el ataque de pánico, me sumí

felizmente en la oscuridad.

25 de enero de 2024

Me despertaron bruscamente los ladridos de Lucky.

Durante un momento no recordé dónde estaba y luego me di cuenta de que no veía nada. El Defender había quedado sumido en la oscuridad.

El motor estaba apagado y había un penetrante olor a orina, que mucho me temía debía proceder de mí.

Hacía frío.

Tenía frío.

Mucho mucho frío.

Sabía que debía moverme a toda prisa antes de estar demasiado helada para volver a hacer nada, así que me deslicé entre los asientos hacia la parte trasera del Defender. Inmediatamente me encontré metida en un caos oscuro: cajas de aristas afiladas, montones derrumbados de latas, bidones en los que chapoteaba el diésel y bolsas de plástico que tanto podían contener almohadas inútiles como prendas térmicas vitales.

Debería haberme abierto paso metódicamente, pero lo que hice fue empezar a lanzar las cosas como una auténtica loca. Cogía cualquier paquete más o menos blando y lo desgarraba frenéticamente, arrojando todo lo que parecía ropa al asiento delantero, donde Lucky aún seguía ladrando. Luego me puse a lanzar también comida y agua, obligando a Lucky a refugiarse en el reposapiés. A punto estuve de arrojar un bidón de diésel que confundí con uno de agua.

La parte delantera del Defender quedó enseguida cubierta con una montaña de cosas. Yo ya empezaba a tiritar. Me quité las bragas mojadas, las tiré hacia el fondo y trepé al asiento delantero. Solté una risotada de alegría al ver que había logrado encontrar ropa interior térmica y unos mullidos pantalones de esquí. No había encontrado un abrigo, así que me conformé con tres camisetas térmicas y dos jerséis. Para completar mi atuendo, me puse dos gorros, una bufanda y unos guantes.

Estaba tan forrada de ropa que apenas cabía frente al volante, pero ahora me sentía abrigada y, por lo tanto, satisfecha.

Lucky seguía ladrando.

Lo convencí para volver al asiento y le di una galleta, sin embargo, él no paraba de ladrar y gimotear, mirando por las ventanillas.

—Simplemente es de noche —lo regañé—. Pronto saldrá el sol, así que deja de hacer el

tonto.

Pero entonces, por primera vez desde que había despertado, miré con atención por las ventanillas.

Aquella tiniebla no era normal. No se trataba de la negrura de la noche, ni había copos de nieve cayendo del cielo ni estrellas parpadeando en lo alto. Estaba todo extrañamente gris, pero no por falta de luz, sino porque algo impedía que entrara la luz.

No era la noche lo que provocaba la oscuridad.

El Defender estaba enterrado bajo la nieve.

¿Sabéis qué?

No me entró pánico.

Bueno, a ver, inspiré hondo un par de veces y mi corazón dio un brinco del susto.

Pero no sufrí un ataque en toda regla.

No empecé a hiperventilar.

No abrí las ventanillas ni empecé a escarbar en la nieve con desesperación para volver a ver el cielo.

No grité ni tampoco gemí.

Me puse a Lucky en el regazo y lo acaricié mientras respiraba con calma.

En el 2010 fui al Snowbombing Festival de Austria para reseñar el concierto de un trío de *rock* indie muy prometedor. Como nunca había esquiado, porque no me gustaban demasiado ni la nieve ni el frío, y como realmente no llegué a ver la actuación del grupo, opté por una aproximación irreverente y me pasé todo el artículo hablando de la posibilidad de quedar enterrada en una avalancha.

Incluso me documenté superficialmente sobre cómo sobrevivir bajo la nieve.

Me leí la página de wikiHow, que traía fotografías.

A decir verdad, comparando mi situación con la de estar enterrada bajo una avalancha, yo no corría ningún peligro.

Estaba seca y abrigada, tenía oxígeno en abundancia, espacio para moverme, comida, agua, ropa. Y sabía en qué dirección estaba el cielo.

El reloj del salpicadero marcaba las 10:36, o sea, que en teoría era de día en el exterior. Miré por las ventanillas para ver si vislumbraba la luz del sol filtrándose a través de la nieve. Pero no se veía nada. Solo la oscuridad gris.

El Defender tenía un techo corredizo y así era como planeaba escapar, pero el cristal estaba tintado y no transparentaba nada. Por suerte funcionaba manualmente, lo cual significaba que podría abrirlo sin tener que destrozarlo.

Mi plan era deslizar el cristal y dejar que cayera la nieve sobre los asientos delanteros, de manera que se despejara un hueco para poder abrirme paso hasta el exterior. Hurgué en el reposapiés y encontré el estuche de un CD. Lo utilizaría como si fuera una pala para ir quitando la nieve.

Tan concentrada estaba en mi plan para escapar que casi se me olvidó pensar en lo que iba a hacer cuando hubiera escapado. Estuve a punto de salir sin llevarme nada, lo cual me habría colocado en una situación mucho más peligrosa todavía.

También estuve a punto de olvidarme de Lucky.

Tardé una hora en reunir todo lo necesario para mi expedición. Cogí comida, prendas de repuesto, ropa interior térmica y también unos guantes, un cuchillo (ni idea de por qué), una linterna y todas las baterías de teléfono.

Dejé mi abultada mochila en el reposapiés del copiloto y abrí poco a poco el techo corredizo, esperando que cayera una oleada de nieve dentro del Defender.

Pero no cayó nada. Era puro hielo.

Intenté escarbar con las manos, pero estaba duro como una roca. Al final me puse a picar con la esquina del estuche de CD. Tardé una eternidad y resultó agotador. Tras una hora picando solo había conseguido abrir un agujero de un palmo de profundidad. Noté que se me empezaba a revolver el estómago, y ya me estaba preguntando si debería sentir quizá un poco más de pánico cuando hiqué el estuche del CD y cayó sobre nosotros un gran trozo de hielo, seguido de una avalancha de nieve que casi nos enterró a mí y a Lucky, entre una algarabía de toses y ladridos.

Entonces miré hacia arriba y vi el cielo.

Debía haber soplado el viento durante toda la noche, porque el Land Rover estaba enterrado en un montón de nieve que se había ido acumulando alrededor y luego encima; en cambio, la capa de nieve en el resto de la carretera no era mucho más profunda que la noche anterior y debía llegarme hasta los muslos.

Por la noche, en la oscuridad, no había visto nada más allá de la carretera, pero ahora, a la luz del día, divisé a través de los campos una serie de casas junto a un lago. La más cercana debía de estar a un kilómetro: una distancia razonable en condiciones normales, y seguramente factible a través de la nieve.

Me agaché, cogí mi mochila llena y otra más pequeña, vacía, y luego convencí a Lucky para que subiera al techo del Land Rover. Él observó la nieve con suspicacia y, cuando le sonreí, me miró con más suspicacia aún. Volví a darle unos mimos. «Ya verás. No sabes lo que nos espera».

¿Alguna vez has intentado meter a un perro en una mochila? No te lo recomiendo. Lucky acabó con la cabeza y las garras asomando por arriba y el torso bien ceñido con el cordón para evitar que se escabullera. Parecía algo cruel, y lo era. Pero la otra opción era que se quedara en el coche y terminara congelándose o muriéndose de hambre, así que al final se impuso la crueldad.

Bajé del Defender con la mochila de provisiones en la espalda y la de Lucky delante: debía parecer una versión redoblada de un estudiante extranjero al bajarse del tren. Las dos mochilas eran superpesadas y me costaba mucho mantenerme erguida sobre la nieve, porque me tambaleaba primero hacia delante y luego, al intentar recuperar el equilibrio, hacia atrás.

Pese al esfuerzo necesario para abrirme paso, pronto descubrí que la nieve actuaba en realidad a mi favor. Si avanzaba despacio y con cuidado, la nieve me sostenía las piernas y me ayudaba a equilibrar mi pesada carga.

Aun así, en esos momentos me habría gustado haber trabajado más mis piernas en el gimnasio y haber aprendido a involucrar también los músculos del torso.

No voy a describir con detalle el trayecto hasta la casa de campo porque no siento el menor deseo de revivirlo.

Nunca más.

Solo diré que cuando llegamos ya era casi de noche. Que ese recorrido fue lo más duro que he hecho en toda mi vida y que, en comparación, la caminata por la Mi había sido un simple paseo campestre. Me pasé todo el trayecto aterrorizada pensando que me caería de bruces y me ahogaría en la nieve porque no tendría fuerzas para levantarme de nuevo. Lucky gemía y lloriqueaba tanto que poco me faltó para soltar su mochila y dejarlo allí tirado, y el único motivo de que no lo hiciera fue que no tenía energías para alzar los brazos y quitarme las correas de la mochila.

A quinientos metros de la casa mis piernas ya no respondían, sencillamente, y creí que iba a volcarme hacia delante y a morir boca abajo sobre la nieve, pero Lucky escogió ese momento para ponerse a ladrar de un modo histérico y, ante la opción entre seguir renqueando o morir escuchando aquel guirigay, escogí lo primero. Así pues, llorando, maldiciendo y jurando que jamás volvería a decirle a Lucky «buen chico», me arrastré a mí misma durante el resto del trayecto.

Cuando llegamos a la casa, dejé caer sin contemplaciones la mochila y a Lucky en el umbral y tanteé la puerta.

Cerrada.

Rodeé la casa hasta la puerta trasera.

Cerrada.

Acababa de atravesar un infierno para llegar allí y no iba a permitir que algo tan insignificante como una puerta me impidiera conseguir refugio y comida. Encontré una ventanita por la que pensé que sería capaz de colarme y rompí el cristal.

Logré izarme hasta el alféizar, pero advertí demasiado tarde que debería haber tapado de algún modo los restos del cristal porque se me enganchó y desgarró la ropa mientras me colaba por el hueco y caía como un fardo en el suelo de la cocina.

Hacía más frío en el interior de la casa que fuera.

Encontré un interruptor y lo pulsé. Nada. Tampoco salía gas de los fogones cuando los probé.

Subí a trompicones las escaleras y registré las habitaciones. No había nadie.

Bajé medio resbalando y eché un vistazo a la sala de estar, pero también estaba vacía.

Examiné los armarios. Azúcar, té y algunas latas y demás. La nevera estaba vacía.

Empezó a entrarme pánico. ¿Dónde estaba la comida?

Volví rápidamente arriba. Las camas tenían colcha y almohadas, pero no sábanas ni fundas. El baño estaba vacío: sin cepillos, pasta de dientes o gel de baño. Sin jabones ni cremas faciales. Revisé los armarios roperos, los cajones, las estanterías y el armario de ropa blanca. Unas cuantas chucherías, un par de colchas y unas almohadas de repuesto, pero ni prendas, ni fotos ni objetos personales. Había solo tres libros en una mesita de noche, nada más.

Era una casa de vacaciones.

Un casa helada, vacía y sin vida.

Mi primer impulso fue intentarlo en otro sitio, pero a aquellas alturas casi había oscurecido, la nieve me había dejado los pantalones impermeables empapados y las piernas heladas, y la casa más cercana debía estar a otro kilómetro de distancia. Por si fuera poco, al mirar por la ventana vi que había empezado a nevar otra vez. Estaba exhausta y apenas podía caminar por la casa, no digamos arrastrarme de nuevo por la nieve.

Marcharse estaba descartado.

Tenía que quedarme y procurar entrar en calor. Ahora que empezaba a enfriarme tras mi épica batalla para llegar aquí, había empezado a tiritar de tal forma que mi cuerpo se retorció espasmódicamente, como si estuviera sufriendo una serie de ataques en miniatura. A menos que encontrara el modo de calentar la casa, me iba a morir de frío.

En la sala de estar había una chimenea con un gran montón de periódicos y una cesta de troncos al lado.

Incluso con mis escasos conocimientos, sabía que una cesta de troncos no podía durar demasiado, así que tenía que haber más en alguna parte. O, al menos, tenía que ser así si quería aguantar viva esa noche.

Encontré unas llaves colgadas de un clavo junto al marco de la puerta trasera y la abrí. El viento me lanzó nieve y lluvia en la cara, dejándome sin aliento.

Muy cerca de la puerta había un armario de almacenamiento cerrado y utilicé la otra llave para abrirlo.

Estaba lleno de troncos.

Creo que di un puñetazo en el aire de la alegría.

Luego oí a Lucky ladrando en la parte de delante y recordé que aún estaba metido en la mochila.

No sé cuánto tiempo tardé en encender un buen fuego.

Sí sé que ya había oscurecido del todo y que Lucky temblaba de un modo tan incontrolable como yo cuando al fin conseguí arrancarles a los troncos algo más que unas chispas.

Gasté la mitad del montón de periódicos que había junto a la chimenea y un buen número de troncos más pequeños que, según descubrí enseguida, ardían más rápida y fácilmente que los grandes. Por suerte habían dejado cuatro cajas de cerillas, porque utilicé dos cajas enteras.

Pero al final me las arreglé. Encendí un buen fuego, qué demonios. Lucky y yo no habíamos hecho un trayecto tan largo, ni habíamos quedado enterrados en una ventisca y caminado a través de un metro de nieve para nada.

Estaba decidida. Íbamos a sobrevivir el tiempo suficiente para conseguir lo que habíamos venido a hacer en Escocia. O sea, encontrar gente. Viva o muerta.

Parece increíble que alguien capaz de sentir pánico ante una escalera mecánica muy larga pueda poseer una férrea determinación, pero es lo que me sucede a mí. Cuando tomo una decisión sobre un asunto, ya está todo dicho. Me entrego totalmente. Hasta el final.

Así fue con James. Yo estaba totalmente entregada para el *pack* completo: amor, matrimonio, bebé en cochecito.

Debería haber comprobado si él sentía lo mismo.

Pero eso nunca sale en las novelas y las películas románticas, ¿verdad? Nunca hay una escena en la que ambos hacen su lista de objetivos y comprueban que las dos coinciden.

Los primeros espasmos del amor son demasiado embriagadores para que te comportes como una adulta respecto a tus necesidades y expectativas. Tus necesidades y expectativas al principio son sexo, risas, bebida, más sexo, quizá un poco de comida varias veces a la semana, y más sexo.

Y luego, si atraviesas esos primeros meses, el «te quiero».

Y para entonces ya es demasiado tarde para volver atrás y precisar qué es lo que amas y qué es lo que quieres.

Solo te queda esperar que, milagrosamente, los dos queráis las mismas cosas al mismo tiempo.

Yo creía que, si hacía feliz a James, él sabría por arte de magia cómo hacerme feliz a su vez, igual que en las películas, igual que en el caso de mis padres. Así que nunca le conté cuáles eran mis expectativas y, por lo tanto, no puedo echarle la culpa por no cumplirlas. Él nunca supo que yo creía que irnos a vivir juntos tan deprisa implicaría que nos prometeríamos, nos casaríamos y tendríamos hijos a ese mismo ritmo.

Así pues, no podía haber sabido que yo necesitaba que todas estas cosas sucedieran, y que sucedieran rápidamente, de modo que no hubiera espacio en mi vida ni en mi mente para reflexionar y darme cuenta de que tal vez, solo tal vez, no era tan feliz como había esperado al vivir el ideal romántico de mi madre.

Y, sin embargo, allí estaba, con treinta y un años, con una relación adulta desde hacía cinco, pero sin boda ni hijos a la vista. Ni siquiera con un anillo de compromiso.

Como muchos otros, estábamos metidos en la noria de la vida. Trabajar, comer, dormir, beber, salir, vacaciones, cumpleaños, Navidades, Año Nuevo. Esa rueda interminable de fugaces momentos de alegría y tristeza que componen la vida. Una buena vida. Una vida normal. Una vida segura.

Pero yo quería más. Necesitaba más. Necesitaba la prueba de que aquella había sido la decisión acertada. Necesitaba poder ir a mi madre y decirle que lo había conseguido, que había encontrado el amor verdadero que ella siempre había deseado para mí. Necesitaba alardear de mi anillo de compromiso ante Xav y espetarle que se equivocaba: que James no era aburrido, que no era una mala elección para mí, que era la persona adecuada, que estábamos bien, que éramos felices y que seguiríamos juntos para siempre.

Venía a ser como un videojuego: superas un nivel y luego pasas al siguiente. Yo solo tenía que esforzarme más, mejorar en mi trabajo, estar más delgada, ser más divertida, ser mejor novia, hacer más feliz a James.

Y entonces subiría de nivel y me convertiría en esposa.

11 de febrero de 2024

Llevo diecisiete días en la casa de campo y en los cuatro últimos he escrito el contenido de este diario hasta aquí.

Los últimos dos meses y medio de mi vida.

Escribo un diario por los motivos que he mencionado al principio: considero que alguien debería dejar constancia del fin del mundo y, como yo soy posiblemente la única persona que queda viva, esa tarea recae sobre mí.

Estoy utilizando la escritura como una especie de terapia porque, por primera vez desde que fui a la casa de Xav, estoy —tachan, tachán— libre de drogas.

Y la multitud aplaude enloquecida...

También estoy escribiendo esto porque ahora que estoy libre de drogas...

Me

Siento

Muy

Pero

Que

¡MUY!

Aburrida.

Los dos primeros días en la casa de campo me los pasé ocupándome de las necesidades básicas: calor, comida, agua, un sitio donde mear, un sitio donde dormir. También pasé demasiado tiempo observando la casa más cercana, deseando que se asomara alguien por una ventana o que saliera humo de la chimenea. Por supuesto, no pasó nada parecido.

Dejando aparte la evidente falta de indicios de que hubiera algún superviviente, mantenerme caliente era mi máxima preocupación y me mantuvo atareada la mayor parte del tiempo. El primer día, el fuego de la chimenea se había apagado cuando me desperté. Estaba otra vez helada hasta los huesos y tuve que gastar otra hora deprimente y casi otra caja entera de cerillas para conseguir encenderlo de nuevo. Durante los siguientes días, cada vez que se apagaba el fuego me ponía otra vez a luchar torpemente y a derrochar cerillas y leña para poder calentarme. Al final comprendí que aquello no podía seguir así y, mediante la experimentación y un proceso de

eliminación, aprendí a encender una hoguera con eficiencia. Ahora tengo preparada de antemano toda una provisión de trozos de periódico, ramitas y troncos pequeños, medianos y grandes para alimentar a mi hambriento dios del fuego. También soy una experta en avivar el fuego a partir del rescoldo de las cenizas, lo cual es infinitamente preferible a empezar desde cero. Procuro que el fuego no se apague a lo largo del día y temo las madrugadas en las que no hay ni una minúscula brasa que soplar para reanimarlo.

He descubierto que otra de las mejores maneras de calentarse es mantenerse vestida. Continuamente. No me he cambiado la ropa interior ni ninguna otra prenda en cinco días. Apesto bastante. Pero hace demasiado frío para lavar, de todos modos, así que tampoco tendría sentido. Además, solo me traje tres mudas de ropa del Defender, de manera que todo lo que tengo ya lo he llevado... al menos durante cinco días. Tuve que prohibirle a Lucky que durmiera conmigo porque estaba empezando a oler a la vez a sudor y a perro, lo cual es una combinación muy desagradable. Le he preparado su propia cama poniendo una colcha en la cesta de la leña y parece bastante contento. En cambio, le fastidia que lo obligue a salir a la nieve para mear y cagar. Yo me siento extrañamente culpable por no salir a recoger sus heces, pero luego me digo que la única persona que las pisará seré yo.

La última lección que he aprendido para mantenerme caliente es vivir en una sola habitación. El primer día tuve el fuego encendido unas seis horas y la sala de estar seguía helada. No entendía por qué. Luego caí en la cuenta de que me dejaba la puerta abierta, y, a pesar de que había hecho un pobre intento de reparar la ventana rota de la cocina con un cartón, hacía un frío gélido tanto allí dentro como en el resto de la casa. Así pues, cerré la puerta de la sala y la sellé por debajo con una colcha para que no entrara la corriente; luego rellené con periódico las grietas de la ventana, cerré todas las cortinas, y al cabo de una hora estaba la mar de calentita. Ahora entro cada mañana en la cocina para coger agua y comida, me lo llevo todo a la sala de estar y me quedo allí. Todo el día. Cada día. Vivo en una constante penumbra y, en gran parte, en una sola habitación. Qué poético.

Dejando aparte los momentos en los que tengo que ir al baño, lo cual es por sí mismo un engorro del demonio.

Todavía sale agua de los grifos, y la cisterna del lavabo sigue funcionando, pero si no lo utilizo durante cuatro o cinco horas, se forma una capa de hielo en el agua del váter. Normalmente mi orina funde el hielo (algo curiosamente placentero), pero si tengo que cagar, lo mejor es quebrar el hielo primero. Todas estas cosas las he ido aprendiendo a base de prueba y error. He aprendido a mantenerme agazapada por encima del váter y, si debo sentarme, a calentar el asiento previamente. Me dejé un montón de piel en el asiento antes de aprender este truco. Además, tener frío es contraproducente para echar «una meada rápida»; al parecer, cuando el culo se te está congelando literalmente, la vejiga tiene la capacidad de retraerse sobre sí misma y se niega a soltar su contenido por muchas ganas que tengas de hacerlo.

Para ser franca, después de los dos primeros días de visitas traumáticas al baño, encontré una palangana grande en la cocina y ahora meo allí, en un rincón de la sala de estar, y luego vacío el contenido por la ventana.

Cada vez que lo hago, Lucky me mira con aire de reproche.

El primer día, hice un inventario de la comida que había traído y de lo que había en los armarios de la casa. Tenía cuatro latas de alubias, dos de sopa, una de tomates troceados, dos de espaguetis con salchichas, dos de estofado, ocho bolsas de patatas fritas, tres paquetes de galletas, dos de galletas de chocolate, una caja de sobres de sopa de tomate, tres latas de Pepsi, una caja de bolsitas de té, medio paquete de azúcar, un tarro de aceitunas negras, tres barritas Mars y cinco latas de comida para perro. El fogón, el hervidor y la tostadora no funcionan, pero encontré en los armarios unas viejas cacerolas y un hervidor de hojalata que utilicé para cocinar y calentar agua sobre el fuego de la chimenea.

De hecho, hay un gancho por encima para colgar el hervidor y, después de quemarme varias veces, he aprendido a esperar a que las llamas se aplaquen y siempre me pongo una manopla para quitarlo del gancho.

Las tres latas de Pepsi, dos de las bolsas de patatas, las barritas Mars y uno de los paquetes de galletas me los metí entre pecho y espalda cuando llegué. Eso fue antes de que se me ocurriera revisar cuánta comida había.

Una vez que hice el inventario y comprobé, con un simple vistazo por la ventana, que sería imposible ir a ninguna parte hasta que se fundiera la nieve, empecé a racionar la comida. Me tomo una taza de té (sin leche) y una galleta para desayunar, media lata de algo para almorzar, y una sopa de tomate y la otra mitad de la lata para cenar, además de otras dos galletas.

Hasta ahora, le he dado a Lucky toda la comida para perro, las dos latas de estofado y una de espaguetis con salchichas. Él no para de gimotear y obviamente tiene hambre, pero yo ya le guardo muchísimo rencor por tener que darle parte de mi alijo, así que no va a recibir más. Vale, le doy un par de galletas por la noche, pero nada más.

Yo ya estaba hambrienta incluso cuando aún tomaba drogas, así que ahora que las he dejado me muero de hambre. Constantemente. Me he dejado los tomates, las alubias y las olivas para el final; y, en el peor de los casos, podré sobrevivir con el azúcar unos días. Pero no sé lo que pasará con Lucky; él no puede cazar en la nieve, y no creo que coma aceitunas, así que le queda como máximo comida para dos días. Yo creo que quizá tengo para una semana.

A veces sueño con las tres barritas Mars.

Descubrí que se me estaba acabando el Tramadol al tercer día de estar en la casa.

Había estado tan liada organizándolo todo que seguí tomándome alegremente las tabletas como en condiciones normales, hasta que saqué el paquete de la caja y me di cuenta con horror de que solo me quedaban veinte. Había estado tomando dos (bueno, a veces tres) cada cuatro horas aproximadamente. Lo cual significaba que tenía para tres días como máximo.

De entrada, lloré, me lamenté y deambulé por la sala de estar mascullando variaciones inconexas de: «Mierda, mierda, ¿qué voy a hacer?, no podré soportarlo, mierda, que alguien me ayude». Al final, estaba al borde del ataque de pánico y tuve que hacer varias visitas deprimentes al baño para cagar valiosas calorías en forma de diarrea líquida. Lucky gimoteaba y deambulaba a mi lado más angustiado que yo.

No por primera ni por última vez, fue Lucky quien me salvó.

En un intento de detener mis agitados paseos y conseguir que le diera unos mimos, se puso

delante de mí y yo me tropecé y me fui de bruces contra el suelo de piedra. Él empezó a lamerme la cara y yo lo ahuyenté dándole un revés, haciendo que soltara un gañido y fuera a acurrucarse a un rincón.

Entonces salí bruscamente de mi acceso de pánico y me puse a llorar. Lucky se apresuró a abandonar su rincón y a lamerme las lágrimas. Su absoluta falta de egoísmo me hizo llorar aún más, así que me aferré a su cuello y le empapé el pelaje hasta que mis lágrimas se convirtieron en estornudos. Media hora más tarde, me había desahogado en gran parte y ya simplemente me compadecía de mí misma.

Estaba atrapada. La nieve seguía cayendo y ahora llegaba a solo tres palmos del alféizar de la ventana. Era imposible que pudiera conseguir más drogas. Así pues, o me desintoxicaba o me tomaba las veinte restantes de una vez, confiando en que fueran suficientes para sufrir una sobredosis.

No creo que lo fueran.

Además, seguro que ya empiezas a darte cuenta de que soy una cobardica de mierda. Si no había sido capaz de tomarme el T600, mucho menos lo iba a ser de matarme de sobredosis.

Reduje a la mitad la dosis diaria para intentar que el proceso de desintoxicación fuese menos penoso.

No funcionó. Resultó tremendamente jodido aun así. Xav me dijo una vez que todos los relatos de desintoxicación son un rollo. Que venían a ser el equivalente para los drogadictos del viejo chiste sobre los veganos: «¿Cómo sabes si alguien es vegano?». «Porque él mismo te lo cuenta».

—El meollo de una historia de desintoxicación es que antes te lo pasabas de fábula... y ahora no —me dijo—, y a nadie le interesa escuchar el sombrío relato de cómo pasaste de lo uno a lo otro. Así que mejor te lo guardas para ti.

Y si alguien debía entender de deprimentes historias de desintoxicación, ese era él.

Xav era, y es, y siempre será, mi mejor amigo.

Era mi confidente, mi caja de resonancia, mi consejero, mi bufón de la corte y la persona con la que más me he divertido en toda mi vida.

Yo lo quería igual —y en algún sentido tal vez incluso más— que a James.

Sin embargo, él no era mi punto de apoyo. Nunca fue mi sostén emocional, ni la persona a la que acudía cuando necesitaba ayuda o energía.

Él me la habría prestado sin dudarlo. Pero, por desgracia, yo nunca podía estar segura de encontrarlo cuando lo necesitaba.

Seguramente es comprensible que yo no acudiera a mis padres cuando empecé a sufrir ataques de pánico y depresión; estaba avergonzada y asustada, y no sabía cómo reaccionarían. Para que conste, ellos habrían sido —y fueron, cuando finalmente se enteraron— absolutamente maravillosos.

Pero probablemente te estés preguntando por qué no me apresuré a buscar el apoyo de Xav.

Porque Xav no estaba disponible.

Estaba en rehabilitación.

Xav estuvo en rehabilitación desde el día antes de que yo recibiera la primera carta de rechazo de mi novela hasta una semana antes de que nos fuéramos a Tailandia.

Aun así, podría haberle llamado para hablarle de mi frágil estado mental.

Pero no lo hice.

En cambio, le llamé para preguntarle si quería dejar la rehabilitación y tomar un avión al cabo de una semana para pasar tres meses en un lugar repleto de drogas.

Porque, claro, todo se reducía a mis propios problemas.

Es solo uno de los muchos ejemplos en los cuales yo estaba demasiado ocupada pensando en mis necesidades para detenerme a pensar en las suyas.

Éramos tan malos el uno como el otro.

Xav y yo teníamos mucho más en común de lo que nunca quisimos reconocer. Él habría de ser siempre un adicto y yo una depresiva con ataques de pánico. Ninguno de los dos buscaría nunca la ayuda profesional necesaria para abordar nuestros problemas a largo plazo y, por consiguiente, ninguno de los dos sería nunca capaz de proporcionarle al otro la cantidad de apoyo que necesitaba.

Así pues, cuando un hombre maduro, sensato y fuerte como James apareció en escena, ¿acaso puede sorprender que yo me aferrara a él como a una roca, como al punto de apoyo emocional que demostraría ser?

Xav fue a rehabilitación tres veces. Su primera temporada la había pasado cuando tenía quince años y los responsables del internado se dieron cuenta de que estaba la mayor parte de los días borracho. La segunda fue cuando tenía veinticinco y Rupert lo sorprendió fumando *crack*. La tercera fue dos días después de que yo me casara.

Rupert ya había muerto para entonces y fueron mis padres quienes lo llevaron al centro de rehabilitación y lo internaron.

Debería haber sido yo.

Así pues, seguiré el consejo de Xav y no repetiré la agonía de diez días que tuve que pasar para expulsar al Tramadol de mi organismo.

Baste decir que la casa era un lugar eficaz, pero nada cómodo para hacerlo (sufría una diarrea aguda y me dejé muchas capas de piel en el asiento del váter). Tenía náuseas, el estómago revuelto, dolores de vientre, accesos de escalofríos, dolores de cabeza y espasmos musculares y, además, estaba, y sigo estando, triste, sensible y con tendencia a estallidos de rabia y lágrimas que no pueden atribuirse por completo a mi solitaria supervivencia al apocalipsis.

En el armario de la sala de estar encontré una antiquísima botella de jerez, todavía con tres cuartos de su contenido, y al final de cada jornada superada con éxito le daba un buen trago a la botella. El sabor me arrancaba de entrada una mueca, pero el intenso calor que difundía por mi cuerpo y el ligerísimo subidón que aplacaba mi cerebro era algo que esperaba con ilusión a lo largo de todo el día. Al quinto día incluso había empezado a disfrutar del sabor.

Ya notaba que estaba llegando al final de mi desintoxicación cuando, una noche, calculé mal

al echar un trago y me derramé un poco de jerez en el brazo. Lucky, no queriendo perderse una golosina gratis, se apresuró a lamerlo con avidez. La expresión de asco que puso al notar el sabor me provocó una carcajada. Fue entonces cuando supe que iba a ponerme bien. Bueno, quizá no del todo bien, pero sí que iba a sobrevivir.

Ahora llevo doce días sin nada de Tramadol. Todavía lo echo de menos, pero no tengo ninguna posibilidad de recaer por el momento, así que en buena parte puedo hacer caso omiso de esa ansiedad.

De hecho, para mi gran sorpresa, las ansias no eran lo peor de haber dejado las drogas. Las ansias podía sobrellevarlas.

No, lo peor de todo de estar limpia y sobria era mucho más difícil de resolver.

Estaba rematadamente muerta de aburrimiento.

Ahora que me había desintoxicado y que había adoptado una rutina para comer y mantener el fuego encendido, no me quedaba nada más que hacer en la casa.

Absolutamente nada.

Intenté leer los viejos periódicos apilados junto a la chimenea, pero la mayoría estaban muy gastados o enmohecidos. Me masturbaba normalmente dos o tres veces al día, pero solo podía hacerlo cuando Lucky estaba dormido porque resultaba muy raro cuando él me estaba mirando.

Traté de jugar con Lucky, pero no tenía nada que arrojarle, aparte de ramitas arrancadas de los troncos, y él, una vez que las atrapaba, tendía a sentarse a mascarlas. Además, resultaba difícil jugar a lanzar y buscar en una habitación de diez metros cuadrados. Empecé a enseñarle trucos, como darme la patita y revolcarse en el suelo, pero sin galletas de recompensa era un alumno bastante reacio.

Ocho días después de mi último Tramadol, recordé que arriba había tres libros y subí corriendo a buscarlos.

Eran: *Un tipo encantador*, de Marian Keyes; *Riders*, de Jilly Cooper; y *Trump: el arte de la negociación*, de Donald Trump.

¿El puto Donald Trump?! Joder.

Me leí el libro de Marian Keyes durante el resto del día, devorándolo con avidez y sin molestarme en dosificarlo un poco. En el caso de *Riders*, lo estiré todo lo que pude y me lo leí durante los siguientes tres días, racionándomelo a razón de un capítulo por hora, o bueno, dos o tres como máximo. Me encantaron los dos y me juré que leería todo lo que habían escrito sus autoras en cuanto saliera de la casa... si llegaba a salir.

Me prometí que no me leería el libro de Trump.

En la mañana del decimotercer día, abrí la tapa y me puse a leerlo.

Debía haber leído las tres primeras líneas y llegado al pasaje donde dice que las negociaciones son su propio arte cuando grité: «¡qué te jodan!», cerré el libro violentamente, abrí la ventana de la sala y lo arrojé fuera. Me pasé treinta gratificantes minutos mirando cómo la ventisca lo enterraba en la nieve.

Veinte minutos más tarde, estaba poniéndome las botas en el pasillo para ir a recuperar el libro de Trump, cuando reparé en el cajón de la mesita del vestíbulo. Me apresuré a abrirlo y, para mi gran alegría, encontré un libro de visitantes.

¡Me encantan los libros de visitantes! Todas esas personas diferentes, con diferentes opiniones y diferentes recomendaciones... Solía ser lo primero que miraba cuando íbamos a una casa de vacaciones.

Me quité las botas, volví a la sala de estar y me instalé en el sofá para leerlo.

Había tres entradas.

«Una estancia fabulosa, gracias». Ethel y Derek Jones. Marzo de 2023.

«Casa preciosa y vistas maravillosas. Probad el pescado en The Old Trout Inn: absolutamente delicioso». Familia Sanderson, junio de 2023.

«La casa es realmente preciosa y su situación impresionante. Disfrutamos mucho explorando los hermosos paisajes, pero nuestra estancia quedó arruinada cuando descubrí que teníais un libro de Donald Trump en la casa. Estuve a punto de irme inmediatamente y alojarme en un hotel, pero mi mujer me convenció para que nos quedáramos. No obstante, he arrancado una página al azar y la he usado para limpiarme el culo. Es para lo único que podrá servir ese libro». Jed y Sarah Bookthwaite, Minnesota, Estados Unidos.

Guau.

Salí a buscar el libro y lo hojeé. Jed había arrancado la página cuarenta y cinco.

Te quiero, Jed. Espero que descanses en paz.

Tardé dos minutos en leerme todo el libro de invitados, cinco en averiguar con qué página del libro de Trump se había limpiado Jed el culo y treinta segundos en volver a tirarlo por la ventana.

Luego suspiré, resignada otra vez al aburrimiento.

Pero entonces reparé en el bolígrafo adosado al dorso del libro de invitados y pensé en las doscientas páginas en blanco que estaban esperando que alguien las llenara.

Y empecé a escribir.

Hola.

A los quince años estaba enamorada de Keanu Reeves. No era un simple encaprichamiento: estaba totalmente enamorada. Yo percibía y sentía su dolor. Pensaba que la gente que lo encontraba atractivo pero soso no conocía su verdadera personalidad. Creía de verdad que un día me casaría con él y que yo aportaría la luz que había faltado en su vida y él, el amor maduro y constante que ansiaba mi corazón adolescente.

Solía escribirle una carta semanal, volcando en ella todo el amor que me inspiraba, el odio que sentía por mi vida insignificante y mis insignificantes logros, el ardiente deseo que tenía de escribir algo excepcional, las últimas novedades de mi último novelón adolescente, las ansias desesperadas de que mi vida empezara de una vez. Nunca enviaba las cartas. Se fueron amontonando en el cajón de mi mesita de noche a lo largo de un año hasta que mi pasión se desvaneció para convertirse en algo más parecido al cariñoso afecto que se siente por la mascota de la familia o por alguien a quien conociste y amaste durante mucho tiempo. Keanu fue reemplazado por Steve, un chico que iba a mi universidad y al que podía amar en carne y hueso, pero al que nunca le escribí una carta.

Quizá parezca extraño que nunca enviase las cartas. Pero la cuestión no era enviarlas, sino

escribirlas. Yo quería escribirlo todo, sacarlo todo de mi interior y luego dejarlo a buen recaudo en un sobre. No me importaba que nadie fuera a leerlas nunca.

No me importa que nadie vaya a leer nunca este diario.

Solo necesito sacar todo esto de mi interior antes del final.

Porque sigo convencida de que tiene que haber un final.

Lo lamento, no he cambiado de idea.

De hecho, estos días en la casa me han dado tiempo de sobras para planear el final. Seguramente debería explotar ese momento... El Final.

Voy a ir al Soho Farmhouse.

Voy a terminar mi vida en el sitio donde pasé uno de los mejores fines de semana de mi vida, en la cama más cómoda del mundo, provista de un variado surtido de almohadas y de unas lujosas sábanas de hilo fino.

Casi me muero de impaciencia.

¿No conoces el Soho Farmhouse? Bueno, claro que no. Tú eres una persona vulgar y no estás entre los elegidos que pueden experimentar las maravillas de ese mundo de felicidad reservado exclusivamente a los socios de Soho House.

El Soho Farmhouse es uno de los hoteles del club Soho House. Tienen hoteles y clubs y salas de reuniones por todo el mundo que solo pueden utilizar sus socios, o bien aquellos que estén dispuestos a pagar una suma desorbitada por veinticuatro o cuarenta y ocho horas de acceso a ese gozoso parque de recreo para adultos.

Empleo la palabra «hotel» en un sentido amplio, porque alojarse en el Soho Farmhouse es más bien como alojarse en el lujoso complejo de un amigo que te debe un favor inmenso y va a encargarse de convertir tu estancia en los dos mejores días de tu vida. James me llevó allí a pasar un fin de semana quince días después de besarme en el andén de la estación de Liverpool Street.

A mí me encantó.

Para ser franca, yo al principio no quería ir. Temía que llamáramos la atención, que la gente descubriera que yo no era una celebridad, ni un miembro de la realeza, ni tan siquiera soda de la Soho House, y que me trataran como a una ciudadana de segunda clase. Pero ellos o bien no lo sabían o, más posiblemente, les tenía sin cuidado.

Nos instalamos en una cabaña-estudio que miraba al río. A mí me encantó la cama enorme, las sábanas de algodón egipcio, el baño exterior donde nos sentamos durante una tormenta y escuchamos el redoble de la lluvia sobre el porche de madera y el fragor de los truenos que sonaba primero a lo lejos y luego restallaba sobre nuestras cabezas. Me encantó la estufa de leña frente a la que yacimos desnudos hasta el alba hablando de nuestro futuro de un modo que me hacía sentir feliz y satisfecha por primera vez en muchísimo tiempo.

Me encantaron las bicis con las que recorriamos los alrededores, monándonos de risa porque ninguno de los dos recordaba cómo andar en bicicleta y diciendo en broma que el viejo proverbio («una vez que has aprendido, nunca se te olvida») no era cierto en modo alguno. Me encantaron los terrenos de alrededor, los interminables campos verdes y las hileras de lavanda que perfumaban el aire primaveral y nos llenaban los pulmones de una saludable fragancia después de tanto respirar la polución de Londres.

Me encantó la tienda-granja llena de objetos que no podía permitirme y que solo podría usar en otra vida que no viviría. Me encantaron los restaurantes, con su falso encanto rústico y su deliciosa comida casera. Me encantó el personal, que te trataba como si fueras un miembro menor de una casa real europea, la autora de la última novela de moda o la protagonista del último gran éxito del cine británico. Me encantó que parecieran disfrutar de verdad con su trabajo, que no detestaran en el fondo tener que servirme.

Me encantó la sensación de estar totalmente en una burbuja. Una burbuja de amor y felicidad y sábanas de algodón egipcio.

Al terminar el fin de semana sentí que amaría a James y el Soho Farmhouse para siempre.

Aún sigo sintiendo lo mismo. Respecto al Soho Farmhouse. Lo amo tanto que quiero morir allí.

15 de febrero de 2024

Llevo en la casa veintiún días.

Sobreestimé por completo la cantidad de tiempo que nos iba a durar la comida. Me he acabado el resto del azúcar esta mañana y no he comido nada sólido desde hace dos días. Lucky no ha comido casi nada desde hace tres, porque se negó en redondo a probar las aceitunas.

Estoy muy muy hambrienta. El estómago me ruge continuamente. No puedo pensar más que en comida. Empiezo a sentirme débil y tengo que hacer un gran esfuerzo para arrastrarme fuera del sofá y echar leña al fuego. Lucky no se ha movido de su cama en todo el día. Yo he estado mirando por la ventana la casa más cercana, pero no estoy segura de que pueda llegar allí. Parece demasiado lejos. ¿Y si cuando llego resulta que no hay comida?

Sería capaz de llorar al pensar en todas las veces en las que he malgastado o rechazado comida. En las veces en las que no me gustó el aspecto de un plato o solo me comí la mitad.

En algunas ocasiones, cuando ya vivía con James, podía rechazar una comida entera porque estaba haciendo régimen, o no tenía hambre o estaba de malhumor, y solo picaba un poco. En otras ocasiones no comía simplemente porque James no estaba y yo no quería comer sin él.

Fui una idiota.

La ocasión en la que pienso más a menudo fue la de un sábado cualquiera por la tarde. James y yo llevábamos juntos seis años, y decidimos salir a tomar unas copas.

No era una ocasión especial, solo una tarde ociosa de copas.

A la vuelta compramos comida china para llevar y la dejamos en el horno mientras teníamos una sesión de sexo ebrio y chapucero. Después, James se quedó dormido. Al principio pensé que se despertaría, así que permanecí tendida a su lado, observándolo con amor.

Al cabo de una hora, se me había dormido el brazo y deduje que ya no iba a despertarse esa noche.

Lo cual me dejaba sin un plan definido. ¿Me zampaba la comida china yo sola? ¿Lo despertaba y le decía que me la estaba comiendo? ¿Dejaba la comida china y me comía otra cosa? Me moría de hambre, pero no era capaz de tomar una decisión.

Al final, apagué el horno, volví a la cama junto a James con el estómago ruguéndome y esperé a que llegara el sueño.

Tardé mucho tiempo en dormirme.
Debería haberme zampado la comida.

17 de febrero de 2024

Veintitrés días en la casa. Me duele la barriga.
Una de dos: o voy a la otra casa hoy o me como a Lucky.

Fui a la otra casa.

Lucky me miraba fijamente mientras me vestía para salir.

Intenté explicarle que aquello era mejor que la alternativa de comérmelo. Él no lo entendió.

Cuando ya iba a salir, intentó bloquear la puerta. Yo estaba demasiado débil para cargarlo en brazos, y la nieve me llegaba por encima de los muslos, así que era imposible que Lucky pudiera caminar por su cuenta. Pero, claro, él no entendía nada de todo esto. Lo dejé encerrado con un montón de troncos en el fuego y una colcha extra en su cesta.

Seguí oyendo sus aullidos hasta que estuve a medio camino.

Cargando solo una mochila vacía, el trayecto no fue ni mucho menos tan penoso como el que había hecho desde el Defender, pero yo estaba muy debilitada y hambrienta y avancé extremadamente despacio.

Una vez que los aullidos de Lucky se hubieron desvanecido, todo quedó en completo silencio. Me detuve y agucé el oído. Nada. No solo no había ruidos de origen humano, sino tampoco de la naturaleza. Ni trinos de pájaros, ni murmullo de árboles, ni movimientos de animales.

Un silencio completo.

Eché a andar otra vez y advertí que el mundo podía estar en completo silencio, pero que yo provocaba un montón de ruido: el crujido de mis botas en la nieve, el frufú de mis pantalones impermeables, el golpeteo de la mochila, el ronco resoplido de mi respiración mientras avanzaba jadeando.

De hecho, estaba tan ocupada escuchándome a mí misma que cuando oí los aullidos supuse que era Lucky otra vez. Pero ya estaba demasiado lejos para oírle, así que me detuve. Eso no era un aullido de Lucky. Era el tipo de aullido que oyes en las películas de terror justo antes de que pase algo espantoso. Un aullido escalofriante. El aullido de un ser que va a devorarte con fruición. Me di la vuelta para ver de dónde procedía.

Lobos.

Cinco lobos en lo alto de una loma, a cosa de un kilómetro. No tenía ni idea de dónde habían salido. ¿Siempre había habido lobos en Escocia? ¿Se habían escapado de algún lugar?

La parte de mí aficionada a los zoos y amante de los animales pensó: «¡Ay, lobos! ¡Qué monos!». La parte de mí que no quería ser devorada pensó: «Joder. ¡Corre!».

Me decanté por «joder. ¡Corre!» y, trotando, arrastrándome y trastabillando, recorrí los últimos doscientos metros hasta la casa.

Los lobos no se movieron.

Ahora que sabía que quizá no me encontraba en lo alto de la cadena alimentaria, no quería romper ninguna ventana, así que recé para que hubiera alguna puerta abierta. Lo estaba la puerta trasera y, una vez que quité de en medio la nieve, entré directamente en la cocina y ni siquiera me molesté en recorrer el resto de la casa. Saqué inmediatamente los armarios, que resultaron estar repletos de comida. Encontré una lata de estofado de ternera, que abrí y me zampé de un saque, y también una lata de jamón, que siguió el mismo camino. Había latas, paquetes, bolsas de patatas, galletas y un par de bizcochos industriales todavía no caducados. Me atiborré como una loca y llené la mochila con un júbilo maniaco.

Pronto tuve el estómago y la mochila llenos, y me sentí exhausta. Sabía que debía volver con Lucky, pero no estaba segura de que fuera prudente salir estando los lobos tan cerca. Yo había visto lobos en el Woburn Safari Park, y esos cabrones se mueven deprisa. Incluso en la nieve, estaba convencida de que, si les apetecía, bajarían de esa loma y me devorarían en cuestión de minutos. No veía la loma desde la cocina, así que fui a la sala de estar para mirar por la ventana.

Y allí estaba por fin...

La prueba que había venido a buscar a este rincón remoto de Escocia.

El vaso de agua, el paquete vacío de T600, una cómoda butaca: los últimos ritos del 6DM. Era una mujer mayor, quizá de ochenta y tantos, y estaba congelada como un témpano. Tenía una manta sobre las rodillas y un gato acurrucado en el regazo. Una imagen doméstica perfecta si no hubiera sido por algunos signos reveladores: la palangana para vomitar que tenía al lado y el hilo de sangre que le salía de la nariz.

Pinché al gato con un palo para asegurarme de que estaba muerto. Lo estaba.

Cuando finalmente miré por la ventana de delante, los lobos se habían ido. Ya estaba apresurándome hacia la cocina para emprender el camino de vuelta cuando reparé en el teléfono fijo que había en la mesa del pasillo.

O, más exactamente, en el contestador automático con la luz parpadeando que estaba al lado del teléfono.

Quizá me fijé porque habían pasado muchos años desde la última vez que había visto funcionar un contestador, o quizá porque la luz parpadeante me llamó la atención, o porque tuve una especie de premonición con mi sexto sentido. Lo que sea.

Pulsé el *play*.

Empezó a sonar una voz metálica.

«Tiene un nuevo mensaje. Mensaje recibido el 14 de diciembre a las 16:39».

«Doris, soy Susan..., tu hermana».

Una voz humana.

Era la primera vez que oía hablar a una persona desde que había llamado a Tom Forrest para que enterrase a James.

Me quedé tan conmocionada que me senté en el suelo y rompí a llorar.

«Ya sé... que no hablamos desde hace tiempo. Quería ver si te encontrabas bien. Si estabas enferma... Yo no lo estoy».

Dejé de llorar de golpe.

«He estado viendo cómo llegaban las ambulancias al hospital del final de nuestra calle. Había montones de ellas, pero ahora ya han dejado de llegar. No he visto ninguna desde hace más de una semana. Supongo que no es una buena noticia. Jess llamó y dijo que lo tiene, ella y los niños. Jack fue a verles hace unos días... No ha vuelto. Estoy aquí sola. Bueno, está el gato también. En fin, espero que te encuentres bien. Llámame si puedes. Adiós».

Volví a escuchar la grabación otra vez. Y otra. Y otra.

El mensaje había sido recibido el 14 de diciembre. James llevaba muerto entonces casi una semana. Todo el mundo llevaba muerto entonces casi una semana.

O eso creía yo.

Hurgué en los cajones de la mesa.

Una agenda.

Susan.

Susan Palmers. Collister Avenue, 17, Easington, Banbury, OX15 6BN.

Número de teléfono: 01295 657823.

Levanté el auricular. No había señal.

El móvil me lo había dejado en la casa.

Arranqué la página de la agenda, cogí la mochila y salí a toda prisa.

Los lobos reaparecieron en la loma cuando había hecho la mitad del camino de vuelta, pero permanecieron una vez más allá arriba, mirando y aullando.

Yo apenas les presté atención.

Abrí la puerta de la casa e inmediatamente se me echó encima Lucky, derribándome. Estaba eufórico; soltaba pequeños ladridos de alegría, me lamió la cara mientras yo lo abrazaba y acariciaba, y no se despegó de mí hasta que vacié en su cuenco dos latas de estofado y una de carne de cerdo.

Cogí mi móvil y marqué el número de Susan Palmers. Pip, pip, pip.

No había señal, claro.

Hijos de puta.

Me senté en el suelo, resistiendo el impulso de arrojar el teléfono contra la pared.

Lucky se acercó para darme lametones con olor a carne, y yo lo abracé y le susurré en el oído.

—Nos vamos a Banbury. Vamos a ver a otra persona.

Y entonces me eché a reír. En voz alta. Era un sonido tan extraño que volví a hacerlo. Con más fuerza.

No creo que Lucky me hubiera oído reír nunca con tanto ímpetu, porque se escabulló y se escondió bajo el fregadero.

Esa noche, me despertó un sonido que no identifiqué.

El viento aullaba como siempre, pero había algo más que repiqueteaba contra la casa rítmicamente.

En parte quería ver lo que era; pero otra parte de mí sabía que de todos modos estaría levantada dentro de un par de horas y que, si me levantaba ahora, me entrarían ganas de mear, lo cual sería un follón que podía evitarse si me dormía otra vez...

Cuando me desperté por la mañana, el ruido había desaparecido y yo ya lo había olvidado por completo, así que seguí mi ritual matutino normalmente. Me puse un par de calcetines y me prometí que me agenciaría unas zapatillas en cuanto me fuera posible; volví a ponerme los dos jerséis, procurando no hacer caso del hedor que desprendía mi cuerpo; añadí troncos al fuego y lo aticé hasta que volvió a arder con fuerza; recogí todos los platos sucios de la noche anterior y caminé desde la sombría sala hasta la sombría cocina. Tiré los platos y las tazas junto a los demás amontonados en el fregadero (raramente me molestaba en lavarlos), llené de agua el hervidor, cogí platos y tazas limpios y los llevé a la sala.

Como siempre, Lucky gimoteó y miró mi cuenco-orinal y, como siempre, yo bostecé y gruñí: «No». Así que, como siempre, cruzamos el sombrío pasillo y yo le abrí la puerta principal para dejarlo salir y... ¡virgen santa, joder!

Verde. Por todas partes. Verde.

El cielo aún se veía gris y amenazador, pero la nieve había desaparecido.

Por completo. El ruido que había oído debía haber sido el de la lluvia, y debía haber caído con mucha fuerza porque ahora, en lugar de la nieve, podía ver el lago y las casas de la orilla y las montañas del fondo, y los caminos y carreteras, y los árboles, y la hierba, verde, verde, verde...

Salí corriendo sin las botas puestas y fue directamente a pisar un gran montón de cacas de Lucky.

El karma.

Me dio igual. Corrí hasta la esquina de la casa y desde allí divisé el Defender. Los campos estaban despejados y la carretera también.

Podía irme.

Podía salir en busca de Susan Palmers.

El Soho Farmhouse habría de esperar. Tal vez tendría que postergarlo para siempre.

Postergar las cosas se me da bien.

Fue James quien me convenció al fin para buscar ayuda.

Yo lo había ido postergando durante años. Creía que me las estaba arreglando para ocultar mi pánico y mi depresión.

Pero no era así.

James y yo llevábamos siete años juntos. Ya habíamos comprado nuestro piso y celebrado un montón de cumpleaños y Navidades los dos juntos y con nuestras familias. Ahora James era el

director de Publicidad de su empresa y tenía su propio despacho y su auxiliar ejecutiva. A mí me habían ascendido tres veces. Ginny había cambiado de trabajo y había conocido a un tal Alex con el que pasaba cada vez más tiempo. Xav había remodelado su azotea y estaba convirtiendo su casa en el principal centro de fiestas privadas del oeste de Londres.

Yo había vivido infinidad de pequeños momentos de alegría que constituían en conjunto una vida felizmente vivida.

En conjunto.

Pero los ataques de pánico y la depresión, una vez que los has experimentado, ya nunca te abandonan del todo. Aunque no estén presentes, sí lo está su recuerdo, como una marca en el hormigón.

Había tenido días buenos y días malos. Meses enteros sin un ataque y luego semanas en las que me costaba un gran esfuerzo salir de casa y desde luego no podía tomar el metro ni subirme en el ascensor del trabajo. Había tenido días luminosos y días en los cuales me quedaba en la cama fingiendo una migraña, pero en realidad envuelta en una niebla que no se retiraba. Había tenido días que eran tal como yo quería que fuesen y luego días en los que no entendía qué estaba haciendo ni por qué. Días en los que me sentía completa y días en los que tenía la impresión de que se alejaban flotando diminutos fragmentos de mí: fragmentos que se perderían para siempre.

Yo creía que mis problemas habían quedado bien disimulados tras aquella fachada de migrañas y adorables excentricidades («¡Hace un día precioso! Vamos a andar, en vez de coger el metro»).

James lo sabía, aun así. Claro que lo sabía. Él me amaba.

No es que él me dijera nada.

Durante toda nuestra relación, no hablamos abiertamente ni una sola vez de mi depresión y mis ataques de pánico. Yo no quería reconocerlos.

Sin embargo, James apareció un día en casa con un bote de nata montada, de esos que funcionan con un espray.

—Dura una eternidad —dijo, poniéndolo en la nevera—. Vamos a guardarlo aquí dentro y, cuando tengas un mal día, puedes coger el bote y echarte un chorro directamente en la boca. Así, ¿ves? —añadió, haciendo una demostración—. Entonces sabré que estás pasando una racha de mierda sin necesidad de que me lo tengas que decir siquiera.

Era una broma. Pero me bastó ver el amor y el destello de inquietud que había en sus ojos para comprender que lo sabía. Sabía que tenía problemas. Cada vez que yo estaba triste y me quedaba todo el día en la cama; cada vez que me sentaba a su lado en el sofá, toda crispada, y fingía mirar la tele; cada vez que yo le convencía para que tomáramos el autobús o que le sujetaba la mano con excesiva fuerza en una escalera mecánica, él lo sabía. Lo sabía y también padecía.

Así que fui a mi médico.

Fue sorprendentemente fácil. Y no me internó.

Al cabo de seis semanas, acudí a la primera sesión de terapia. Tomé asiento y el terapeuta dijo: «Bien, ¿por qué está aquí?».

Y yo rompí a llorar.

No conseguí hablar; me pasé los cuarenta y cinco minutos de la sesión llorando.

Al final, el terapeuta me dijo que necesitaba volver a verme, así que iba a hacer una petición urgente para un tratamiento de doce sesiones.

Al salir, me sentí más ligera. Estaba tomando el control y recibiendo la ayuda que necesitaba. Lo volvería a ver cada semana y me pondría mejor.

La carta de convocatoria llegó cinco semanas después. Doce sesiones, una por mes; la primera al cabo de nueve semanas.

Me puse a llorar otra vez.

Londres era una ciudad muy cara. Incluso para milenials de clase media, sin hijos y con un buen empleo como nosotros, Londres era muy caro.

Podría haber hecho sesiones de terapia privada, a cincuenta libras la sesión: doscientas libras al mes. Pero me pareció demasiado.

Podría habérselo pedido a James; él me habría respondido que adelante. Podría habérselo pedido a mis padres, que me lo habrían pagado sin preguntar siquiera para qué lo quería.

Pero no se lo pedí a nadie.

Me daba demasiado miedo lo que pudieran pensar.

Antes de abandonar la casa, intenté razonar conmigo misma: debía ser cauta y metódica al recoger las cosas, pensar en lo que necesitaría para el viaje, no largarme precipitadamente.

Pero, por supuesto, no fue así.

Volví a entrar corriendo, me quité los calcetines embadurnados de mierda y me puse otros limpios, me calcé las botas, metí al azar una serie de prendas y de objetos en la mochila, me abrigué todavía con otro jersey metido a la fuerza, me puse el gorro y le grité a Lucky: «Nos vamos». Y al cabo de cinco minutos había cruzado la puerta y caminaba por el campo.

Naturalmente, volví diez minutos más tarde para recoger las llaves del Defender y este diario.

Me detuve un momento al ver el gurrño de colchas del sofá.

Había hecho bien las cosas.

Había conseguido guarecerme, me había mantenido caliente, había encontrado agua y comida, me había desintoxicado de las drogas y había sobrevivido. De hecho, había logrado que Lucky y yo nos mantuviéramos con vida.

Me permití un breve instante de orgullo y luego salí otra vez disparada para ir a buscar a la otra superviviente.

Lucky tenía todavía más ganas que yo de abandonar la casa y ya estaba gimoteando junto al Defender para que le abriera la puerta cuando llegué allí.

Al girar la llave de encendido, sentí una punzada de temor pensando que el Defender quizá no arrancaría. Pero el motor, tan fiable como siempre, cobró vida a la primera con un rugido y una ráfaga de humo azul.

Esa gente de Land Rover sabe hacer un coche como es debido. Si alguien lee un día este diario, quiero que sepa que el Land Rover es mi vehículo preferido y cuenta con mi más encarecida recomendación. Con apocalipsis o sin él.

Dejé el motor encendido, me lancé a la parte trasera y cogí una lata de Pepsi y una barrita de chocolate Snickers. En ese momento caí en la cuenta de que aún no sabía dónde estaba.

Decidí seguir hasta el pueblo y buscar algún indicador.

Algo debía estar pudriéndose en la parte trasera del Defender, pero no iba a perder un tiempo precioso haciendo limpieza, así que bajé la ventanilla para que entrara un poco de aire. Oí un largo y resonante aullido. Lucky se agazapó temblando en el reposapiés del asiento delantero. Justo en ese momento, otros aullidos se sumaron al primero, y él empezó a gemir muy bajito. Me pregunté entonces si después de todo había habido otro motivo que explicara su resistencia a salir de casa para cagar y también su celeridad en llegar ahora al Defender.

Había ocho lobos frente a nuestra casa alzando la vista hacia nosotros.

Decidí no volver al pueblo y seguir la carretera.

Conduje unas dos horas antes de divisar un rótulo hacia Inverness, que, según resultó, quedaba solo a sesenta kilómetros, así que llegamos allí de nuevo a mediodía.

Mi primer impulso fue hacer una parada en la farmacia para reabastecerme de mi medicina (la medicina que me había recetado a mí misma), y de hecho ya estaba cogiendo los paquetes del estante cuando me paré a pensar si realmente era buena idea. Llevaba casi tres semanas libre de Tramadol, y estaba bien: ni siquiera sentía las ansias de antes, aunque en cambio estaba obsesionada con el chocolate de un modo que no podía atribuirse enteramente al hambre que había pasado.

Así pues, pensé, quizá no debería volver a tomar nada. Quizá soy más fuerte de lo que suponía.

Además, seguramente no crearía buen rollo que mi superviviente me viera colocada.

Cogí solo un paquete para emergencias.

Ya estábamos saliendo de Inverness cuando Lucky soltó un brusco ladrido. Frené de golpe y evité por los pelos arrollar a un gran perro negro que había salido disparado de un callejón. El animal se detuvo a mirar, como si nunca en su vida hubiera visto un coche. Luego siguió su camino con despreocupación. Mientras yo miraba cómo se alejaba, salió otro perro del callejón y lo siguió; y luego otro y otro, y otro más, hasta formar una larga hilera de perros, todos yendo en la misma dirección. La mayoría iban solos o en pareja, pero de vez en cuando formaban grupos más numerosos.

El sol había fundido la nieve que quedaba y bañaba los edificios con un resplandor rosado. El tiempo era realmente primaveral. Empezaba a subir la temperatura y pensé que los cuerpos de la extraña reunión que había visto en el centro de la ciudad se descongelarían pronto. Y se pudrirían. Y apestarían.

Se me revolvió el estómago al caer en la cuenta de que los perros caminaban precisamente en aquella dirección. Debían haber pasado frente a mí al menos treinta, y Dios sabía cuántos más debían dirigirse hacia allí desde otros puntos.

Les toqué la bocina a los rezagados que seguían cruzando la calle y, al ver que no me hacían caso, avancé lentamente.

Luego, mientras empezaba a caer el sol, aceleré para poner tierra de por medio lo antes

posible.

Siempre me ha gustado conducir largas distancias en carreteras desiertas (cosa que raramente era posible antes) y ahora tenía toda la carretera para mí y un largo trayecto por delante.

Sin embargo, conducir en tiempos posapocalípticos requiere cierta adaptación. Para empezar, aunque no haya otros coches circulando, eso no significa que yo no los tenga en cuenta. Sigo obedeciendo las normas de tráfico, o sea, parándome en los semáforos (cuando funcionan), usando los intermitentes, vigilando que no aparezca nadie por una esquina, cruzando las rotondas correctamente. Cuesta mucho olvidar las normas que han presidido tu forma de conducir durante años.

Cuando conduzco me siento muy relajada y tremendamente alerta a la vez. Sin nadie más en la carretera es muy fácil caer en un estado semejante al sueño en el cual conduces automáticamente y no eres consciente de lo que te rodea. En estos casos, he descubierto que soy capaz de salirme de la calzada sin darme cuenta siquiera hasta que percibo el cambio del terreno. En consecuencia, procuro ser muy consciente de dónde estoy, de lo que sucede a mi alrededor, de la velocidad a la que circulo, de dónde queda el próximo desvío y de las señales y rótulos que van apareciendo.

He dejado de conducir de noche a menos que sea absolutamente necesario porque he descubierto que no me gusta la oscuridad. Sin electricidad y sin farolas, todo está muy oscuro de noche. Antes del 6DM había conducido por lugares oscuros y remotos, pero no recuerdo que fueran nunca tan oscuros como ahora. Quizá sea porque es invierno, porque el cielo está cubierto de nubes y, por lo tanto, apenas llega la luz de las estrellas. O quizá sea algo psicológico; estoy sola, la noche es terrorífica y tengo miedo. La negrura se extiende interminablemente en todas direcciones, más allá de mis faros, y mi temor y mi soledad se ven redoblados en la misma medida. Interminablemente, en todas direcciones.

Pero mi descubrimiento más penoso en la conducción posapocalíptica es que no puedo quitarme de encima la sensación de que va a aparecer un coche en el horizonte. Antes, cuando conducía en mitad de la noche por la autopista y durante unos breves momentos mi coche era el único que se veía en cualquier dirección, me abandonaba a la sensación ficticia de ser la última persona de la Tierra (ja, ja). Ahora que posiblemente sea la última persona de la Tierra, sigo esperando divisar unos faros en lo alto de una pendiente.

Y, por supuesto, no aparecen.

Aun sin conducir de noche, mi ansiedad por encontrar a Susan Palmers, más la falta de drogas en mi organismo, hizo que esta vez cubriera en dos días el recorrido que a la ida me había llevado una semana. Mantuve una velocidad constante de ciento diez kilómetros por hora en la autopista, que era lo que podía correr el Defender cómodamente, sin que se pusiera a traquetear todo el chasis.

Pese a mis prisas, me obligué a pasar por Liverpool y Manchester, que parecían intactas, pero desprovistas de signos de vida. Debía comprobar que no había nadie oculto en aquellas inmensas conurbaciones, así que busqué un punto bien alto en cada ciudad y estuve tocando la bocina de forma intermitente durante un par de horas. No apareció nadie.

Pasado Manchester, mi excitación empezó a bordear el pánico ante la idea de oír hablar a otra persona, de estrecharle la mano, de sonreír y recibir una sonrisa. Cada vez que lo pensaba, me aceleraba sin darme cuenta y tenía que pisar el freno porque el Defender empezó a retemblar en señal de protesta.

Cuando no estoy excitada, me angustio. Me angustia pensar que Susan Palmers no haya tenido comida y agua suficientes para sobrevivir desde que llamó a su hermana, o que se haya quitado la vida porque se le murió el gato y se sentía demasiado sola, y que yo solo vaya a encontrar su cadáver.

Me angustia la idea de que Susan Palmers tuviera el 6DM y simplemente no lo supiera cuando hizo aquella llamada.

Ahora Susan Palmers es mi nueva y única razón para vivir.

No me he parado a pensar lo que haré si resulta que Susan Palmers está muerta.

Me imagino que eso me metería en una interminable espiral depresiva.

Creo que cada cual experimenta la depresión de una manera diferente. Lo que para una persona es «un mal día» para otra implica pasar una semana postrada en la cama. En mi caso, si mis ataques de pánico subían el dial de mi energía, mis emociones y mi sistema digestivo hasta el once, la depresión lo bajaba hasta el menos once.

Era siempre como si una gran capa de inercia me hubiera cubierto tanto física como emocionalmente. Si me hubieran dejado elegir, no me habría levantado de la cama. Mientras que mi yo normal se levantaba, salía a la calle y miraba en derredor con una sonrisa, mi yo deprimido se levantaba con esfuerzo de la cama, salía arrastrando los pies, miraba todo el rato al suelo y no recordaba lo que era sonreír. Podía pasarme una hora mirando una pared, con mi nivel emocional imitando a la perfección el de aquella superficie desnuda.

Unas veces lloraba; otras, no. Con frecuencia seguía con mi vida normalmente; me obligaba a ir al trabajo, a tomar el té y a charlar con la gente a la hora del almuerzo. Todo a través de la capa de niebla que me cubría.

Debería haberme pagado las sesiones de terapia, pero no lo hice, y las cosas empeoraron.

Igual que al comienzo de mis ataques de pánico, no hubo ningún motivo importante que desencadenara mi crisis nerviosa. Me subí un día al autobús para volver a casa del trabajo y, cuando llegó mi parada, descubrí que no podía bajarme.

La niebla era demasiado pesada como para que pudiera ponerme de pie.

Tampoco pude bajarme en la terminal de autobuses.

Al final, llamaron a la policía.

Yo no paraba de llorar.

La policía fue amable.

Yo estaba demasiado triste para volver con James, así que me fui a casa.

Mi madre no me preguntó nada, no dijo nada, simplemente me estrechó entre sus brazos y me sujetó mientras yo lloraba, lloraba y lloraba.

Ella nunca me preguntó por qué.

Simplemente sabía que la necesitaba.

Y yo no le expliqué por qué. No podía explicárselo, porque no lo sabía.

Tenía todo lo que siempre había querido. Gozaba de tranquilidad y seguridad. Tenía a James, tenía un trabajo estupendo, un piso precioso, dinero. Era una vida perfecta, ¿no? Todas las revistas, todos los anuncios, todos los programas de televisión me decían que llevaba una buena vida, una vida con la que debería sentirme satisfecha.

Debería ser feliz.

Debería ser feliz.

Debería ser feliz.

Pero no lo era.

Me quedé en casa nueve días.

Mi madre me daba té y sopa de pollo, y me acariciaba el pelo mientras yo dormía horas y horas.

Dejó que James viniera a verme al octavo día, cuando quedó claro que yo no iba a contarle lo que pasaba.

Él se sentó en un lado de la cama y lloró conmigo.

Él me amaba. Haría que las cosas fueran mejor. Que mi vida fuera mejor. Que yo estuviera mejor.

Me propuso que me casara con él.

Yo no me había cambiado el pijama desde hacía una semana, no me había lavado el pelo desde hacía dos, tenía la tez moteada de tanto llorar..., y él va y me pide que nos casemos.

Qué romántico.

Me eché a reír.

No porque me sintiera feliz, sino porque de repente me di cuenta de lo absurdo que era todo.

Yo, persiguiendo mi fantasía romántica, decidida a alcanzar esa vida idealizada de felicidad. Y ahora estaba prometida...

Y deprimida.

Quizá debería haber dicho que no; debería haber sido finalmente franca con él y decir: «No tengo ni idea de quién soy ni de lo que hago». Quizá James habría dicho que él tampoco.

Tal vez las cosas habrían sido distintas si hubiera sido sincera.

Tal vez no.

En todo caso, le dije que también le amaba.

Era cierto, le amaba. James era mi vida. Yo ya no sabía quién era sin él.

¿Adónde iría sin él? ¿Cómo me las arreglaría? ¿Qué haría? ¿Quién sería?

No me las arreglaría, no podría arreglármelas. No sería nada, no tendría a nadie.

James me amaba, quería casarse conmigo. Así que yo había conseguido lo que deseaba.

Me casaría y tendría una familia.

Con eso bastaría.

Los dos seríamos felices así.

24 de febrero de 2024

No tenía ni idea de cómo localizar a Susan Palmers sin Google Maps, pero eso no iba a impedirme encontrar a mi superviviente. Seguí los rótulos hacia Easington y luego hacia el hospital, y entonces recorrí metódicamente las calles, una a una.

Tardé dos días y medio en encontrarla.

Siempre he tenido un sentido del olfato muy fino: por eso olí el número 17 antes de verlo.

Collister Avenue estaba flanqueada de coches aparcados, así que había dejado el Defender en lo alto de la calle y había empezado a bajar corriendo, mirando los números de las casas, con Lucky pegado a mis talones.

Fue un olor lo que me detuvo, no los números.

En los barrios residenciales no había ningún olor a descomposición; ni siquiera para un olfato tan fino como el mío. La mayoría de las casas tenían las puertas y ventanas cerradas, así que no era fácil que el hedor a podredumbre se escapara.

Aquel olor era nuevo y me obligó a detenerme.

No era un olor agradable, pero sí familiar: un olor que no percibía desde hacía tiempo.

Estaba tratando de averiguar qué era cuando Lucky se puso a ladrar frenéticamente y a correr arriba y abajo por el sendero de la casa de delante.

Así que me volví a mirar...

Al principio no la vi.

Lo primero que vi fue el sendero y el umbral lleno de montones de mierda.

A eso olía.

A mierda.

Pero no a mierda de perro. De ahí venía mi confusión: yo ahora estaba acostumbrada al olor de las cacas de perro.

Pero esto era mierda humana.

Fue entonces cuando miré hacia la ventana.

Por un instante, mi cerebro se negó a admitir lo que estaba viendo. Pensé que era una estatua, o un maniquí, o una muñeca gigante.

Pero no.

Era Susan Palmers.

Mi impulso automático fue entrar corriendo y abrazarla.
Me lancé hacia la puerta, esquivando los montones de mierda y gritando:
—¡Susan Palmers! ¡Está viva! ¡Está viva!
Ella se puso a golpear furiosamente el cristal y señaló hacia la puerta.
Me detuve un momento, con el brazo extendido hacia el pomo.
Ella volvió a golpear el cristal, todavía con más furia.
Miré la puerta y di un paso atrás.

NO SE ACERQUE. TENGO UN ARMA
Y LE PEGARÉ UN TIRO.

Gruesas letras negras pintadas en la puerta.
Ag.
Me dejó paralizada.
No sabía qué hacer.
No era capaz de pensar más allá de la fantasía conmovedora, de la lacrimógena felicidad, del festival de abrazos con los que había soñado durante los últimos tres meses y, sobre todo, durante los últimos ochocientos kilómetros.
Pero evidentemente no era eso lo que estaba sucediendo.
Retrocedí sorteando los montones de mierda para situarme frente a la ventana. No la veía demasiado bien porque había cubierto los cristales con plástico adherente. Supuse que debía de tener unos setenta años. Una mujer de pelo gris desgreñado y piel pálida y flácida. Estaba flaca, muy flaca, y al mirar más de cerca me dio la impresión de que se le había ido cayendo el pelo.
—Hola.
Parecía una buena forma de empezar.
—*Herroinhurgosmolof*.
No entendía lo que estaba diciendo.
Carraspeé y volví a intentarlo.
Lucky se restregó contra mi pierna. Bajé la vista hacia él.
—Este es Lucky.
—*Infckstregogmesfd*.
No había forma. La ventana desfiguraba sus palabras y no la oía bien.
Se me ocurrió una idea.
Bajé corriendo por el sendero y ella empezó a golpear otra vez el cristal con furia. Me giré para decirle que volvía enseguida, pero me di cuenta de que no valía la pena y me apresuré.
Susan Palmers no dejó de dar golpes furiosos.
Escogí al azar una de las casas de enfrente, contuve el aliento y abrí la puerta.
Milagrosamente, estaba vacía.
Encontré lo que buscaba y volví atrás.

Alcé un papel en el que había escrito con rotulador:

Hola.

Ella miró mi rótulo un momento y desapareció.
Al cabo de dos minutos regresó con su propio rótulo.

No entre o le dispararé.

No era una bienvenida muy calurosa para iniciar la que tal vez iba a ser la última amistad sobre la Tierra.

Por otra parte, no estaba del todo segura de que la mujer tuviera realmente un arma. Sentí la tentación de decir: «Muéstreme el arma», pero aún esperaba que pudiéramos hacernos amigas. Había empezado a escribir algo más amistoso cuando ella me sacó otro rótulo:

Me muero de hambre, traiga comida.

Mi primer impulso fue ponerme sarcástica y escribir: «Querrá decir por favor». Pero al final escribí:

¿Cómo? Si no me deja entrar...

Consiga guantes y un mono y una mascarilla, póngaselos y luego busque agua y comida. NO TOQUE NADA SIN LOS GUANTES y tráigamelo. También necesito estatinas de la farmacia del hospital. Tengo el colesterol alto. Y quiero un poco de ginebra.

Estallé en carcajadas.
Ella seguía muy seria.
Apoyó el rótulo en el cristal y se fue.
Esperé junto a la ventana a que volviera.
Volvió.

Ahora váyase.

¿Qué podía hacer? ¿Decir que no?
Sentí que me iba a explotar el cerebro.
¡Yo no era la última persona de la Tierra! ¡Susan Palmers estaba viva! ¡Era un milagro maravilloso, joder!

Pero no un milagro perfecto, porque ella parecía un poquito, bueno, un poquito hija de puta, la verdad.

Si tengo que ser sincera.

Quizá era solo de esas personas que hace falta tiempo para conocerlas. Vale, muy bien. Teníamos todo el tiempo del mundo.

Me pasé el resto del día consiguiendo lo que la mujer necesitaba. No fue nada fácil, porque las tiendas de bricolaje estaban fuera de la ciudad, así que tuve que dar bastantes vueltas hasta encontrar una donde hubiera guantes y monos, y luego buscar un supermercado, comprobar si

había ratas y recoger las cosas lo más aprisa posible.

Pasé por tres farmacias para buscar sus estatinas. En ninguna tenían. Parecía que la mujer acertaba y que debería mirar en el hospital.

Fui al hospital.

Las puertas de urgencias estaban cerradas. Me detuve a una cierta distancia, pensando en lo que iba a hacer. Llevaba un mono de protección, así que estaba protegida de cualquier... materia blandengue... que pudiera haber allí dentro.

Me acerqué lentamente a la puerta y me detuve de nuevo.

Por dos veces avancé un poco más, realmente decidida a entrar, y las dos veces retrocedí en el último momento.

No había forma. No podía. No era capaz de entrar desde mi última experiencia en urgencias. La mujer tendría que arreglárselas por ahora sin sus estatinas.

Me dije que resultaría demasiado irónico y cruel que sobreviviera al 6DM y luego se muriera por colesterol elevado. Ni siquiera un Dios vengativo haría algo así, ¿no?

El sol ya empezaba a ponerse cuando volví a casa de Susan Palmers.

Ella no estaba nada contenta.

**¿DÓNDE SE HA METIDO?
HA TARDADO UNA ETERNIDAD.**

Me sentí un poco culpable al imaginarme mi propia reacción si alguien hubiera tardado tanto en traerme comida cuando me estaba muriendo de hambre. Me encogí de hombros a modo de disculpa.

Había encontrado en el supermercado una pizarra de cocina para escribir, así que garabateé una respuesta:

Lo siento, no había estatinas.

Me pareció verla suspirar.

Póngase el mono y la mascarilla otra vez.

Obedecí con diligencia.

Quieta ahí.

Desapareció y, al cabo de cinco minutos, se oyeron los cerrojos de la puerta principal. Luego volvió a la ventana ataviada con un mono de protección casero confeccionado con bolsas de basura, que la cubría literalmente de pies a cabeza, dejando solo dos diminutas aberturas para los ojos. Y sobre los ojos llevaba unas gafas de soldadura. Era una cosa de pesadilla.

—*Hmmmmpr vrn strpk eren.*

No entendía ni una palabra de lo que decía con todas aquellas bolsas en la cabeza. Me encogí de hombros. Ella me indicó agitando los brazos frenéticamente que debía entrarlo todo y dejarlo en el suelo.

Recogí las bolsas, repletas de comida y con dos litros de ginebra, crucé la puerta y las dejé en un reducido vestíbulo.

Incluso con la mascarilla en la cara, el hedor era tan insoportable que me entraron arcadas. Por primera vez desde que había abandonado la casa de Escocia, Lucky no me siguió y prefirió quedarse fuera. No tiene un pelo de tonto.

Resultó que sí tenía un arma.

Derrumbado en una esquina, con una inconfundible mancha roja (o roja en su día) en mitad del pecho, había un cadáver pudriéndose. Era un hombre todavía en buen estado.

Solté la comida y las bolsas, rompiendo una de las botellas, y retrocedí tambaleante por el sendero, resbalando y patinando con la mierda.

No me detuve en la verja. Ni tampoco en la calle.

Llamé a Lucky y me alejé rápidamente.

Al final de la calle, vomité.

No volví ese día.

No estaba segura de si iba a volver.

No ha dicho ni «por favor» ni «gracias», ¿y ahora esto?

Al fin he encontrado a una persona viva, y resulta que es una asesina.

Tiene un arma y le ha disparado a un hombre. ¿Quién dice que no me pegará un tiro a mí?

No quiero morir.

Al menos no de un disparo de la jodida Susan Palmers.

26 de febrero de 2024

¿A quién quería engañar?

Esto era lo que había estado deseando, lo que había soñado desde que salí de Londres.

Encontrar a una persona viva.

Y qué si Susan era una asesina... ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Qué me disparase? Yo había planeado matarme de todos modos; a lo mejor ella me ahorra la molestia.

De ninguna manera iba a largarme así como así.

Ahora ya no estaba sola, y habría de ingeniármelas para entenderme con ella, aunque fuese tan grosera.

Eso no era lo peor del mundo.

La soledad sí que era lo peor del mundo.

Cuando se produjo la epidemia de coronavirus en 2020, Xav pasó la cuarentena solo.

En los ocho años que llevaba con James, Xav y yo habíamos pasado de vernos cada dos días a encontrarnos solamente un rato cada dos semanas y a salir una noche al mes.

Cuando nos veíamos, ya no podíamos hablar abiertamente de la parte más importante de nuestras vidas. Él no entendía mi relación con James y yo no entendía su compulsión obsesiva con las drogas.

Yo ya no lo llevaba a almorzar los domingos a casa de mis padres; llevaba a James.

Xav seguía siendo mi mejor amigo, y yo la suya, pero ahora no formábamos parte integral de la vida del otro. La mejor fase de nuestra amistad pertenecía al pasado, mezclada con los recuerdos de otro yo nuestro, más joven y osado.

El padre de Xav murió tres semanas antes del confinamiento. Al funeral había acudido un montón de gente, entre los colegas de Rupert del mundo de la banca y los parientes lejanos ansiosos de figurar en su testamento. Xav sonrió, estrechó manos y repartió palmaditas, pero se le veía gris, cansado y envejecido. Ni siquiera estaba colocado.

A mí me preocupaba.

Contraviniendo por una vez los deseos de James, me quedé en su casa las dos noches siguientes, y aquellos dos días que pasamos juntos fueron como en los viejos tiempos. Xav no fumó nada más fuerte que cannabis y ambos bailamos nuestras canciones favoritas, miramos

nuestras películas favoritas y charlamos hasta la madrugada, logrando evitar los temas tabú de nuestras relaciones íntimas respectivas.

Pero a la tercera noche, Xav montó una fiesta multitudinaria, esnifó una cantidad tremenda de cocaína y proclamó que ahora era uno de los hombres más ricos de Londres.

Me fui sin despedirme.

El confinamiento empezó unas dos semanas después, y él estaba solo.

Durante la primera semana hablábamos cada día. Xav decía que estaba bien, que tenía comida, bebida, drogas, y el mejor centro de fiestas privadas de Londres... ¿Cómo iba a estar triste?

Solo hablamos un par de veces durante el mes siguiente. En cada ocasión, se mostró lacónico y apresurado; dijo que iba a salir a dar su paseo diario o que estaba ocupado cocinando.

Xav nunca cocinaba.

A mitad de la quinta semana me llamó llorando. Se sentía solo. Muy muy solo. Tanto que era como un dolor físico.

Yo era la única persona que hablaba con él, la única persona a quien le importaba cómo estaba, y ahora que su padre había muerto, no tenía a nadie más. Rupert se lo había dejado todo, así que los parientes lejanos que habían asistido al funeral se habían retirado decepcionados por donde habían venido. Ni siquiera su proveedor de droga le cogía el teléfono.

No había tocado a otra persona desde hacía cinco semanas. ¿Me hacía una idea de lo horrible que era?

Ahora me la hago.

Le supliqué a James que le dejara venir a pasar la cuarentena con nosotros. Se lo supliqué. James se negó. No estaba permitido. Además, él y Xav no se llevaban bien, y este, encerrado en nuestro pequeño piso, empezaría a subirse por las paredes al cabo de unas horas.

Yo sabía que era verdad. Bastantes problemas teníamos nosotros ahora para llevarnos bien, en un espacio tan reducido, trabajando ambos desde casa, recibiendo las llamadas constantes de mi madre y de Ginny sobre los planes para la boda, y saliendo solo una vez al día para hacer ejercicio. Además, James y yo habíamos decidido recientemente empezar a buscar un bebé, así que estábamos aprovechando el hecho de estar los dos en casa para tener un montón de sexo. UN MONTÓN.

Le dije que, en ese caso, iría yo a ver a Xav.

No.

James se puso muy firme.

Debería haber insistido en ir a verlo, debería haberme empeñado en ayudarle de algún modo, pero tenía miedo. Miedo del virus, miedo a saltarme las normas, miedo de darle a James una preocupación adicional cuando ya estaba preocupado por su trabajo, por su familia, por sus finanzas...

Decirle a Xav que no podía ayudarle fue terrible.

No tuve noticias tuyas durante casi tres semanas. Cada vez que le llamaba a casa o al móvil, saltaba el buzón de voz.

Entonces, un día, durante una llamada a mi madre para ponernos al día, oí de fondo la voz de Xav.

No entendía nada. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era que estaba allí?

Resultó que, aunque ya no iba conmigo los domingos a almorzar, él seguía visitando a mis padres al menos una vez a la semana. Seguramente más a menudo que yo. Iba a comer o a cenar, y a veces se quedaba a dormir.

Así que cuando llamó a mi madre llorando, ella había enviado inmediatamente a mi padre para recogerlo y llevarlo a pasar la cuarentena con ellos.

Yo estaba completamente furiosa.

Me negué a hablar con él por teléfono, pero cuando se levantó el confinamiento, me presenté en casa de mis padres a las siete de la mañana para que no tuviera tiempo de escabullirse y volver a la suya.

Yo nunca le había gritado. Pero aquel día le grité.

—¡PODRÍAN HABER MUERTO, JODER, MALDITO EGOÍSTA DE MIERDA!

Él intentó explicarse, trató de disculparse. Pero yo no estaba dispuesta a escucharle.

No volví a hablarle hasta el día de mi boda.

Ahora entiendo por qué lo hizo.

Susan Palmers ya tenía preparado otro rótulo cuando llegué a su jardín a la mañana siguiente.

Él trató de entrar y hacerme daño.

Yo me quedé parada.

No vuelva a marcharse.

No me moví.

Gracias por las cosas.

Era lo máximo que iba a sacar.

Despejé de heces el sendero y lo limpié con la manguera. No le pregunté nunca a la mujer qué había pasado con su váter para tener que arrojar la mierda por la ventana. A lo mejor era solo una medida disuasoria.

Una vez retiradas las heces, cogí una silla del jardín, me senté en la parte delantera y nos pusimos a hablar, en la medida en que puede hablarse sin, bueno, sin hablar. Susan se negaba a salir, y desde luego yo no iba a entrar ni loca.

He estado en Escocia. He visto a su hermana.

¿Está viva?

Uf.

No. Lo siento. Ha muerto. Lo siento mucho. Oí el mensaje que usted le dejó en el contestador. Así es como la he encontrado.

Pausa.

No importa. No nos hablamos desde hace 7 años. Está loca.

Guau.

Me alegro mucho de haberla encontrado.

Pausa.

Tuve que comerme mi gato.

Pausa.

Y el gato del vecino.

Le hablé un poco de mí.

Yo vivía en Londres. Mi marido murió allí.

Y descubrí más cosas sobre ella.

¿Y? Toda mi familia ha muerto. Y todo el mundo en esta calle. Y en esta ciudad. Todos están muertos. Nosotras somos las únicas que quedamos.

Cruda y brutal.

Apuesto a que han sido los musulmanes.

Cruda, brutal y racista.

Deberíamos haber dejado que Trump hiciera con ellos lo que quería hacer.

Cruda, brutal, racista y estúpida.

Ayer vi dos aviones en el cielo. Es el Gobierno, para ver si estamos vivos.

Cruda, brutal, racista, estúpida y posiblemente chalada.

Quiero salir de aquí.

Cruda, racista, estúpida, posiblemente chalada y tal vez mi nueva compañera.

Al cabo de seis días, saciada con la comida y la ginebra que le había llevado y encantada de tener a alguien a quien soltarle sus disparadas teorías, Susan estaba totalmente desatada.

Y deseosa de salir al mundo exterior.

Yo, por mi parte, me sentía cada vez más reacia a concederle la libertad.

Después del tiempo que había pasado con ella, no estaba muy segura de que fuera una persona estable ni mental ni físicamente. ¿Y si me devoraba?

Además, con la paz y la tranquilidad que reinaba ahora, a mí se me había olvidado lo irritante que es que alguien te hable interminablemente de naderías. ¡Y eso que ni siquiera podía oírla! ¿Cómo demonios sería la cosa si salía de la casa y podía cotorrear continuamente sin ninguna barrera entre ambas?

Pero Susan también hacía que me sintiera mejor sobre mí misma y sobre cómo me las había arreglado frente al fin del mundo: al menos yo había sido capaz de llegar hasta aquí sin pegarle un tiro a nadie y sin volverme completamente loca.

Además, no iba a dejar que se muriera de hambre en su casa y, si era totalmente sincera, debía reconocer que ella había evitado que yo me acabara matando.

Me dije que la compañía de una persona cualquiera era mejor que ninguna.

Así que ideé un plan.

Le conseguiría un traje de protección profesional y entonces al menos podría llevarla a otro sitio un poco más agradable mientras decidíamos qué hacer a largo plazo.

Preferiblemente a un sitio donde no hubiera un cadáver en el pasillo.

Tardé dos días en conseguir el traje de protección.

Tuve que encontrar un cuartel del ejército, forzar la entrada, descubrir que no había trajes de protección en aquel cuartel y entonces buscar una base de la RAF, comprobar que el único traje de protección ya tenía un cuerpo dentro, sacar ese cuerpo, vomitar un montón de veces, pasar una noche gélida en la parte trasera del Defender, levantarme sin molestarme en desayunar siquiera, lavar el traje con una manguera (por dentro y por fuera), vomitar otra vez y esperar a que el traje se secase.

Se me estaba acabando el diésel, así que me quedé encantada al descubrir que la base de la RAF contaba con surtidores de combustible y me pasé otras dos horas rellenando los bidones y guardándolos en el Defender.

Ya estaba totalmente oscuro cuando terminé y como, sin iluminación alguna, no encontraba la salida de la base, tuve que sacar de nuevo todos los bidones que tanto me había costado guardar y pasar otra noche fría e incómoda en la parte trasera, acurrucada junto a Lucky para entrar en calor.

7 de marzo de 2024

Si entra con esa jodida droga, le pego un tiro. En cuanto regresé, vi que ella tenía preparado otro rótulo.

QUE LA JODAN.

Sus labios escupían palabras que no podía oír, pero saltaba a la vista que no eran amistosas. Al hacer una pausa a media diatriba para toser, el plástico adherente de la ventana se llenó de salpicaduras de sangre.

Estaba enferma.

Tenía el 6DM.

¿Había sido yo? ¿La comida? ¿La ginebra? ¿El aire que se había colado dentro cuando había entrado?

A saber.

Me sentí fatal.

Tanto tiempo sola, agotando todas sus reservas, comiéndose su gato y luego el gato del vecino. Lanzando su mierda por la puerta o arrojándola por la ventana durante semanas y semanas. Pensando finalmente que todo aquello había valido la pena, que estaba salvada.

Comparada con ella, yo había llevado una vida regalada; con libertad, comida, bebida, drogas, viajes: como sacada del suplemento del *Sunday Times*.

Puedo conseguirle T600.

Oí su voz amortiguada gritando algo insultante.

Me pregunté si siempre era así. Si siempre era tan horrible, tan mezquina, tan cruel y tan, bueno, carente de humanidad. A lo mejor había sido una persona dulce y amable, una abuela cariñosa con platitos de caramelos por toda la casa.

O quizá no. No estoy segura de que mi abuela conociera siquiera la palabra «coño».

Fui a buscarle T600 y poco me faltó para no volver a Collister Avenue.

Pero al final pensé que llevarle el T600 era lo menos que podía hacer por ella, considerando que era muy probable que yo también le hubiera llevado el 6DM.

Si entra con esa jodida droga, le pego un tiro.

No quería el T600.

Tardó otros cuatro días en morirse.

Yo estaba convencida de que iba a dispararme a través de la ventana, así que me llevé la silla al otro lado de la calle, desde donde todavía podía verla, pero estaba —o eso esperaba— fuera del alcance de su arma.

Me sentaba allí cada día y, por la noche, me iba a dormir a la casa de enfrente. Lucky se sentaba a mi lado en la calle y gimoteaba cada vez que Susan aparecía.

Ella, cuando tenía energías, aporreaba la ventana y sostenía rótulos soltándome todo tipo de improperios, que normalmente incluían las palabras «joder», «coño», «mierda» y mi expresión favorita: «Jodida puta asesina».

Habría podido morir respirando aire fresco, o incluso ejecutando alguno de los cruentos planes de asesinato que debía haber concebido para mí.

Estuve a punto de preguntárselo una vez, pero fue una de las raras ocasiones en las que dejé que mi cerebro frenara mi primer impulso y, mientras ponía la tiza sobre la pizarra, pensé: «Espera. ¿Seguro que es buena idea?».

Volví a dejar la tiza sobre la hierba.

Al tercer día, dejé de compadecerme tanto de ella y empecé a compadecerme de mí. La última persona que había quedado viva conmigo era rematadamente mala. Ahora resultaba obvio que aquella mujer nunca habría sido una compañera agradable y que seguramente me habría matado a la primera ocasión. Pero, aunque me daba cuenta de que yo saldría mejor librada si se moría, la perspectiva de quedarme otra vez sola me llenaba de desesperación.

Tampoco podía negar la realidad que implicaba la muerte de Susan Palmers: aun suponiendo que encontrara a otro superviviente, en cuanto hablara con él o intentara ayudarlo, lo más probable era que muriera. Susan había cogido el 6DM una semana después de que yo le llevara comida, así que seguramente volvería a ocurrir lo mismo si encontraba a otra persona.

Ella había acabado con las esperanzas que yo tenía depositadas en la idea de reunirme con otro superviviente.

Yo era la responsable de la muerte de Susan Palmers y, en último término, sin salir siquiera de su casa, ella acabaría siendo la responsable de mi muerte.

11 de marzo de 2024

En la mañana de mi cuarto día velando a Susan Palmers, me despertaron unos ladridos. Lucky, que dormía a mi lado como siempre, se levantó de un salto y corrió a la ventana.

Al otro lado de la calle, frente a la casa de Susan, se habían congregado quizá veinte perros. Perros de todos los tamaños, tipos y razas, que daban saltos y ladraban frenéticamente. No sé si se habrían visto atraídos por las carnes de Susan Palmers en incipiente descomposición o por el rastro fresco que yo misma había dejado, pero me alegré de haber cerrado la noche anterior firmemente la puerta de la casa donde estábamos.

Tras descubrir que no podían entrar en la de Susan, los perros se calmaron y se dispersaron. Dos de ellos merodearon por la calle y empezaron a husmear en el sendero de acceso a la nuestra. Abracé a Lucky, en parte para reconfortarme, en parte para mantenerlo callado. No sabía muy bien lo que podría implicar que aquella jauría nos descubriera. Pero muy pronto los miembros más grandes de la manada empezaron a bajar trotando por la calle en busca de pitanza o de una nueva aventura.

Los demás los siguieron en grupos de dos o tres y, quince minutos después de que hubiera oído los ladridos, la calle volvió a quedar completamente desierta.

Susan Palmers me había dejado una última nota.

Es una jodido puta asesina. Espero que muera entre grandes sufrimientos.

Imagínate lo que debe ser pasar cuatro días agonizando con el 6DM y guardando todo tu odio para un último mensaje y que al final todo quede arruinado por un error gramatical.

Pobre Susan Palmers.

No era la primera vez que me llamaban puta.

El mejor amigo de James pensaba que yo era una puta: «una putilla engreída» para ser exactos.

Se llamaba Matthew y era el amigo con el que James convivía antes de que nosotros nos fuéramos a vivir juntos. Cuando yo bajé las escaleras tras pasar mi primera noche en aquel piso, él estaba preparando una taza de té en la cocina y sus palabras exactas fueron...

—Sí, está bastante buena, pero tiene algo de putilla engreída, ¿no crees?

Matthew fingió que estaba hablando de Kate Middleton, pero todos sabíamos que se refería a mí.

Luego me sirvió una taza de té.

Yo no me la tomé.

James siguió siendo amigo íntimo de Matthew. Y él era el único de sus amigos con el que me negaba a salir. Claro que tampoco podía quejarme: mi mejor amigo pensaba que James era aburrido. Así que lo arreglamos para que James no tuviera que ver a Xav y yo no tuviera que ver a Matthew.

Hasta que James escogió a Matthew como padrino de boda.

Curiosamente, que James se hubiera empeñado en escoger como padrino a alguien que me consideraba una putilla engreída no fue lo que me hizo llorar el día de nuestra boda.

Pese a todo lo que estaba haciendo ese día para ahuyentar mis crisis de pánico, la depresión o cualquier otra emoción indeseable, al final bastó con una canción.

Los Carpenters.

Los malditos Carpenters y «*We've Only Just Begun*».

En una radio que sonaba de fondo mientras me arreglaban el pelo.

Toda esa monserga sobre empezar una vida juntos, y tantos caminos que escoger y esforzarse los dos cada día...

Era una canción pensada para parejas como mi madre y mi padre. Parejas que se habían casado cuando estaban aún en el inicio de su vida conjunta y todavía llenos de esperanzas y excitación ante el camino que tenían por delante.

No estaba pensada para parejas como James y yo, que ya habían completado un buen tramo de su camino.

Mi realidad era exactamente la contraria de aquella a la que se refería Karen Carpenter tan dulcemente en su canción.

Yo había deseado que James me propusiera que nos casáramos porque él no podía concebir la vida sin mí, no porque lleváramos juntos ocho años y porque ya iba siendo hora. Había deseado casarme cuando aún pensábamos, con un voto de confianza, que las cosas funcionarían; cuando no nos sabíamos al dedillo el ritmo de deposiciones del otro; cuando todavía teníamos sexo porque nos moríamos de ganas, y no porque tocaba según mi ciclo de ovulación.

Yo quería una boda como la de Karen Carpenter y, por mucho que me dijera a mí misma que era afortunada por casarme siquiera, el corazón tiene su propia ley.

Así que empecé a llorar.

Lloré cuando mi madre y Ginny, suponiendo que me embargaba la emoción, acudieron corriendo a secar mis lágrimas de frágil doncella antes de que se me corriera el rímel que acababan de aplicarme.

Lloré cuando mi padre me recibió en la entrada de la iglesia y me llevó hacia el altar con la expresión más orgullosa que le he visto en mi vida.

Lloré cuando James se volvió a mirarme y me dijo solo con los labios: «Estás preciosa».

Lloré más que nunca cuando Matthew se volvió y me sonrió mientras yo recorría la nave del

brazo de mi padre. Lloré porque sabía que él seguía pensando que yo era una putilla engreída, pero Matthew era el mejor amigo de James y quería a James y James me quería a mí; así que, si James quería casarse conmigo, él iba a darle todo su apoyo sin vacilar.

Fue durante el precioso, emotivo y tierno discurso de mi padre cuando dejé de llorar y empecé a berrear porque, entonces, rodeada de caras sonrientes, comprendí que lo único que querían todos los presentes era que fuera feliz.

Solo que yo no lo era.

Fue Xav quien me hizo dejar de llorar finalmente.

Aunque no de buenos modos.

Yo estaba sentada al borde de la pista mirando cómo las personas a las que quería se lo pasaban de maravilla bailando «*I've Had. The Time of My Life*», cuando apareció Xav.

No había hablado con él desde hacía siete meses. Y él no había dicho que fuera a venir a la boda.

Estaba flaco y desaliñado. Llevaba el pelo demasiado largo y su tez, normalmente de un blanco de alabastro, estaba cubierta de manchas y llagas de herpes. Yo deduje que iba colocado incluso antes de que me hablara. Lo noté por su forma de sacudir el hombro izquierdo, de estirarse el pelo de delante.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó.

—Estás colocado.

Él se encogió de hombros y volvió a tirarse del pelo. Parecía como si se le fuera a caer a base de tirones.

—Te he preguntado qué estás haciendo —repitió, esta vez casi gritándome.

Yo no iba a montar una escena, así que respondí entre dientes:

—Estoy descansando. Volveré dentro de un momento.

—No —replicó—. Te pregunto qué demonios estás haciendo.

No solo estaba colocado; estaba cabreado, además. Colocado, incoherente y cabreado.

—¿Qué es todo esto? —Abarcó con un gesto el enorme salón y la pista de baile abarrotada de invitados—. Siempre habías dicho que solo querías una boda por lo civil y luego una cena. ¿Y esto? —dijo, cogiendo un puñado de mi vestido de boda estilo princesa, con escote corazón y falda de tul—. Este no es el vestido que me enseñaste. Tú querías un vestido corto.

Me encogí de hombros.

—Te he visto deprimida otras veces y te he visto fingir. Con tu sonrisa de «todo va bien». — Me cogió la comisura de los labios y tiró hacia arriba. Dolía. Aparté la cara—. Pero fingir el día de tu boda. O sea, ¿qué coño? ¿Por qué? ¿A qué viene todo esto? Ya no te entiendo. ¡Ya no sé quién eres!

Yo no supe qué decir. Tenía razón. Aquella no era la boda que había soñado, la boda que yo quería. Era la boda que mi madre y Ginny y James habían soñado y deseado para mí.

La boda perfecta.

Pero eso no iba a reconocérselo. Al menos en ese momento.

Me sentía cansada y hambrienta, y el vestido se me clavaba en las caderas.

Pero había dejado de llorar.

Ya no estaba triste. Estaba cabreada.

Y Xav estaba allí. Así que me lancé contra él. A lo bestia.

—¿Dices que ya no me entiendes, que ya no me conoces? Te voy a explicar por qué. Porque he cambiado, porque yo ahora tengo una vida como es debido. ¡Y tú eso no eres capaz de entenderlo! Mírate. Tienes dinero, pero nada más. Ni siquiera tenías a alguien que quisiera pasar contigo la cuarentena.

Él dio un paso atrás, como si le hubiera dado un puñetazo.

Yo aún no había terminado.

—Algunos no queremos pasarnos la vida fingiendo que todavía tenemos veinte años. ¡Algunos queremos madurar de una puta vez! Queremos un trabajo, y un marido e hijos, y amigos de verdad que no estén todo el tiempo borrachos o colocados. Algunos queremos intentar ser normales, joder.

Xav me miró con cara inexpresiva. Su voz no denotaba ninguna emoción.

—Pues enhorabuena, porque ahora lo eres por fin: ahora eres jodidamente normal.

Dio media vuelta y cruzó el salón tambaleante, chocando con mesas y sillas.

Tendría que haber ido tras él, pero no lo hice.

Mi madre me contó que lo llevaron a rehabilitación dos días después, cuando James y yo estábamos de luna de miel.

No me pregunté a mí misma por qué quería entrar en la casa para ver el cuerpo de Susan Palmers. Sabía que iba a hacerlo, sencillamente.

No se me pasó por la cabeza la idea de enterrarla.

No sabía muy bien qué iba a encontrarme en el interior de la casa, así que me puse el traje de protección y el casco, aunque no utilicé la bombona de oxígeno, porque no tenía ni idea de cómo funcionaba y no iba a molestarme en averiguarlo.

Debería haberla usado.

Susan Palmers estaba desplomada en uno de los sofás. Se la veía muy delgada y tenía los ojos abiertos como platos, como si me mirase fijamente. Había sangrado profusamente por la nariz, y la pechera de su blusa mugrienta estaba cubierta de una costra de sangre negra coagulada. Se me erizó la piel y me apresuré a tirarle encima una manta, pero sentí que sus ojos muertos seguían mis movimientos desde debajo.

La casa estaba hecha un completo desastre. Comida, ropa, vasos vacíos, libros, periódicos, notas garabateadas, pedazos de papel, un colchón rígido de mugre y sudor con un gurrño de mantas y almohadones. Todo un rincón estaba ocupado por bolsas de plástico llenas de heces. En la cocina había un montoncito de huesos de animal completamente mondos. Muchos de los libros tenían páginas arrancadas y trozos mordidos. Todo estaba hecho un asco, cubierto de polvo y de restos de piel muerta de casi cuatro meses.

Todo, salvo la librería.

Los libros se hallaban esparcidos por el suelo, pero la librería estaba llena de fotos enmarcadas. Cada marco se veía limpio y reluciente y estaba colocado con cuidado. Y cada uno reflejaba un momento de felicidad. Susan Palmers el día de su boda, con una sonrisa tímida y un

velo de encaje. Un hombre (¿su marido?) risueño y orgulloso con un recién nacido en brazos y ella, a su lado, sonriendo con expresión exhausta y feliz. Cumpleaños infantiles, Navidades, vacaciones familiares. Fotos más tardías en el jardín con críos pequeños. ¿Sus nietos? Probablemente. En todas las fotos sonreía. Despreocupada, relajada. Una mujer feliz y satisfecha con sus seres queridos.

El 6DM debía haber empezado hacía meses a corromper su corazón.

Sobre la repisa de la chimenea había una foto de graduación de un joven con toga y birrete que la rodeaba con el brazo. Él sonreía a la cámara y ella sonreía mirándolo a él con una cara de amor y orgullo. Delante de la foto había una pequeña cinta de dictáfono con el rótulo «George».

El reproductor estaba sobre la mesa del comedor.

Cerré bien la puerta al salir de la casa, para que el olor y el horror que albergaba no escaparan fuera. Me quité el traje protector, me senté en mi silla de jardín y escuché la cinta.

Hola, George, cariño, soy Nana. Ya sabes que no se me da bien escribir, así que se me ha ocurrido grabar esto. ¿Te acuerdas de que el abuelo y yo usábamos este aparato para enviarte mensajes cuando estabas en la universidad? Me pregunto si los escuchaste nunca. Probablemente no. No creo que importe a estas alturas. Y ya sé que tampoco podrás escuchar esto, pero quería explicarte. Quería pedirte perdón..., perdón por haberte disparado. ¡No fue porque no te quiera! Te quiero mucho. También a tu hermana y a tu madre. Y ya sé que tú crees que estabas haciendo lo correcto al venir a buscarme, pero yo no estoy enferma. De veras que no lo estoy. Tu abuelo salió al principio y no volvió, así que no he visto a nadie que me pudiera contagiar y no estoy enferma ni quiero estarlo. Quiero vivir, George. Nunca había pensado en la posibilidad de no estar aquí, en la posibilidad de morir, pero, ahora que la muerte me rodea por todas partes, no quiero morirme. Así que cuando entraste en casa y luego seguiste por el pasillo, a pesar de que yo te dije que no lo hicieras, bueno, no pude permitir que siguieras adelante. Me habrías contagiado. Lo entiendes, George, ¿verdad? Tú te estabas muriendo igualmente y ya sé que tu madre dijo que al final todo el mundo se pondrá enfermo, pero quizá yo me las arregle. Lo siento mucho, pero tuve que pensar muy deprisa y mi cerebro ha estado un poco confuso desde que le disparé a tu abuelo, así que no pude pensar con claridad, y yo no quería que entraras y tú te estabas muriendo igualmente. Pero no fue porque no te quiera. Te quiero mucho. Simplemente no me quiero morir. Tu abuelo sí volvió al final. Está en el jardín de detrás. Yo le quería y te quiero a ti. Lo siento.

Al rodear la casa, encontré un confuso montón de huesos en el jardín trasero. Supuse que era el abuelo.

Susan Palmers deseaba vivir con todas sus fuerzas.

No era de extrañar que me odiara tanto.

Después de escuchar la cinta, fui a la casa de enfrente, me metí en la cama y me quedé allí.

No lloré. Creo que mi conducto lagrimal debe haberse secado del todo o bien se ha tomado unas bien merecidas vacaciones. Permanecí en la cama sin hacer nada. De vez en cuando miraba

por la ventana hacia ninguna parte.

Lucky estaba preocupado por mí. Se tumbaba a mi lado, con mi mano sobre su cabeza, y si yo me movía, me empujaba la mano hasta que volvía a ponerla en su sitio. Me seguía al baño o a la cocina, y luego volvía a tumbarse a mi lado en la cama, y si lo sacaba de un empujón, subía otra vez. Me traía su pelota para que se la lanzara, pero a mí no me quedaban energías.

Yo quería decirle que Susan Palmers estaba muerta. Que todo el mundo estaba muerto. Y que ahora que había vuelto la niebla, tal vez ya no se marchara.

Quería decirle que tenía miedo de no poder volver a levantarme, de que aquello fuera el final. Ya no habría viaje al Soho Farmhouse, ni una muerte con *glamour* entre sábanas de algodón egipcio. Yo me apagaría lentamente hasta convertirme en un montón de nada, en un montón de polvo como el que había por la casa de Susan Palmers.

Quería decirle que se fuera mientras pudiera hacerlo, que yo ya no podía seguir ayudándolo, que ya no podía ayudar a nadie, que estaba acabada.

Pero sabía que no me entendería.

Una de las desventajas de que mi mejor y único amigo fuera un perro.

14 de marzo de 2024

Al final me levanté de la cama.

Descarté la idea de ir al Soho Farmhouse. Si a duras penas podía salir de la habitación, mucho menos iba a ser capaz de completar la larga lista de tareas necesarias para llegar a mi lugar preferido para suicidarme.

El nuevo plan que había ideado vagamente era conducir hasta la primera farmacia y coger unas tabletas de T600 antes de que perdiera el valor. Después buscaría un hotel cualquiera y me pasaría un par de días emborrachándome de tal modo que, o bien me tomaría el T600 en un momento de lacrimosa ebriedad, o bien me dormiría y despertaría con una resaca similar a la que padecí al llegar el fin del mundo (antiguo) y entonces desearía tomarme el T600 para acabar con mi sufrimiento.

No era un plan especialmente bueno.

Pero sí aceptable.

Encontré una sucursal de Boots en el centro de Banbury en cuya entrada había cajas de T600. Cogí un paquete y, aún no había acabado de salir, cuando vomité brutalmente y me puse perdida.

Tenía el estómago chungo desde una semana antes de la muerte de Susan Palmers y venía sufriendo vómitos repentinos regularmente. Cosa que ni a Lucky ni a mí nos entusiasmaba.

El hotel más cercano se llamaba Whatley Hall. No se parecía en nada al Soho Farmhouse, pero era grande y contaba con habitaciones bonitas y espaciosas. Además, estaba limpio y libre de cadáveres en descomposición y, milagrosamente, tenía electricidad, calefacción central y un *Jacuzzi*. Me metí en el baño de la primera habitación que conseguí abrir y tuve que ducharme tres veces para quitarme de encima el olor a vómito.

Me he pasado los últimos tres días vomitando durante la mayor parte de la mañana y sintiendo náuseas el resto del tiempo. Lo único que me animo a comer es mantequilla de cacahuete y galletitas Mini Cheddars. Si me muevo demasiado deprisa, se me revuelve el estómago y me entra un mareo.

Quizá esté enferma, quizá el 6DM haya mutado y así es como va a empezar (y terminar) la cosa. Quizá sufra síntomas físicos extremos de depresión. O quizá mi cuerpo, igual que mi

mente, ya ha tenido bastante y está dándose por vencido.

Los presos confinados en soledad durante largos períodos de tiempo dicen (o decían) que la clave para sobrevivir sin perder la razón es crearse una rutina y atenerse a ella. La gente que pasó sola el confinamiento de 2020 decía lo mismo: rutina, rutina y rutina.

Yo no tengo ninguna rutina ahora.

Seguí una rutina cuando salí de Londres porque tenía un lugar adonde ir. Seguí una rutina en la casa de campo porque estaba desintoxicándome. Incluso seguí una rutina cuando dejé aquella casa porque tenía que encontrar a Susan Palmers y luego tenía que cuidarla.

Pero ahora Susan Palmers está muerta y yo he abandonado la idea de morir en el Soho Farmhouse, así que no tengo adonde ir ni nada que hacer.

Simplemente estoy aquí. En Banbury. Sola.

Siempre estaré sola.

Echo de menos a mi familia y a mis amigos. Todos los días. En algún momento de cada período de veinticuatro horas pienso en ellos y vuelvo a sentir el dolor en mi pecho; a veces unos minutos, a veces durante horas. Lo considero mi castigo por haber sobrevivido.

Este aislamiento en el que me encuentro no tendrá fin. No aparecerá una vacuna. No levantarán las normas de la cuarentena, ni habrá celebraciones ante la perspectiva de volver a ver a las personas queridas y poder abrazar libremente otra vez.

Esto no se acabará nunca.

Ya no quiero seguir viviendo así, vagando de un sitio a otro, persiguiendo un sueño que ahora ya sé que no es ni será real.

Creo que estoy lista para irme.

Antes del fin del mundo también perseguía un sueño.

Es el mismo ahora que entonces; quiero que haya alguien a mi lado, alguien que me quiera, que cuide de mí. Alguien que haga que todo sea mejor.

Ginny lo consiguió.

Ginny encontró todo eso y mucho más; y ni siquiera lo estaba buscando. Ella había sido totalmente feliz por su propia cuenta.

Una tipa afortunada.

Ginny conoció a Alex en un bar. Ella no estaba interesada en él; estaba charlando con su amigo, que era más alto y más guapo. Pero en la estela de la gran tradición romántica, Alex consiguió hacerla reír. Hasta tal punto lo consiguió que Ginny no recuerda muy bien haber accedido a salir con él, pero lo hizo. Vaya si lo hizo.

Pronto dejó de llamarme para tomar una copa el viernes por la tarde y empezó a llamar para ver si James y yo queríamos ir a cenar con «nosotros».

Se fueron a vivir juntos y se casaron en un margen de tiempo que debería haber parecido apresurado, pero resultaba completamente natural. «*We've Only Just Begun*» podría haber sido su canción, y Karen Carpenter se habría sentido orgullosa.

Yo me alegraba por ellos.

Hasta que Ginny me contó que estaban buscando un bebé.

James y yo también lo estábamos intentando.

Un bebé era nuestro próximo objetivo.

Un bebé haría que todo resultara mejor.

Hacía más de un año que habíamos empezado a intentarlo.

En realidad, James y yo ya no estábamos intentando tener un bebé; estábamos luchando para tenerlo.

He dicho que no tengo a nadie que me quiera y que haga que las cosas sean mejores en este nuevo mundo.

Pero es mentira.

Tengo a alguien.

A Lucky.

Adoro a Lucky.

Lucky es lo que me ha hecho más feliz y me ha traído la única alegría de verdad que he conocido en este mundo vacío.

Seamos sinceros: sin Lucky seguramente me habría matado hace semanas.

Él está sano y feliz, es mi compañero constante y lleva siempre en la cara esa gran sonrisa perruna. Por la noche duerme en mi cama y por la mañana me despierta. Se sienta en mi regazo cuando lloro y me lame las lágrimas de las mejillas con su lengua fétida y rasposa. Con frecuencia es la única razón de que me levante de la cama. Mi corazón se alegra al verlo, y su calor, su peso y su olor me calman cuando está a mi lado. Lucky me ha demostrado más amor del que he recibido de algunas de mis relaciones humanas, y sin él estaría perdida.

Pero esto no es una película. Anhele un contacto humano. Mi propia voz me sobresalta cada vez que la oigo. Nadie ha pronunciado mi nombre desde hace más de tres meses. ¿Aún sigue siendo mi nombre? ¿Todavía existo? Podría ser cualquier otra persona. ¿Sigo siendo yo siquiera?

Desde luego no soy la misma que creía ser antes. Soy una asesina, una matona, una saqueadora, una ladrona, una exdrogadicta. Estoy débil, asustada y cansada todo el tiempo.

Siento como si hubiera estado mintiendo durante años sobre quién soy realmente.

Ya no puedo mentir más.

Me parece que no me gusta demasiado la persona en la que me he convertido, pero tampoco me entusiasmaba especialmente la persona que era antes del 6DM.

Y al menos ahora soy sincera al pensar en lo que soy.

Adoro a Lucky, pero él no es suficiente para salvarme.

Mañana es 17 de marzo.

Mi cumpleaños.

Parece un buen día para morir.

17 de marzo de 2024

Feliz cumpleaños para mí.

Por primera vez desde que murió Susan Palmers, el 17 de marzo conseguí levantarme de la cama por la mañana porque tenía grandes planes para mi último día de vida.

Iba a depilarme las piernas.

En los últimos tres meses mi estilo de vida ha sido una combinación extrema de banquetes y hambrunas, y no me he cuidado en absoluto de mí misma. Estoy hinchada, desaliñada y perezosa. Me pongo prendas cómodas y abrigadas, no las que son atractivas y están de moda. Suelto eructos y me tiro pedos ruidosamente cuando se me antoja: a menudo sobresaltando a Lucky, lo que me provoca un extraño placer. Tengo la cara pálida, inflada y llena de manchas, y el estado de mi pelo es alarmante. No había visto su color real desde hace más de diez años, y ahora que puedo verlo, resulta que en gran parte es parduzco y gris. Últimamente el flequillo se me metía en los ojos y tenía que echármelo hacia atrás con un clip, pero hace un par de días me acabé hartando y me lo corté con unas tijeras de cocina. Así que ahora estoy inflada y llena de manchas, y tengo canas y el corte de pelo de la tonta del pueblo.

Lo menos que puedo hacer antes de morir es bañarme, depilarme las piernas y ponerme un poco de desodorante.

Solo después de haberme bañado, exfoliado, depilado a la cera, perfilado las cejas, hidratado y perfumado caí en la cuenta de lo absurdamente innecesarios que eran todos mis esfuerzos. No había nadie que pudiera apreciar mi piel suave y tersa y mis cejas hábilmente delineadas. ¿Qué demonios estaba haciendo? Doblegarme a las normas sociales hasta el último momento: eso era lo que hacía. Arreglarme, acicalarme y ponerme guapa como la buena chica de clase media que siempre había estado destinada a ser. Incluso al final de mi vida, estaba haciendo lo que me habían enseñado. ¿Por qué? Nadie se iba a fijar. A nadie iba a importarle.

Salvo quizá a Lucky, antes de que me devore inevitablemente.

Mi plan inicial era pillar una tremenda borrachera, pero ya pasa de mediodía y sigo sobria. No por ningún noble motivo. Es que he tenido demasiadas náuseas en los últimos días como para beber ninguna clase de alcohol.

Aun así, me estoy tomando con mucho atrevimiento un vaso de ginebra porque voy a tener que armarme de valor. Al final resulta que matarse no es tan fácil como podrías creer.

Porque eso es, en definitiva, lo que ocurre aquí. Yo no estoy enferma. Puedo estar un poco inestable mentalmente, pero no tengo ningún problema físico. Estoy en perfectas condiciones, si dejamos aparte los vómitos repentinos, el cansancio, la hinchazón y las manchas.

No hay ningún motivo para que me muera. Me voy a matar porque tampoco hay ningún motivo para que siga viviendo. Me voy a matar porque es la opción más fácil. Más fácil que tener que vivir en este nuevo mundo.

Salvo que, como digo, no es tan fácil como yo creía.

Tragarse una sustancia que acabará con tu vida no es algo a lo que te puedas obligar fácilmente. Cada vez que lo pienso, me entran pánico y náuseas. Y estoy segura de que no es buena idea vomitar inmediatamente después de tomar el T600.

He cometido el error de leerme el prospecto que venía en la caja. La primera línea dice: «este medicamento le matara». Lo cual era de prever. Lo que no era de prever es la cantidad de efectos adversos que pueden producirse. Migrañas, coágulos, parálisis, desmayos, convulsiones, incapacidad repentina de respirar... ¿Incapacidad repentina de respirar? Yo creía que iba a sumirme en un sueño agradable, no que tendría que luchar para dar mi último aliento. Supongo que, si padeciera el 6DM, todos estos efectos secundarios me parecerían una nimiedad. Seguro que la mayoría de la gente ni siquiera se molestó en leer el prospecto. Pero yo lo he hecho. Y es aterrador.

La peor parte es la referida a los niños. Concretamente, ese párrafo dice: «No intente resucitar o prolongar la vida de su hijo una vez que le haya administrado el T600. Su hijo se quedará dormido mientras sus órganos dejan de funcionar. No intente despertarlo». Espero que pocos padres leyeran esta parte.

Era solo media tarde cuando terminé de bañarme y leerme el prospecto, y en cierto modo aún me parecía demasiado temprano para quitarme la vida.

La muerte parece más bien un acto nocturno, no un acto propio de media tarde.

Solamente había conseguido dar unos sorbos de ginebra, así que decidí pasearme por el hotel, beber un poco más y tratar de que se calmara mi corazón palpitante.

Bajé a los vestuarios del personal, que es mi lugar preferido del hotel, y me sumergí en mi actividad favorita de persona hambrienta de contacto humano: revolver entre las pertenencias de los empleados del hotel, devorar sus vidas como si fueran mi culebrón particular. Ya había estado allí muchas veces, empapándome con los detalles de esos pequeños dramas ajenos, así que ya conocía todos sus secretos: quién guardaba en su casillero una muda de ropa interior; quién tenía un libro de autógrafos con cientos de firmas; quién poseía tres móviles distintos: dos para sus amantes y uno para su esposa. Descubrí que Sophie había estado buscando un bebé durante un año y que volvería a ser fértil a principios de noviembre. Ya tenía en el casillero tres marcas distintas de pruebas de embarazo. Descubrí que George había sido abandonado por su mujer y que había conservado la carta que ella le había enviado. Emily tenía facturas de tarjetas de crédito de seis compañías diferentes, todas de más diez mil libras y todas impagadas. Seguramente ella debió sentirse agradecida al 6DM.

Con ganas de seguir fisgoneando y enterarme de más cosas, decidí dirigirme en mi último día a la oficina del gerente de turno y descubrí con sorpresa que la puerta estaba cerrada. Si algo he aprendido en mi vida *post-6DM* son estas dos cosas: primero, una puerta cerrada suele ocultar algo de gran interés; segundo, las puertas cerradas son más fáciles de abrir de lo que crees. Un buen empujón con el hombro y entré sin más.

Me arrepentí en el acto.

No había nada espectacular allí dentro. Ni cuerpos en masa, ni un solitario superviviente atrincherado hasta el final, ni un laboratorio científico trabajando en un tratamiento.

La oficina estaba decorada para agasajar a un gerente que volvía al trabajo, o que quizá solo iba a hacer una visita.

Globos desinflados, carteles, lazos. Todo tipo de adornos de color rosa para felicitarlo o felicitarla por la recién nacida.

Una bebé.

¿Nacida antes del 6DM? Lo más probable. Una oficina decorada en honor de alguien que no volvió, para felicitarle por una bebé que nadie llegó a ver.

Quizá por eso estaba cerrada la puerta: la gente solo puede soportar un cierto grado de tristeza.

Noté que se me revolvía el estómago y se me llenaban los ojos de lágrimas. Una bebé. Un regalo de alegría y amor largamente esperado, fantaseado durante mucho tiempo.

Yo sé lo que es esa espera, estar deseando tener un bebé en tus brazos. Pensar que dispones de esa posibilidad y ver luego cómo te la arrebatan cruelmente.

Retrocedí tambaleante, tropecé con Lucky y me caí al suelo. Cerré la puerta de la oficina de una patada.

Lentamente, crucé el pasillo con él a mi lado.

Ojalá pudiera escribir que alguien apareció en ese momento. Que oí unos pasos en la planta baja o el motor de un coche en la calle. Que era el ejército, la Cruz Roja, otro solitario superviviente que no iba a morir en cuanto nos conociéramos.

Pero no apareció nadie.

Solo se oía el roce de mis pies desnudos en el suelo y el leve golpeteo de las patas de Lucky.

Fui con él a la cocina y abrí todos los paquetes de comestibles que encontré: galletas, crackers, carne congelada, grandes bloques de queso, latas de alubias y tomate de tamaño extra. No sabía cuánto tiempo duraría, pero eso era mejor que nada. Llené de agua todos los cuencos disponibles y los dejé en el suelo. Luego recordé que él bebe mayormente del váter.

Me llené un vaso de agua para mí.

Vagabundé por todo el hotel, abriendo puertas y levantando los asientos de los váteres, para dejar que Lucky escogiera el que le resultara más cómodo.

Me llevé el vaso de agua a una nueva habitación con sábanas limpias.

Lo dejé en la mesita junto al T600.

Me senté en el suelo con Lucky, lo acaricié y le susurré una y otra vez que era un buen chico.

Cuando se durmió, lo cogí con todo el cuidado que pude y lo saqué al pasillo. Él se despertó cuando lo deposité en el suelo e inmediatamente trató de volver a la habitación conmigo.

Lo dejé fuera.

Él aulló.

Me puse a llorar, aunque me había prometido no hacerlo.

Abrí la ventana para poder escuchar y oler la lluvia que infaliblemente había empezado a caer.

Estoy en la cama, apoyada en unas almohadas limpias.

Tengo el T600 y el vaso de agua al lado.

Ya es hora.

Estoy limpia, seca, abrigada y cómoda, y agotada, triste y harta de sobrevivir en este mundo para mí sola.

No voy a escribir una última frase dramática o una confesión en mi lecho de muerte. He hecho cosas de las que no me siento orgullosa y cosas de las que nunca me habría creído capaz, tanto buenas como malas.

Espero que alguien encuentre este diario. Si al mismo tiempo encuentras un desgreñado labrador dorado, ten presente que le gusta que le hagan cosquillas detrás de la oreja izquierda y que su comida preferida son las galletas. Di le que le quiero y que, si existe otra vida, lo echaré de menos desde allí.

Si hay un mensaje que quiero dejar es este: yo sobreviví, pero nunca tuve una vida.

Ya es hora.

Entonces, cuando estaba allí tumbada, escuchando cómo caía la lluvia, oliendo la dulce humedad que entraba por la ventana y llevándome el T600 a la boca, lo recordé.

En esa fracción de segundo entre la vida y la muerte, fue mi sentido del olfato lo que me salvó.

Fue un olor que recordé, o más bien un olor que había olvidado recordar, lo que me salvó la vida.

Como ya he dicho antes, el olfato siempre ha sido mi sentido más evocador.

Cuando era pequeña y mi padre trabajaba hasta tarde, yo solía dormir con una caja de sus frascos de loción de afeitado. Recorté unos ojos en el cartón y dibujé una boca sonriente, pero obviamente no era eso lo que me reconfortaba (en realidad, tenía un aspecto terrorífico). Era el olor.

Soy capaz de oler cuándo va a llover, cuándo va a nevar y cuándo está a punto de cambiar la estación. Puedo captar un determinado olor y verme transportada en el acto al día de ayer, a la semana pasada, al mes pasado o a cinco años atrás. Como el olor del colegio, por ejemplo, o el de un *pub* al que iba cuando era más joven. Antes era capaz de identificar distintas partes de Londres por su olor: Hyde Park Corner, por la mezcla de gases de escape y vegetación; Covent Garden, por el aroma a cerveza y a galletas recién hechas; South Bank, por el olor al agua del río

y a los puestos de helados.

Los olores pueden alegrarme, entristecerme o asustarme. Pueden consolarme o meterme en una espiral depresiva.

Antes de irme definitivamente de la casa de mis padres, cogí dos camisetas de sus cajones, una de cada uno, y las dejé selladas en una de las bolsas herméticas que mi madre tenía siempre a mano para situaciones de emergencia. Cuando tengo un día malo de verdad, abro una de las bolsas y meto la cara dentro, drogándome con el recuerdo de un tiempo en el que era más joven y me sentía querida y protegida.

Tras más de dos años intentando tener un bebé con James, era capaz de oler cuándo iba a empezarme la menstruación.

Yo seguía todas las indicaciones. Registraba mi ciclo menstrual, hacía ejercicio, comía de forma saludable, dejé de beber, tomaba vitaminas y mantenía relaciones sexuales con James según un calendario estricto, siempre en la posición del misionero, con las caderas sobre una almohada y quedándome tumbada después durante al menos diez minutos (procuraba no moverme mientras su precioso esperma rezumaba lentamente fuera de mí). Me leí todos los libros, me apunté a todos los grupos de apoyo, me documenté a fondo y me compré todos los complementos de ayuda a la fertilidad.

James también seguía todas las indicaciones. Hacía ejercicio, comía de forma saludable, dejó de beber tanto, empezó a llevar holgados calzoncillos bóxer de algodón, tomaba vitaminas, evitaba masturbarse entre las sesiones estipuladas de sexo. Me cogía de la mano cuando íbamos a ver al médico y a las asesoras, y me estrechaba entre sus brazos cuando yo me ponía a llorar después de cada prueba de embarazo negativa.

Yo procuraba mantenerme positiva y no dejarme desanimar por la espera interminable, por aquellos ciclos repetitivos de pruebas de temperatura, sexo y vuelta a esperar. Procuraba que James no notara lo decepcionada que me sentía al constatar que la vida, una vez más, estaba llena de insatisfacción. Pero de vez en cuando lo sorprendía observándome y captaba en su rostro una expresión resignada. Ya se había resignado a verme otra vez infeliz.

Yo tendría que haber hecho un paréntesis en ese momento, debería haberme relajado y tomado un respiro. Pero no podía; estaba totalmente empeñada.

Y todos los meses llegaba un día en el que iba al baño, hacía un pis y percibía simplemente con el olfato que mi período estaba a punto de empezar.

Olía cómo bajaba la sangre. A James aquello le parecía asqueroso, absurdo, imposible.

Pero yo siempre acertaba.

Desde el principio de la epidemia de 6DM, no había oído que me viniera la regla.

No la había tenido ni una vez desde la muerte de James.

Dejé el T600 y el vaso en la mesilla, abrí la puerta y fui derribada por un Lucky casi enloquecido que se me lanzó a los brazos. Estaba temblando y lloriqueaba de miedo y angustia.

Yo me puse a llorar y lo acaricié una y otra vez, procurando calmarlo.

—Perdona —susurré—. Nunca volveré a dejarte. Te lo prometo.

Luego fui a buscar una cosa al casillero de Sophie.

Volví a la habitación y me bebí el vaso de agua de la mesilla por un motivo muy distinto del que me había hecho llenarlo.

Luego me metí en el baño e hice el pis y la prueba más importante de mi vida. Esperé durante tres minutos interminables.

Miré los resultados.

Me bebí otro vaso de agua e hice otro pis y otra prueba distinta.

Luego repetí la operación una vez más.

Tras mirar el resultado de la tercera prueba me convencí.

Estoy embarazada.

18 de marzo de 2024

Todo fue por culpa de Harry Boyle. Estaba conmocionada, así que lo primero que quise hacer tras descubrir que estaba embarazada fue tomarme una dosis masiva de alcohol.

De hecho, llegué a bajar al bar y a servirme un vaso antes de caer en la cuenta de que ahora tenía prohibido el alcohol.

Me conformé con una triste taza de té sin leche, mientras me asaltaba la culpa por los sorbos de ginebra que me había tomado el día anterior.

Luego recordé que no solo había sometido al feto a los efectos del alcohol, sino también a los de la cocaína, el Tramadol y los somníferos. E incluso creo que había tomado morfina un par de veces por error.

Empecé a sentir pánico por las consecuencias que todo esto pudiera haber tenido para el bebé. Sé que tienes carta blanca hasta las seis semanas, porque Ginny me explicó que el bebé es prácticamente un puñado de células hasta entonces. Me aferré a esa idea, aunque no estoy segura de que sea cierta.

No he tenido sexo desde hace casi tres meses, así que no me cabe duda de que ya he pasado de las seis semanas.

Desde luego no estaba desintoxicada del Tramadol a las seis semanas. ¿Había dañado al bebé? ¿Cómo averiguarlo?

Por enésima vez, maldije a Google por no funcionar ya.

Al final, tuve que conformarme con releer el prospecto del paquete de Tramadol de emergencia que aún conservaba. Decía que no debía tomarse durante la lactancia ni tampoco si estabas embarazada sin consultar antes con el médico o el farmacéutico, pero no decía que pudiera matar a mi bebé.

Decidí creérmelo.

Me costaba recordar cuándo había tenido la última regla.

Debía haber sido más o menos una semana antes de la última vez que mantuve relaciones sexuales, pero no lo recordaba con claridad. En aquel momento estaba convencida de que era estéril, así que ya no anotaba mi ciclo menstrual. No tengo ni idea de cuándo concebí exactamente al bebé.

Para ser franca, ni siquiera sé quién es el padre.

Harry Boyle no es obviamente un nombre de estrella romántica de Hollywood. Parece más bien el del tipo que viene a arreglarte la lavadora.

El Harry Boyle que yo conocía era uno de nuestros clientes en la compañía de seguros. Un cretino integral.

Harry Boyle era grosero, arisco e impaciente. No paraba de soltar tacos y de amenazar a diestra y siniestra, como si todo el mundo fuera su subordinado. Con frecuencia exigía a la gente, sin importar cuál fuese su categoría, que dejara libre la silla que él quería o que le fuera a buscar un café. Era una auténtica pesadilla como cliente y, a pesar de que yo era entonces la jefa de Nuevos Negocios de Europa, Oriente Medio y África, él tardó cinco meses en dirigirme siquiera la palabra, salvo para pedirme si podía bajar a buscarle un sándwich.

Por mí, cuanto más tiempo me ignorase, mejor.

En aquel momento, tras dos años intentando quedarme embarazada y cuando ya estaba agotada y a punto de darme por vencida, nuestro maravilloso e increíble Servicio Nacional de Salud nos ofreció la posibilidad de la fecundación *in vitro*.

Una tanda, una inyección, una oportunidad de alegría y felicidad.

Empecé con las inyecciones de la fecundación *in vitro* y mis hormonas y mis modales se fueron a la mierda.

Estábamos en mitad de una reunión con Harry Boyle. Era viernes por la tarde y ya llevábamos tres horas reunidos. Todo el mundo era consciente de que el tipo nos retenía allí porque podía. Él era el cliente: podía hacer lo que quisiera.

Finalmente, a las 19:16, nuestro sumiso y apocado director de Nuevos Negocios reunió el valor para proponer que aplazáramos la discusión y la reanudáramos el lunes por la mañana.

Por una vez, Harry pareció actuar de forma razonable y accedió a que todo el mundo se fuera a casa...

... Y volviera el sábado por la mañana.

Yo estaba cansada, sofocada, con las hormonas disparadas y peligrosamente cerca de perderme la cita de mi siguiente inyección.

—No —dije. Bueno, quizá más bien lo grité.

Se hizo un gran silencio.

—¿Qué? —Harry se volvió y me lanzó una mirada fulminante.

—No. No vamos a volver mañana. Estamos todos cansados y nos merecemos un fin de semana libre. Esto puede esperar hasta el lunes. Usted no necesita solucionarlo mañana, solo quiere obligar a todo el mundo a venir porque es un déspota de mierda... Y, por cierto, se dice «¿disculpe?», y no «¿qué?».

No aguardé a que me gritaran o me despidieran.

Hice lo que hace una mujer sensata y madura en momentos de crisis. Me escondí en el baño.

Mi compañera Sarah me encontró allí.

—¡Joder, tía!

—¿Se ha puesto furioso? ¿Estoy despedida?

—Se ha reído y ha dicho que podemos seguir el lunes.

—Guau.

—Quizá ahora deje de portarse como un cretino.

—Lo dudo.

—¿Vas a quedarte aquí escondida toda la noche?

Asentí.

Sarah sonrió.

—Seguramente será lo mejor.

Yo confiaba en que ya se habría ido cuando entré con cautela en la sala de reuniones para recoger mis cosas, pero el tipo aún seguía allí. Estaba enfrascado en una conversación con el director de Ventas, dándome la espalda.

Era un hombre absurdamente alto, con una masa de pelo rizado oscuro que no parecía cortarse nunca. Su ropa era cara y le sentaba de maravilla. Algunas compañeras lo encontraban guapo, pero, a mi modo de ver, su horrible personalidad y su actitud de mierda anulaban cualquier atractivo que pudiera ocultarse tras su permanente expresión ceñuda.

Él se volvió y me sorprendió observándolo.

Por un momento me fulminó con la mirada.

Luego me enseñó el dedo y sonrió.

Pillada completamente desprevenida, estallé en carcajadas.

Eché la culpa a las hormonas.

Cualquiera habría dicho que el descubrimiento de que estaba embarazada lo cambiaría todo.

Que experimentaría un nuevo deseo de vivir, que me sentiría impulsada a pasar a la acción y me pondría enseguida a planear nuestro futuro: el del bebé y el mío.

Fue así y no fue así.

Yo había deseado tener un bebé durante muchos muchos años, pero ese había sido mi antiguo yo en un mundo que ya no existía, cuando aún tenía un marido y un hogar y disponía de agua caliente, de comadronas y médicos.

Ahora no tengo nada de eso.

He hecho los cálculos lo mejor que he podido y creo que debo llevar embarazada aproximadamente dieciséis semanas y media; quizá diecisiete. Lo cual significa que daré a luz a principios de septiembre.

Dentro de unos cinco meses.

Si voy a tener el bebé, es necesario que deje de sobrevivir y empiece a llevar la vida que hasta ahora no he sido capaz de construirme en este nuevo mundo desierto.

Tengo que comer comida adecuada, beber dos litros de agua al día y tomar vitaminas para el embarazo.

Tengo que encontrar un sitio idóneo para vivir. Un sitio donde pueda seguir una rutina, donde pueda dar a luz como es debido. Un sitio caldeado, seguro, cómodo.

Parecen muchas cosas y no sé si seré capaz de hacerlas. Yo nunca he dado a luz, nunca he tenido que planear nada, nunca me he visto obligada a responsabilizarme de otra persona. Ni siquiera he tenido nunca una mascota.

Cinco meses para encontrar, para crear un hogar. Y un bebé. Que ya está dentro de mí.

Todo, yo sola.
No creo que lo desee. Al menos sola. No sé cómo hacerlo.
No creo que pueda.

INSERTAR: ITEM 6294/1

Grabación de dictáfono (cinta 1 / grabación 1).
(Transcrita).

(Voz femenina hablando al dictáfono).

¿Hola? ¿Hola? Tengo que comprobar que este trasto funciona. Soy yo. ¿Está grabando?

(Apaga y enciende el dictáfono).

Sí, está grabando. Escucho mi voz. Bueno, a ver..., perdón..., esto no es para que hable yo, no es... Solo quiero...

(Pausa).

Mi móvil se está muriendo. Cada vez que lo enciendo tarda más en reaccionar, y esta mañana no salía nada en la pantalla. Estaba... vacía. Lo he apagado y vuelto a encender y ahora funciona, pero muy débilmente, apenas puedo verlo con claridad. Voy a perderlo todo. Las fotos, los mensajes de texto..., todo.

(Llorando).

(Profunda inspiración).

He conseguido acceder a los mensajes de voz y no quiero perder este, no puedo perderlo, tengo que salvarlo.

Es de mi madre, el último mensaje de mamá...

(Breve pausa. Crujido).

Voz automática: «Tiene un mensaje guardado».

Piiiiip.

Hola, cariño. Soy mamá.

(Pausa).

Bueno, resulta que el resfriado que pensaba que tenía tu padre era en realidad el 6DM y me temo que yo también lo tengo. No estamos... demasiado bien.

(Tosiendo).

No te lo dijimos antes porque no queríamos preocuparte. Sé que los trenes no funcionan y que tú detestas conducir, así que, por favor, no intentes venir a vernos. De todos modos, ya no tendría mucho sentido. Tu padre y yo nos vamos a tomar el T600 dentro de un rato porque, bueno, creemos que ya ha llegado la hora. Tu padre nunca ha sido muy buen paciente que digamos, ¿no crees?

(Risa forzada).

Solo quería llamarte antes para oír tu voz y para decirte lo mucho, lo muchísimo que te queremos y lo felices que nos has hecho a los dos, y también que eres sin ninguna duda lo mejor que hemos llegado a hacer en nuestra vida y que te echaremos mucho de menos.

(Pausa, sollozo ahogado, voz masculina de fondo diciendo algo. Ella inspira profundamente).

Tu padre está diciendo que había prometido no llorar. Papá dice también que te quiere mucho y que te lo diría él mismo... pero ¡que yo estoy acaparando el teléfono como siempre!

(Un sonido mitad risa, mitad sollozo. Profundo suspiro).

Tu padre tiene razón, no debería llorar porque hemos sido las personas más afortunadas del mundo por tenerte. Tú has sido todo lo que habíamos deseado siempre. Eres fuerte, cariñosa y amable, y nosotros nos sentimos tan orgullosos de ti... y... y... Me gustaría que hubiéramos podido estar contigo al final. Espero que te encuentres bien, que no sufras y que tengas a James contigo. No te apures por nosotros, estamos perfectamente; solo queremos que tú estés bien, te queremos mucho...

Piiiiip

(El mensaje se interrumpe).

Fin de la grabación.

18 de marzo de 2024

Esa fue la última vez que supe de mi madre.

Me llamó mientras yo estaba en el bar al que fui un día durante la enfermedad de James. Estaba hablando con otra persona cuando ella llamó y no me di cuenta. Escuché el mensaje después de que esa persona se hubiera marchado.

Debería haber ido a verles de inmediato. Debería haber encontrado el modo; tal vez podría haber robado un coche u obligado a alguien a que me llevara.

Al menos debería haber llamado.

Pero yo sabía que hablar con mi madre agonizante me habría llevado al límite.

Todo aquel mundo tan frágil que había construido a mi alrededor se estaba desmoronando. Pronto estaría sola: completamente sola —desde el punto de vista físico y emocional— por primera vez en mi vida; y ver a mis padres o hablar con ellos en aquel momento habría hecho que ese terrible futuro se volviera demasiado real para afrontarlo.

Yo no era la persona que ella creía; no era fuerte, ni cariñosa ni amable.

No fui a verlos ni la llamé. Cobarde y egoísta hasta el final.

Y así sigo siendo.

No creo que vaya a ser una buena madre.

No lo fui de mi primer bebé.

A mi primer bebé lo perdí.

La fecundación *in vitro* funcionó. Estaba de seis semanas, rebosante de hormonas y felicidad.

El escáner debería haber sido una mera formalidad.

Pero no registraba ningún latido.

La encantadora mujer que efectuaba el escáner gastó unos preciosos minutos del Servicio Nacional de Salud buscando, pero yo supe por su cara que era una pérdida de tiempo.

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera suceder algo semejante: que pudiera estar y no estar embarazada al mismo tiempo.

Las células no se habían transformado en un bebé. Solo eran células. Y muy pronto mi organismo las identificaría como intrusas y las expulsaría.

Y entonces yo volvería a oler que me bajaba la regla.

James le dijo a la gente que había perdido el bebé.

«Perdido el bebé», qué expresión tan absurda. Como si me lo hubiera olvidado en la sección de quesos del súper. Como si fuera culpa mía. Como si hubiera sido descuidada con su vida.

Yo no era descuidada; yo no lo había perdido. Él se había ido por su propia voluntad.

James intentó consolarme y hacer que me sintiera mejor. Podíamos seguir intentándolo, repetir el proceso en una clínica privada; por su parte, me dijo, lo haría encantado. Pero ya llevábamos nueve años juntos y yo le conocía: sabía que estaba mintiendo.

Él me traía té y botellas de agua caliente, y fue a comprarme toallitas sanitarias cuando no me vi con ánimos de salir a comprarlas yo misma.

Como no tenía ni idea de lo que debía comprar, volvió con unas compresas para señoras con incontinencia urinaria. Pero la cantidad de sangre era tan abundante que las usé.

Yo examinaba cada coágulo de sangre para ver si detectaba una pequeña parte de mi bebé. Pero no encontré ninguna. Era solo sangre.

Nunca estábamos solos durante aquellos días; había una sucesión de visitas constante: mi madre y mi padre, los padres de James, e incluso algunos de sus amigos vinieron a tomar el té y a ofrecer su solidaridad.

Yo me quedaba encerrada en nuestro dormitorio.

Ginny fue la única persona a la que dejé subir a mi habitación de dolor. Ella me cogió la mano mientras lloraba. Entonces Ginny ya estaba embarazada de Radley, pero no me lo contó y supo ocultar su felicidad mientras escuchaba mi interminable letanía de pérdida y desgracia.

Xav no vino a verme. Había salido de rehabilitación hacía casi tres meses y mi madre me explicó que le iban muy bien las cosas, que estaba haciendo terapia y asistiendo regularmente a las reuniones de narcóticos anónimos. Xav había tratado de contactar conmigo cuando aún estaba en el centro de rehabilitación. Yo era una de las personas a las que necesitaba pedir perdón en su proceso terapéutico. Incluso quería que asistiera a sus sesiones de terapia. Yo le dije que estaba demasiado ocupada buscando un bebé para participar en su drama.

Ahora estaba demasiado ocupada perdiendo un bebé para que él participara en el mío.

Lloré, dormí, miré por la ventana. Así transcurrieron diez días. Y una mañana me desperté y comprendí que todo había terminado.

Mi futuro imaginado había llegado a su fin.

Ni embarazo, ni bebé, ni planes definidos para el día, la semana, el año o la década siguiente.

Volvía a ser yo de nuevo.

Era como una silueta en blanco. Una forma vacía tendida en un lado de nuestra cama. Sin hacer ni sentir nada.

Principios de abril de 2024

Pasé dos semanas más en el hotel.

Bueno, creo que fueron dos semanas, pero no estoy completamente segura porque mi teléfono móvil se murió del todo al día siguiente de grabar en el dictáfono el mensaje de mamá.

Sin contar con el móvil para recordarme la fecha, perdí la noción del tiempo muy deprisa y me dejé llevar de un día a otro haciendo solo lo mínimo para sobrevivir.

Aún seguía sufriendo náuseas matinales y, con la pérdida de mi teléfono y de todos los recuerdos que contenía, me sentía como si estuviera llorando de nuevo a los muertos. Solo que esta vez no podía amortiguar el dolor con bebida o drogas.

Pero entonces, una mañana cualquiera, mientras estaba en la cocina del hotel, plantada frente al fregadero bebiéndome un vaso de agua, sucedió algo increíble.

Noté que mi bebé se movía por primera vez.

Como retorciéndose en mi ombligo.

Al principio fue solo un leve revuelo que supuse que era algo de indigestión, pero después, al dar otro trago de agua helada y notar la misma sensación, pensé que quizá, solo quizá...

Así que di un trago más. Y otro.

Hasta que me convencí de que el bebé estaba medio ahogado con tanta agua.

—Eso te ha despertado, ¿eh? —dije, riendo.

Me reí con mi bebé.

Había algo allí dentro. Alguien. Empezando a retorcerse.

Una confirmación física de que el bebé existía, de que estaba vivo, o viva. Por primera vez comprendí que ahora ya no se trataba de mí. O por lo menos que ya no se trataba solo de mí. El bebé no podía arreglárselas por su cuenta. No podía beberse el agua del váter o cazar una rata si tenía hambre.

Si yo me moría, el bebé moriría; si yo me daba por vencida, el bebé se daría por vencido.

Y así, sin más ni más, comprendí que no quería darme por vencida. Ya no.

Había llegado la hora de moverse, de buscar un hogar para el bebé y para mí.

Esta vez necesitaba un plan de verdad. Un plan para una vida.

Mediados de abril de 2024

Por desgracia, aquel nuevo yo lleno de entusiasmo y determinación era tan atolondrado como mi antiguo yo suicida.

En mi excitación por dejar el hotel, se me olvidó una vez más comprobar que llevaba todo lo necesario.

Así que cuando paré en la A43 para llenar de diésel el depósito del Defender y descubrí que había olvidado traer un embudo, se me bajaron los humos de inmediato: me lo tomé como una señal de que iba a ser siempre una madre incapaz y mal preparada.

Al menos había tenido la suerte de quedarme sin diésel justo en mitad de un barrio residencial. Así pues, cogí la mochila y eché a andar con Lucky hacia la calle más cercana.

Lo primero que me llamó la atención fue la basura. Montones y montones de basura. Basura volando al viento, rodando por las cunetas, enredada en los árboles, las vallas y los arbustos, girando en torbellino, como ciclones en miniatura, en las esquinas de los edificios. Al principio no entendí de dónde venía toda aquella basura, pero luego reparé en las bolsas desgarradas que también estaban tiradas por el suelo o volando por los aires. Debía haber sido día de recogida justo antes o durante la eclosión de la epidemia y los residentes, como buenos ciudadanos, debían haber sacado las bolsas como de costumbre.

Solo que esta vez nadie había pasado a recogerlas.

Las bolsas no estaban intactas, así que alguien debía haberlas reventado. Apreté un poco el paso, imaginándome ya ratas gigantescas o perros asilvestrados rondando por las calles, pero al doblar una esquina me tropecé con el culpable más obvio.

La calle estaba cubierta de excrementos. No de excrementos de perro o de zorro. De excrementos de pájaro. Los coches, las aceras, las farolas, las casas: todo salpicado de excrementos líquidos blancos.

Y mirándome de soslayo con su ojito amarillo, había una gigantesca gaviota.

Debía tener fácilmente el tamaño de un perro pequeño y estaba en mitad de la acera picoteando algo..., algo podrido de un color blancuzco. No me entretuve a averiguar qué era.

Me acerqué lentamente a la gaviota. Ella continuó comiendo. Volví a dar unos pasos, y esta

vez giró la cabeza para mirarme. Me detuve en el acto. Sus malignos ojos amarillos me escrutaron. Yo le devolví la mirada. Ella parpadeó. Di muy despacio un paso hacia un lado. Que se quedara ella con toda la acera si quería. La gaviota ladeó la cabeza, parpadeó otra vez y, abriendo su afilado y ganchudo pico, soltó un fuerte chillido semejante a un ladrido.

Su llamada fue respondida de inmediato por una multitud de roncós y ásperos gritos. Me sobresalté ante aquella algarabía estridente, que aún no veía de dónde procedía. Lucky gruñó y se lanzó hacia la gaviota. Ella, en vez de alzar el vuelo, se mantuvo en su sitio, alargó el cuello y le dio un picotazo en el hocico. Lucky soltó un gañido y corrió a ocultarse entre mis piernas. Yo estaba más interesada, entre tanto, en averiguar de dónde había salido aquel griterío y, al levantar la vista, vi un montón de gaviotas asomadas a los tejados de las casas, todas cabeceando y ahora, al parecer, vitoreando con sus gritos a la compañera que había mordido a Lucky.

Yo nunca había visto la película *Los pájaros*, en realidad, pero sí los fragmentos suficientes para hacerme una idea del daño que podían causar unos cuervos de tamaño normal, no digamos aquellas malignas criaturas, grandes como perros, que parecían sacadas de una peli de terror de bajo presupuesto. Una a una, las inquilinas de los tejados alzaron el vuelo, llenando el aire de alas batientes y espeluznantes graznidos. Intenté convencerme de que los temores que me encogían el estómago eran infundados, que solo estaban haciendo una exhibición y que yo simplemente debía escabullirme hacia otra calle; pero cuando la primera se lanzó en picado y trató de picotear la cola de Lucky, salí disparada.

Corrí calle abajo, con la mochila golpeándome en la espalda, pero, al doblar la esquina, vi que los tejados de la calle siguiente también estaban infestados de gaviotas. Lucky decidió cambiar de táctica y subió corriendo por el sendero de la casa más cercana. Yo le seguí y fui tomando velocidad para abrir la puerta de un buen empujón. En el último momento opté por probar el pomo de la puerta y, como se abrió a la primera, me vi lanzada a lo largo del pasillo con la cabeza por delante. Lucky se coló a continuación, estampándose contra mí. Yo me revolví rápidamente y, moviéndome a gatas, retrocedí y cerré de un portazo justo cuando las primeras gaviotas estaban posándose en el porche y asomándose al umbral inquisitivamente.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le grité a Lucky. Ambos nos quedamos sentados, jadeando y mirándonos el uno al otro.

Y acto seguido vomité en medio del pasillo.

Era el olor.

El olor a carne humana en descomposición.

Me sequé la cara y me tapé nariz y la boca con la manga, lo cual no sirvió de nada. Entré corriendo en la cocina, abrí la ventana y saqué la cabeza, aspirando aire fresco. Una gaviota bajó volando y se posó en el jardín trasero. Volví a meter la cabeza, entorné la ventana y respiré por la rendija.

No podía pensar claramente; tanto mi cerebro como mi cuerpo me pedían a gritos que me alejase de aquel hedor. Y, sin embargo, al mismo tiempo, aunque no estuviera bien y fuese algo retorcido e inexplicable, sentía el impulso de ver cuál era el origen. Cogí un trapo de cocina, aspiré unas bocanadas de aire y, envolviéndome bien la boca y la nariz, entré en la sala de estar.

Tanto la decoración como la ropa que llevaban puestas me indicaron que eran viejos, pero no habría podido saberlo solo mirándolos. No quedaba de ellos lo suficiente para deducirlo. Ambos estaban sentados en medio del sofá, completamente podridos. Su ropa seguía en buena parte

intacta, pero sus rostros estaban cubiertos de larvas y como hundidos en la zona de las mejillas. Las prendas que llevaban se veían sacudidas por los movimientos de aquello que los iba excavando por debajo. Su pelo y su cuero cabelludo bullían de larvas y se veían zonas blancas de cráneo en algunos trechos. Unas moscas gruesas e indolentes zumbaban por el aire, aterrizando o bien en los cuerpos o bien en un cuenco de fruta podrida que había junto a la ventana. Un auténtico bufet para ellas.

Volví a vomitar, ahora en el trapo de cocina, embadurnándome toda la cara. Salí tambaleante de la sala, subí al primer piso y me encerré en el baño. Abrí la ventana del todo, sin que me importara para entonces si alguna gaviota entraba volando y me mataba a picotazos. Lucky empezó a arañar la puerta por fuera, soltando gemidos, y le dejé pasar. Me lavé la cara, tiré el trapo por la ventana y, sentándome en el váter, cogí a Lucky en brazos y lo estreché contra mí.

Afuera, las gaviotas chillaban y descendían en picado hacia mi trapo abandonado.

Permanecí allí sentada hasta que empezó a oscurecer. Al cabo de un rato, Lucky se bajó de mi regazo y se hizo un ovillo en el suelo para dormir. Yo me abracé las rodillas sobre el pecho cuando el baño se fue enfriando. Me resistía a cerrar la ventana, porque el hedor lo impregnaría todo otra vez.

No sabía qué hacer. Me moría de sed, pero el agua que salía del grifo era de un marrón herrumbroso y no me parecía sensato beberla, y mi mochila, con todas las bebidas, se había quedado abajo. Me picaba el cuero cabelludo y cada vez era más consciente de mi respiración, de tal forma que empecé a inspirar más profundamente y me costaba tomar el aire que necesitaba. Mi corazón se aceleró. Ya no podía sentarme quieta; me agitaba continuamente y me veía obligada a extender y flexionar las piernas. Todos los síntomas de un inminente ataque de pánico que resultaría manejable durante unos quince minutos y luego se transformaría en Dios sabía qué; probablemente en un incontrolable deseo de huir y salir a aquella calle mortal.

Al cabo de quince minutos, me levanté y me estrujé los sesos para idear algún plan antes de que perdiera del todo la capacidad de pensar racionalmente.

Primero, hurgué en el botiquín y encontré un frasco de Vicks VapoRub, que me apliqué generosamente en la nariz.

Las gaviotas se habían calmado a lo largo de la última hora y me asomé a la ventana esperando contra toda esperanza que se hubieran ido. No tuve esa suerte. La mayoría había vuelto a los tejados y unas pocas merodeaban por la calle. Pensé que algunas quizá estuvieran dormidas, así que lancé una botella de champú por la ventana para ver qué pasaba. Todas las cabezas se irguieron en cuanto la botella cayó en la acera.

Con la nariz embadurnada de Vicks VapoRub y la cara envuelta en una toallita como medida extra de protección, bajé ruidosamente las escaleras, cogí la mochila y subí corriendo otra vez al baño.

No tenía hambre, pero me tragué dos latas de Fanta, lo cual me provocó una cantidad tremenda de eructos y me ganó varias miradas incrédulas de Lucky.

Ahora ya había oscurecido por completo y las gaviotas estaban inmóviles y silenciosas.

El corazón me palpitaba, estaba sudada y sin aliento, y había empezado a tararear desafinadamente entre dientes.

En el fondo de la mochila encontré mi caja de Tramadol reservada solo para casos de vida o muerte.

La estuve mirando largo rato.

Luego saqué las pastillas y las sostuve en la mano durante mucho más tiempo.

Finalmente, las volví a guardar en la mochila.

Llegué a la conclusión de que, si íbamos a salir por piernas, debíamos hacerlo de noche.

Saqué la cabeza por la ventana para ver en qué dirección era mejor escapar.

Entonces algo me llamó la atención.

Un gato. Oscuro y sinuoso, bajando por la calle con paso mullido, sin hacer ruido y medio oculto entre las sombras.

Mi primer impulso fue soltar un grito de advertencia, e incluso llegué a abrir la boca. Pero luego volví a cerrarla y alcé la mirada hacia los tejados.

Nada. Las gaviotas permanecían inmóviles y en silencio.

Luego, con una lentitud exasperante, una cabeza se volvió hacia el gato.

Al cabo de un momento, como obedeciendo a una señal tácita, todas las cabezas alineadas en la casa de enfrente giraron en la misma dirección. Sus ojitos amarillos como faros se enfocaron hacia las sombras de abajo.

Yo no quería mirar más, pero no podía apartar los ojos.

Se lanzaron todas a una, con un revuelo de alas y una algarabía de gritos roncacos como ladridos. El gato se quedó paralizado durante un brevísimo instante y enseguida todas estuvieron sobre él. No le dio tiempo de intentar huir. Lo rodearon en un tumulto de chillidos, picos y aletazos. Lo hicieron pedazos y luego se disputaron las partes más apetitosas, desgarrando el cadáver y dándose picotazos entre ellas. Comprendí que aquella era la razón de que no hubiera visto más gatos callejeros.

En el alboroto, una de las aves se llevó un picotazo especialmente feroz en el cuello y se derrumbó en el suelo. Las demás se lanzaron sobre ella antes de que pudiera incorporarse, añadiendo una nota de canibalismo al menú de la noche.

Sentí que me subía la bilis por la garganta, agaché la cabeza para volver a meterla dentro y cerré la ventana con fuerza.

Volví a desplomarme sobre el váter y Lucky se subió a mi regazo, temblando y lloriqueando. Ambos dimos un gran respingo cuando algo golpeó violentamente la ventana a nuestra espalda. Se oyó el ruido terrorífico del cristal resquebrajándose.

Cogí en brazos a Lucky y me metí a toda prisa en la primera habitación, cerrando la puerta y corriendo las cortinas. Luego me encogí en un rincón y rompí a llorar.

No creía que fuera a dormirme, pero al final me dormí. Me desperté cuando el sol estaba saliendo, todavía con el regusto agrio del miedo en la boca.

Lucky y yo nos pasamos el día encerrados en la habitación. Yo a ratos intentaba idear un plan para salir de allí y a ratos me regodeaba en mi desdicha y pensaba que iba a morir en un barrio de casas adosadas de los años cincuenta, víctima de una bandada de gaviotas asesinas.

Por la tarde, cuando ya se ponía el sol, tomé por fin una decisión y me hice una promesa. Yo podía con aquello y mucho más. No había sobrevivido tanto tiempo para acabar muriendo de

hambre en una habitación con una colcha de cretona.

Iba a vivir.

Viviría, tendría a mi bebé y me construiría una vida.

Volví sigilosamente al baño con el corazón palpitante y Lucky gimoteando detrás. El cristal estaba agrietado, pero todavía intacto. La mochila seguía donde la había dejado.

Saqué el Tramadol de emergencias, tiré las tabletas al váter, una a una, y pulsé el botón de la cisterna.

Hice un esfuerzo para pensar. Tenía que haber algo que pudiera hacer, alguna forma de salir de la casa y escapar, alguna manera de asustarlas...

Volví a aplicarme Vicks VapoRub, salí con sigilo del baño y exploré las habitaciones en busca de algo que pudiera servirme para distraer a las gaviotas. Quería encontrar algo ruidoso: un arma (una posibilidad remota, lo sabía), un lanzabengalas, una radio de cuerda, una pandereta: cualquier cosa que armara alboroto.

Arriba no había nada.

A regañadientes, me resigné a ir a mirar a la planta baja. Me apliqué más Vicks VapoRub y bajé con el corazón palpitante. Iba a darme por vencida cuando, al fondo del armario que había bajo la escalera..., bingo. Una vieja caja de fuegos artificiales.

Me la llevé arriba, junto con la llave de un coche que había visto colgada al lado de la puerta trasera.

Entré en el baño, abrí la ventana con cuidado, me asomé procurando no hacer ruido y pulsé el botón de la llave del coche.

Nada.

Me asomé un poco más y volví a pulsarla. Esta vez sonó un bendito clic-clac y destellaron los faros de un coche aparcado un poco más abajo, en el lado derecho de la calle. Las gaviotas se irguieron una vez más, las muy hijas de puta.

Examiné los fuegos artificiales. No sabía qué hacer. No podía hacerlos estallar desde la ventana ni tampoco salir de la casa para colocarlos adecuadamente en el jardín. Al final pensé que lo mejor sería tirar la caja en la dirección opuesta adonde estaba el coche y luego lanzar dentro un petardo encendido para que estallara el resto. Era lo que siempre me advertían, cuando era niña, que no hiciera jamás, así que debía funcionar.

Esperé a que oscureciera del todo y las gaviotas estuvieran en silencio. En medio de la quietud, me asomé trabajosamente por la ventana de la habitación y lancé la caja de fuegos artificiales al jardín contiguo. Aterrizó derecha, lo cual era bueno, aunque algunos petardos cayeron fuera, lo cual era malo.

Había escogido dos «surtidores» para encenderlos y lanzarlos dentro de la caja. Desenrollé las mechas y los dejé preparados. Me pareció que tendría más posibilidades si ya estaba abajo cuando los lanzara, así que me puse la mochila y engatusé a Lucky para que me siguiera por las escaleras.

Abrí la puerta principal muy despacio, aunque me quedé paralizada unos instantes cuando rechinó. Me asomé. Las gaviotas seguían inmóviles y silenciosas, completamente ajenas a lo que se avecinaba. Me saqué del bolsillo la caja de cerillas y prendí una para encender el primer

petardo. No se encendía. Lo intenté otra vez, y otra, pero nada. Las gaviotas empezaban a removerse; Lucky gemía quedamente a mi espalda. Tiré el primer surtidor y cogí el segundo. De nuevo, no sucedió nada. Con pánico creciente, volví a intentarlo, y esta vez la mecha chisporroteó y cobró vida. Al mismo tiempo, noté que un centenar de ojitos amarillos se volvían hacia mí. Lancé el petardo a la caja y cerré la puerta rápidamente.

Afuera, en cuanto las gaviotas detectaron mi movimiento, se desató una algarabía de chillidos y graznidos. Aguardé a que sonara el estruendo de los fuegos artificiales. Nada. El sudor me resbalaba por la espalda. Todavía nada. Y, de pronto, sonó un estampido como el de una bomba, seguido del largo silbido de un cohete.

Abrí la puerta y, al cabo de unos instantes, ya estaba bajando disparada por el sendero.

Solo que Lucky no estaba a mi lado.

En mi entusiasmo al concebir un plan viable, se me había olvidado calcular cómo reaccionaría él al oír los fuegos artificiales y resultaba que había corrido despavorido por la casa hasta refugiarse en la cocina. Le grité desde el sendero, pero mi voz no se oía entre el estrépito, y, aunque me hubiese oído, tampoco me habría hecho caso.

Los petardos ahora estaban en plena locura y un cohete pasó zumbando a un palmo de mi cara.

No podía dejarlo allí.

Volví a entrar en la casa, donde el olor a sulfuro había reemplazado al hedor a podrido, y corrí a la cocina. Lucky temblaba de miedo y se revolvió enloquecido cuando intenté cogerlo en brazos. Yo no estaba de humor para engatusarlo, así que lo sujeté y me lo llevé afuera sin contemplaciones.

Un surtidor estalló justo cuando bajábamos al trote por el sendero y arrojó sobre nosotros una lluvia de chispas, haciendo que Lucky se cagara encima del susto y que a mí se me incendiara el pelo. Yo no me detuve. Seguí adelante a trompicones y salí a la calle con el pelo humeando.

Ya no recordaba cuál era el coche. En la oscuridad, no distinguía el color ni la marca, y no se me había ocurrido antes calcular a qué distancia estaba. Las llaves, estúpidamente, las tenía en el bolsillo y tuve que forcejear con Lucky, que no paraba de retorcerse, para sacarlas con la otra mano. A nuestra espalda, los petardos habían empezado a aplacarse y ahora yo era plenamente consciente de todas las gaviotas que volaban en círculo en el cielo.

Acababa de conseguir sacar las llaves y estaba buscando el botón para accionar el mando cuando algo se abalanzó hacia nosotros desde lo alto. A mí se me escaparon las llaves y poco faltó para que se me cayera Lucky también. Me agaché a recogerlas y la gaviota volvió a lanzarse hacia nosotros. Esta vez cogí las llaves, pero se me cayó Lucky, que salió corriendo calle arriba. Pulsé el botón derecho del mando y vi un destello dos coches más adelante. Me incorporé, corrí hasta el coche y me apresuré a abrir la puerta mientras otra gaviota se lanzaba en picado sobre mí. Justo cuando el bicho intentaba picotearme en el pelo todavía encendido, salió un cohete de la nada y le impacto de lleno, derribándolo en el suelo. Me metí de cabeza en el coche y cerré de un portazo justo cuando el cohete explotaba, disparando chispas y plumas contra las ventanillas.

Durante un instante me quedé paralizada, mirando los restos de la gaviota destrozada; luego me di cuenta de que mi pelo aún humeaba y me puse a darle manotazos frenéticamente hasta asegurarme de que se había apagado.

Acto seguido, algo pesado se estampó contra la puerta del coche, haciendo que se sacudiera todo el chasis.

«¿Y ahora qué?», pensé.

Sonaron unos ladridos desesperados y yo abrí la puerta sin mirar siquiera. Lucky subió de un salto, empujando de barro y cacas de perro todos los asientos, y a mí misma. Cerré la puerta rápidamente y él se subió enseguida a mi regazo, ensuciándose aún más y lamiéndome la cara.

Pese al olor, las babas y las cacas, le dejé.

Algo golpeó el coche de nuevo y ambos miramos a través del parabrisas. Había una gaviota posada en el capó taladrándonos con sus ojitos amarillos.

Lucky y yo nos miramos. Luego metí la llave y arranqué.

Algunas gaviotas seguían en mitad de la calle mientras nos alejábamos. Procuré atropellarlas a todas.

El coche, Lucky y yo estábamos cubiertos de barro y mierda, pero aquello resultaba curiosamente soportable en comparación con el hedor y el asqueroso estado de la casa, así que no paré para cambiar de coche.

Empezaba a amanecer cuando salimos del barrio residencial y atravesamos el polígono industrial que venía a continuación. Había allí un gran vertedero, una de esas inmensas zonas de rellenos sanitarios en las que se arroja todo lo que no sea reciclable. Detuve el coche al lado y miré boquiabierto. El vertedero entero estaba cubierto de gaviotas; debía de haber miles. El suelo se ondulaba con sus movimientos y el cielo se llenaba con sus gritos. Incluso dentro del coche, con las ventanillas cerradas, el ruido era ensordecedor.

Comprendí que yo ya no estaba quizá en lo alto de la cadena alimentaria.

No volví directamente a buscar el Defender. Encontré un hotel y me di una docena de duchas frías hasta convencerme de que Lucky y yo estábamos libres de cacas. Luego me encerré en una habitación, con la puerta firmemente cerrada, y me entregué al pánico durante los dos días siguientes.

Pero me había hecho una promesa a mí misma. Estaba decidida a seguir viviendo, a tener a mi bebé y a construir una vida para nosotros. Y para cumplir esa promesa necesitábamos el Defender. Y también un hogar.

Por suerte, en otra vida, James ya nos había encontrado uno.

Dos semanas después de la ecografía en el Servicio de Salud, cuando todo lo que quedaba del bebé ya había salido de mi cuerpo, James me obligó a ducharme y a tomar una sopa de pollo mientras él iba a pedirle prestado un coche a un amigo.

Yo no quería ir a ninguna parte, pero él me dijo que necesitábamos salir unos días de la ciudad.

James estaba tremendamente ocupado en el trabajo, todavía intentando levantar la empresa tras el desastre que había dejado el confinamiento, y yo debería haber reconocido el sacrificio que estaba haciendo para tratar de ayudarme, para tratar de ayudarnos.

Debería haber visto aquella semana de vacaciones como lo que era, o sea, como un intento desesperado para que reconectáramos como pareja, para darnos a los dos la oportunidad de que

el dolor nos volviera a unir, en lugar de alejarnos.

Pero no me di cuenta. No veía más allá de mi propio dolor.

James había alquilado un «casa ecológica».

Era más bien como una cabaña sofisticada.

En la linde de una arboleada, en medio de una reserva natural, con un río que pasaba cerca, un montón de terreno despejado por delante, y un cuidado huerto de frutas y verduras en la parte lateral, así como un sofisticado invernadero con plantas enormes de tomates, arándanos y judías que podíamos consumir a nuestro antojo.

La cabaña estaba hecha de ladrillos de barro seco y tenía un techo de paja, paneles solares, un sistema sanitario de fitodepuración en un lecho de juncos y agua extraída de algún modo de un antiguo pozo (no sé cómo funcionaba, no soy fontanera). Contaba, además, con una estufa de leña que no solo calentaba todo el interior, sino también un grandioso hervidor de hojalata; bueno, digo «todo el interior», pero se trataba solo de una habitación: una gran habitación cuadrada con una cocina en un rincón, una zona para sentarse y un «dormitorio» en el altillo de la parte trasera.

El libro de invitados decía que los paneles solares generaban unas cinco horas de electricidad al día, «así que recuerde, por favor, apagar todos los aparatos cuando no los use». ¿Qué aparatos? No había televisión, ni señal de teléfono, ni *wifi*; solo una radio antediluviana y una ducha exterior.

Era la Casa Hobbit en versión moderna.

Yo me quedé consternada.

Lo que quería era un sitio cálido y discretamente lujoso donde acurrucarme, no una choza de cáñamo con todo tipo de complicaciones.

Estaba todo frío y oscuro cuando llegamos, y apestaba a madera húmeda. Me envolví en una manta gruesa y rasposa y me tendí en la cama en silencio. James se puso de inmediato a trabajar para que la casa resultara acogedora: encendió rápidamente la estufa, puso el hervidor, estrenó el inodoro de compostaje y casi estalló de alegría al descubrir el horno de barro para cocinar que había junto a la entrada.

Yo nunca lo había considerado un adepto de la «vuelta a la naturaleza», pero daba toda la impresión de haber encontrado su refugio ideal. Lo vi sonreír por primera vez desde la ecografía y tararear alegremente mientras trasteaba de aquí para allá.

A la tercera mañana salí por primera vez de la Casa Hobbit. Era temprano, James aún seguía durmiendo y el sol estaba empezando a asomar a través de la arboleada. Yo había pasado otra noche de insomnio mirando el techo y ya no aguantaba ni un minuto más viendo dormir a James apaciblemente, así que me puse un abrigo sobre el pijama y salí descalza.

Hacía un frío gélido. Y el panorama era impresionante. Una de esas mañanas henchida con la promesa de toda la belleza que aún ha de llegar. Todo relucía. Los árboles estaban llenos de brotes y hojas nuevas, los pájaros cantaban, el suelo del bosque crujía suavemente y tenía un olor fresco y saludable.

Ahora estaba sola. Por primera vez desde la ecografía estaba sola de verdad, y lo único que

deseaba era librarme del dolor que tenía metido dentro.

Inspiré hondo, llenándome los pulmones del aire matinal, abrí la boca y solté un grito.

No, no un grito: un chillido. Una expresión gutural y primigenia de dolor y de rabia. La primera exteriorización de mis emociones que no pasaba por el llanto, que salía como un vómito de mi vientre ahora vacío y se derramaba en el mundo.

Me sentó de maravilla. ¿Cuántas veces tienes la oportunidad de chillar con todas tus fuerzas, de arrancarte todo el dolor y la rabia para transformarlo en sonido? Lo recomiendo encarecidamente.

El bosque se quedó en silencio. ¿Maravillado? ¿Asustado? ¿Quién sabe?

James salió disparado de la Casa Hobbit, aún medio dormido, creyendo que iba a encontrar a su esposa partida en dos por un monstruo del bosque. Yo seguí chillando hasta que él me sujetó y zarandeó, temiendo con horror que hubiera perdido finalmente la razón.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

Yo me había convertido en una loca consumida por el dolor, la pena y la rabia.

—¡Suéltame! ¡Déjame en paz!

—¡Para ya! ¡Dime qué te pasa!

—No quiero hablar contigo, no quiero hablar con nadie. Tú no lo entiendes, no lo puedes entender...

—No puedo entenderte si no me dejas, si no hablas conmigo. Por favor. Dímelo. ¿Qué te pasa?

¿Qué me pasaba? ¿Por dónde empezar?

Así que simplemente me encogí de hombros.

James inspiró hondo, se apartó y miró el suelo.

—Escucha. No deberíamos haber venido aquí. Ha sido mala idea. Tú no estás contenta.

Alzó la mirada.

—Creo que ya no eres feliz en ninguna parte. Creo que ya no eres feliz conmigo. Yo ya no sé cuánto tiempo podemos seguir intentándolo...

Y aunque él estaba hablando de mí y de mi felicidad, me di cuenta de que en realidad hablaba de sí mismo.

Yo había perdido el bebé y, pese a todos mis esfuerzos, estaba perdiendo a James.

Extendí el brazo para cogerle la mano, pero él se apartó aún más y luego dio media vuelta hacia la Casa Hobbit.

—No pasa nada. Solo estoy cansado.

Y, en un instante, comprendí que era cierto.

Estaba cansado. Cansado de mí.

Aquella tarde dejamos la Casa Hobbit y nos volvimos.

Finales de abril de 2024

Aunque la otra vez que había estado allí había sido en un momento de desdicha, estaba segura de que la Casa Hobbit sería el lugar perfecto para esperar a mi bebé. Era prácticamente una casa autosuficiente, lejos de los sitios donde podían congregarse ratas o gaviotas, y tenía un tamaño lo bastante reducido como para que pudiera arreglármelas sola.

Después de todo el drama con las gaviotas, sería bonito poder decir que reuní todas las cosas necesarias, me fui directa a la Casa Hobbit, me instalé sin problemas y he vivido allí tranquilamente desde hace cuatro meses, gestando a mi bebé en paz y armonía con este nuevo mundo.

Pero no fue eso lo que sucedió.

Para empezar, se me había olvidado por completo dónde estaba la Casa Hobbit.

No había prestado mucha atención cuando James me llevó allí. Sabía que estaba entre King's Lynn y la costa de Norfolk, pero no recordaba dónde con exactitud. Resultó que es una zona muy extensa y que dar vueltas con la esperanza de ver un rótulo que indicara su situación no funcionó.

No lograba encontrarla.

Pero sí encontré una casa de campo cubierta de rosas que parecía sacada de una novela de Jane Austen. Tenía agua corriente, chimenea, una cocina AGA, una mecedora en la sala de estar y, gracias al cielo, ningún cadáver pudriéndose arriba ni tampoco abajo.

Era perfecta.

Fui al centro comercial más cercano, comprobé que no había ratas y me lancé a la carga con entusiasmo. Me llevé de todo. Comida, sábanas, almohadas, colchas, mantas, productos de limpieza, ropa, artículos de tocador, golosinas para perro y unas veinte pelotas nuevas para Lucky, libros, revistas, CD y reproductores de CD y DVD de pilas. Como al desencadenarse el 6DM era Navidad, las tiendas estaban llenas de adornos y luces de colores de pilas, y me llevé un buen montón para decorar e iluminar la casita. El Defender estaba tan abarrotado de cosas que tuve que conducir con Lucky sentado en mi regazo, lo cual, ahora que mi barriga empezaba a hincharse, no resultó agradable para ninguno de los dos.

Me pasé la tarde y parte del día siguiente descargando provisiones y trajinando por la casa, y luego me senté en una silla en el jardín de delante, bajo el tenue sol de abril, y sentí que me recorría una oleada de satisfacción. Tenía la impresión de encontrarme en un lugar donde poder establecerme un tiempo.

Por desgracia, me equivocaba.

A la mañana siguiente la cisterna del váter dejó de funcionar y hacia mediodía ya no salía agua del grifo.

Debía haber estado utilizando la que quedaba en los depósitos.

Maldita idiota.

Aún no me decidía a abandonar mi casita de ensueño, así que me dirigí a King's Lynn y fui a la biblioteca central.

No tuve que investigar más que unos diez minutos aproximadamente para comprender que la casa no volvería a disponer de agua corriente y que si quería vivir allí tendría que beber agua embotellada y excavar una fosa de estilo medieval para arrojar los excrementos, o bien convertir algún campo en un vertedero y hacer en él mis necesidades cada día.

Ninguna de estas opciones sonaba particularmente atractiva o práctica, y ambas me producían la sensación de que iba a convertirme en una versión campestre de Susan Palmers.

La lancé sin entusiasmo, pero la pelota rebotó con sorprendente velocidad en el suelo de madera. Lucky la persiguió corriendo, empezó a patinar, se fue contra el expositor situado junto al mostrador de recepción y los folletos de colores que contenía salieron volando en todas direcciones.

—¡Lucky! —lo regañé, levantándome del sillón para recogerlos. Él me dirigió una sonrisa perruna.

Llegué a agacharme para recoger los folletos antes de caer en la cuenta de que nadie iba a venir aquí nunca más. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Entonces lo vi.

**Huya del estrés de la vida moderna.
Disfrute de nuestra ecosfera orgánica
Sin impacto medioambiental.**

Era el folleto de los *hippies* de la Casa Hobbit.

Los maravillosos *hippies* de la Casa Hobbit.

Y resultó que la casa estaba a solo tres kilómetros.

Antes de abandonar la biblioteca, cogí todas las novelas de Marian Keyes y Jilly Cooper que encontré.

Así pues, volví a la casita cubierta de rosas, cargué otra vez en el Defender mis preciosas provisiones, Lucky se sentó de nuevo en mi regazo y salimos hacia la Casa Hobbit.

La cabaña seguía en su sitio, agazapada en medio del claro del bosque, con el río borboteando al lado.

Detuve el coche y me quedé un momento mirándola. No era un lugar marcado por recuerdos

felices, sino por varios finales: el final de mi anterior embarazo, el principio del fin de la relación entre James y yo. No soy especialmente supersticiosa, pero me pregunté si aquello era buena idea.

Por lo visto, Lucky no es nada supersticioso ni propenso a momentos de contemplación, porque mientras yo me entregaba al mío, empezó a ladrar y a arañar la puerta para salir.

Llegué a la conclusión de que su entusiasmo no dejaba de ser una buena señal, a falta de otra.

Me bajé del Defender, caminé con determinación y tiré de la puerta de la Casa Hobbit. No estaba cerrada y, cuando me recibió un olor a carne podrida que revolvió las tripas, lo primero que pensé fue que alguien había escogido aquel agujero como lugar de reposo definitivo. Lucky, hasta el momento dispuesto a corretear y explorar por todas partes, retrocedió rápidamente y se sentó con una expresión de «no pienso entrar ahí». Yo me sentía inclinada a coincidir con él, pero nuestras opciones ahora mismo eran limitadas, así que debía asegurarme de que aquella estaba descartada.

Resultó ser un tejón.

Estaba pudriéndose en un rincón, cubierto de larvas.

Me envolví la cara con un pañuelo, cogí un palo del bosque para recoger los restos y me dispuse a sacarlos de allí.

Los tejones son sorprendentemente grandes y pesados.

Al final tuve que ponerme unos guantes, meterlo a mano en una bolsa de basura y arrastrarla fuera.

Una vez que me libré del tejón, utilicé mis nuevos productos de limpieza para limpiar los restos (deberías agradecerme que no entre en detalles) y luego desinfecté y fregué todo el suelo.

Durante todo este proceso, Lucky me miraba con una repugnancia tan evidente que me acabé hartando y le lancé su pelota al río a propósito. Él fue a recogerla y, al volver, se sacudió el pelaje húmedo sobre mi suelo recién fregado.

Estaba volviéndose un poco descarado.

Pese a toda mi limpieza, la casa aún apestaba a tejón podrido y, no por primera vez, maldije mi asombroso olfato.

Fue el olor de Harry Boyle lo primero que me hizo fijarme en él de nuevo.

Ninguno de los dos había mencionado la pelea del bosque desde que habíamos regresado de la Casa Hobbit. Yo estaba sumida en una gran confusión emocional y deseaba con desesperación que James me consolara y me amara, pero él estaba frío y distante, y esa actitud circunspecta me heló el corazón. Debería haberle buscado yo; debería haberle pedido disculpas y suplicado que volviera a amarme, pero me paralizaba el temor al rechazo. Por la noche, permanecíamos tendidos el uno junto al otro en la cama, procurando no rozarnos siquiera. Por lo demás, ambos buscábamos cualquier excusa para pasar fuera de casa el mayor tiempo posible. Volver al trabajo era una de esas excusas.

El ascensor de la oficina estaba subiendo, y la cortina de niebla de mi depresión descendiendo, cuando Harry Boyle apareció en la cuarta planta y entró en la cabina.

—Tienes un aspecto fatal.

Alcé la vista hacia su rostro ceñudo y me eché a llorar.

Él chasqueó la lengua, masculló algo del tipo «Joder con las mujeres» y luego me atrajo hacia sí y me estrechó entre sus brazos mientras yo derramaba lágrimas teñidas de rímel en su camisa asombrosamente blanca y bien planchada.

Y entonces sucedió.

Lo olí por primera vez.

No su desodorante, ni su champú, ni su loción de afeitar.

Lo olí a él.

No era algo artificial que se hubiera puesto; era su transpiración, su aroma, su fragancia, el olor que lo distinguía.

Era un olor nuevo y refrescante, y no se parecía al de James ni a nada que me recordara a James ni a la triste e insignificante vida que estaba llevando.

Harry olía a dinero, a privilegios y a excitación, a posibilidades inexploradas.

Harry olía a escapatoria.

Principios de mayo de 2024

Tuvieron que pasar como diez días para que el hedor a tejón podrido desapareciera por completo de la Casa Hobbit y, durante ese tiempo, Lucky y yo dormimos en el Defender. Para cuando la peste hubo desaparecido, mi barriga ya era un balón duro y redondo de tamaño mediano y a mí me resultaba extremadamente incómodo dormir en cualquier sitio que no fuese una cama, así que me alegré enormemente de que pudiéramos «mudarnos» de una vez a la casa.

Yo dedicaba el tiempo a limpiar, organizar y amueblar nuestro nuevo hogar. La estufa de leña todavía funcionaba, pero el horno de barro de afuera tenía una gran grieta y no se calentaba adecuadamente por mucha leña que pusieras. Cambié la ropa de cama, las toallas y almohadas, renové toda la cocina y puse alfombras en el suelo y cuadros en las paredes.

El sistema sanitario de fitodepuración funcionaba y la cisterna del váter contaba con un chorro estupendo (a saber lo que haré si algún día se estropea). El agua manaba en abundancia de los grifos, aunque no caliente, y la ducha solar no funcionaba, así que tenía que conformarme con el hervidor para calentar agua. También descubrí que solo había como una hora de electricidad al día, ni de lejos las cinco que el libro de invitados prometía, así que forcé la entrada del cobertizo de almacenamiento al que estaban conectados los paneles solares para ver si averiguaba cuál era el motivo.

Los putos *hippies* mentirosos tenían una conexión con la red eléctrica nacional.

En el cobertizo había un contador de electricidad y unos cables que se hundían en el subsuelo. Obviamente, los paneles solares solo proporcionaban una hora al día y el resto procedía de la compañía eléctrica. Así que había que olvidarse de un buen suministro eléctrico. Pero, en fin, una hora al día era mejor que ninguna, y al menos significaba que no dependía totalmente de las velas para iluminarme por la noche.

Las paredes del cobertizo estaban cubiertas de estantes con todo tipo de utensilios de jardinería y había tres bolsas enormes llenas de leña. No era la «leña ecológica y sostenible» que anunciaban en el folleto; era del centro de jardinería local.

La Casa Hobbit había quedado bastante bonita. Estaba llena de cojines vistosos, alfombras y luces navideñas. Además, yo había cargado en el Defender la mecedora de la casita anterior y me la había traído aquí para ponerla frente a la estufa.

Así que cuando cayó un buen aguacero la primera noche que dormimos en nuestro nuevo hogar, me senté en la mecedora frente a mi estufa, con Lucky roncando a mis pies, y empecé a

aprender a tejer ropita y mantas para mi bebé.

Había superado el primer obstáculo. Le había proporcionado un hogar a mi familia en expansión.

Y en ese momento, aquella noche de lluvia junto al fuego, me permití albergar un destello de esperanza. Empecé a creer que iba a poder hacerlo. Había logrado llegar hasta aquí. Podía dar a luz a mi bebé y criarlo (o criarla) en este paraje desierto, entre los restos del mundo anterior.

Podía trabajar duro y sobrevivir en este nuevo mundo. Estaba segura de que podía y tenía la determinación de hacerlo: construiría una vida para mi bebé y para mí.

Como para mostrar su solidaridad, el bebé le dio una resonante patada a mi barriga. Sonreí. Sí, era capaz.

En otra vida, una que parecía muy lejos ahora, yo había actuado con determinación con Harry Boyle.

Decididamente no iba a tirar por la borda mi amor de diez años con James solo porque Harry oliera bien.

Yo no era tan mala persona.

O al menos pensaba que no era tan mala persona.

Empecé a oler a Harry continuamente: cuando venía a la oficina, después de que hubiera venido, cuando cruzaba el pasillo, cuando acababa de salir del ascensor. Yo incluso notaba si él había estado hablando con alguien o había usado un vaso o una taza en particular. Seguía su rastro de un despacho a otro. Lo buscaba con ansia. No tenía ni idea de lo que podía ser aquel olor, «su» olor, y la intriga casi me estaba volviendo loca. Fui a Selfridges y pedí que me dejaran oler todas las lociones de afeitado. Examiné productos para el pelo, cremas faciales, desodorantes.

No había nada que oliera igual.

Me había vuelto adicta a aquella fragancia, y no podía sentirla más que a través de él.

Sin darme cuenta siquiera, empecé a preocuparme menos de hacer feliz a James y a concentrarme más en mi ropa, en mi pelo y en mi maquillaje, sobre todo cuando sabía que Harry iba a estar en la oficina.

También empecé a pasar por alto su grosería, su expresión ceñuda y sus tacos, y a apreciar en cambio su inteligencia, su manera de tratar igual a todos los miembros del equipo, sin importar qué cargo ocupasen, y su capacidad para inspirar confianza y hacer que la gente se esforzara más. Me gustaba su estatura, la solidez de su físico, que inevitablemente te llamaba la atención cuando hacía acto de presencia, y también su modo de gesticular con las manos mientras hablaba.

Ahora acudía a todas las reuniones a las que sabía que Harry iba a asistir, y empecé a notar que él me observaba durante aquellas.

Aun así, no ocurrió nada. Yo seguía diciéndome a mí misma que no ocurriría nada.

Pero, por supuesto, sí ocurrió.

La primera vez que besé a Harry fue en un precioso día de primavera.

Un día fresco, nuevo y cargado de posibilidades. Me había despertado bañada en una franja reluciente de sol primaveral y mi corazón se había henchido de esperanzas. Decidí proponerle a James que fuéramos a cenar. Estaba dispuesta a actuar con valentía para romper el *impasse* en el que nos hallábamos y ofrecerle una vez más mi corazón. Era primavera y en esta época todo volvía a crecer de nuevo, lo cual quizá podía incluirnos a nosotros también.

Pero al entrar en la cocina descubrí que James se había escapado más temprano para ir al gimnasio antes del trabajo. Me había dejado una nota diciendo que cenaría fuera. El sol se escondió tras una nube y yo lloré mientras me duchaba.

También yo quería escapar, pero ¿adónde?

Cuando terminé mi tercera reunión del día, el sol volvía a brillar en lo alto del cielo. La gente se quitaba los jerséis, los dejaba en el respaldo de la silla y se llevaba sus sándwiches al parque para que el sol del mediodía tostara ligeramente su piel blancuzca de todo el invierno.

Harry se inclinó junto a mi silla.

—Hace un día demasiado soleado para quedarse aquí dentro. Escapemos.

Subimos al autobús fluvial del Támesis, que estaba atestado de oficinistas y de turistas excitados tomando el sol en la cubierta superior y señalando los monumentos más famosos (así como algún hotel de lujo que confundían con un monumento famoso). Reinaban el bullicio y la agitación.

Nosotros no hablábamos.

El bote se cruzó con una corriente y se zarandeó. Harry, que estaba a mi espalda, se sujetó de la barandilla a uno y otro lado de mí. Yo percibía su olor, sentía su peso, aquella presencia sólida y tranquilizadora.

Me giré entre sus brazos y lo miré con los ojos entornados. Él bajó su mirada ceñuda mientras me apartaba el pelo alborotado por el viento.

—Estoy un poco hecha un lío —dije.

Él soltó una risa breve como un ladrido.

—Sí, joder, vaya si lo estás —dijo.

Y entonces me besó.

Finales de mayo de 2024

Pese a mis valientes proclamas anteriores sobre el trabajo duro, la determinación y la supervivencia, no hice nada durante la mayor parte del mes de mayo.

El tiempo era muy cálido, así que me despertaba, me levantaba de la cama, ponía el hervidor, cogía unos cereales y la alternativa a la leche menos asquerosa que podía encontrar, preparaba té, cogía un libro, me instalaba fuera, en una de las tumbonas del jardín, y me pasaba allí la mañana hasta que mi estómago me decía que ya era hora de almorzar. Solo entonces me incorporaba con dificultad de la tumbona, empezaba a rezongar por la falta de pan, productos lácteos y embutidos, y calentaba alguna lata de conservas para el almuerzo. Después volvía a la tumbona para dar cabezadas y leer hasta que llegaba la hora de cenar.

Estaba demasiado perezosa para cocinar algo más elaborado que el contenido de una lata. Me había resignado a vivir sin fruta fresca, verdura, pan y lácteos y, en mi letárgico estado, me parecía demasiado arduo todo lo que supusiera algo más que abrir una lata de alubias y calentarlas en una cazuela.

Sí me molestaba en lavarme, aunque la «ducha de *camping*» que me había agenciado en GO Outdoors (en lo que ya me parecía otra vida) había resultado ser literalmente una bolsa de plástico transparente colgada de un gancho. La bolsa contenía cinco litros de agua, lo cual puede parecer un montón, pero no lo es en absoluto cuando estás tratando de enjuagarte el jabón de la parte inferior de tu cuerpo, que ya no puedes ver fácilmente. También era una mierda para lavarme el pelo, de modo que lo tenía siempre enmarañado, sudado y apestoso, y al final un día cogí las tijeras de la cocina y me lo corté. No solo la coleta, no. Todo. Rapado hasta la nuca. Yo lo notaba corto, puntiagudo y extraño y, por lo que veía en el espejito del baño de la Casa Hobbit, me quedaba bastante guay.

No soportaba ninguna prenda ceñida alrededor de mi barriga y había olvidado (o lo había descartado supersticiosamente) coger prendas para embarazada, así que la mayoría de mi ropa — salvo una túnica, una bata y un par de jerséis enormes — era demasiado pequeña para mi barriga cada vez más prominente. Básicamente, ya no me preocupaba por la ropa; andaba por ahí con unas bragas enormes de abuela que tiraba y reemplazaba por otras nuevas cuando empezaban a oler mal.

Había solo un par de cosas que me tomaba muy en serio y hacía sin falta.

Una era lavarme los dientes. Me cepillaba, me pasaba el hilo dental, usaba un palillo, me

enjuagaba y me lavaba a fondo aquellas joyas esmaltadas hasta dejarlas relucientes. Yo nunca me había cuidado demasiado los dientes hasta entonces. Iba al dentista cada seis meses, me hacía un par de empastes cada dos años, y andaba por la vida dando por supuesto que me iban a durar siempre. Pero, desde que llegó el 6DM, me he tomado el máximo cuidado con mi dentadura. Recuerdo haber visto una noticia sobre el tiempo de demora de los dentistas del Servicio Nacional de Salud donde explicaban que algunas personas habían decidido arrancarse sus propias muelas en lugar de esperar seis meses para que las viera un dentista. En el reportaje entrevistaban a una de las víctimas de esa tortura autoinfligida. Era una mujer, y tenía la mirada perdida y la penosa expresión de alguien que ha experimentado un dolor que ningún ser humano debiera conocer jamás. Aquella mujer había sido derrotada por el contenido de su propia boca; su alegría de vivir había desaparecido junto con sus muelas. Esa es la imagen que veo cada vez que coqueteo con la idea de saltarme mi sesión de limpieza dental, y es la imagen que me impulsa a levantar mi trasero cada vez más abultado de embarazada de la tumbona, el sofá, la cama o la mecedora para ir al baño a cepillarme a fondo los dientes.

La otra cosa que hago sin falta es aplicarme protector solar. No cualquier crema de mierda. Tengo una muy potente, con un índice UV de cinco estrellas, y prácticamente podría visitar la superficie del sol con ella. Se requieren diecisiete minutos para aplicársela bien; en fin, es la mejor protección solar del mercado. Hay enfermedades que no puedo evitar de ningún modo: la hemorragia cerebral, el ataque cardíaco, la apendicitis, la mayoría de los cánceres, la septicemia. Pero del cáncer de piel puedo protegerme y me protegeré. No he llegado tan lejos para dejarme freír como un trozo de beicon bajo el sol todopoderoso.

Tal era mi letargo durante la primera mitad de mayo que ni siquiera jugaba demasiado con Lucky. Él, como yo, parecía satisfecho pasando la mayor parte del tiempo sentado, durmiendo y comiendo. A veces desaparecía en el bosque unas horas y yo lo oía ladrar y corretear detrás de las ardillas. No me inquietaba que desapareciera; siempre volvía. El surtido de comida para perro seca y enlatada que le ponía se lo zampaba entero. También le daba vitaminas para perro, que él detestaba, aunque se las tomaba de todos modos; luego me miraba un buen rato con aire lastimero. Durante el día, si yo estaba en la mecedora, él venía a sentarse sobre mis pies, y si estaba en la tumbona, se repantigaba a mi lado; por la noche, dormía en mi cama. Seguía siendo un compañero divertido, peludo y cariñoso. Yo confiaba en que, cuando llegara el bebé, no se pusiera celoso y lo devorase.

Esto es todo lo que sucedió durante la mayor parte de mayo. Poca cosa.

Yo aún no estaba segura de que pudiera crearme una vida mejor que aquella por mi propia cuenta.

Si me hubieras preguntado diez minutos antes de que Harry me besara si era capaz de tener una aventura, habría respondido que no.

En aquel momento no tenía ni idea de quién era ni de lo que era capaz.

Besar a Harry en el autobús fluvial mientras brillaba el sol y el Támesis rugía en mis oídos fue una experiencia total, una pura sensación de euforia. No había espacio para pensar o razonar. Pero en cuanto paramos, en cuanto me aparté y miré aquellos ojos castaños oscuros, tan distintos

del azul al que estaba acostumbrada, la realidad reapareció brutalmente.

Me asaltó tal oleada de culpa que a punto estuve de caerme por la borda. Supongo que Harry pensó que me sentía abrumada por el beso y que estaba ejecutando un desmayo al viejo estilo. Él me sujetó, pero yo me escabullí de sus brazos.

Aquello no era uno de los ensueños que había tenido durante las reuniones imaginando que besaba a Harry.

Aquello era real.

Me había convertido en una adúltera.

Cinco horas más tarde estaba sentada frente a la mesa de la cocina de mi piso. De nuestro piso. Del piso que había compartido con mi marido.

Ya iba por la mitad de una botella de ginebra, estaba sumida en un gigantesco ataque de pánico y me abrumaba la culpa.

Tenía que contárselo a James. Tenía que explicárselo todo. Me había portado mal, había hecho algo terrible, pero no volvería a hacerlo. Me esforzaría más, conseguiría ser feliz, los dos podíamos llegar a ser felices.

Solo necesitaba que James me dijera que aún me quería, que todavía seguía a mi lado, que él seguiría cuidándome y se encargaría de que todo fuese mejor.

Pasaron dos horas más antes de que James llegara.

Yo estaba en la cocina a oscuras y él se detuvo en el pasillo al verme. La luz del pasillo dejaba su rostro en sombras, pero la silueta de sus hombros caídos me dijo que él seguía cansado de todo aquello, cansado de nosotros.

Cansado de mí.

No, no podía hacerlo.

No sé si fue la ginebra, el pánico o su evidente abatimiento, pero las palabras no me salieron. No podía decírselo.

En lugar de contárselo, fui a la nevera y saqué el bote de nata montada que él había ido reponiendo periódicamente, pero que yo nunca había utilizado.

Quité la tapa, sacudí el bote y, pulsando el botón, me vacié la mitad de su contenido en la boca.

La luz de la nevera me iluminaba la cara: una cara que le suplicaba que comprendiera, que recordara.

Él no se movió en el pasillo, así que no llegué a ver cuál era su expresión. Cuando se decidió a hablar, sin embargo, su voz sonaba llena de tristeza.

—Esa nata está caducada.

Luego se fue al dormitorio a cambiarse.

Ya era demasiado tarde.

Como he dicho, había estado bastante perezosa desde que me había instalado en la Casa Hobbit. Aún esperaba que apareciera alguien y se hiciera cargo de las tareas más pesadas.

No había limpiado realmente ni ordenado a fondo. Me había limitado a recoger lo que usaba para mantener el ambiente decoroso y acogedor y no permitir que cayera en el fétido estado que había acabado adquiriendo la casa de Xav.

Sin la comodidad del reciclaje semanal y de los camiones de basura, tendría que haber buscado un sitio donde tirar mi propia basura, pero de momento la había ido dejando en el cobertizo de la electricidad con el vago propósito de librarme de ella de algún modo cada seis meses (preferiblemente sin tener que visitar un vertedero).

De modo que me llevé una sorpresa cuando abrí una noche la puerta del cobertizo para tirar la bolsa de basura y descubrí que ya no era posible.

En un mes había conseguido llenar todo el cobertizo con cuarenta y dos bolsas negras repletas de desperdicios. Cuarenta y dos. Vale, sí, unas veinte bolsas correspondían a los primeros días, cuando había limpiado la Casa Hobbit y me había librado de todo lo que estaba mohoso o no encajaba para mi gusto en una cabaña de campo. Aun así, era casi una bolsa de basura al día.

Y el olor... Por un instante creí que habían vuelto mis náuseas matinales, pero luego deduje que era mi reacción automática al verme sometida otra vez al hedor de la putrefacción.

Se me había olvidado que había dejado allí al tejón.

Además, sin el cubo de reciclaje que utilizaba normalmente en mi cocina, me había visto obligada a tirar en las bolsas todos los restos de comida, las sobras y las latas vacías sin lavar, así como algún que otro excremento de perro.

Apestaba.

Cargué el Defender con toda la basura, me fui a King's Lynn y me ahorré la visita al vertedero local buscando en una calle cualquiera una casa con la puerta abierta, arrojando todas las bolsas dentro y cerrándola bien cuando hube terminado.

Tenía que hacer algo. Tenía que encontrar un modo de vivir que no generase tantos restos.

Volví a la Casa Hobbit y, por primera vez desde que había llegado, fui a la parte lateral y recorrí el invernadero y el huerto de frutas y verduras para ver si había una zona de compostaje. Si mi madre había instalado una en su reducido jardín suburbano, seguro que los *hippies* también habían podido hacerlo.

Cualquiera habría supuesto que ya me habría dado una vuelta para explorar aquello, considerando que tenía antojos desesperados de comer algo verde. Pero no lo había hecho. Quizá los olvidos del «cerebro de bebé» son reales.

No había zona de compostaje, que yo viera, y el huerto estaba hecho un auténtico desastre. Hierbas, plantas y verduras inidentificables por todas partes. Tallos trepando por las estacas, creciendo salvajemente en los márgenes, abriéndose paso entre las mallas. El invernadero era todavía peor. Apenas se veía nada porque estaba todo infestado de vegetación, y la lámina de plástico rezumaba humedad bajo el calor del mediodía. Una parte de mí menos perezosa pensó en los veranos que había pasado en el jardín con mi madre y en lo decepcionada que se sentiría conmigo por dejar que las cosas se deteriorasen hasta ese punto, así que me agaché y arranqué sin demasiado entusiasmo una de las hierbas más largas.

Salió fácilmente.

En el extremo había una zanahoria.

Diminuta, raquílica, retorcida. Pero una zanahoria.

Me quedé tan pasmada que me senté en el suelo.

Me la comí.

Ni siquiera sacudí la tierra del todo. Era mitad zanahoria, mitad barro lo que me zampé.

Luego arranqué la hierba siguiente, encontré en su extremo otra zanahoria y también me la comí.

La siguiente, y la siguiente, y la siguiente.

Volví a la Casa Hobbit y revolví en el bolso de viaje que había logrado conservar durante los últimos seis meses.

Allí estaban todavía: los guantes de jardinería de mi madre.

Los saqué del bolso y me vi asaltada por el penetrante olor a tierra y a hierba que desprendían. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero, en vez de llorar, me puse los guantes sonriendo.

A mamá le habría encantado esto.

Me pasé el resto del día arrancando como una loca las malas hierbas del huerto y del invernadero.

Este último estaba tan frondoso que apenas podía entrar por la puerta y, una vez dentro, me resultaba imposible distinguir una planta de otra. Habían crecido todas entrelazándose, superponiéndose y alzándose hacia la luz. Yo me abrí paso a duras penas, podando aquí y allá y cogiendo todo lo que pude.

Afuera encontré zanahorias, patatas, unas coles diminutas, ciruelas y grosellas. En el invernadero había judías verdes en cañas, una especie de pepinos diminutos que ahora sé que son calabacines, lechuga, ruibarbo, varios pepinos de verdad, una hilera de puerros a medio crecer, cebollas, dos grandes macetas de tomates y, para mi completa felicidad, tres hileras de frambuesas y un plantel de fresas. La mayoría aún tenía que crecer un poco, pero algunas, como me decía rugiendo mi barriga, podían comerse directamente.

Recogí todo lo que estaba maduro y también más cosas verdes de las que debería haber cogido, y pasé el resto del día en un vértigo refrescante alimentado por las vitaminas. La mayor parte de las cosas me las comí crudas y las demás las puse en una olla y preparé una extraña sopa vegetal. Al regresar de sus correrías por el bosque, Lucky me sorprendió con un reguero de zumo de tomate resbalándome por la barbilla. Yo le serví un cucharón de sopa en un cuenco limpio.

Él no compartió mi entusiasmo. Ni siquiera se acercó a husmearla.

Me avergüenza decir que la saqué directamente de su cuenco y me la tomé.

Al terminar el día tenía la barriga tan inflada de los gases de la fruta y la verdura que el bebé empezó a dar volteretas para encontrar un rincón cómodo donde flotar; yo, por mi parte, andaba todo el rato tirándome pedos y eructos.

Lucky se negó a dormir en la cama esa noche; prefirió quedarse junto a la puerta, listo para escapar si alguno de mis pedos acababa incendiando la cabaña.

Al día siguiente puse a prueba de verdad el sistema de fitodepuración del váter.

El descubrimiento del huerto y el invernadero me impulsó a ponerme en marcha. Mi madre

se habría sentido orgullosa al ver que por fin aplicaba sus lecciones de jardinería a un proyecto de mayores dimensiones que un tiesto.

No obstante, aunque mis dotes para podar fueran pasables, enseguida descubrí que carecía de conocimientos para el cultivo de frutas y verduras y que no sabía cómo cuidar el invernadero y las plantas que crecían allí. Necesitaba información y necesitaba utensilios, así que cogí el coche y me dirigí al centro de jardinería más cercano.

Bueno, la verdad es que me dirigí hacia allí, pero acabó desviándome de mi camino una granja de esas donde puedes recoger tus propias frambuesas; y además, cuando fui a recoger las mías, resultó que también tenían fresas y cerezas. Acabé llenando siete canastillas. Luego, en el trayecto de vuelta, vi también un sitio donde anunciaban judías verdes. «Vale la pena echar un vistazo», pensé. Dos horas y tres bolsas de judías después, el sol empezaba a ponerse y yo me dirigía de vuelta a casa sin haber pasado por un centro de jardinería.

La experiencia de haberme muerto casi de hambre en Escocia seguía muy fresca en mi memoria, de modo que ya había empezado, aunque sin mucho entusiasmo, a almacenar comida enlatada para cuando llegara el invierno. Ahora me di cuenta de que mi huerto y mi visita a las granjas me daban la oportunidad de almacenar también alimentos frescos. Pero, cuando llegué a la Casa Hobbit, comprendí que había un inconveniente: tenía una nevera minúscula y, por lo tanto, un congelador diminuto. Necesitaba otro sistema para conservar todas las cosas que ahora me habían caído en las manos.

Así pues, volví a la biblioteca de King's Lynn para buscar libros sobre conservas y encurtidos, así como un montón de bibliografía de jardinería, para cultivar tus propias frutas y verduras y para aprender a distinguir las plantas comestibles de las venenosas. Después me fui a Wilko y me llevé todo tipo de tarros de conservas, así como pastillas esterilizadoras, vinagre para los encurtidos y azúcar para la mermelada.

La biblioteca resultó ser, además, una mina de oro de información sobre la zona porque había un montón de folletos de granjas donde recoger tú misma la fruta y la verdura, e incluso de una granja de lavanda. Durante los dos días siguientes, hice un *tour* por la región y recogí más fresas y frambuesas, ciruelas, ruibarbo, brócoli, pepinos, judías verdes, patatas y algunas lechugas y verduras de ensalada. Era demasiado pronto para recoger la mayoría de estas cosas, pero, mientras estuvieran lo bastante maduras para consumir, no me importaba que fueran pequeñas e iban directamente a mis bolsas.

Tardé tres días en procesar todo lo que había recogido. Hice conservas de fresas, frambuesas y ciruelas, y preparé mermelada con las sobras. Encurtí los pepinos, aunque no tengo la menor idea de cómo sabrán; supongo que, si me estoy muriendo de hambre, me dará igual. Llené los estantes del cobertizo con mis tarros; las cebollas y las patatas las metí en sacos de arpillera y las dejé en el rincón más oscuro, confiando en que bastara con eso.

Espero que las patatas no se me pudran. Si el prota de *Marte* sobrevive dos años a base de patatas, yo también puedo.

Dos años es mucho tiempo para comer solo patatas.

Diez años es mucho tiempo para estar con una sola persona.

Después de todo ese tiempo, ya te lo sabes todo sobre ella; su olor, su sabor, sus chistes, sus

humores, sus miedos, sus sueños y esperanzas.

Nada de mí era nuevo para James. Nada resultaba excitante.

En cambio, yo era nueva y excitante para Harry Boyle.

Harry no sabía prácticamente nada de mí.

Sabía que era la jefa de Nuevos Negocios de Europa, Oriente Medio y África, que vivía en Londres y estaba casada.

Nada más.

Harry podía haber bromeado diciendo que yo estaba hecha un lío, pero en realidad no sabía que era cierto.

Harry no sabía nada de mi pasado, nada de mis ataques de pánico, de mi depresión y mi aborto. Harry no conocía a Xav o a Ginny, ni tampoco a mis padres.

Harry no sabía que yo prefería un baño a una ducha, que me gustaba dormir en el lado derecho de la cama, que mis pies siempre parecían estar fríos.

James me conocía, lo sabía todo sobre mí, y yo no había logrado hacerle feliz.

Pero sí podía hacer feliz a Harry.

Cuando estaba con Harry era como si los últimos diez años hubieran sido borrados. Como si yo hubiera sido borrada. Ahora podía ser la que quería ser. Podía empezar de cero.

Y esta vez lo haría bien.

Me inventé una persona nueva. Un nuevo yo.

Ahora era una mujer divertida y culta, inteligente, bien informada. Una mujer locuaz con un montón de maravillosas experiencias que contar, tomadas de los recuerdos de las personas que conocía. Muy pocas de esas historias eran reales, pero todas dibujaban las pintorescas experiencias de una vida que Harry creía que yo había tenido la suerte de vivir.

Le presenté una amalgama de personas y personajes. Era literalmente la mujer perfecta. No tenía debilidades ni defectos, solo manías y excentricidades encantadoras.

Rebosaba energía y vitalidad. Por primera vez, parecía una mujer rica de éxito y formaba parte de una pareja rica de éxito.

Harry me llevaba a los mejores bares y restaurantes de la ciudad. Fui al Ritz, al Dorchester, a la Soho House, al Mondrian. Estaba maravillada y encantada ante aquellos lugares y yo por mi parte me mostraba maravillosa y encantadora.

No incluí en mi nuevo personaje nada que pudiera descubrir el pastel y aludir a mi vida real. No hablaba de mi matrimonio fallido, ni de la culpa abrumadora que sentía, ni del pánico constante en el que ahora me veía inmersa.

No le conté a Harry lo exhausta que estaba: exhausta por los subterfugios, exhausta por la cantidad de trabajo que suponía mantenerme guapa y atractiva para él, exhausta de tanto mentir a mi marido, a mi familia y a mis amigos.

Exhausta por el esfuerzo que implicaba intentar ser otra, una mujer perfecta, alguien que no existía.

Una vez más.

Mediados de junio de 2024

Al final fui a aprovisionarme al centro de jardinería local una semana después de lo que había previsto inicialmente.

Era la primera vez que entraba en una tienda desde hacía al menos un mes y me resultó chocante volver a encontrarme de repente en el mundo real. Comprendí que en ese mundo seguiría eternamente siendo Navidad y que todo seguiría decorado eternamente con espumillón y lucecitas para celebrar una festividad que ya no existía. ¿Acaso yo iba a celebrar la Navidad? No estaba segura.

Oí el ruido cuando estaba cargando semillas y utensilios en el Defender.

Mi nuevo mundo está lejos de ser silencioso. Desde luego, no hay coches ni maquinaria ni voces humanas, pero hay un constante murmullo, gorjeo, silbido, zumbido procedente de la infinidad de bichos diminutos que se afanan en sus tareas a mi alrededor. Todo eso, sin embargo, no es más que ruido de fondo. En cambio, cualquier ruido nuevo constituye siempre un *shock*, ya sea el estrépito de una sartén al caer al suelo o el chillido de un animalito que Lucky ha apresado en el bosque.

Este ruido no era intimidante, sino más bien familiar.

Era un cloqueo.

Y luego un chillido.

El corazón me dio un brinco. Me giré en redondo.

Una valla alta me separaba de mi presa.

Me acerqué rápidamente, me puse de puntillas y me asomé al otro lado.

Estaban escuálidas y cubiertas de cicatrices, y habían perdido la mitad de las plumas, pero aún seguían vivas.

Eran gallinas.

Lucky apareció disparado por un lado, como un proyectil peludo de pura potencia y avidez.

—¡NI SE TE OCURRA! —rugí.

Él patinó y se detuvo entre una nube de polvo, lo que habría sido gracioso en otras circunstancias. Pero la situación no tenía ninguna gracia. Yo sabía que él deseaba aquellas gallinas tanto como yo. Alzó la mirada y fingió, lo juro, que no me veía. Pegó la panza al suelo y

empezó a avanzar sinuosamente.

—¡LUCKY! —chillé esta vez, decidida a imponer mi autoridad, aunque para él solo la parte superior de mi cabeza era visible.

Las gallinas estaban enloqueciendo ante la repentina presencia de un perro hambriento y una humana gritona. Habían empezado a correr por todas partes y yo me temía que fueran a caerse muertas del susto.

Bajé un poco la voz y adopté mi tono de «no me cabrees».

—¡Lucky, VUELVE AQUÍ AHORA MISMO! —dije. Y, gracias al cielo, obedeció.

Con un suspiro de alivio, me agaché y lo abracé. Ahora pesaba demasiado para que lo cogiera en brazos (había engordado bastante durante aquellas últimas semanas de reposo), así que lo atraje hacia el Defender con un puñado de galletas y no hice caso de sus aullidos cuando lo encerré allí dentro.

Volví atrás y observé atentamente a mis escuálidas gallinas. Tres eran blancas y una marrón. Había catorce sacos enormes de semillas colocados desde un extremo a otro de la valla. Ya estaban vacíos, pero debían haberlas mantenido hasta ahora.

Yo no sabía nada de gallinas, salvo que los zorros se las comen y que, si quieres que pongan huevos, necesitas un gallo. No había ningún gallo con ellas, así que estas gallinas estaban destinadas a transformarse en mi cena.

Se me empezó a hacer la boca agua. ¡Pollo! Al horno, asado o frito. ¡Pollo! Ni idea de cómo matar y desplumar a una gallina, pero qué importaba. ¡Pollo!

Estaba tan concentrada soñando despierta que apenas escuché el sonido que me arrebató mis fantasías.

Luego se interrumpió.

Sonaba débil, apagado, lejano, pero era inconfundible. El cacareo de un gallo.

Estaba en el umbral de un cobertizo situado en el extremo del campo contiguo. Cuando aparecí, corrió hacia mí con tal entusiasmo que se me olvidó de golpe la diferencia de tamaño que había entre nosotros: me cagué en las patas, eché a correr y cerré la cerca para dejarlo atrapado en el campo.

Él, por supuesto, pasó por debajo de la cerca.

Volví a la biblioteca.

Las gallinas son criaturas muy sociables. Les gusta la compañía y les gustan los humanos.

Eso decía mi libro sobre gallinas y, de hecho, cuando las gallinas se mudaron al corral feo pero útil que les construí al cabo de una semana, ya había podido aprenderlo de primera mano.

Mientras les preparaba su nuevo hogar, fui a verlas cada día al centro de jardinería para alimentarlas y cambiarles el agua. Ellas se apresuraban a rodearme cloqueando y, a los tres días, ya me dejaban que las cogiera y las acariciara. Al terminar la semana, me alegraba mucho de no habérmelas comido.

Pusieron su primer huevo quince días después de trasladarse al corral. No creo que sea capaz de describir el júbilo que sentí al sostener aquel huevo cálido y moteado. Mi cerebro me decía que debía conservarlo, que era un símbolo, que significaba que me estaba adaptando con éxito a este nuevo mundo.

Pero mi barriga decía: «¡A la mierda los símbolos!».

Me lo comí cocido, con sal y pimienta. Estaba realmente delicioso.

Llamé a las gallinas Hetty, Netty, Letty y Betty, y al gallo, Simon.

En realidad, estuve a punto de llamarlo Xav, por su simpatía, su desvalimiento, sus pavoneos y su evidente belleza: incluso aunque le faltaran la mitad de las plumas, te dabas cuenta de que era un guapetón. Pero al final decidí que resultaría demasiado triste acordarme cada día de mi antiguo mejor amigo.

No quiero acordarme de mi mejor amigo cada día, porque al final no fue mi mejor amigo, o al menos yo no fui su mejor amiga. No merecía serlo.

No fui una buena amiga de Xav y de Ginny en los seis meses previos al 6DM.

Los vi muy poco durante esa época, aunque me decía a mí misma que tenía excusas de sobra para no hacerlo.

Ginny estaba muy avanzada en su embarazo. Aún hablábamos regularmente por teléfono y nos enviábamos mensajes casi cada día, pero ahora, cuando la veía en persona, lo que veía era su vientre enorme, y eso me recordaba lo vacía que yo estaba, y que ese vacío ni siquiera Harry podía llenarlo.

Ella, desde luego, reaccionó maravillosamente y ni siquiera aludió a mi clamorosa ausencia en su fiesta premamá.

Yo no me merecía esa actitud maravillosa.

Xav resultaba más difícil de evitar e ignorar. Él aún no había recaído tras su última rehabilitación y estaba haciendo intentos heroicos para recomponer nuestra amistad. No sé si fui cruel con él porque pensaba que lo merecía o porque así me resultaba más fácil no verle.

Pero fui cruel con él. Mucho.

No es que lo ignorase o me negara a verle. Lo veía con cierta frecuencia. Pero yo lo mantenía a raya. Lo mantenía fuera de mi vida, fuera de mi familia; me negaba a permitir que mis padres lo invitaran en Navidad o en los cumpleaños. Cuando nos veíamos, solo hablaba de trabajo, noticias, películas y grupos musicales: nada serio, nada profundo, nada sobre mí. Me negaba a abrirle la puerta de nuevo. No quería perdonarle.

Creo que mi negativa a volver a quererle lo destrozó. Yo era su familia, y lo rechazaba. Ahora Xav estaba más callado, más encogido, casi parecía más pequeño. Ya no se reía conmigo, no me explicaba su última conquista o alguna historia divertida de su gimnasio. Él me hacía preguntas serias, intentaba sacarme información, trataba de cogerme la mano. Y sus ojos me suplicaban todo el rato que le perdonara, que le permitiera entrar otra vez en mi corazón.

Pero yo no se lo permití.

Y me odio a mí misma por ello.

James no llegó a saber que yo estaba viendo menos a Xav y a Ginny.

Creía que los veía al menos un par de veces a la semana, y algunas semanas incluso más.

Esos eran los momentos que pasaba con Harry.

Usaba a mis mejores amigos como tapadera de mi aventura.

Yo fingía que acompañaba a Xav a las sesiones de terapia para intentar rehacer nuestra amistad. Pero no era así.

También fingí que había ido a la fiesta premamá de Ginny. Y no lo había hecho.

Lo que hice fue pasar la tarde emborrachándome con Harry.
James creía que yo estaba demostrando valentía y fortaleza, que era una buena amiga.
Resultó que James no me conocía tan bien, al fin y al cabo.

Julio de 2024

A mediados de julio, ahora que ya tenía una pequeña granja floreciente, mis días de holgazanear habían concluido.

La jornada daba comienzo después del alba, cuando oía cacarear a Simon.

Yo le había construido un cobertizo especial y un corral (una madriguera de conejo rodeada de tela metálica), pero él tenía una tendencia irrefrenable a salir, así que al final lo dejé suelto. Algunas mañanas cacareaba desde bastante lejos y yo me permitía el lujo de no hacerle caso un rato. Pero la mayoría de las mañanas se plantaba justo frente a la puerta y, si hacía demasiado calor para dejarla cerrada por la noche, entraba en la Casa Hobbit y cacareaba desde el pie de la cama.

Una vez que me levantaba, Simon se pavoneaba por dentro de la casa y me empujaba en las piernas con la cabeza hasta que le daba algo de comer para que se callara. Las gallinas se lo comen prácticamente todo, de modo que despachaban buena parte de mis sobras. (Todavía tengo la esperanza de encontrar en algún momento un cerdo extraviado, así podré darle de comer los restos menos apetitosos). Aunque a regañadientes, agradecía al cielo las agonías que había pasado para aprender a encender una hoguera en Escocia, porque ahora podía tener en marcha el fuego de la estufa, con el hervidor suspendido encima, a los diez minutos de levantarme de la cama. Después me vestía (la mayor parte del tiempo con unas bragas y una camiseta navideña enorme del centro de jardinería) y salía a ver cómo estaban las chicas. Las plumas estaban volviendo a crecerles y habían logrado ganar una cantidad asombrosa de peso en el mes que llevaban conmigo. También ellas querían un poco de cariño y atención, así que me sentaba a su lado mientras desayunaban; ellas me picoteaban y yo las acariciaba. Me gustaba que me necesitaran.

La mayoría de las mañanas, Lucky aún roncaba cuando yo volvía adentro, después de alimentar a las chicas, porque él es un perezoso y tiene una capacidad sorprendente para ignorar los cacareos de Simon. Como una madre tratando de despertar a un adolescente soñoliento, yo armaba estrépito por la casa hasta que él se dignaba levantarse y comerse el desayuno que le había preparado. Si no llovía, yo desayunaba fuera: o bien cereales, o bien una fajita con jamón.

Finalmente había averiguado cómo hacerme mi propio pan. A principios de junio, descubrí que en el pasillo de pan plano del supermercado había paquetes aún no caducados, así que los abrí con los dientes, me senté en el suelo y me zampé dos bolsas enteras. Una auténtica delicia.

Entonces caí en la cuenta de que yo me había limitado a pensar en el restringido surtido de panes que solía consumir tradicionalmente; sin embargo, ¿acaso no había panes que no requieran un horno para su elaboración? Volví a la biblioteca. Una semana y un montón de pruebas después, había descubierto que podía preparar una fajita muy sabrosa, un *batbout* bastante bueno (un pan marroquí inflado), una pita pasable y un *nacm* ligeramente pastoso. Todavía había otros que podía preparar en una sartén —pan de maíz y bollos, por ejemplo—, pero esos requieren mantequilla y leche, así que no entran de momento en mi menú. ¡Aunque no me quejo! Me conformo con poder elegir entre varios tipos.

De hecho, estoy bastante contenta con mi dieta en general. Bueno, a ver si me entiendes: todavía echo mucho de menos la carne y los lácteos, pero, junto con el pan, en el mes de junio hice otro descubrimiento que se ha convertido en mi siguiente tarea diaria después de las gallinas: la pesca.

El río que pasa por detrás de la Casa Hobbit está repleto de peces pequeños y medianos. Llovió muchísimo a finales de junio y la corriente casi se desbordaba. Un par de días después, el sol había vuelto a salir y yo estaba sentada en la orilla, con mis pies hinchados sumergidos en el agua, cuando un pez saltó de repente y aterrizó a mi lado sobre la hierba.

Contuve no sé cómo mi reacción natural, que habría sido levantarme y pegar un grito, y lo que hice fue agarrarlo por la cola y machacarle la cabeza sobre las piedras. Voló la sangre por todas partes y el pez se quedó flácido.

Después, antes de dejarme consumir por la culpa, lo llevé a la casa, le corté la cabeza, lo abrí por la mitad y lo freí en una sartén.

Me lo comí entero, con espinas y todo. No tenía ni la menor idea de qué clase de pez era, pero solo después de habérmelo zampado me detuve a pensar con inquietud si no sería de un tipo que no conviene comer. No obstante, cuando me desperté a la mañana siguiente y comprobé que seguía viva, me subí al Defender, fui al centro de jardinería y me agencié unas redes.

Gracias a vosotros, tripulantes de mis barcos, por haberme enseñado los rudimentos de la pesca con red.

Necesité varios intentos para aparejar una buena red. Al final, construí una especie de bolsa con una ancha abertura en un extremo. La ato a una estaca, le engancho detrás un trozo de fajita y la dejo flotando durante toda la noche confiando en que haya suerte. No es un sistema ideal y no siempre funciona. Algunas mañanas no hay nada; otras, encuentro peces demasiado pequeños para comerlos; y si llueve por la noche, al salir descubro que la bolsa se ha soltado de la estaca y se ha alejado flotando, a veces sin que pueda recuperarla.

Ahora ya casi no me estremezco cuando los mato. Tengo dos piedras grandes en la orilla del río. Los extiendo sobre una de ellas y les aplastó la cabeza con la otra. Al terminar, lavo la sangre de las piedras. Los peces son bastante pequeños, de manera que hacen falta tres o cuatro para tener un buen plato. Pero si consigo sacar un buen botín —cinco peces o más—, procuraré conservar el resto. Estoy haciendo pruebas poniéndolos en salazón y dejándolos en el cobertizo. No estoy segura de que vaya a funcionar, pero el cobertizo aún no ha empezado a apestar a pescado podrido, así que conservo la esperanza.

Una vez que he revisado la red de pesca, voy al huerto de frutas y verduras y al invernadero. Cada vez me resulta más difícil cavar y arrancar malas hierbas a fondo; me limito a recoger lo que está maduro y a arrancar alguna hierba aquí y allá. Ahora mismo consumo básicamente las

cosas frescas y me guardo los tarros de conservas para el invierno. El arroz, la pasta, la harina, los aceites, las latas y muchas salsas aún se pueden consumir y yo supongo que durarán siempre, pero todo lo demás o está caducado o poco le falta. La leche, la mantequilla, el queso, los yogures, las carnes y los embutidos están pasados de fecha desde hace meses. Y el chocolate, las galletas, las patatas fritas, los pasteles, el pan envasado, los frutos secos, los cereales, los refrescos e incluso el té y el café están caducados o a punto de caducar.

No obstante, estoy descubriendo que las normas de consumo de alimentos son bastante elásticas en el nuevo mundo. Por ejemplo, las patatas fritas están revenidas y repugnantes, pero los productos a base de maíz como los bocaditos con sabor a queso o las fajitas suelen conservarse bien: quizá algo gomosas, pero sin duda comestibles. Lo mismo pasa con las galletas. Las bañadas en chocolate están malas probablemente, pero las digestivas y las mantecadas... todavía están deliciosas. Mientras algo no huele mal, yo doy un mordisquito a ver. Mis parámetros sobre lo que es y no es comestible se han ampliado considerablemente. Una zanahoria que antes habría encontrado fea, manchada o incluso fláccida para comérmela ahora va directa a la olla con las demás. Con piel y todo. Estoy demasiado hambrienta para desperdiciar nada.

Cuando he acabado de revisar el huerto, el sol suele estar alto en el cielo y yo estoy sudada y hecha polvo. De modo que, si tengo ánimos, me doy el gustazo de meterme en el río, que está helado de entrada, pero resulta refrescante a los cinco minutos. Normalmente Lucky se lanza en tromba a mi lado en cuanto descubre dónde estoy, y luego Simon se acerca y deambula por la orilla cloqueando.

Una familia feliz.

Para almorzar como sobras o lo que resulte más fácil, porque a estas alturas empiezo a flaquear seriamente. Me lo zampo y luego me quedo dormida.

No sé cuánto tiempo duermo ni cuándo me levanto, porque ya no tengo reloj ni teléfono. Ahora me levanto con Simon y me voy a dormir cuando oscurece o cuando estoy cansada.

El resto de la tarde lo paso haciendo las tareas más urgentes. Hago inventario de las reservas de comida o de las conservas de fruta y verdura, recojo palitos y ramas caídas para la estufa, intento hacerle el mantenimiento al Defender siguiendo uno de los muchos libros sobre mecánica que tengo ahora, me lavo la ropa en el río empleando detergente ecológico, planto semillas en el invernadero, trepo trabajosamente por la escalera e intento tapar los agujeros del techo de paja, por donde han empezado a caer gotas de lluvia, limpio los corrales y reparo la cerca de alambre, reviso y vuelvo a atar mis redes de pesca; en fin, hago algunas de las muchas cosas que siempre parecen necesarias simplemente para poder sobrevivir.

Cuando ya empieza a oscurecer, repongo el cebo en las redes, vuelvo a darles de comer a las chicas e intento atrapar a Simon para encerrarlo en su corral, aun a sabiendas de que saldrá de nuevo en cuanto me dé la vuelta.

Algunas noches, vuelvo a entrar en casa, me preparo una cena deliciosa a base de pescado, patatas y verduras, seguida de un pudín de compota de fruta. Miro un DVD o leo junto al fuego, me cepillo los dientes, me lavo la cara y me aplico crema hidratante, me pongo un pijama limpio y me acuesto. Otras noches, me como una bolsa de bocaditos y me meto en la cama con las bragas sucias.

He empezado a soñar de nuevo.

Antes del 6DM, no había soñado durante años; o al menos yo no lo recordaba por la mañana.

Pero ahora he empezado a soñar otra vez. Sueños vividos y tangibles que resultan tan reales que me llevo una decepción al despertarme y comprobar que no son ciertos. Sueño que estoy sentada en la mecedora dándole el pecho a mi bebé. Que mi bebé está aprendiendo a andar a gatas por la hierba de la orilla del río. Que mi bebé le tira una pelota a Lucky. Que mi bebé se duerme dulcemente en mis brazos mientras yo le canto todas las canciones que se han escrito y se escribirán o recordarán en este mundo.

Nunca le veo la cara a mi bebé, solo percibo su silueta, su peso, su olor.

Procuro no mirar todo esto como un mal presagio.

Agosto de 2024

Estamos a mediados de verano y tengo una barriga cada vez más prominente y una familia en progresivo crecimiento.

La vida ahora es casi idílica, sobre todo en comparación con las cosas sobre las que he venido escribiendo.

He dejado de luchar con la tristeza, la adicción o la idea del suicidio. Parezco satisfecha, ocupada y productiva.

Y así es.

En gran parte.

Estoy ocupada porque no me queda más remedio. Cuidar a las gallinas, encargarme del huerto, pescar, mantener en buen estado la Casa Hobbit, preparar conservas para el futuro... son tareas que dan muchísimo trabajo y, como ahora me estoy poniendo muy muy gorda, lo hago todo muy despacio.

Pero con frecuencia me sorprende preguntándome si no será que me «hago la ocupada» para distraerme de la verdad, o sea, de que, aun estando embarazada, nada ha cambiado.

Sigo estando sola.

Tengo alrededor un escenario idílico, es cierto, y yo y mi reducida pseudofamilia renqueamos felizmente a lo largo de cada jornada, pero sigo acostándome todas las noches sin haber hablado con otra persona.

¿O no es así?

Porque, cada noche, cuando me estoy adormilando, recorro con las manos mi barriga cada vez más abultada y le susurro a la persona que está creciendo dentro. Le hablo de mi vida anterior, de la gente a la que quería, de mis amigos y mi familia, del mundo en el que vivíamos. Me alivia y me complace que ahora pueda hacer esto sin llorar, que pueda hablar de la huella que han dejado mis seres queridos con profunda emoción, pero no necesariamente con un profundo dolor.

Formulo entre susurros secretas esperanzas que ni siquiera yo me atrevo a acariciar plenamente: sueños y secretos relacionados con nuestro futuro. Que mi bebé llegue sin problemas y que acabemos encontrando a otros supervivientes. Que nosotros no seamos los únicos que quedan.

Reconozco entre susurros que le debo la vida a mi bebé y que, a cambio, yo voy a darle la

vida y voy a hacer todo lo posible para que sea una vida feliz.

Cuando las oleadas de tristeza amenazan con envolverme, cosa que aún sucede, me tumbo junto al río y contemplo este cielo azul, sin nubes y sin aviones, y noto cómo mi bebé reacciona ante mis manos inquisitivas y comprendo con toda claridad que ahora ya no se trata de mí, sino de mucho más.

Y, sin embargo, pese al amor cada vez más grande que siento por la persona que llevo dentro de mí, no me estoy preparando de ningún modo para la llegada del bebé.

No he hecho nada ni me he agenciado nada. Ni moisés, ni ropa, ni pañales, ni toallitas, ni biberones, ni cochecito, ni muñecos, ni tampoco nada para bañarlo, alimentarlo y hacerle eructar. No he leído ningún libro, ni mirado ningún DVD ni escuchado nada relacionado con el parto o los bebés.

Cuando estaba intentando quedarme embarazada en mi vida anterior, no miré ni leí nada sobre el tema por pura superstición. Así que no he visto ninguna de esas series de televisión, ni *Un bebé por minuto* ni *Llama a la comadrona*. Lo único que recuerdo haber visto de este género es la escena de *Lío embarazoso* en la que Katherine Heigl da a luz, y la vi hace unos quince años y solamente recuerdo un montón de gritos, lo cual no resulta especialmente instructivo.

Ginny dio a luz a Radley con una cesárea, y lo único que me dijo sobre el proceso fue que se alegraba de que le hubieran dado un montón de fármacos y que era importante beber mucha agua después para no sufrir estreñimiento. No me explicó por qué y yo me abstuve de preguntar por educación.

Aún no me he puesto a pensar dónde y cómo voy a tener el bebé. Quiero decir, obviamente no puedo ir al hospital, así que mi idea es tenerlo en la Casa Hobbit, pero me doy cuenta de que necesitaré otras cosas aparte de toallas y agua caliente.

Pero ¿dónde voy a encontrar esas cosas? No pienso correr el riesgo de ir a un hospital para conseguirlas, desde luego, pero ¿las tendrán en un consultorio médico? ¿Y qué cosas necesito exactamente?

He introducido cambios importantes en mi vida y en mi propia persona. Me he responsabilizado de mí misma, del bebé y de mis animales. He encontrado un hogar para nosotros, así como comida, agua y seguridad. Estoy aceptando lentamente mi pasado y empezando a creer que puedo tener un futuro. Ahora bien, el trastorno y la incertidumbre de dar a luz y tener un bebé diminuto en este mundo sin que haya nada normal y reconocible en él..., no estoy segura de poder afrontarlos.

Todavía tengo la sensación de que es demasiado para pensarlo siquiera.

Más bien lo dejo para mañana, o para pasado mañana.

Yo quizá había decidido ignorar por un tiempo el parto inminente, pero mi bebé tenía otros planes.

No sentí dolor, ni calambres ni una disminución de movimientos en la barriga. Era una mañana normal; me había levantado como de costumbre y había ido a hacer pis antes de salir a dar de comer a las chicas.

Tenía sangre en las bragas.

Solo una mancha.

Una mancha de sangre roja y reluciente.

Estaba casi demasiado asustada para atreverme a limpiarme entre las piernas. Me daba miedo descubrir que algo iba mal.

Cuando al fin me limpié, vi otra mancha en el papel.

Me fui directa al fregadero y me bebí un vaso de agua helada: mi probada técnica para que el bebé se moviera. Noté un golpe perezoso en un lado del vientre y casi lloré de alivio.

Volví a la cama y permanecí allí tendida durante más o menos una hora.

Le pegué un grito a Lucky cuando intentó subirse a la cama conmigo.

La siguiente vez que fui al baño, tenía otra mancha; y al cabo de una hora aproximada, otra más.

Bebí más agua y noté más patadas, pero el corazón todavía se me salía del pecho.

Estaba embarazada de nueve meses, ya me quedaba muy poco. Oh, Dios, no me quites esto ahora, por favor.

Con toda la cantidad de agua que había bebido, el bebé no dejaba de retorcerse, de darme patadas y pinchazos en la barriga y en la espalda. Nunca me he alegrado tanto de sentir esos movimientos.

Al llegar el atardecer, el sangrado se había detenido, pero yo me quedé en la cama también al día siguiente para asegurarme.

Cuando me levanté por fin, empecé a moverme despacio y con cautela, y siempre que podía hacía sentada mis tareas.

Había sido una advertencia.

Aquello era real.

Iba a tener un bebé.

Tal vez me muriera al dar a luz; tal vez me muriera después de dar a luz. Pero el bebé estaba llegando, y no hacer ningún caso no iba a impedir que me pusiera de parto.

Fui a hacer compras para el bebé.

No voy a aburrirte entrando en detalles sobre la disparatada cantidad de cosas que me agencié, pero, tal vez por haberlo postergado tanto, me pasé de la raya y me llevé demasiadas.

Con gran esfuerzo, he tenido que bajar el colchón del altillo a la habitación principal (las escaleras del altillo empezaban a resultarme un poco estrechas, de todos modos) y he almacenado todas mis adquisiciones allá arriba.

Caben a duras penas.

Pero lo más sorprendente de mi expedición de compras no fue la enorme cantidad de chorradas que me traje y que jamás utilizaré; no, lo sorprendente fui yo misma.

No me había visto en un espejo de cuerpo entero desde, no sé, desde que soy capaz de recordar.

No me había visto embarazada.

Estoy inmensa.

Llevaba una camisa navideña para hombre divertida, de la talla XXXL, que encontré en el centro de jardinería, y los botones de delante estaban a reventar. Como de costumbre, no me

había molestado en ponerme unos pantalones.

Fascinada por mi barriga descomunal, me quité la camisa. Da la impresión de que la piel podría desgarrarse en cualquier momento; está tensada al máximo, completamente abultada y lista para explotar. Cuando el bebé se mueve, se ve desde fuera con toda claridad; mi estómago se ondula de un modo curiosamente parecido al de la famosa escena de *Alien*.

En contraste, el resto de mi cuerpo está delgado. Mucho más que nunca. No esquelético; simplemente desprovisto de la capa de grasa que mi querida comida procesada me ha puesto siempre sobre los huesos. Y pese a mi juicioso uso de protector solar, estoy bronceada. Profundamente bronceada. También estoy peluda. Ya no me molesto en depilarme, así que el vello de las axilas lo tengo frondoso, largo y sedoso. El vello de mis piernas parece haberse estancado en unos dos centímetros y viene a ser como un pelaje rubio que me las recubre.

En cuanto al pelo de mi cabeza, todavía corto y esquilado en plan casero, es de un marrón arratonado con vetas grises y rubias. Me acerqué más al espejo. Tengo la cara llena de pecas y unas líneas de expresión blanqueadas en las comisuras de los ojos. Mis ojos se ven despejados, brillantes y alegres.

Parezco feliz.

Quizá soy feliz.

Nada en mi aspecto delata que soy la última persona viva en la Tierra, que estoy a punto de dar a luz a un bebé yo sola, en los bosques de Norfolk.

Si no me conociera, diría que soy una persona feliz y satisfecha.

Creo que quizá me estoy convirtiendo por fin en una persona feliz y satisfecha.

Ha habido otros momentos en mi vida en los que he pensado que estaba feliz y satisfecha. Cuando James y yo empezamos a salir, cuando nos fuimos a vivir juntos, cuando nos casamos, cuando me quedé embarazada la otra vez.

Hubo incluso un momento en el que pensé que llegaría a estar feliz y satisfecha con Harry, que él habría de ser el hombre que llenaría mi vida.

Pero entonces Ginny dio a luz, y tres semanas después vi a Radley por primera vez.

Ginny estaba de baja de maternidad, así que quedamos para almorzar entre semana. Solo estábamos nosotras y Radley.

Hacía un precioso día de finales de verano y nos sentamos fuera, a la sombra.

Cuando Ginny llegó, parecía un torbellino de contradicciones. Tres semanas después del parto, estaba agotada y feliz, llorosa y eufórica, aún decaída y arrastrando los pies por la cesárea y, a la vez, flotando en el aire. No llevaba maquillaje, no había ido a la peluquería desde hacía semanas, tenía las uñas irregulares y la leche del pecho le había traspasado el sujetador y manchado el vestido, pero estaba absolutamente radiante.

A mí acababan de modelarme el pelo con secador, lucía una manicura perfecta, estaba completamente maquillada y llevaba un vestido nuevo de Zara. Lista para ver más tarde a Harry. Al lado de Ginny, sin embargo, me sentí gris y ojerosa.

Ella apareció de improviso en un revuelo de cochecito, bolsas y bebé. Radley estaba llorando.

—Está muerta de hambre, pero si no voy a hacer primero un pis, me lo haré encima. Toma, cógela un momento.

Y poniéndome en los brazos un bulto de mantas que no dejaba de soltar chillidos, desapareció.

Bajé la mirada.

Una cara diminuta y airada, con los ojos apretados de rabia, asomaba entre las mantas. El griterío era espantoso, y la gente empezaba a volver la cabeza.

Yo no sabía qué hacer. La intenté apaciguar, la mecí, me la puse torpemente sobre el hombro. Los berridos aumentaron.

Desesperada, metí el nudillo del dedo índice en aquella boca chillona tal como había visto hacer a la gente en la tele. El efecto fue instantáneo.

La bebé se calló y empezó a succionarme el dedo.

Todo su cuerpo se relajó, su carita contraída se aflojó, sus piernas dejaron de patalear. Entonces abrió sus ojitos y me miró.

Dos lagos profundos de color marrón oscuro se alzaron hacia mí... y la bebé me vio.

Me vio realmente.

Contuve el aliento, esperando otro berrido.

Pero ella sonrió. Otros dirían quizá que eran gases, pero yo sé que era una sonrisa.

Y así, sin más ni más, supe que yo nunca estaría feliz y satisfecha con Harry.

Estaba fingiendo una vez más: fingiendo ante Harry, fingiendo que yo era la persona que él deseaba, la que iba a hacerle feliz. Todavía peor: fingiendo ante mí misma. Yo no era feliz, yo no era esa, yo no era...

—¡Eh! Hola.

Alguien me arrancó de mis pensamientos y me devolvió al mundo real. Alcé la mirada.

Era James, sonriéndome.

Por primera vez desde hacía meses.

—Hola —dije—. ¿Qué haces aquí? Creía que estabas trabajando.

Él no me sonreía a mí. Sonreía a Radley.

—Me han anulado la reunión a última hora y, como aún no había visto a la criatura, he pensado que me pasaría a ver si todavía seguíais aquí. Es preciosa.

Risas. Ginny había vuelto. Cogió en brazos a Radley.

—¡Ya lo creo que sí! Toma, ¿quieres cogerla?

Ginny se la pasó a James. Él tenía tres sobrinas, así que estaba mucho más habituado a los recién nacidos que yo. Sujetó a Radley y empezó a acunarla de un lado para otro como hace automáticamente la gente que sabe consolar a un bebé.

—¡Qué mano tienes! —comentó Ginny, sonriendo.

Luego se volvió hacia mí.

—Tú tampoco lo has hecho tan mal para ser tu primera vez.

Mierda.

Yo le había dicho a James la semana anterior, cuando había salido con Harry, que había ido a ver a Ginny y a Radley.

Él dejó de acunar a la niña.

—Creía que me dijiste que fuiste a verla la semana pasada.

Me quedé en blanco. Miré a Ginny, con los ojos desorbitados de pánico.

Radley empezó a llorar de nuevo y Ginny la volvió a sujetar con mucha calma.

—¡Claro que vino! Pero Radley estaba completamente dormida y no me gusta molestarla cuando está durmiendo, porque no vayas a creer que sucede muy a menudo.

Ginny se rio y James también. Yo hice un esfuerzo para que el corazón no se me saliera del pecho.

—Bueno, voy a pedir las bebidas.

James se fue al bar. Ginny empezó a darle el pecho a la niña.

Me miró un momento.

—¿Hay alguien más?

Asentí de modo casi imperceptible. No me atrevía a decir nada porque entonces quizá me saldría todo a borbotones.

—No eres feliz con James.

Era una afirmación, no una pregunta.

Ginny bajó los ojos hacia Radley un momento y luego me miró fijamente.

—A veces no importa con quién estés, si tú no eres feliz contigo misma.

Me sostuvo la mirada hasta que se me llenaron los ojos de lágrimas y tuve que bajarlos hacia mis manos.

Intenté bromear.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

Ginny sonrió mirando de nuevo a Radley.

—Vienen con un manual.

Extendió el brazo por encima de la mesa y me cogió la mano.

Entonces reapareció James con las bebidas.

Yo no era entonces una persona feliz y satisfecha y tampoco lo soy ahora.

Estoy jodida.

Acabo de leerme...

El mejor parto. Guía definitiva para dar a la luz: el parto en casa y en el hospital.

El libro del nacimiento positivo. Un nuevo enfoque del embarazo, el parto y las primeras semanas.

Tu bebé, tu parto. Técnicas de hipn parto para cada nacimiento.

Parto apacible, maternidad apacible. La sabiduría y la ciencia de un enfoque apacible del embarazo, el parto y la crianza.

Tu embarazo semana a semana. Qué esperar desde la concepción hasta el parto.

Feliz nacimiento: cómo tener el mejor embarazo y parto posible.

... Y me doy cuenta de que estoy completamente jodida.

Esto no es para mí. Yo no soy una mujer apacible, positiva o relajada.

Soy propensa al llanto y al pánico, y las situaciones nuevas me resultan muy perturbadoras.

No soporto demasiado la sangre. La semana pasada me pasé dos días en la cama por una manchita roja. Si la regla me viene muy fuerte, soy capaz de desfallecer.

No se me da bien hacer planes, pero, por otro lado, tampoco estoy dispuesta a aceptar las

cosas como vengan. Hace tres días, casi me dio un ataque de pánico porque creí que se me había acabado la sal.

No soy capaz de afrontar el dolor yo sola. Una vez me torcí el tobillo y no pude andar durante una semana: James tuvo que llevarme en brazos al baño durante los dos primeros días.

No soy calmada ni mesurada. El primer mes tras el inicio del 6DM lo malgasté colocándome y no buscando a otros supervivientes.

¡NO QUIERO DAR A LUZ SIN FÁRMACOS! Pasé borracha o colocada los tres primeros meses en los que este bebé estuvo dentro de mí, así que me parecería justo encontrarme en el mismo estado cuando salga de mi interior.

¿Sabes lo que es una episiotomía? Si no lo sabes, no te molestes en averiguarlo, hazme caso.

Yo sí sé lo que es una episiotomía. Sé que es necesaria con frecuencia, cuando la cabeza del bebé queda atascada. He visto todos los gráficos y los detalles sangrientos de esta práctica, que normalmente realiza un profesional adiestrado tras administrarle fármacos a la parturienta para evitarle el dolor de la incisión.

Yo no dispongo de un profesional adiestrado. Tampoco de fármacos para aplacar el dolor. Ni siquiera de un cuchillo afilado con el que realizar la episiotomía, si es necesario.

Puede ser muy bien que tenga que cortar el tramo de carne que hay entre mi vagina y mi ano con un cuchillo vulgar y corriente, sin poder colocarme con nada más fuerte que una tableta de paracetamol.

Ni siquiera sé si puedo tomar paracetamol.

Me siento como la protagonista de un anuncio de abstinencia sexual para adolescentes norteamericanas de secundaria. Tuve relaciones sexuales y ahora debo afrontar las consecuencias, que consistirán en desgarrar mi vagina sin anestesia.

No. Lo siento. No lo voy a hacer.

El bebé tendrá que quedarse en mi barriga.

Los promotores del anuncio de abstinencia se habrían sentido muy orgullosos de mí, porque yo no tuve sexo con Harry. Nunca durante todo el tiempo que nos estuvimos viendo.

Lo deseaba. Hubo múltiples ocasiones en las que lo deseé de verdad. Con frecuencia terminábamos en la cama haciendo «de todo, salvo eso», y me consta que un abogado encontraría poca diferencia entre que fuesen sus dedos o su pene lo que estuviera dentro de mí.

Pero para mí sí había una diferencia.

Cada vez que trataba de imaginarme a mí misma teniendo sexo con Harry, me acordaba de cuando habíamos tenido sexo con James en la Soho Farmhouse.

Con James, allí, no había sido solo sexo. Había sido un acto físico y emocional, algo tan integral que yo sentía que mi mente, mi corazón y mi cuerpo experimentaban el orgasmo al mismo tiempo. Había descubierto que había una diferencia entre el sexo normal y el sexo con alguien a quien amabas; ambos podían terminar en un orgasmo, pero solo en un caso se terminaba en una satisfacción total.

Con Harry habría sido sexo normal. Yo no le amaba.

Él nunca me forzó. Ni una sola vez. Nunca me hizo sentir incómoda ni tampoco que le debía algo por todos aquellos sitios a los que me llevaba, por el dinero que se gastaba conmigo.

Yo me decía que el sexo probablemente lo obtenía por otro lado y que, por lo tanto, no le importaba demasiado.

Pero ahora pienso que la explicación es que Harry era realmente una buena persona y que estaba dispuesto a esperar a que llegase el momento adecuado para ambos.

Es uno de los muchos detalles que demuestran que Harry Boyle resultó ser una persona mucho mejor que yo.

Conocer a Radley fue el principio del fin de mi relación con Harry.

Una bebé diminuta.

Una bebé diminuta que sabía, por puro instinto, que ella podía ser lo que quisiera y hacer lo que quisiera y que, aun así, el mundo seguiría girando a su alrededor. Ella no iba a fingir. Si estaba triste, lloraría; si tenía hambre, berrearía hasta que le dieran de comer; si estaba cansada, dormiría; si se sentía feliz, sonreiría. Ella hacía que todo pareciera muy sencillo.

Para cuando la primera víctima del 6DM empezó a estornudar en Andover, yo llevaba seis meses viendo a Harry, y las grietas en aquella nueva versión de mí misma tan cuidadosamente maquillada empezaban a hacerse patentes.

El esfuerzo que implicaba seguir siendo el ideal de Harry resultaba extenuante. Empecé a abandonarme poco a poco. Ya no me depilaba a la cera ni me modelaba el pelo cada semana. Ya no me repasaba cuidadosamente los labios antes de cada reunión a la que asistíamos los dos; ya no llevaba un tanga de encaje en el bolso para cambiarme mis cómodas bragas de Marks and Spencer cuando quedábamos después del trabajo.

Estaba destrozada mentalmente de tanto ocultar quién era realmente. Yo deseaba hablar de algo real, de la envidia que Ginny me daba, de lo mucho que echaba de menos a Xav y de las ganas que tenía de reconciliarme con él, de la sensación de que mi madre estaba envejeciendo sin que yo fuera capaz de encontrar la felicidad que ella había deseado para mí. Deseaba ser sincera sobre el motivo por el que no quería subir a tomar una copa a la quincuagésimo segunda planta del Shard y prefería ir andando a todas partes en lugar de meterme en el metro.

Pero no podía hacerlo, no podía ser sincera con Harry. No podía contarle que todo lo que él sabía de mí era mentira.

No podía decirle que cuando estaba a su lado me volvía a convertir en la persona que creía que debía ser para hacer feliz a otro y no a mí misma. Que deseaba tan desesperadamente que me amara, que me había transformado en la persona que creía que él iba a desear.

No podía decirle que había malgastado los últimos diez años haciendo exactamente lo mismo con James.

Una bebé de tres semanas tal vez era capaz de ser sincera; yo no.

INSERTAR: ITEM 6294/1

**Grabación de dictáfono (cinta 1 / grabación 2).
(Transcrita).**

(La misma voz femenina de nuevo, hablando en el dictáfono).

¿Hola? ¿Hola? Tengo que volver a asegurarme de que este trasto sigue funcionando. Soy yo.
¿Está grabando?

(El dictáfono se enciende y se apaga).

Todavía funciona.

(Sollozos).

Necesito... hablar con alguien.

Estoy asustada.

Ojalá pudiera hablar con alguien.

Necesito ayuda.

Solo quiero hablar con alguien. Necesito que alguien me diga que todo va a salir bien.

Estoy muy sola.

(Ruido de llanto durante unos momentos).

Ha ocurrido algo terrible.

Fin de la grabación.

Finales de agosto de 2024

Mi bebé debía nacer al cabo de dos o tres semanas.

Después de haber leído todos aquellos libros, era consciente de que debía ir al hospital a coger cosas para el parto, pero cada vez que pensaba en hacer una lista de lo que tal vez necesitara, me entraban náuseas y sudores, y rápidamente encontraba algo mucho más urgente que hacer.

No soy idiota. Sabía que lo que me daba pánico no era hacer la lista.

Me daba pánico ir al hospital.

No me había acercado a ninguno desde mi fallido intento de conseguirle las estatinas a Susan Palmers (hacía semanas que no pensaba en ella). Y en aquella ocasión me había quedado en las puertas.

La idea de tener que entrar en un hospital y ver el desbarajuste y la tragedia que albergaba me ponía la carne de gallina.

Yo no había visto un cadáver desde hacía casi cuatro meses. ¿Qué aspecto tendrían ahora? ¿Cómo olerían? ¿Cómo debían oler los miles de personas que habían quedado encerradas allí durante nueve meses?

No quería averiguarlo. Así que me atareaba con otras cosas.

Estaba preparando el nido.

La Casa Hobbit relucía. Había lavado todo lo que contenía, fregado el suelo un centenar de veces, limpiado las ventanas y la cocina, restregado el inodoro, ordenado todas las cosas de mi bebé, y embotellado, salado y preparado en conserva comida suficiente para meses.

Había recogido, limpiado, podado y sembrado el invernadero y el huerto de fruta y verdura. Había almacenado leña y yesca para el fuego. Confeccioné más redes y refiné mi sistema de pesca. Había puesto en salazón más de doscientos peces. Las gallinas rebosaban de salud y felicidad. Ya les habían vuelto a crecer todas las plumas y estaban gordas y felices en su nuevo hogar. Cada una ponía un huevo al día y acudía a saludarme por la mañana y por la noche. Simon se había acostumbrado a seguirme de un lado para otro durante gran parte del día, rezongando por lo bajini y parando de vez en cuando para picotear y perseguir a Lucky.

Todo y todos estaban preparados para la llegada del bebé.

Excepto yo.

Era domingo.

Los domingos son mi día oficial de descanso.

Hago, como, miro y leo lo que me apetece.

Estábamos pasando lo que la BBC habría descrito en tiempos como una ola de calor. Había hecho calor desde principios de junio y no había llovido desde hacía veintiséis días. Yo me había visto obligada a regar el invernadero y el huerto con cubos de agua del río, lo cual era un trabajo duro y aburrido. El nivel del río había descendido considerablemente y ahora solo pescaba algún pez cada tres o cuatro días (aunque eso no me preocupaba demasiado, porque, además del pescado en salazón, tenía ciento seis latas de atún, sesenta y siete de sardinas y veinticuatro de salmón en el cobertizo de almacenamiento).

Lo peor de la ola de calor era que la Casa Hobbit se volvía de un bochornoso insoportable un par de horas después de levantarme. Dejé de usar la estufa para calentar el hervidor y recurría a la parrilla del exterior, pero aun así el calor me obligaba a salir a media mañana y me quedaba fuera hasta el atardecer.

Ese domingo me había levantado para dar de comer a las gallinas, me había tomado un té con galletas y luego me había vuelto a la cama para mirar el DVD de *Los chicos Gilmore* hasta que el bochorno resultó tan espantoso que me sorprendí acostada sobre una enorme mancha de sudor.

Salí de la Casa Hobbit, me tumbé a la sombra en una antiquísima tumbona que apenas aguantaba mi peso y devoré una de las revistas vulgares que ahora me limitaba a leer exclusivamente los domingos. Lucky se chapuzó en el río, vino a sacudir sobre mí toda el agua y luego se fue al bosque para corretear a la sombra durante el resto del día. Simon se pavoneaba fuera del corral para demostrar a las chicas lo que se estaban perdiendo. Ellas no le hacían caso.

Yo estaba muy muy cachonda. Continuamente. Otro efecto secundario de la última fase del embarazo que he descubierto y que resulta irritante, porque no es fácil masturbarse cuando apenas puedes alcanzar tu clítoris a causa de tu inmensa barriga. Ya me había masturbado aquella mañana, pero estaba lista para volver a la carga. Ahora me paseo desnuda alegremente por todas partes, pero aún me resulta incómodo masturbarme al aire libre, donde los animales puedan verme. Así que me volví renqueando a la Casa Hobbit para regalarme diez minutos de sudoroso placer solitario. Me muero de ganas de tener algo de porno o un vibrador con el que animar un poco mis frecuentes sesiones masturbatorias, pero en el centro de jardinería no vendían este tipo de productos (deberían haberlo hecho: estoy segura de que habrían sacado una fortuna).

Después de aliviarme, estaba hambrienta. Hambrienta pero perezosa. Así que el almuerzo consistió en bocaditos de maíz, galletas, frambuesas en almíbar y un poco de chocolate que se había puesto blanco por los bordes, pero aún sabía bien.

Comí en mi tumbona, tiré los restos al suelo y me acomodé para echarme una merecida siesta.

Primero pensé que era Lucky, que había vuelto del bosque y me estaba despertando para jugar.

Me husmeó la cara y gruñó suavemente.

Yo lo ahuyenté y cambié de posición.

Lucky no olía como siempre.

Lucky tiene el aliento apestoso de un perro, pero por lo demás huele a hierba, a humo de leña, a cielo soleado.

El animal que me había husmeado olía a sangre, a agua del río, a dolor.

El bosque no sonaba normal.

El bosque estaba en silencio. No oía a Lucky correteando, no oía los trinos constantes que venían de los árboles. Las chicas estaban calladas en el corral, no cloqueaban ni murmuraban ante el pavoneo ególatra de Simon.

Simon no rezongaba como siempre.

Simon estaba chillando, dando unos estridentes y angustiados chillidos de dolor, de miedo o de rabia.

Abrí los ojos.

Me quedé paralizada.

No podía moverme, solo mirarlo.

No sé lo que era.

No soy experta en perros.

Era muy grande, del tamaño de un poni. Tenía una cabeza enorme y una mandíbula descomunal llena de colmillos, pero su cuerpo era fibroso, esbelto, puro músculo.

No se parecía a ningún perro que yo conociera. Tal vez había sido un perro en su momento, una mascota familiar o un perro guardián de un almacén, pero esa vida pasada había quedado atrás hacía mucho.

El animal jadeaba, no sé si por cansancio, por excitación o por ambas cosas.

Se alzaba sobre mí, envolviéndome en una neblina de aliento húmedo y apestoso.

Una parte de mí pensó que tal vez estaba metida en uno de mis sueños hiperrealistas, que aquella bestia tenía que ser una quimera de mi imaginación.

Casi a cámara lenta, un gran goterón de saliva cayó de uno de sus colmillos sobre mi mejilla.

Eso me sacó del *shock*.

Me lancé torpemente hacia el otro lado de la tumbona y rodé por la hierba hasta quedar a gatas.

Alcé la cabeza para volver a mirar.

El animal se agazapó, tensándose, listo para saltar.

Le faltaba un ojo. No es que lo tuviera cerrado: no lo tenía. Lo que había en su lugar era una cavidad rojiza y purulenta que parecía observarme más atentamente que el ojo bueno.

Estaba atrapada.

Tenía el río detrás y el animal me cerraba el paso para ponerme a salvo en la Casa Hobbit.

Simon se agitaba enloquecido junto al corral. La bestia volvió la cabeza y soltó un ladrido; o más bien fue un horrendo y ronco rugido que perforó nuestro pacífico santuario y silenció a Simon instantáneamente.

El animal se volvió hacia mí de nuevo, todavía con el gruñido reverberando en su garganta. Yo no pude contener un gemido.

Miré alrededor buscando un arma, un refugio, cualquier cosa.

El bebé daba volteretas en mi vientre, alertado del peligro por la adrenalina que recorría mi cuerpo.

La bestia se subió encima de la tumbona y rugió de nuevo.

El almuerzo estaba servido.

Retrocedí tambaleante hacia el río. Tendría que arriesgarme a cruzarlo chapoteando y confiar en que milagrosamente pudiera escapar.

La bestia volvió a agazaparse. Yo veía cómo se tensaban los músculos de todo su cuerpo mientras se aprestaba a atacar.

Me envolví la barriga con los brazos. Estaba llorando. Así no. Así no.

El animal se lanzó a la carga. Me tambaleé hacia atrás y caí dando un grito.

Ya estaba alzando los brazos para taparme la cara cuando un rayo dorado saltó por el aire, golpeando a la bestia en el flanco y desviándola de su trayectoria.

Un torbellino de pelaje oscuro y dorado rodó por la hierba mientras el ambiente se llenaba de una algarabía de gruñidos y chillidos, puntuados por mis sollozos.

Eché a correr.

No sabía qué otra cosa hacer; ni siquiera ahora se me ocurre qué podría haber hecho.

Así que corrí.

Me metí en la Casa Hobbit y cerré de un portazo.

Fui disparada a la cocina y cogí el cuchillo más grande que encontré, dispuesta a defendernos a muerte a mi bebé y a mí.

Permanecí diez minutos jadeando y sollozando hasta que me calmé lo suficiente para darme cuenta de que ya no me llegaba ruido de lucha desde fuera.

De hecho, la lucha se había desplazado casi inmediatamente después de que yo hubiera corrido a refugiarme a la casa. La bestia había perseguido a Lucky hacia el bosque y había desaparecido.

Sí, había desaparecido.

Y Lucky también.

No salí a buscarlo hasta que oscureció.

Debería haber salido.

Pero no lo hice.

No hay ninguna excusa.

Tenía demasiado miedo.

Hacía una noche sofocante, pero aun así me puse las prendas más recias que encontré: gruesos pantalones impermeables, una pesada chaqueta encerada cuya cremallera no podía cerrar, unos guantes de jardinería y un casco de ciclista que ni siquiera recordaba haberme agenciado.

Adosé al casco una linterna frontal y, armada con el cuchillo, con una tapa de cubo y un mazo, me interné en el bosque.

Estaba todo oscuro y silencioso.

Ese silencio me asustaba.

A estas alturas, yo ya estaba acostumbrada a los ruidos de la naturaleza de mi nuevo mundo.

Durante el día, millares de bichos reptando entre la hierba o zumbando en el aire, un coro de trinos, el crujido ocasional de algún animal más grande en el bosque, el murmullo y los correteos

de las ardillas, que ahora tenían el descaro de entrar disparadas en mi cocina para ver si podían robar algo. De noche, el ulular de los búhos, el rumor constante de los animalillos entre la maleza, los murciélagos revoloteando por los árboles, los chillidos de los zorros y los erizos en celo, los ciervos que con frecuencia salían sigilosamente del bosque para mordisquear el pienso de las gallinas esparcido entre la hierba.

Ahora no se oía nada de esto.

Solo mis jadeos y el crujido de mis pasos.

—¡Lucky!

Mi voz resonó con estruendo. Como un ruido enorme en el vasto y oscuro silencio.

Lo intenté de nuevo, bajando la voz.

—Lucky...

Nada.

No quería adentrarme más en el bosque. Temía perderme. Estaba demasiado oscuro para ver más allá de mi linterna y ya empezaba a desorientarme, a pesar de que solo había avanzado unos metros.

Pero Lucky me había salvado la vida. Una vez más.

Seguí adelante, susurrando su nombre.

Unos cuarenta pasos más allá, chapoteé sobre algo blando y todavía un poco caliente.

Abrí la boca para gritar y acabé vomitando.

No quería mirar, pero tenía que hacerlo. Aún tenía el pie metido dentro de aquel amasijo horroroso.

«Que no sea Lucky, por favor».

Era la bestia.

Estaba muerta; algún animal aún más grande le había devorado la mayor parte de un flanco.

Esta vez sí que grité.

Y empecé a hiperventilar.

Había un animal en el bosque, al lado de mi casa, lo bastante grande como para comerse la mitad de aquella bestia enorme.

Noté que me subía otra vez la bilis por la garganta.

Me olvidé por completo de Lucky. Lo único que quería era salir del bosque lo antes posible.

No sabía dónde estaba. Había perdido el sentido de la orientación con todo aquel horror, y ahora estaba desubicada.

Giré sobre mí misma para intentar vislumbrar la salida. Mi linterna frontal bailaba por los troncos de los árboles.

Entonces oí un gemido.

De inmediato supe que era Lucky.

Estaba a unos tres metros. Su dorado pelaje estaba apelmazado y teñido de un tono rojizo oscuro por la sangre seca. Tenía una oreja desgarrada y su preciosa cara mostraba profundos arañazos. La bestia —o una fiera aún peor— le había abierto en el costado grandes desgarrones por los que rezumaba una sangre negra sobre la hojarasca del bosque.

Respiraba superficialmente y sus ojos se iban volviendo vidriosos con la proximidad de la muerte.

Rompí a llorar, caí de rodillas y lo estreché contra mí.

No podía hacer nada.

Estábamos perdidos.

Lucky iba a morir allí, en mis brazos, mientras aguardábamos a que saliera el sol.

Entonces oí crujidos entre la maleza.

Algo se acercaba. Rápidamente.

Saqué el cuchillo y desplacé un poco a Lucky para tener alguna oportunidad de defendernos.

Simon surgió repentinamente entre los arbustos, refunfuñando y cloqueando, al parecer furioso porque me hubiera ido de aventura sin él.

Obviamente, él no nos mostró el camino a casa: esto no es un jodido episodio de *Los Cinco*. Pero sí me permitió ver la dirección de donde había venido y, al cabo de diez minutos renqueando hacia allí con Lucky en brazos, vislumbré el resplandor de la Casa Hobbit entre los árboles.

Depositó a Lucky en la mesa de la cocina y no paré de llorar mientras trataba en vano de limpiarlo. En la cara y en la oreja, la sangre estaba seca y las heridas se veían limpias y rosadas. Pero los desgarrones del costado seguían rezumando y tenían un intenso color oscuro. Olían mal. Los limpié lo mejor que pude con desinfectante, como mi madre solía hacer cuando yo me raspaba la rodilla. No sabía si debía ponerle algo más en las heridas, así que seguí limpiando la sangre fresca que salía.

Estaba cubierta de sangre y barro, y aún tenía las tripas de la bestia enganchadas en un pie, pero ni siquiera me di cuenta.

Lucky, mi verdadero amor, mi mejor y más fiel amigo, estaba muriéndose.

Por la mañana, la sangre de sus heridas salía mezclada con pus, y él ya no abría los ojos cuando lo acariciaba y ronroneaba su nombre. Respiraba débilmente, de forma entrecortada.

Yo había dejado de llorar. Ahora ya solo me sentía enferma y extenuada, y lo único que quería era arrastrarme hasta la cama y quedarme allí eternamente.

Nunca se me había pasado por la cabeza que pudiera sucederle nada a Lucky. Pero, ahora que ya no había remedio, pensé que quizá ya no podría seguir adelante.

Que no sería capaz de funcionar. Me metería en la cama y dejaría que la naturaleza siguiera su curso. Con bebé o sin bebé.

Mi cama resultaba tremendamente tentadora.

Podía trasladar a Lucky y dejarlo a mi lado para reconfortarlo mientras se iba yendo y luego aguardar para reunirme con él.

Como había estado a punto de hacer con James.

¡No!

Lo de James era inevitable. Lo de Lucky no.

El depósito del Defender estaba muy bajo, así que fui al cobertizo a buscar combustible.

No quedaba nada.

Había gastado todo el diésel en mis idas y venidas al centro de jardinería. Demasiados viajes a esa tienda.

Quedaba menos de un cuarto de depósito. Quizá lo suficiente para llegar a la ciudad.

No lo suficiente para ir al veterinario a buscar medicinas para Lucky y luego al hospital a

buscarlas para mí.

INSERTAR: ÍTEM 6294/1

**Grabación de dictáfono (cinta 1 / grabación 3).
(Transcrita).**

Estoy en el hospital. En el aparcamiento. No tengo diésel suficiente para ir también al veterinario, así que voy a buscar las medicinas para Lucky aquí.

Ni siquiera sé si aún sigue vivo.

(Ruido de llanto y gimoteos).

No sé qué puedo hacer para ayudarle.

Tengo que apresurarme, pero me da mucho miedo entrar.

No quiero hacerlo.

No quiero hacerlo yo sola así, así que... me he colgado del cuello el dictáfono.

(Sollozos).

Así puedo hablarle a alguien.

(Un sonido mitad risa, mitad sollozo).

Menuda idiota.

(Sollozos, inspiración profunda, murmullo de movimiento. La voz vuelve a sonar, pero amortiguada).

Me he puesto el traje de protección. Me viene muy ajustado y el bebé está muy incómodo.

(Sonido mitad risa, mitad sollozo).

No sé por qué me lo he puesto. Quizá así no note tanto el olor. O quizá es que me da demasiado miedo pillar alguna infección. Es como si llevara una armadura y me proporcionara cierta protección. A lo mejor así me dará menos miedo. Tengo que hacer esto. Tengo que hacerlo...

(Un intervalo de dos minutos en el que se oyen crujidos y una respiración agitada).

Estoy ante las puertas de la zona de recepción. Adentro está oscuro, no hay luces encendidas, o sea, que no veo nada. Las puertas ya no se abren automáticamente, así que voy a tener que..., voy a tener que forzarlas...

(Ruidosos gruñidos de esfuerzo).

Joder.

Oh, Dios.

Joder, joder, joder.

(Respiración agitada, arcadas, murmullo incomprensible).

No vomites en la capucha, no vomites en la capucha...

(Respiración agitada, gruñidos).

Hay...

Oh, Dios...

(Gruñidos).

Respira hondo. Respira hondo.

(Inspiraciones lentas y profundas).

Hay... cuerpos por todas partes.

Se mué...

(Carraspea).

... Mueven.

Se mueven porque hay, no sé qué son..., ¿insectos?, ¿larvas? Algo. Están cubiertos de alguna cosa. Y también llenos por dentro. Esas cosas, o sea, viven dentro de los cuerpos.

Son miles y miles. Los bichos, no los cuerpos.

Los cuerpos ya no parecen humanos. Son como charcos de porquería marrón, cáscaras marrones, bultos difusos esparcidos por el suelo.

Salvo los que aún están en las sillas.

Los de las sillas tienen todavía...

(Toses, la voz se vuelve más aguda).

... Tienen todavía cara. Algunos tienen todavía cara. Y pelo. Y los bichos entran y salen volando de su caja torácica.

(Risa histérica que se transforma en sollozos).

Tengo que salir de aquí.

(Intervalo de cuatro minutos en el que se oyen crujidos y una respiración agitada).

¿Por qué los hospitales nunca tienen mapas más fáciles de descifrar, joder?

(Intervalo de tres minutos en el que se oyen crujidos y una respiración agitada).

Estoy en el pabellón de maternidad.

No quiero entrar.

No quiero ver esto. No es justo. ¿Por qué?, ¿por qué tengo que hacerlo? No quiero hacerlo.

(Sollozos. Profunda inspiración. Sollozos de nuevo).

Por el amor de Dios, joder, hazlo y acaba de una vez.

(Chirrido de puerta).

Oh.

(Profunda inspiración. La voz se le quiebra mientras habla).

Están todas en la cama.

Aquí no hay bichos. No sé si será porque esta parte está aislada, o porque aún no se han molestado en venir aquí.

Las sábanas y las mantas siguen intactas. Parecen momias.

No hay... no hay bebés en las cunas.

Todas tienen los bebés con ellas.

Los cogieron en brazos al final.

(Pausa).

Yo me muero de ganas de tener a mi bebé en brazos.

(Llanto y movimiento. Puertas abriéndose y cerrándose. Crujidos y golpes).

Mierda.

No sé lo que necesito. Voy a cogerlo todo. Bisturí, gasas, tiritas, cinta adhesiva, algo parecido a agujas e hilo. No sé si necesito algo más para el bebé. Ya tengo... mantas... ¿Esto son unos fórceps? No podré usarlos, no tiene sentido... Un aspirador nasal, esto sí me lo llevo...

(Más crujidos y golpes).

Mierda, no hay medicinas. Tengo que encontrar la farmacia.

(Algo pesado cae al suelo).

Joder.

La bombona de oxígeno es demasiado pesada para llevármela.

(Se abre y se cierra una puerta. Silencio. Solo una respiración agitada).

Lo siento mucho. Espero que ahora estéis con vuestros bebés.

(Sollozos. Pasos corriendo y jadeos. Intervalo de cuatro minutos).

¿Por qué la jodida farmacia está siempre en el sótano? Mierda. La han saqueado.

(Respiración acelerada, ruidos de búsqueda frenética. Chasquido de frascos arrojados al suelo).

¡Sí! Oh, gracias a Dios. ¡Gracias! ¡Gracias! Ya los tengo.

(Más chasquidos de frascos, ruido de cremallera. Puerta abriéndose y cerrándose. Pasos corriendo. Jadeos. Chirrido de puerta).

(Silencio repentino).

(Susurrando).

Mierda. Ratas.

(Movimiento sigiloso, respiración acelerada).

Están junto a la salida. Son unas treinta quizá.

Mierda, mierda. ¿De dónde han salido?

Ay, joder.

(Susurrando).

Vienen hacia mí.

(Crujidos y golpes).

No sé si me han visto. Estoy en una camilla, por encima de ellas.

(Respiración superficial. Chillidos y correteos apagados).

(Suspiro de alivio).

Se han ido.

(Crujidos y movimiento).

(Luego... correteos, chillidos).

¡Fuera!

¡Fuera! ¡Dejadme en paz!

¡Ag!

¡Os voy a pisotear, lo juro, os mataré a todas!

(Respiración agitada, fuertes crujidos, chillidos, gritos de dolor, pasos corriendo).

Joder, joder, joder. ¡Que alguien me ayude!

(Fuertes chillidos, crujidos).

(Algo cae pesadamente y rueda con estrépito por el suelo).

(Gruñidos. Chillidos. Crujidos).

(Pasos corriendo).

(Chirrido de puerta abriéndose y cerrándose de golpe).

Me han mordido. ¡Me han MORDIDO!

Ya he salido, pero me han mordido. ¡Joder, me habrían devorado!

¡Me han atacado! ¿Cómo lo sabían? ¿Cómo sabían lo que era?

(Pasos corriendo).

Estoy saliendo. Ya lo tengo y estoy saliendo.

(Crujidos muy fuertes. Profunda inspiración, sollozos. La voz ya no suena amortiguada).

Quiero volver a casa.

Fin de la grabación.

Agosto de 2024

Cuando llegué a casa, Lucky aún estaba vivo. Apenas. Las heridas del costado rezumaban pus y apestaban como cadáveres de cinco meses.

Disolví en agua los antibióticos y analgésicos y le fui dando el líquido con cuchara, mientras le masajeaba la garganta para que bajara, como había visto hacer a los veterinarios en la tele.

Volví a limpiarle los desgarrones y los rocié de antiséptico.

Luego cosí las profundas heridas.

Lucky se despertó en mitad de la operación durante unos minutos e intentó morderme. Pero estaba demasiado débil, así que empezó a gemir de modo lastimero hasta que yo me sumé a sus gemidos. Luego volvió a desmayarse.

Solo tuve que parar de coser un par de veces para vomitar, lo cual me parece un promedio bastante bueno.

Usé puntadas de bastilla.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Al terminar, me duché afuera y el agua salió teñida de un intenso color rojo.

Con mucho cuidado, trasladé a Lucky de la mesa de la cocina a mi cama, y me tumbé a su lado.

Estaba más cansada que nunca en mi vida.

Al cerrar los ojos para dormirme comprendí que, si Lucky estaba muerto cuando me despertara, probablemente ya no volvería a levantarme de la cama.

Septiembre de 2024

Escribí la última entrada de mi diario hace dos semanas.
Lucky aún sigue vivo.

No sé cuánto dormí después de coserle las heridas. Estaba oscuro cuando me levanté y parecía que faltara mucho tiempo para que volviera a salir el sol.

Literal y metafóricamente.

Tras aquellas horas de sueño, encontré el despertador (sí, tengo uno, quiero usarlo para contar la duración de las contracciones... si es que empiezan de una puta vez) y lo programé para que sonara cada cuatro horas.

Durante los cinco días siguientes, le administré a Lucky puntualmente agua y antibióticos cada cuatro horas, y le limpié y unté de crema las heridas tres veces al día.

Al principio, pensé que aquello no tenía ningún efecto y que iba a morir igualmente. Dormía todo el tiempo, tenía una respiración ronca y superficial y los desgarrones del costado aún apestaban y rezumaban grandes cantidades de pus.

Pero, al cuarto día, Lucky abrió los ojos y sus heridas ya no olían tan mal.

Al sexto día, era capaz de alzar la cabeza para beber de lado de su cuenco, de manera que yo ya no debía darle el agua en la boca con una cuchara. Al octavo día, empezó a comer otra vez y, al décimo día, lo saqué afuera para dejarlo a la sombra junto al río. Cuando vi que reunía las fuerzas suficientes para ladrarle a Simon, supe con certeza que iba a sobrevivir.

Ahora ya es el decimoquinto día, y hemos adoptado la rutina de que yo lo saque y lo deje junto al río y luego le lleve agua y comida durante el resto del día. Todavía está tremendamente flaco y débil, así que le dejo comer lo que le apetezca. Lo cual viene a ser sobre todo carne en conserva y latas de estofado. Si abro una lata y él no quiere más, yo me como el resto para cenar. Algo de lo que no me siento orgullosa.

Tres veces al día lo llevo a la linde del bosque y lo dejo allí un rato para que haga sus cosas. Luego vuelvo a llevarlo junto al río y limpio las «cosas» que haya dejado.

Él no es tonto, y empiezo a sospechar que está exagerando su grado de debilidad. Esta tarde, después de dejarlo junto al bosque, juraría que lo he visto tumbarse rápidamente en su manta cuando he vuelto a buscarlo. No había hecho sus excrementos habituales de la tarde en las

inmediaciones, así que pienso que ha ido a hacerlos a otra parte. Cuando yo lo he cogido en brazos, él me ha dirigido una sonrisa perruna inocente y me ha lamido la cara.

Se está aprovechando.

Aunque a mí no me importa.

Puede seguir aprovechándose toda la eternidad, si quiere. Yo estoy contentísima de que haya mejorado. No paro de sonreírle, de abrazarlo y besarlo. Ya ha dejado de apestar y empieza a oler de nuevo a hierba y a cielo soleado. Me asombra lo reconfortante que me resulta este olor, y me horroriza pensar hasta qué punto lo daba por descontado. La primera vez que consiguió alzar la cabeza y dirigirme una sonrisa perruna, cuando ya empezó a ponerse mejor, creí que me estallaba el corazón de alegría.

Sería capaz de llevarlo a los confines de la tierra, de ponerle el agua y la comida hasta que me muera, de limpiar sus cacas hasta que se me caigan los brazos.

Es mi familia.

La última vez que vi a mi familia, a mi otra familia, fue el 2 de noviembre de 2023.

Mis padres celebraban su fiesta tradicional con fuegos artificiales en el jardín trasero. El 6DM estaba arrasando en América rápidamente y, aunque no había habido todavía una consigna oficial, la gente ya empezaba a mantener de forma espontánea la distancia social. Sin embargo, a todo el mundo le gustan los fuegos artificiales y, como la fiesta era al aire libre, el jardín trasero de mis padres estaba bastante concurrido.

Todos los invitados a la fiesta estarían muertos al cabo de poco más de un mes. Ginny y Alex se habían pasado un momento para que mis padres vieran a Radley, y mi amiga tuvo la generosidad de dejar que mi madre le diera un achuchón, pero yo noté que la ponía nerviosa que la cogiera nadie salvo ella y Alex. Se fueron inmediatamente después. Ni en mis sueños más delirantes se me habría ocurrido que la siguiente vez que viera a Ginny sería la última vez que la vería en mi vida y que ella me aconsejaría que me comprara una pistola.

Xav no vino a la fiesta. Mis padres lo habían invitado, pero él había dicho que estaba ocupado.

Yo no le había visto desde hacía más o menos un mes y esperaba que viniera. Quería reconciliarme con él, suplicarle que me perdonara. Ya había perdido a James y estaba en camino de perder a Harry, y me había dado cuenta de lo peligrosamente cerca que estaba de perder a Xav si no dejaba de actuar como una idiota.

Él era, y siempre sería, mi mejor amigo.

Debería haberle llamado, pero temía que fuera tarde. Que él, como James, ya me hubiera dejado por imposible.

Me daba demasiado miedo llamar y comprobarlo.

A Harry no lo había visto desde hacía quince días, porque él estaba muy ocupado lidiando con el impacto económico que el 6DM había provocado ya en su empresa; así que no había tenido la oportunidad de hablar con él y poner fin a la historia.

En realidad, esto es mentira.

Podría haberle visto. Lo estaba evitando precisamente para no tener que hablar con él y poner fin a la historia.

Lo único positivo era que, durante aquellos quince días en los que no había visto a Harry, James y yo habíamos alcanzado un extraño equilibrio. Ambos habíamos estado más en casa y, tímidamente, habíamos empezado a hablar, a cenar juntos y a sentarnos luego en el sofá para mirar la televisión. El día antes él incluso se había reído de un chiste malo que yo había hecho. No era una risa forzada, sino una burbuja real de diversión que se le había escapado.

Estaba acercándose el final de la fiesta. Mis padres habían puesto música y algunas personas dispersas bailaban.

Entonces sonó «*Let's Stay Together*», de Al Green, y la gente se emparejó para bailar.

Era una de las canciones favoritas de mis padres y yo observé cómo se reían mientras bailaban en mitad del césped. Mi padre bailaba fatal, así que mi madre debía llevarlo de aquí para allá, procurando que no se tropezaran.

Pero a ellos les daba igual. Los dos bromeaban lanzando al aire bocanadas de aliento helado y fingiendo que estaban fumando. Después de tanto tiempo seguían enamorados; cada uno era para el otro la persona más importante, y de un modo natural, sin el menor esfuerzo, se hacían felices mutuamente.

Cuando noté que alguien me cogía de la mano, no me hizo falta volverme para ver quién era.

Esa mano que sujetaba la mía había venido haciéndolo desde hacía más de diez años.

James también estaba observando a mis padres. Se volvió un momento y me sonrió.

Yo miré nuestras manos y sentí que nuestros dedos se entrelazaban tal como una gran parte de nuestras vidas.

Lo arrastré suavemente hacia las parejas que bailaban.

Él se detuvo y, con delicadeza, apartó la mano de la mía.

—Voy a buscar una copa.

Me dio un beso en la frente y se fue a la cocina.

Entonces lo supe. Supe que él me amaba, que nunca me dejaría, y que yo tampoco lo dejaría nunca.

No obstante, juntos, ninguno de los dos llegaría a ser feliz de verdad.

Caminé hasta el centro del jardín y me puse a bailar.

Bailé sola una de las grandes canciones de amor de todos los tiempos.

Nadie miraba, nadie me señalaba, a nadie le importaba.

Pero a mí sí.

Estaba bailando y me sentía feliz.

Yo sola.

Al terminar la canción, alcé los ojos y vi que mi madre y mi padre me estaban mirando. Me tendieron las manos para que me reuniera con ellos, pero yo meneé la cabeza.

Les lancé una sonrisa.

Quiero pensar que ambos sintieron que a mí me irían bien las cosas. A la mañana siguiente, me quedé mucho tiempo en la cama después de que James se hubiera levantado.

No se me ocurría cómo decirle lo que necesitaba expresar.

Sí sabía que empezaría diciendo que él no tenía la culpa de que yo fuera infeliz, que nadie la tenía salvo yo misma. Quería decirle que yo no había tenido tiempo de ser plenamente «yo»

antes de pasar a formar parte de «nosotros»; que necesitaba aprender a quererme a mí misma al igual que lo quería a él; que debía empezar a bailar más yo sola. Quería decirle algo preñado de sabiduría sobre la necesidad de quererte a ti misma antes de poder querer a otra persona, tal como Ginny me había dicho. Todo aquello tenía sentido en mi mente, pero lo más probable es que hubiera salido de mi boca convertido en un barullo de palabras incoherentes.

Al final, cuando me acabé levantando de la cama, no le dije nada.

Porque, al entrar en la cocina para sentarme a hablar con él, James me dijo que el primer ministro había hecho volar el túnel del canal.

Luego me cogió la mano y me la apretó con fuerza.

Yo no la aparté.

21 de septiembre de 2024

Según mis cálculos, ahora estoy entre seis y veinticuatro días pasada de cuentas.

¿De qué puedo quejarme primero?

De la lluvia.

Empezó a llover hace cuatro días cuando ya se ponía el sol. Después de cincuenta y cuatro días sin lluvia, me sentí eufórica. ¡Ya no tendría que regar el huerto! ¡Ahora habría más peces! ¡Y hierba verde! Salí de la casa y me puse a bailar, completamente desnuda, bajo la lluvia.

Me dormí arrullada por ese mágico repiqueteo sobre el techo de la Casa Hobbit.

Y me desperté con ese mismo repiqueteo sobre el techo de la Casa Hobbit.

Al llegar la tarde, el huerto estaba totalmente empapado. Simon había tomado el umbral de la casa como residencia permanente para guarecerse, y el repiqueteo en el tejado se estaba convirtiendo en una variante de la tortura china de la gota.

Ahora, tres días más tarde, el huerto está inundado y el agua se ha filtrado dentro del invernadero y ha empezado a inundarlo también; Simon se ha mudado a la cocina, el tejado de la Casa Hobbit tiene una gotera en una esquina y se oye también un goteo inquietante en otros tres puntos.

El río está rebasando por encima de la orilla, así que he tenido que trasladar a las gallinas al Defender por si se inunda su corral. El Defender está abandonado en mitad del sendero de acceso porque fue ahí donde finalmente me quedé sin combustible después de mi excursión al hospital y, salvo que empiece a manar diésel milagrosamente de la tierra, ahí es donde se quedará durante toda la eternidad.

Lucky aún está flaco, pero por lo demás muestra toda la agitación y energía de un niño de seis años después de pasar una temporada enfermo. No para de correr y jugar bajo la lluvia para regresar después a la Casa Hobbit y sacudirse y salpicar de agua y barro todos los muebles que acababa de limpiar. Yo sigo queriéndole mucho, pero he empezado a considerar la idea de meterlo también en el Defender.

Todos mis esfuerzos para preparar el nido se han ido a la mierda porque hay barro por todo el suelo y salpicaduras de Lucky por las paredes e incluso en el techo.

El bebé parece como si estuviera abriéndose paso hacia el fondo de mi vagina. Estoy tan inmensa que no puedo sentarme cómodamente en ninguna parte y tengo UN DOLOR DE ESPALDA terrible. No es un simple dolor de espalda: es un tormento. Pero no importa de todos modos,

porque estoy tan ansiosa por no estar de parto cuando debería estarlo y, a la vez, tan contenta de no estar de parto porque me da miedo ponerme de parto y temo no sobrevivir al parto... que me paso el tiempo deambulando por la diminuta Casa Hobbit. Porque, claro está, no puedo salir...

¡PORQUE ESTÁ LLOVIENDO!

Y la otra cuestión es: si está lloviendo, ¿cómo coño puede ser que haga tanto calor?

Tengo que calmarme.

A la mierda. Me estoy tomando una cerveza.

22 de septiembre de 2024

No sé si fue la cerveza, pero anoche dormí de verdad por primera vez desde que Lucky quedó malherido.

Dormí profundamente y tuve un sueño increíblemente vívido.

Soñé que oía el ruido de un avión.

No es algo tan insólito.

Al principio, cuando me quedé sola, solía imaginar que oía aviones continuamente. No paraba de escrutar el cielo o de levantarme de la cama para asomarme a la ventana. Por supuesto, nunca había nada.

En el sueño estaba tan convencida de que pasaba un avión que me levantaba de la cama, me ponía las botas de agua y el abrigo y salía a la lluvia para mirar.

Todo parecía tremendamente real. Yo era consciente del peso de mi enorme barriga al levantarme y al luchar para ponerme las botas y un abrigo que me aprieta demasiado.

Entonces salía de la casa y lo veía. Veía las luces del avión que se elevaban más y más en el cielo, destellando y parpadeando hasta convertirse en un puntito rojo. Yo permanecía mirando hasta que desaparecía del todo.

Al despertarme esta mañana, tenía la almohada húmeda y las botas y el abrigo estaban junto a la puerta. Mojados.

De todos modos, ahora no tengo tiempo de pensar en el posible significado de esto.

Continúa lloviendo, el río se desbordó anoche y el agua está acercándose poco a poco a la entrada de la casa.

Estoy intentando quitar cosas del altillo para que haya espacio para mí, para Lucky y supongo que para Simon si nos vemos obligados a refugiarnos arriba.

No es lo ideal, pero no puedo irme de aquí.

Tampoco sé adónde iríamos y, sin el Defender, no tenemos ningún modo de marcharnos. Habremos de quedarnos y esperar a que deje de llover.

Estoy extrañamente tranquila.

El nivel del río va subiendo, estamos a punto de quedar inundados y mi vientre se ha ido contrayendo durante todo el día.

Estoy casi segura de que me he puesto de parto.

23 de septiembre de 2024

Escribí la última entrada anoche y el sol ahora empieza a salir, así que estoy ajustando el despertador para que marque las cinco de la mañana. Necesito saber la hora para poder monitorizar el proceso, y las cinco de la mañana parece una buena hora para empezar.

Estoy de parto, no hay duda. Mi dolor de espalda ha aumentado y las contracciones de mi vientre empiezan a resultar dolorosas. Y regulares. Se parecen a los retortijones que sientes cuando tienes un virus estomacal.

Ah, y he roto aguas. Por todo el suelo de la Casa Hobbit. Alguien debería avisarte de la cantidad de líquido que llega a salir, porque está por todas partes. Por todas partes. A decir verdad, en vista de que el suelo de la casa está a punto de inundarse, no me he molestado demasiado en limpiarlo. Empiezo a sentirme un poco hecha polvo, así que estoy dando prioridad a las cosas más necesarias.

Ya he salido a la lluvia y les he dejado a las chicas comida para tres días por si la cosa llega a prolongarse mucho tiempo. El agua está lejos del Defender, así que se encontrarán bien hasta que pueda volver a atenderlas.

He ordenado el altillo y preparado todo mi equipo para el parto. Curiosamente, teniendo en cuenta todas mis compras y la visita al hospital, no es tanto como yo creía. Mantas, pañales y ropa para el bebé; toallas, botellas de agua, barritas energéticas, algo de paracetamol (resulta que sí se puede tomar), tres botellas de agua caliente, un par de cubos por si no puedo bajar al baño, libros y el reproductor de CD, para mí. También tengo el bisturí y el aspirador nasal. No sé muy bien para qué voy a utilizarlos, pero es mejor prevenir que curar.

No he conseguido subir el colchón, así que voy a dar a luz en el suelo. He preparado una especie de nido con mantas y toallas que resulta bastante cómodo y me imagino que, cuando llegue el momento, la falta de un colchón será el menor de mis problemas. Lucky mira mi nido de reojo con envidia.

Me había traído un enorme barreño del centro de jardinería y pensaba llenarlo de agua caliente y sentarme dentro, como si fuera una minibañera, para aplacar los primeros dolores, pero no me cabe dentro de la Casa Hobbit y no voy a sentarme ahí bajo la lluvia, así que la idea está descartada.

Ya estoy exhausta, pero siento demasiado pánico para dormirme, o para sentarme siquiera, de manera que me he pasado el rato deambulando por la casa, porque todos los libros dicen que va

bien para facilitar el proceso. Como obviamente no dispongo de un amplio espacio para deambular, he ido y venido seiscientas veintidós veces hasta ahora. Voy a ver si puedo llegar a mil y luego intentaré dormir otra vez.

No he logrado dormir.

Acabo de ir a hacer un pis y me ha caído de la vagina una cosa enorme. Yo estaba muerta de pánico y llena de euforia al mismo tiempo, y he pensado que quizá ya había dado a luz y pasado el parto más fácil de la historia. Pero no he tenido esa suerte. Era un grandioso coágulo de sangre. Del tamaño de mi puño, literalmente. El hecho de que casi haya vomitado al verlo no presagia nada bueno para cuando la cosa se complique.

Ahora tengo mucho dolor. Las contracciones de mi barriga son muy fuertes y, cuando se producen, tengo que dejar todo lo que estoy haciendo y sentarme. Las he cronometrado con el reloj despertador y se producen cada seis minutos.

Me he tomado dos pastillas de paracetamol, tal como recomiendan.

No han tenido un puto efecto.

Todos los libros dicen que debo medir el cuello del útero.

No solo mi vagina. El cuello del útero. Debo meterme los dedos hasta el fondo y tantear a ver qué tamaño tiene la abertura. Dios, solo de escribirlo me dan ganas de vomitar.

Cualquiera diría que con la cantidad de veces que me he masturbado últimamente me resultaría sencillo ponerme a hurgar por ahí.

No es así.

El despertador marca las 8:16.

He estado vomitando y tengo diarrea.

No sé si eso forma parte del proceso o es solo porque estoy muerta de pánico.

Me gustaría seguir deambulando, pero ahora hay un dedo de agua en el suelo de la casa y Lucky, Simon y yo estamos atrapados en el altillo.

Lucky está inquieto. Sabe que me sucede algo y no para de acariciarme con el hocico para que lo abrace y lo tranquilice; luego, cuando me llega una contracción y lo estrecho con demasiada fuerza, se escabulle de mis brazos. Simon, por su parte, está inquieto porque no le gusta el agua. Se pasea por el borde del altillo como un padre expectante. Si me quedaran energías, me reiría de él.

He intentado dormir, leer, tararear, meditar (más o menos) y escuchar música, pero nada me distrae del dolor.

Necesito hacer otra cosa para pasar el rato y tengo que contar el final de mi historia. Por si sucede algo.

Por si me muero.

Tengo que escribir sobre la última noche.

Cuando salí del trabajo por última vez, me fui directa al *pub* con mis compañeros. En cuanto nos sentamos, llamé a James. Él iba de camino hacia la casa de su hermana, para verla a ella y a

sus sobrinos, y me dijo que tal vez se reuniera conmigo más tarde, pero que lo más probable era que se volviera a casa. Sonaba deprimido. Le pregunté si quería que yo fuese a casa y sentí un inmenso alivio cuando me dijo que no. Comprensiblemente, yo empezaba a sentir pánico y, por primera vez, pensé que tenerlo a mi lado quizá empeoraría la cosa.

Después de la voladura del túnel del canal y de las enloquecidas semanas siguientes, se había creado un acuerdo tácito entre nosotros por el cual actuábamos como si los últimos meses no hubieran existido. Ahora estábamos unidos de nuevo en nuestro temor ante aquel horror desconocido.

Pero, por mucho que lo intentara, yo no podía evitar sentirme cabreada y decepcionada por el hecho de que el fin del mundo me hubiera escamoteado la posibilidad de un nuevo comienzo. Qué irónico resultaba que ahora, después de todo este tiempo, James me necesitara tanto como yo lo necesitaba a él.

Llamé a Ginny mientras apuraba mi segunda copa de vino. No respondió. Confié en que eso significara que estaba fuera de cobertura, escondida con Alex y Radley en alguna fortaleza mítica del norte.

Harry me mandaba mensajes continuamente, preguntándome dónde estaba y si nos podíamos ver. Yo no hacía caso.

Al terminarme la tercera copa de vino, me sentí sola.

Mis compañeros de oficina eran encantadores, pero solo había una persona con la que realmente deseara pasar mi «última noche» (tal como la gente había decidido llamarla).

No sabía dónde estaba Xav y, aunque lo hubiera sabido, él probablemente no habría querido venir a pasar la última noche conmigo. Y yo no lo habría culpado.

Pese a todo lo que estaba ocurriendo, yo todavía no le había llamado. Me daba demasiado miedo lo que pudiera decirme.

Pero ahora era el fin del mundo de verdad.

A la mierda el fin del mundo, a la mierda el pasado y a la mierda mis temores.

Llamé a Xav.

Él no respondió.

Convencí a mis compañeros para que fuéramos a mi bar favorito. Estaba abarrotado. Todos los bares lo estaban.

Me quedé sola en un rincón, cerré los ojos y recordé.

Este había sido el primer bar al que Xav me había llevado tras rescatarme de aquella «cita» con el primo de mi amiga. Hacía casi veinte años habíamos estado aquí y yo me había bebido media pinta de cerveza con sidra y había escuchado a aquella criatura disparatadamente exótica, mientras me explicaba cuál era el mejor modo de que te sirvieran una copa si eras menor de edad. Yo había seguido su consejo, me había acercado a la barra... y me habían echado de allí.

Xav había cambiado mi vida y, durante un tiempo, había sido mi vida.

Tenía que verle antes de que llegara el fin del mundo.

Abrí los ojos, buscando la mejor forma de escabullirme entre la multitud que tenía delante.

Y entonces lo vi. El destello inconfundible de un pelo rubio angelical.

Me abrí paso entre la gente y nos encontramos en mitad del local.

Él señaló mi copa de vino.

—¿Esta vez sí te lo han servido?

Yo me reí y luego me eché a llorar.

Los dos lloramos. Los dos intentamos disculparnos. Ambos acordamos que era demasiado tarde para malgastar el tiempo en disculpas.

Ambos sabíamos que íbamos a morir.

Yo le supliqué que viniera a casa conmigo; él me dijo que prefería morir de 6DM que morir de aburrimiento con James. Yo le dije que entonces se fuera a casa de mis padres, que me parecía perfecto que lo hiciera esta vez.

Él meneó la cabeza.

—Esta vez no. Esta vez es diferente. Ellos merecen poder preocuparse solo el uno del otro al final, y no de mí también.

A mí se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

—No quiero que estés solo.

Él me cogió la mano.

—Cariño, no estaré solo. —Miró hacia un grupo de tipos que estaban en la otra esquina, admirándolo abiertamente.

A Xav nunca le había gustado ser la última persona en ninguna fiesta, y el fin del mundo no iba a ser una excepción. Él no iba a quedarse en el bar hasta que cerrasen, no iba a esperar con paciencia a que llegara el fin del mundo: él iba a lanzarse al fin del mundo de cabeza.

Decidió montar una fiesta improvisada de «El fin de los tiempos» en su propia casa. Quería que yo asistiera a esa fiesta, que pasara allí una última noche con él.

A diferencia de Xav, yo fui casi siempre la última en todas las fiestas a las que asistimos, incluidas las suyas.

Yo era la persona que encontraba los abrigos de la gente, la que encargaba Ubers y sacaba a patadas a los rezagados que no se acababan de ir.

Yo era la que se quedaba a cargo de todo, la que limpiaba después, la que recogía los objetos olvidados y los recuerdos de los demás.

Esta vez no quería ser la última de su fiesta. Sería demasiado triste.

Me limité a menear la cabeza, porque me temía a mí misma y, si hablaba, volvería a ponerme a llorar.

Xav me rozó suavemente la mejilla y se levantó. Yo lo sujeté de la mano.

—¡No te vayas!

Él me dirigió una sonrisa muy dulce.

—Te quiero.

Luego me atrajo hacia sí, me envolvió en un gran abrazo que olía a Tom Ford, a cigarrillos y a mil recuerdos, y me susurró al oído:

—Eres más fuerte de lo que crees. Procura recordarlo.

Se equivocaba.

Yo no era nada fuerte.

En cuanto se alejó, le puse un mensaje a Harry.

Estábamos en un club y nos habíamos puesto a bailar cuando él llegó.

Harry vino directo a la pista y empezó a bailar con nosotros. Sin pararse a pedir una copa, sin acechar desde la barra, sin contonearse primero en un lado. Vino directo.

Bailaba fatal. Era un tremendo patoso. Peor que mi padre.

Me detuve y lo miré.

Él ni siquiera reparó en mí durante un rato; estaba a lo suyo, feliz. Entregado al baile.

Cuando me vio, se detuvo, extendió el brazo para que lo cogiera, me atrajo hacia sí y me hizo girar sobre mí misma.

Entonces, en mitad de la pista, delante de toda la gente con la que trabajábamos y a la que nos habíamos pasado meses ocultando nuestra aventura, le besé.

Tal vez si yo no me hubiera acabado de despedir para siempre de mi mejor amigo, con quien había malgastado meses sin hablar; tal vez si Harry no hubiera bailado tan rematadamente mal; tal vez si yo no hubiera estado buscando alguna distracción para mi creciente ataque de pánico; tal vez si aquello no hubiera sido el fin del mundo...

Tal vez entonces no habría escogido ese momento para tener sexo con Harry por fin.

Pero todo aquello estaba sucediendo, así que lo hice.

Besé a Harry en la pista de baile y luego lo arrastré a un baño fuera de servicio y follamos contra la pared.

No fue una maravilla.

No por culpa suya: si eres capaz de tener un orgasmo en un baño inutilizado, en la última noche antes del fin del mundo, mientras intentas mantener a raya un descomunal ataque de pánico y procuras que no se te caigan las bragas al suelo lleno de mugre, entonces eres una mujer más perfecta que yo.

Harry no tuvo el mismo problema.

Él es el posible papá número uno.

Tras el paréntesis en el baño fuera de servicio, volví a la pista y me pasé la hora siguiente bailando y bebiendo los chupitos de tequila que me ofrecían con frecuencia.

Harry intentaba una y otra vez que dejase de bailar y habláramos, pero yo no le hacía caso.

Finalmente, me cogió en brazos y me sacó de la pista. Yo estaba en plena histeria. ¡El héroe me llevaba hacia el crepúsculo! Allá vamos, mamá. ¡Era el fin del mundo, pero lo había conseguido! ¡Me había convertido en la heroína de mi propia película romántica!

Harry me dejó en el suelo.

—Salgamos de aquí.

Yo estaba borracha y no paraba de reírme.

—No quiero.

—Quiero estar contigo. Quiero pasar contigo los últimos momentos. Te amo.

Volví a reírme. Estrepitosamente.

No era precisamente la reacción que esperas cuando acabas de decirle a alguien que le amas.

—¡Tú no amas a nadie! Ni siquiera me conoces. ¡Ven, vamos a bailar!

Le cogí la mano y traté de arrastrarlo otra vez hacia la pista, pero él me atrajo hacia sí.

—Te conozco. Solo quiero estar contigo.

Dejé de reírme.

—No es lo que yo quiero.

—Entonces, ¿qué quieres?

Yo no pensé, me limité a replicar:

—Solo quiero que me dejen en paz.

Era un comentario impulsivo, fruto de la borrachera.

Pero en cuanto salió de mis labios, supe que era verdad.

Yo nunca había estado sola, nunca me las había arreglado por mí misma. Siempre había dejado que fueran otros quienes se encargaran de que mi vida fuera mejor: mi madre y mi padre, Xav, James, Ginny, e incluso Harry.

Los había utilizado como excusa para no convertirme nunca en la que quería ser.

Era eso lo que tendría que haberle dicho a James; lo que debería haberle explicado.

Pero el que estaba allí era Harry, no James.

Así que fue Harry el que me miró totalmente desconcertado.

—Lo siento, tengo que irme —murmuré, zafándome de él y saliendo del club a toda prisa.

No sabía adonde iba, no sabía qué iba a hacer. Lo único que sabía era que necesitaba un poco de margen para pensar, para averiguar qué significaba aquella revelación.

Pero, en cuanto salí del club, unos compañeros de la oficina decididos a terminar la juerga me arrastraron a un taxi, me pasaron una botella de vodka para que diera un trago y me convencieron entre risas de que debíamos tomarnos la última en un club de *striptease*.

Toda mi resolución, aquel impulso apremiante y la auténtica epifanía que acababa de experimentar se desvanecieron en la neblina ebria de la noche.

Cuando me desperté en la cama a la mañana siguiente, no recordaba realmente la noche anterior.

Pero dos días más tarde, cuando la cabeza dejó de martillearme y mi visión se despejó lo suficiente para leer los sesenta y dos mensajes que Harry me había enviado, empecé a recuperar la memoria.

Fue con Harry, por supuesto, con quien quedé en mi bar favorito cuando James estaba enfermo, después de mi siniestra visita al hospital.

Harry también estaba enfermo, pero solo ligeramente; aún se hallaba en la primera fase del 6DM, cuando la infección solo parece un resfriado. Yo no le expliqué lo que venía después.

Pensé que iba a volver a pedirme que me quedara con él hasta el final, pero no lo hizo.

Quería decirme otra cosa.

Tosió, dio un largo trago de *whisky* y volvió a toser.

—Te conozco mejor de lo que crees. Sé que antes escribías. Yo había leído los artículos que publicabas cuando estabas en aquel periódico musical.

Eso era toda una novedad. Nunca me había tropezado con nadie que me hubiera reconocido por mi trayectoria anterior.

—Eran buenos. Me gustaban, y me gustabas tú. Al principio no te reconocí en la oficina; parecías muy distinta. Yo iba a decirte algo, pero pensé que no querías que te lo recordaran. Una periodista musical guay reconvertida..., bueno, en esto.

Vaya, gracias.

—Pero yo te observaba. Te observaba en el trabajo, y aquel toque personal aún seguía allí. Tu modo de hablar y de estar con la gente, tu modo de escribir, aunque solo fueran informes, era divertido. Por eso quería estar contigo, para conocerte mejor. Deseaba a la mujer que me había enviado a la mierda, que había llorado en el ascensor apoyándose en mí.

Creo que fue en este punto cuando me puse a llorar.

—Pero cuando estabas conmigo tú no eras ella. Eras distinta. No eras la persona que yo había creído, la persona con la que deseaba estar. Algunas veces captaba destellos de ella, pero era como si fingieras ser otra. Como si a ti no te gustara la que eres realmente, lo cual es completamente absurdo.

Volvió a toser, y esta vez sus manos se mancharon de sangre cuando se las llevó a la boca.

—O sea, que tienes razón. No te conozco, nunca me dejaste. Nunca me diste la oportunidad. Y yo lo intentaba, joder, vaya si lo intentaba. Y si tú me hubieras dejado estar contigo y no con una versión fingida de mierda, entonces creo que me habrías gustado mucho... y que quizá tú también te habrías gustado a ti misma. Pero supongo que ahora ya nunca lo sabremos.

Me besó en la frente y se marchó.

No tuve más noticias tuyas.

Volví junto a James, lo cuidé, tuve sexo con él (posible papá número dos) y luego lo vi morir.

Entonces empezó mi nueva vida. Yo, por mi propia cuenta.

La última de la fiesta.

Esta vez, de la última fiesta.

Resulta que Xav y Harry tenían razón.

Mi verdadero yo es más fuerte de lo que creía.

Y me gusta.

Duele.

No solo mi vientre. Me duele todo. Ni siquiera puedo explicar cómo es porque no se parece a nada de lo que he experimentado en mi vida.

Ahora, cuando me viene una contracción, no puedo pensar ni moverme. Mi cuerpo se queda paralizado en un doloroso *rigor mortis* y solo puedo gemir de un modo incoherente hasta que se me pasa. Todo pensamiento racional queda anulado; haría cualquier cosa para que se me pase. Cualquier cosa.

No entiendo cómo las demás mujeres reúnen la energía suficiente para gritar; yo apenas consigo respirar.

Ya sé que parece como si me pusiera melodramática, pero si nunca lo has sentido, no sabes

cómo es, así que cierra la puta boca.

Ojalá hubiera aquí alguien a quien pudiera gritarle.

O cogerle la mano.

O matar.

Las contracciones me vienen cada tres minutos. No me da tiempo de relajarme entre medias, tal como los libros dicen que debería hacer; no me da tiempo de volver a empezar a respirar como es debido antes de que llegue la siguiente; no me da tiempo de pensar.

No puedo tener un bebé así.

No puedo escribir más.

No puedo sostener el bolígrafo.

INSERTAR: ITEM 6294/2

GRABACIÓN DE DICTÁFONO (Cinta 2 / Grabación 1).

Transcripción

(Respiración agitada, jadeos regulares).

Las... contracciones ahora son cada dos minutos.

Son muy dolorosas. No creo que pueda aguantar mucho más. Estoy muy cansada.

(Sollozos).

Así que tengo dos minutos para hablar, para seguir haciendo esto, al menos mientras pueda hablar.

Oh, Dios. Todavía no.

(Largo y ronco gemido, jadeo, llanto, profunda inspiración).

Aún sigue lloviendo.

El nivel del agua es bastante alto. No sé cuánto exactamente. No hay nada flotando, pero creo que me llegaría al tobillo. No sé qué ocurrirá si no para pronto. ¿Por qué está pasando esto?

¿Es cosa de Dios? Quizá él envió el 6DM. Quizá quería que muriera todo el mundo; pero yo no me morí y ahora está enviando otras cosas para matarme. ¿Fue él quien me atrapó en la nieve? ¿Él me envió a la bestia para que me devorase, pero Lucky me salvó? ¿Lucky es mi ángel de la guarda? ¿Cómo me salvará de la inundación?

Ay, Dios, qué locura. ¿Me estoy volviendo loca por fin? ¿Es eso?

¿Y si mi bebé no es inmune? ¿Y si mi bebé no es inmune al 6DM y se contagia y se muere nada más nacer? ¿Y si todo esto ha sido para nada?

Oh, Dios, otra.

(Profundo y prolongado gemido, llanto, jadeos).

Oh, Dios, oh, Dios, ¿cuánto todavía? No puedo. No puedo.

Estoy tan cansada. Tan sola.

Quiero a mi mamá. Por favor, quiero a mi mamá.

(Sollozando).

Vale... vale.

(Profundas respiraciones, inspirando y espirando. Pausa prolongada).

Bueno, esto es para ti, bebé. Un mensaje para ti.

Te quiero. No lo había dicho antes, me parece, y debería haberlo dicho, porque es cierto, realmente lo es, te quiero.

No me importa si eres niño o niña. Te querré igual. No me importa si eres hetero o gay, alegre o triste, bueno o malo, callado o ruidoso. Tú no tendrás que intentar hacerme feliz, o fingir que eres mejor o diferente, o lo que yo quiero que seas. Yo siempre te querré tal como eres. Y no importa que no sepa quién es tu padre, no importa que tu padre no esté aquí. Podemos ser felices. Yo construiré una vida para nosotros, una vida en la que seremos felices, lo prometo. Te quiero.

Y ahora, por favor, sal de mis entrañas.

(Sollozos).

Fin de la grabación.

INSERTAR: ÍTEM 6294/2

**Grabación de dictáfono (Cinta 2 / Grabación 2).
Transcripción**

(Jadeando y llorando).

Ya han pasado dos horas. He estado empujando dos horas. Yo creía que ya se habría acabado a estas alturas. Duele mucho, duele mucho.

(Jadeando, gimiendo).

Tengo miedo. No quiero hacer esto sola. Quiero a mi madre. La echo tanto de menos... Por favor, ayúdame...

(Gimiendo).

Tengo que empujar, tengo que empujar...

¡NO PUEDO!

Que alguien me ayude, por favor; que alguien me ayude...

(Jadeando y respirando. Movimiento. Sollozos. Gemidos).

Vale, vale. Me pongo de rodillas, lo cual es bueno. Estoy intentando respirar como es debido, jadenear un montón, lo cual también es bueno.

(Más Jadeos).

Pero sigo empujando y no pasa nada. Mi bebé no ha llegado. No veo nada con esta barriga inmensa.

Voy a tener que tantear para ver si está mi bebé. No puedo dejarlo ahí, no puedo saberlo de otro modo, tengo que hacerlo. Vale. Joder.

Esto es... Joder, menudo caos hay ahí abajo... Joder, ¿eso es sangre? ¿Debería haber tanta sangre?

Vale, a ver, ahora..., ¡sí!

¡Lo estoy tocando!

Mi bebé, ¡le estoy tocando la cabeza! ¡Está justo ahí dentro! ¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Puedo

hacerlo! ¡Puedo hacerlo!

Fin de la grabación.

INSERTAR: ITEM 6294/2

**Grabación de dictáfono (Cinta 2 / Grabación 3).
Transcripción**

(Llanto histérico).

Está atascado, el bebé está atascado.

La cabeza está justo en la abertura, pero llevo quince minutos empujando y no se mueve.

Está atascado.

No puedo sacarlo. No puedo sujetarle la cabeza.

Lo he intentado, pero no puedo, resbala demasiado.

(Sollozos).

Estoy muy cansada.

Creo que mi bebé está muerto.

(Llanto, movimiento).

Tengo que cortarme ahí abajo, no me queda otro remedio. No puedo hacer nada más. Tengo que cortarme. Y confiar en que salga el bebé y no le haga un corte en la cabeza.

(Chasquidos, movimiento. Jadeos).

No veo lo que hago. No sé cómo hacerlo... Tengo que confiar... Oh, Dios, por favor. Si hay alguien en alguna parte, ayúdame, por favor, a salvar a mi bebé, déjame, por favor...

(Gritos).

Duele, duele mucho... No sé si lo hago bien. No veo nada. No noto si...

(Gritos).

Ay, joder, me estoy desgarrando... Me está desgarrando...

(Aullidos de dolor. Gemidos de esfuerzo).

Oh, Dios, oh, Dios, la cabeza está fuera. ¡Ya está fuera! ¡La estoy tocando! ¡Toco la cabeza!

He de esperar a la siguiente contracción..., vamos..., vamos...

(Jadeos y gruñidos).

Ahora tengo... que... sacar los hombros. ¡Ya están fuera! ¡Los hombros están fuera! ¡Ay, Dios, ya llega! ¡Ya llega mi bebé!

Ya está fuera.

(Llanto y risa histérica).

¡Es una niña! ¡Tengo una niña!

(Movimiento, Jadeo, más movimiento).

No llora.

Debería estar llorando. ¡Llora, por favor! No recuerdo qué hay que hacer si no llora. No tiene el color normal. Tendría que estar poniéndose rosada. ¿Por qué sigue azul?

¡Llora, por favor!

No respira.

¡No respira!

(Ruidos de movimiento frenético, un perro ladrando, tres sonoras palmadas).

(Una tosecita. Un bebé empieza a llorar débilmente).

(Risas y sollozos).

¡Eso es! ¡Esa es mi niña!

(Risas, besos, movimiento).

(El bebé llora con más fuerza).

(Transcurre un tiempo).

(Al volver a hablar, su voz suena más débil).

Eso es.

Respira, está rosada y es preciosa.

Es preciosa.

Y estamos las dos en nuestro nido. ¡Sí, aquí estamos!

¿Verdad, pequeña?

Es preciosa, perfecta y diminuta. Chist, chist, calma, calma, mi amor, mamá está aquí. Estoy aquí para cuidarte. Te quiero. Todo va bien.

(El bebé gorgotea, suelta hipidos).

¡Hola! Hola, cariño. Bienvenida a nuestro mundo.

(Pausa. Gemido, profundas inspiraciones).

Creo..., aaah... vale... está bien. Es solo la placenta. Se supone que tiene que salir. No hay problema. No me pasará nada... todo va bien. Vamos a descansar un poquito.

(Pausa).

Grace, te vas a llamar Grace.

(El bebé ronronea, suelta balbuceos).

Buena chica. Toma... ¿quieres comer? Vamos a intentarlo.

(Ruidos de bebé succionando).

Muy bien, cariño... buena chica. Hay un montón de sangre. No sé hasta qué punto es normal. Tendría que haber leído más sobre lo que sucede después. ¡A mami no se le da muy bien hacer planes!

(Risa muy débil).

Tienes hambre. Eso es.

¡Mira, Lucky!

¡Ya está aquí!

Nuestra querida Grace está aquí.

(Profunda inspiración).

Lo hemos conseguido.

Lo he conseguido.

Solo que estoy... realmente...

No sé, toda esta sangre.

Me siento un poco. Creo que simplemente estoy cansada.

... Estamos bien, tú primero come y después nos levantaremos y veremos cómo nos vamos de aquí si no para de llover.

... Está subiendo bastante el nivel. Tengo que limpiar toda esta sangre.

... Tú estás bien, bien.

... Mucha sangre. Solo estoy cansada. Estoy bien..., solo cansada.

... Voy a cerrar los ojos. Solo un momento.

... Solo un sueñecito para mami y...

... Luego limpiaré la sangre.

... Solo unos minutos y...

... Luego...

... Nos levantaremos...

(La lluvia continúa repiqueteando en el tejado).

(El perro empieza a ladrar).

(El bebé empieza a llorar).

(Estos ruidos prosiguen durante 4,38 minutos).

Fin de la grabación.

Número de catálogo: UK6294

Items: Un diario manuscrito, dos minicasetes Philips LFH0005 de treinta minutos, once dibujos infantiles.

(Diario original y minicasetes transcritos por Bethany Clift, abril de 2042).

Fecha de descubrimiento/localización/ descubridor: 26 de mayo de 2041/ TheSeaview Café, Marine Parade, Dover, Reino Unido/cabo Timothy Jones (C23967).

Detalles: Diario y cintas halladas en una mesa del café.

No se encontraron otros ítems en el lugar.

Un equipo de historia halló y excavó el lugar de la «Casa Hobbit» en Norfolk. El Land Rover Defender estaba abandonado en el sendero. Tres tumbas en la parte trasera contenían huesos de pollo y de perro. No se hallaron otros cuerpos en el lugar.

La casa se encontraba seriamente deteriorada al llevar muchos años vacía. Contenía ropa y objetos de una mujer adulta y una niña (de seis años como máximo). Las paredes estaban cubiertas de dibujos de la casa, el río y animales diversos. Estos dibujos se han añadido al catálogo.

No se conoce cómo viajaron los diarios y las cintas desde Norfolk hasta Dover.

Dieciséis personas fueron rescatadas vivas de Gran Bretaña entre 2025 y 2027. No había niños entre ellas ni ningún adulto que encaje con la descripción de la autora del diario.

El nombre de la autora y la situación actual de ella y de su hija (Grace) se desconocen.

Agradecimientos

Debo dar las gracias en primer lugar a mi fantástica agencia, Jonathan Clowes, y en especial a mi increíble agente, Cara Lee Simpson, que literalmente ha hecho realidad mis sueños. Cara no solamente es una brillante agente, también es una lectora perspicaz, da excelentes consejos, responde a mis interminables preguntas, calma todos mis accesos de pánico y es, en conjunto, una persona encantadora. Me siento increíblemente afortunada por el hecho de que sea mi agente y no puedo darle suficientemente las gracias por todo lo que ha hecho y continúa haciendo por mí.

En segundo lugar, a mi maravillosa editora, Kimberley Atkins, que ha convertido todo el proceso de edición (que yo estaba temiendo) en una auténtica delicia. Kim me ha ayudado a mejorar el libro mucho más allá de mis expectativas más descabelladas y me ha transformado en una escritora mucho mejor. Es una persona amable, paciente y tremendamente brillante en su trabajo, y, al igual que el Land Rover de mi novela, se la recomiendo encarecidamente a todo el mundo. Gracias también a todo el equipo de Hodder, que ha sido estupendo desde el principio. Se han mostrado entusiastas con el libro, han trabajado muchísimo para convertirlo en un éxito y me han proporcionado una portada deslumbrante y una campaña de *marketing* excelente. Estoy en deuda con ellos para siempre.

A mi madre y a mi padre: gracias por vuestro amor, apoyo, cuidados infantiles, ideas, suaves pero insistentes empujones en la buena dirección, y por creer que llegaría algún día adonde quería, aunque fuese dando rodeos. Solo debo disculparme por el hecho de que el primer libro que os han dedicado empiece con las palabras «Que te jodan». Perdonadme, por favor; no soy capaz de expresar cuánto os quiero.

A mi hermano y a mi hermana, Amanda y Ben, por apoyarme siempre en mis aventuras, incluso mientras ellos estaban emprendiendo las suyas. Tener hermanos con los que puedo contar siempre, en los buenos y los malos momentos, es una bendición que aprecio mucho; además, los dos estáis siempre dispuestos a ir al *pub* para festejar o dar consuelo casi sin previo aviso, lo cual es otra bendición que no se valora lo suficiente.

Gracias a mi familia extensa: Allison, Richard y todos los Handford y los Robinson, que no me han ofrecido más que apoyo y amor durante todo este tiempo. Tengo mucha suerte de estar ligada, por parentesco y por matrimonio, con un grupo tan maravilloso de gente.

A mis amigas, que me han escuchado hablar y hablar de mi libro y ni una vez me han dicho

que cerrase el pico; al menos, a la cara. En especial a Amanda (una vez más) y a Claire Williams, que leyeron la primera versión de la novela, me hicieron comentarios enormemente valiosos y me apoyaron en momentos de grave zozobra. Gracias.

A mis colegas del Servicio Nacional de Salud, que llevan a cabo todos los días una tarea difícil e increíble, y todavía encuentran tiempo para escucharme, aconsejarme y apoyarme, y que, en su mayoría, consiguieron disimular su *shock* al enterarse de que había firmado un contrato para publicar el libro. Me siento orgullosa de nuestro Servicio Nacional de Salud, orgullosa de decir que trabajo allí y orgullosa de ser vuestra compañera. En especial quiero darle las gracias a Jo Franklin, que ha sido una incansable defensora de mi carrera, en sus múltiples facetas, desde que nos conocimos. Jo, tu fe constante en mí me ha ayudado a superar muchos momentos de duda sobre mí misma. Gracias por todo.

Y, por último, pero ciertamente no en último lugar, a mi familia. Sam y Tully: vosotros no sabéis de qué va mi libro y desde luego no lo leeréis hasta que tengáis al menos dieciocho años. Pero, cuando lo leáis por fin, me gustaría que supierais lo mucho que os quiero y lo mucho que me ha ayudado que aceptarais que mamá estaba escribiendo como explicación para no hacer los centenares de cosas que habéis pedido durante los dos últimos años. Y otra cosa: sed siempre la persona que queréis ser y nunca deis por imposibles vuestros sueños, por mucho que digamos papá y yo.

Pete: no tengo espacio para escribir todas las cosas que me has dado o que has hecho por mí y por las que te estoy agradecida. Lo intenté, pero Hodder se negó a agregarle cien páginas más al libro. Tú eres mi amor, mi luz, mi roca y mi felicidad. Me apoyas en todo lo que hago, me quieres tal como soy y siempre bailas simplemente porque quieres hacerlo. No soy una escritora lo bastante buena para expresar con la elocuencia y la amplitud que desearía lo mucho que te quiero, pero seguiré intentándolo y quizá, cuando escriba los agradecimientos de mi décimo libro, lo consiga por fin. Te quiero.

En último término, los agradecimientos resultan difíciles de escribir porque son inamovibles. No son como los discursos de aceptación de los Oscar, que se pronuncian una vez y luego se olvidan en gran parte; en este caso, si se me ha olvidado darle las gracias a alguien, estas páginas constituirán un recordatorio permanente. Así pues, si tú eres la persona que he olvidado, no me queda más que disculparme. No dudes en decírmelo cuando nos veamos, y la próxima vez te incluiré también.

Gracias por tu lectura. Espero que te haya gustado la novela.

BETH



BETHANY CLIFT se graduó en la Northern Film School y ha desarrollado proyectos con Eon y Film 4, además de dirigir su propia productora, Saber Productions. Esta es su novela debut, que será adaptada al cine por Scott Free Films y ha sido ya traducida a más de cinco idiomas.

Notas

[1] Durante la última epidemia de peste bubónica que afectó a Inglaterra entre 1665 y 1666, los conductores de los carros mortuorios recorrían las calles de Londres al grito de «Sacad a los muertos», con el fin de llevarse los montones de cadáveres que se producían a diario para ser enterrados en fosas comunes. <<

^[2] El Chiltern Firehouse es un restaurante de lujo mientras que el Carpenter's Arms es un *pub* vulgar y corriente. El nombre Orlando solo puede llevarlo un tipo muy pijo. <<